

Malala Macaroni

Mal de ojo



Novelas del Tarot. Libro 1

Mal de ojo

Novelas del Tarot. Libro 1

Malala Macaroni

Copyright

Copyright © 2016 by Malala
Macaroni - Irene de Westminster

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this publication may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form, or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the prior written permission of both the copyright owner and the above publisher of this book.

This is a work of fiction. Names, characters, places, brands, media and incidents are the product of the author's

imagination.

This eBook is licensed for your personal enjoyment only. This eBook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each person you share it with. If you're Reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then you should purchase your own copy. Thank you for respecting the author's work.

Licencia de uso para esta edición
Derechos reservados. La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no

puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Sinopsis

Malala Macaroni es una asistente administrativo-contable desordenada y un poco disparatada que no tiene ninguna clase de talento aparte de suspirar por su jefe. Lleva una vida bucólica y normal hasta que un día su madre desaparece. Malala decide emprender su búsqueda y para eso se hace cargo del “negocio”. El negocio, en este caso, es un antro en el que se tira el tarot y se adivina el futuro.

Hacia allí se dirige ella tras reclutar a un elegante abogado –su jefe–, a un rudo policía y a un estremecedor

capo narco, a los que de vez en cuando Malala visualiza en su cama. No es su culpa: los tres son tremendamente guapos.

Pero la realidad es distinta: la joven está a punto de reabrir el local a pesar de que eso la obliga a vestir como una bruja porque, ¿qué sacrificios no está dispuesto uno a hacer por su madre? Y a todo esto, ¿hay un límite? Por ejemplo, ¿enfrentar a sicarios?, ¿aguantar a una prima?

Nota de advertencia

Este libro pertenece al género comedia / humor negro, con algunos ingredientes del thriller, el suspense y la romántica.

Dedicatoria

A vosotros seis, los que estáis en mi alma.

Agradecimientos

A todas las chicas del grupo «Las Locas Amigas de Malala» (Las Locas) en Facebook, en especial a aquellas que siempre me acompañáis, me dais ánimo y me arrancáis una sonrisa: este libro está dedicado a vosotras, ¡os guardo en el corazón!

Un agradecimiento especial a Arancha, que asumió la enorme tarea de leer el libro antes que nadie y señalar mis meteduras de pata. ¡Qué habría hecho sin ti, querida Arancha!

Un beso grande también para mis queridas Carla e Isabel por pasar el peine fino.

¡Y qué decir de mis amigas Lucy, Celia, Maribel, Faby, Fina, Inma, Anabel, Mari Carmen y Fernanda, que me han ayudado tanto! Un abrazo gigante y desde el alma, mi corazón es vuestro.

Claro que puestos a mencionar, ¡cómo no citar también los nombres de Pili, Finita, Cecilia, Irene, Ana, Isa, María Karina, Pilar, Celínés, Amanda, Abby, Caro, Inés, Ana María, Montse, Evelyn, Sandra, Paqui, Ale, Ana, Susana, Daisy, Nathalie, Claudia, Sara, Gloria, Sophia, Betty, Tereza, Patricia, Natalia, Zafir, María José, Eva, otra Ana, Mónica, Susy, Luz, Vanessa, Gotik, Rosa, Nelly, Fátima, Aure, Luisa, Sofía, Dianis, Sandris, Elisa, Maricel, Yésica, Gisella y tantas otras que por olvido o

desorden, no entraron en esta lista!
¡Gracias por compartir vuestro tiempo y risas conmigo!

A las blogueras Carla, Liz Rodríguez, Juliette Mafi, María Cabal Gomez, Ester Damon, Naitora McLine, Faby Ayala Torres, Isabel María Sierra García y Abby Mujica: mi gratitud por leer la novela, por comentarla conmigo y pasar tan buenos momentos desde el chat en Facebook.

Por supuesto, no he de olvidar a mis amables, entusiastas y divertidos lectores. Por acompañarme en esta nueva y loca aventura, de corazón os digo: ¡gracias!

*Las casualidades no existen. Si
estás viendo esto es por algo.*

Capítulo 1: El Colgado, carta invertida

El reloj marcaba las 17.45 cuando decidí apagar el ordenador.

—Listo —anuncié en voz alta, mientras tanteaba con los pies para alcanzar los zapatos que había abandonado horas antes debajo de la silla giratoria.

—¿Ya te vas? —Por encima de la pared del cubículo que nos separaba, los ojos pequeños de Juana me miraron, admonitorios.

No respondí, sus regañinas eran cosa de todos los días y yo no podía

decir con honestidad que no las mereciera. Aunque por otro lado, ¿qué daño podía hacer si me retiraba diez minutos antes? ¿Acaso ella iba a chivarse? De reojo, mientras lanzaba el chicle a la papelera, observé a Juana: baja y redondita, cuarenta y tantos, vestida con camisa blanca y falda negra, pelo cortado a lo paje y teñido siempre del mismo tono marrón, cada mechón en su sitio como si todos supieran que era inadmisiblemente rebelarse.

Me sacudió esa mezcla de irritación y de pena que ella me inspiraba a diario. Como de costumbre, ganó la pena y decidí responderle. Además, Juana era prima de uno de los dueños del estudio. La prima sosa, pero

prima al fin. Acaso merecía una explicación.

—Si no voy al baño y me peino con los dedos en el ascensor, calculo que llegaré a tiempo a la lencería de la esquina para comprar un par de pantis de nailon antes de correr las diez manzanas que me separan de la clase de Auditoría —expuse en un susurro agitado mientras exponía mi rodilla izquierda, donde un punto había decidido correr la maratón de Nueva York. Supuse que debía haberlo detenido con esmalte de uñas un par de lavadas antes, pero ya era inútil arrepentirse.

—Llegarás a clase media hora tarde —repuso mi colega.

Eso tampoco requirió respuesta, pues tenía razón, pero yo no tenía cara para aparecer con carreras en los pantalones en el encumbrado estudio jurídico «Conde Guerra y Egarteche García» por tercera vez. La primera se disimula como un accidente del momento, dos dan que hablar, pero tres es pecado mortal, todo el mundo lo sabe.

Me había estirado la falda para tapar el agujero y cerrado el bolso de un tirón (quedándome con el deslizador de la cremallera en la mano), cuando escuché que alguien tocaba la puerta de mi cubículo-oficina. Gruñí ante el fastidio de tener que atender al desconsiderado al que se le había ocurrido aparecer en ese instante, pero

resultaba imposible pasar por alto la llamada en aquel reducto donde la intimidación empezaba y terminaba en el sentido de la vista, mientras el oído hacía de delator universal.

Tras dejar el bolso y el tirador de la cremallera sobre el escritorio, abrí la puerta de un golpe brusco. No es que sea una bruta pero a veces es la única forma de intimidar a un visitante.

Pensé que me encontraría con uno de los abogados novatos, a los que acostumbraba regañar cuando me presentaban tarde la rendición de gastos, pero en cambio me di con un mensajero.

—¿María Laura Macaroni?

—Sí.

—Para ti.

El muchacho dejó en mis manos un pequeño paquete envuelto en papel manila. Sorprendida, rasgué el papel y dentro descubrí un estuche azul con la marca de una tienda fina de joyas grabada en letra dorada. Pasé de asombrada a halagada en un santiamén, mientras repasaba con rapidez la lista de posibles galanes. La lista estaba vacía, así que levanté la tapa del estuche con una sonrisita nerviosa bailándome en los labios, que se congeló al ver en el interior una cosa cilíndrica, amarilla y seca de unos tres centímetros de alto. La alcé, la ponderé, la hice girar y descubrí una uña.

Los ojos se me salieron de las órbitas.

—¡Pero esto es...! —exclamé de golpe, dejando caer el objeto con asco y horror.

—Una falange —completó desde la puerta Conde, que acababa de llegar. El abogado se quitó el pañuelo de seda que adornaba el bolsillo de su traje y se acuclilló, poniendo especial cuidado en no arruinar la perfecta raya del pantalón.

Con el pañuelo entre los dedos, alzó el papel manila y lo giró. El envoltorio no tenía remitente y el mensajero había desaparecido.

* * * * *

Supe que no llegaría a tiempo a la clase de Auditoría. Odio la auditoría,

así que eso no representaba un problema, pero por otro lado también me resultaba odioso estar a las once de la noche todavía en mi cubículo, rodeada de policías que seguían buscando huellas cuando todos mis compañeros, incluso Juana, se habían marchado horas antes a sus casas o quizá al bar. Suspiré.

Mientras luchaba por volver a encajar el deslizador en la cremallera de mi bolso, observé a Conde. El tipo estaba fresco y tranquilo, recostado sobre una pared con un pie cruzado sobre el otro y apoyado en punta, el traje impecable y el cabello negro en su lugar. ¿Barba? A esa hora, un centímetro de plutonio con capacidad mortífera a

distancia.

Me pregunté cómo lograba el condenado dueño del estudio estar tan bello en todo momento, como si fuera la portada de una revista de moda masculina. Como soy una mujer dura, contuve un bochornoso suspiro. El aspecto del abogado no era algo que a mí me importara, estoy tan lejos de parecerme a una de sus anoréxicas amiguitas como lo está el elefante del gato.

Mala comparación, me dije mientras buscaba en el cajón un rollo de cinta de embalar por si el bolso volvía a abrirse, no quería ser el elefante y desde luego no soy un gato. Con solo 100—65—94, me considero una de esas mujeres

a las que llaman «reales» (con la esperanza de que las flacas no lo sean, creo yo). A lo que voy es que con el cabello castaño y ondulado, los ojos pardos (mi amiga Soraya los llama «misteriosos»), la nariz recta sin ser exagerada, los pómulos altos sin llegar a esclava y los labios rellenos (y naturales, ¡faltaba más!), quiero creer que no me veo tan mal. Incluso hay quien dice que tengo algo de Hiba Abouk, ¿qué tal? Con las tetas de Salma Hayek, eso sí. El caso es que no estaría yo descontenta con mi apariencia si no midiera un modesto 1.60 y no tuviera esos kilos de más.

Suspiré audiblemente y el abogado me miró, una pregunta flotando en sus pupilas hermosas. Porque sí, este

tipo tiene hermoso hasta el agujero por el que mira. Me encogí de hombros, no iba a mostrarle que me había derretido una vez más.

Los policías se llevaron la falange, una declaración firmada y media docena de cruasanes que habían quedado en la cocina.

En el silencio que sobrevino a su partida, fui consciente de que nunca había estado en el estudio a una hora tan alta de la noche, ya las sombras se proyectaban amenazantes en los rincones y la tentación de saltar a los brazos de Conde me hacía mover los dedos de los pies con nerviosismo. Claro que esa idea se me ocurrió únicamente como medida de precaución, después de todo,

¡alguien me había enviado una falange!

—Te acerco hasta tu casa —se ofreció el abogado en ese instante y di un respingo. El día acababa de pasar de menos diez grados centígrados a los cuarenta en un santiamén.

Tragué saliva mientras sopesaba la invitación. Mi jefe estaba para comérselo pero yo no había tenido tiempo de lavar los platos desde el sábado anterior, no me había depilado las ingles y además no, definitivamente no era una buena idea. ¿Y qué hacía pensando en eso después de todo?

—No hace falta —dije con pesar —, vivo en un piso a doce manzanas de aquí, me tomo un taxi.

—Insisto.

Mientras avanzábamos en silencio por las avenidas, me pregunté qué pasaría si él estiraba una mano y la situaba sobre mi rodilla. Me moriría, pensé con horror, solo a mí me podía pasar que el día en que enganchaba un viaje como ese, tenía los pantis hechos trizas. Me había visto obligada a taparlos con el bolso en lugar de mostrar las piernas.

Pero Conde no puso la mano en otro sitio que no fuera el volante o la palanca, ni siquiera me ayudó a bajar, se despidió con un seco «hasta mañana» y me fui a dormir pensando en la frase que siempre repetía mi madre: «No estás hecha para estar al lado de un hombre. Te falta encontrar el equilibrio. Lo dice

aquí, en las cartas».

Por suerte no creo mucho en las habilidades de adivina de mi madre pero me disgusta pensar en esa profecía, sobre todo porque no tengo ni uno, ni medio, ni siquiera un cuarto de hombre a mi lado desde hace un largo tiempo. ¿Y quién quiere uno?, me dije mientras me abrazaba a la almohada, la ciencia logró congelar el reloj biológico femenino y la tecnología hace rato que descubrió reemplazos para... eh, otras herramientas del hombre.

En la madrugada me desperté pensando en la falange pero me volví a dormir casi en el acto: no era mi problema, sino de los abogados.

Cuando llegué al trabajo eran las nueve y veinticinco del día siguiente.

—Te están esperando —anunció Juana García con voz de *El Resplandor*, al dejarme entrar.

—Malala, pasa —dijo al mismo tiempo Egarteche García, primo de Juana y uno de los dos dueños del estudio, mientras entreabría la puerta de su oficina. Me puse a pensar rápidamente en la excusa que podía usar para justificar la llegada tarde. El problema era que llegaba siempre tarde y a veces se me olvidaba el pretexto que había usado un día antes y volvía a repetirlo.

—Una anciana se cayó en la calle —anuncié sin aliento—. Tuve que acompañarla hasta su casa, por suerte vivía...

No pude seguir, en cuanto traspasé la puerta me di con que todo el estudio me estaba mirando. Allí estaban los dos socios, los ocho abogados novatos y las cuatro secretarias.

—María, quiero que repitas lo que pasó ayer con todo detalle —pidió Conde.

Odio que me diga «María» pero es una costumbre que el abogado más guapo del estudio no ha abandonado en los tres meses que llevo trabajando allí a pesar de las veces que le he corregido. Quizá él no tiene tiempo de recordar mi

nombre, después de todo no estoy entre sus amigas de Facebook. Ni siquiera colgué una foto en bikini en el Instagram.

Con un encogimiento de hombros, relaté los hechos y luego me retiré a un rincón mientras los escuchaba debatir.

—Es un mensaje mafioso — señaló Egarteche García tras un ligero carraspeo. Noté que sus ojos tenían un brillo febril y las manos que sostenían su lápiz estaban temblando. De inmediato, sentí por él un arranque de simpatía, un sentimiento de hermana mayor que me apresuré a reprimir: ¡no soy tan vieja, él me lleva un par de años!

—No cabe duda que es algo

mafioso —asintió Conde.

—La entrega de una falange es un detalle típico de la cosa nostra siciliana o de la ndrangheta calabresa — se explayó Egarteche con renovada energía y todos nos preparamos para escuchar una disertación: el tipo es un sabio y un pelmazo, así que me recosté contra la pared—. Aunque también lo usan los narcos colombianos y mexicanos. El cartel de Sinaloa, por ejemplo...

—En resumen, lo utiliza cualquier grupo —cortó Conde.

—Puede ser. Tenemos que hacer un listado de todos los casos que estamos atendiendo y que pudieran tener alguna asociación con esto —pidió

Egarteche con inesperada decisión—. Así podremos llegar a saber quién nos amenaza y por qué.

Los abogados novatos murmuraron, asintieron y varios tomaron una pluma y una hoja de papel.

—Esta tarea es inconducente — bufó Conde, interrumpiéndolos—. ¡Casi todos los casos que tengo están relacionados con grupos de poder!

Tuve que ocultar una sonrisa. Conde hace derecho penal y penal económico, así que el eufemismo «grupos de poder» abarca varias mafias, desde empresarios a sindicatos, pasando por especuladores y políticos. Lidia con una variedad de asociaciones ilícitas que traspasan fronteras e involucran

delitos tales como lavado de dinero, contrabando y corrupción.

—Entonces, ¿qué hacemos? — preguntó Juana, siempre estupenda en su papel de bibliotecaria, archivadora y polifacética alcahueta profesional.

—Tendremos que esperar a que nos hagan una amenaza más concreta — explicó Conde—. Es extraño que hayan comenzado por la falange, normalmente primero llega algún tipo de mensaje. ¿Ninguno recibió nada? —Los novatos volvieron a murmurar mientras negaban con la cabeza y Egarteche se excusó para ir al servicio—. Tenemos que estar atentos. María, te eligieron por alguna razón, es probable que vuelvan a hacerlo...

En ese momento de mi móvil surgió la melodía de Darth Vader en *La Guerra de las Galaxias*, tragué saliva y salí corriendo. Maldije la inoportuna interrupción pero no podía dejar de contestar, no cuando mi mejor amiga, o debería decir quizá mi segunda madre, me llamaba.

—Soraya, no es buen momento —dije en voz baja desde el vestíbulo tras pulsar la tecla de recepción.

—¡Malalita, tu mamá desapareció! —me respondió entre gritos y sollozos la voz algo chillona de Soraya.

Mis rodillas empezaron a temblar y tuve que apoyarme en el escritorio de la secretaria.

—¿Cómo? —atiné a decir.

—¡No sé nada de ella desde ayer! Tienes que venir, ¡estoy muy angustiada!

—¿Has llamado a su móvil?

—¡No contesta!

—¿La tía?

—¡No sabe nada! —Soraya vaciló antes de continuar—: Y hay algo más, creo que en esto está envuelta la mafia.

—¡La mafia! Eso no existe, salvo en Italia o en Hollywood... Claro que también hay en Rusia. Y en el gobierno. De todos modos, ¿preguntaste en el barrio si la vieron?

—¿Y cómo se vería que yo estuviera averiguando el paradero de

una adivina? ¡Arruinaría nuestra fama!

Apreté los labios, ¡Soraya estaba preocupada por el qué dirán mientras mamá había desaparecido!

—Estoy yendo para allá.

Tras colgar, me quedé allí unos instantes, mientras intentaba dominar la gelatina en la que se había convertido mi cuerpo. Pero cuando logré regresar a la reunión, no pude dejar de pensar en que mi madre había desaparecido, yo tendría que ir a su barrio a buscarla, rescatarla de la mafia, si eso era posible. De inmediato, me pareció una ridiculez. ¡La mafia no tenía lugar en nuestras vidas! ¿O sí?

La mente me daba vueltas, cien pensamientos negativos pugnaban por

espacio, entre los que se hallaba el hecho de que no quería volver al barrio de mi madre.

Entretanto, tuve la vaga impresión de que alrededor seguía el debate sobre la falange, pero no le presté atención. ¿Qué podía importarme a mí una falange en esas circunstancias? Pero entonces tracé la unión entre los hechos. No podía ser casualidad que mi madre desapareciera el mismo día en que me habían enviado una falange, ¿no es así?

—¿María? —La voz de Conde pareció surgir desde lejos—. ¿Escuchaste lo que pedí o necesitas que te lo repita?

Creí oír la risita de las

secretarias y tragué saliva.

—No hay de qué preocuparse —
anuncié—. Acabo de recibir la llamada
que estábamos esperando, el asunto del
dedo no tiene nada que ver con el
estudio.

Se escuchó un golpe, un gemido
y todos se volvieron a la puerta, donde
Egarteche —que acababa de volver del
baño— se aferraba el codo con fuerza.

—¡Me golpeé! —se quejó.

De inmediato, la atención volvió
a centrarse en mí.

—¿Un asunto personal? —quiso
saber Conde, el primero en recuperarse
de la sorpresa.

—Ajá.

—¿Algo que quieras contarnos?

Negué con la cabeza.

—Creo que voy a tomarme el día libre, si nadie me necesita. O tal vez la semana libre... no sé.

El silencio volvió a apoderarse de la reunión y di media vuelta. Dejé la oficina y mientras caminaba hacia mi cubículo los escuché hablar, todos a la vez, discutiendo.

Iba a perder el empleo si me tomaba más de una tarde pero nada de eso importaba mientras pensaba en mi madre.

Con el cerebro embotado, sin poder concentrarme gran cosa en lo que estaba haciendo, tomé la decisión de llevarme todas mis pertenencias, no fuera que a alguien se le ocurriera abrir

los cajones de mi escritorio y descubriera los apuntes de Auditoría, los folletines de lencería, las novelas baratas y mi tesoro máspreciado, la caja de bombones de limón con chocolate. La caja estaba casi vacía y me comí el último con los ojos anegados.

Recogí todos mis objetos personales y estaba a punto de marcharme cuando escuché una voz a mi espalda.

—Te llevo.

Apreté los labios antes de volverme para mirar a Conde.

—No. Esto no es asunto suyo.

—Insisto.

Eran las mismas palabras de la

noche anterior y experimenté el lógico *déjà vu*, solo que ese día me había puesto pantalones y no tenía interés en la propuesta.

—No.

—Estás temblando y llevas mucho peso, no podrás caminar ni media manzana en esas condiciones.

Dejé caer sobre el escritorio las cosas que tenía en la mano y me senté. Me sentía vulnerable y Conde no era el mejor testigo para compartir el momento.

—¡Váyase! —exigí con la voz temblorosa.

De inmediato, escuché un jadeo del otro lado del cubículo y rogué que Juana no hubiera sufrido un paro

cardíaco por mi falta de modales. Por las dudas, preferí no fijarme, no fuera que la policía volviera a retenerme.

El abogado no me prestó la menor atención, alzó mis cosas con facilidad y se dirigió hacia la puerta.

—¿¡Cómo crees que te voy a dejar!? ¡Vamos!

Egarteche se asomó en ese momento, titubeó al vernos juntos y luego se fue, murmurando algo. Eso me decidió, no quería hablar con nadie y me puse de pie para seguir a Conde.

En esa ocasión el viaje en coche tomó un rato más que el día anterior, ya que las calles estaban taponadas. Estábamos en primavera pero el calor ya se hacía sentir. Había empezado a

subir en oleadas desde el capó de los vehículos, se entreveraba con el olor de la basura acumulada en los drenajes, ascendía desde el cerebro achicharrado de los conductores en densas espirales de mal humor.

Decir que el tránsito era un caos resultaba demasiado cliché y había dejado de ser correcto la década anterior. Desde entonces, la ciudad había avanzado varios peldaños en su camino hacia el infierno.

Conde puso *Maps* de Maroon 5 en el estéreo y tamborileó con los dedos durante un rato.

—¿Y? ¿Vas a contarme? — preguntó tras empantanarse en el tráfico por tercera vez—. Mira que puedes

necesitar un abogado.

Supuse que él tenía razón, aunque lo más probable era que necesitara a la policía, a todas las fuerzas especiales e incluso a la Interpol.

—Es algo relacionado con mi madre, ha desaparecido —confesé a regañadientes.

El abogado silbó por lo bajo.

—¿Estás segura?

—Bueno, mi amiga Soraya... quiero decir su ayudante... Soraya es mi amiga pero también ayudante de mi madre —sentí que me trababa y aspiré hondo para calmarme—. Me avisó que mamá falta desde ayer.

—¿Probaste con su teléfono?

Saqué mi móvil del bolso y lo intenté en ese momento, pero nadie respondió.

—Nadie contesta.

—Puede ser un simple robo del móvil.

—¡Pero ellos enviaron la falange!

—¿Ellos, quiénes?

—La... ¿mafia? —Sentí una vez más que estaba haciendo el ridículo. Pero tenía la mente nublada y un nudo en el estómago, no podía pensar. ¿Acaso Soraya no había mencionado a la mafia?

—¿Tu madre no tiene teléfono fijo? —insistió Conde y negué con la cabeza—. ¿Preguntaste por ella a alguna vecina o una amiga?

Negué otra vez. ¿Acaso sabía yo quiénes eran las amigas de mi madre? Además, Soraya ya había contactado a la tía Hermilda.

Intenté nuevamente el móvil de mamá, sin resultado, y me soné la nariz mientras trataba de aguantar el llanto.

—¿A dónde vamos? —quiso saber Conde al cabo de un momento.

—A mi piso, es en la otra manzana.

—Eso ya lo sé, pero ¿a dónde vamos después?

—Usted, a ningún lado.

—¿Tu madre andaba en algo raro?

Me pregunté si el esoterismo era lo suficientemente raro como para ser

catalogado como tal y decidí que no.
¡Esotérico puede ser cualquiera!

—¡Para nada! Es una mujer normal.

—¿Ya se dio aviso a la policía?

—No... —Sentí que Conde me miraba de forma extraña y me vi obligada a aclarar—. Primero quiero saber qué pasó, hablar con su ayudante, que me está esperando.

—¿A qué se dedica tu madre?

Me negué a contestar, mientras apretaba el bolso en una mano y el pañuelo en la otra.

Él arqueó una ceja y me miró como debía mirar a la contraparte en un juicio. Con una mirada así, los pobres delincuentes debían de arrastrar los pies

bajo la silla y confesarse culpables antes de que el juez llamara al primer testigo.

En este caso no funcionó, yo no pensaba contestar. El abogado frunció el entrecejo y por un momento me distraje con su perfil clásico. Realmente era un hombre al que daba gusto mirar. Cabello negro peinado al gel, raya perfecta, facciones exquisitas, ojos color chocolate fundido. Lástima que también fuera un tipo creído, con el recuerdo del «niño de papá» que debió haber sido aún pegado a los talones como una marca de fábrica. Pijo, como se dice.

—Aquí me quedo.

En cuanto el coche frenó junto a la acera de mi piso, abrí la puerta y

descendí de un salto, haciendo gala de agilidad. Forcejeé un poco para alzar las cosas que estaban en el asiento de atrás y cuando conseguí apilar todo en mis brazos, me di vuelta y por poco no se me cayeron los paquetes de las manos. Conde se había bajado y estaba a mi lado.

—Dame eso —dijo él, recogiendo las cosas.

A mí no me quedó más remedio que subir en su compañía, pero lo hice como corresponde: refunfuñando y murmurando contra la caballerosidad de los metomentodos en el siglo veintiuno.

El abogado no respondió pero en cuanto abrió la puerta del piso, escuché que chistaba.

—¡Espera! No toques nada. ¿Fue forzada la puerta? —Conde sacó un pañuelo del bolsillo y revisó el cerrojo con la mano envuelta en él—. Hay que llamar a la policía. Con suerte encontraremos huellas... aunque tal vez hayan usado guantes. ¿Estás segura de que no hay nadie dentro?

De una ojeada, revisé el único ambiente en el que vivo: la cama estaba deshecha, el ropero abierto, los cajones salidos, la puerta desencajada y apoyada al costado junto a un par de cajas de pizza. Más cerca de la entrada y sobre la mesa abatible había un vaso de plástico junto a una caja de tampones y los pantis del día anterior. El suelo estaba cubierto de ropa limpia, sucia y en todos los

estados intermedios. Cuatro zapatos que no formaban pares matizaban la habitación aquí y allá. En resumidas cuentas, todo se encontraba tal y como lo había dejado esa mañana.

Puse los ojos en blanco con tanto empeño que llegué a verme la nuca y luego alcé los paquetes de manos del abogado.

—No es fácil mantener el orden en un ambiente de dos por dos —expliqué.

—¿Hiciste todo esto solita? ¿Y en serio tiene dos por dos? Habría pensado que era imposible tener tanto desorden en un pañuelo.

Me encogí de hombros. ¿Qué sabía ese niño malcriado sobre la

ciencia de vivir en ambientes pequeños? Probablemente su cuarto de baño fuera más grande que todo mi piso. Probablemente su bañera fuera también más grande, pero eso no lo hacía más limpio, podía sentir un olor que... un momento, el olor venía de la zapatilla que en ese momento estaba pisando.

—Hasta luego —intenté cerrar la puerta tras de mí pero el hombre no me hizo caso: permaneció de pie, apoyado contra el marco, con los brazos cruzados sobre la camisa blanca y la corbata a rayitas, como si no tuviera otra cosa que hacer que esperarme. Casi se merecía que lo hiciera conducir la hora y treinta que nos separaba del barrio de mi madre, solo que yo no quería estar

presente cuando llegáramos.

—Escuche —traté de razonar—, no sé por qué está haciendo esto, no soy una niña. Usted seguramente tiene audiencias...

—Alguien dejó en el estudio una falange.

—Ya le dije que es un asunto particular.

—Antes de dejarlo quiero cerciorarme, con nuestro estudio no se juega.

¡Así que era eso! Estaba preocupado por la imagen del estudio. De mala gana, conteniendo el deseo de sacarle la lengua, rescaté del armario un jean, una sudadera y rebusqué bajo la cama hasta hallar un par de sandalias de

tacón bajo. A continuación me encerré en el baño y me cambié de prisa. Me peiné con una coleta y al salir, puse los brazos en jarras.

—Está bien, puede venir. Pero si cuenta en el estudio algo de lo que vea, lo mato —le advertí.

Luego enfilé hacia la puerta sin molestarme en constatar la sorpresa en el apuesto rostro de mi jefe.

* * * * *

Una hora y cuarenta y cinco minutos después llegamos al barrio. En realidad, más que un barrio se trata de

otra ciudad, con su propio centro comercial y sus autoridades, pero está tan unida al resto de la gran urbe como una célula la está de la siguiente: forman un tejido amorfo e intrincado, algo así como un tumor maligno.

La calle donde vive mi madre es como todas las demás: un amasijo de casitas apretadas entre moles de aburridos edificios. Las casitas lucen descascaradas y viejas, los pisos lucen viejos y descascarados.

Al detenernos vi que algunas personas caminaban deprisa por la acera sin mirar a los lados y un grupo de jóvenes venidos de un villorrio ubicado a media docena de manzanas de allí se había reunido en una esquina a tomar

cerveza.

—«Maestra en artes y ciencias adivinatorias, vidente, astróloga, numeróloga, especialista en tarot y runas, I—ching, magia blanca: amarres, conjuros y lectura del futuro» —leyó en voz alta Conde frente al cartel luminoso del local—. ¿Aquí vive tu madre?

—Ajá. ¿Ve esas dos puertas? Una es de la casa y la otra, del negocio. Mi jefe silbó por lo bajo.

—No me digas que tu madre es...

—¿Qué?

—¡Nada!

—¿Qué iba a decir?

—Iba a decir vidente, astróloga, numeróloga... ¡está bien, iba a decir

parapsicóloga y charlatana!

—¡Mi madre no es parapsicóloga! Y desde luego no es una charlatana. —Aunque sí, pensé, tal vez lo fuera un poquito.

Molesta, bajé del coche sin esperarlo y entré a la casa con mi llave.

—¿Soraya? ¡Soraya! —comencé a gritar desde la sala. Espié primero en el área de recepción a la derecha y la encontré vacía. Más atrás, en el cuartito donde atendía mi madre, idéntico resultado. Seguí el pasillo y revisé, de un lado la cocina y del otro los dormitorios, tanto el de mamá como el de Soraya: en ambos casos no había nadie. Cuando llegué al patio trasero, vi que Soraya entraba por la puertita del

fondo, que daba a un callejón.

—¿Desde cuándo usas la puerta trasera? ¿Te estás escondiendo de alguien? ¡Entonces deberías empezar por cambiar de ropa! —exclamé, intentando sin éxito ocultar la sorpresa tras tomar nota del atuendo de falda y camisa rojas que ese día usaba mi amiga. Claro que no ayudaba el hecho de que la falda fuera carmesí y su complemento, escarlata.

Soraya nunca ha dejado de asombrarme. A pesar de sus cuarenta y tantos años y su exceso de peso, se mueve con la gracia de una chica joven y su piel, del color del café tostado, no tiene ni arrugas ni manchas. El cabello, teñido de un refulgente tono amarillo,

está siempre impecable, y lo mismo puede decirse de sus labios y uñas, a juego en rojo bermellón. Soraya anda en chanclas pero se cuida. Y la adoro.

Ese día su rostro por lo común sereno se torció en una mueca de desconsuelo.

—¡Malala! ¡Estoy tan angustiada! No sé qué hacer... —Se abalanzó a mis brazos y entramos juntas a la casa. Pero cuando vio al abogado se paró en seco y le dio un repaso de la cabeza a los pies—. Humm... ¿Y este guapo?, te lo tenías bien guardado —ronroneó.

Suspirando, hice las presentaciones, mientras trataba de ignorar que me había puesto colorada.

En seguida todos tomamos asiento en la abarrotada sala y Soraya nos relató una historia que me puso los pelos de punta.

* * * * *

Esto es lo que nos contó la ayudante de mi madre:

Una semana antes de la desaparición de mamá, Soraya evaluó de una ojeada a la mujer que acababa de entrar en el local: rubia teñida o quizá peluca, alrededor de cuarenta años, ojos celestes un poco extraños (seguramente lentillas de color), rolliza en la cintura y de busto caído, defectos que se hacían más evidentes por el típico atuendo chillón que surge de la asociación de

dinero con mal gusto. Una esposa engañada, adivinó Soraya mientras la hacía pasar a la habitación donde mi madre tiraba las cartas.

Como correspondía a su trabajo, Soraya se tomó su tiempo para correr las cortinas a fin de que no entrara el sol de la tarde y la habitación quedó en penumbras, solo iluminada por una lámpara hindú que emitía una luz opalescente.

Conectó la fuente que hacía fluir el agua, encendió un sahumerio y una vela, acarició las piedras energéticas y finalizó la rutina parándose en un rincón para curiosear sin que la echaran.

En ese momento se escuchó el taconeo rápido que caracteriza a la

mujer bajita y ágil que es mamá. Entró y tomó asiento frente a la visita.

—Cuénteme cuál es su problema —invitó mientras barajaba el mazo de tarot.

—Doña Marta, necesito saber si mi plan para matar al hombre al que todos llaman «Chorizo Colorado» va a dar resultado —anunció la clienta.

Soraya se indignó ante el pedido, más que nada porque no había acertado en el motivo de la visita.

—¡Bah! —se le escapó mientras los dedos nudosos de mamá permanecían inmóviles en los naipes.

Soraya contuvo la respiración, temiendo que la mandaran de patitas a la calle, pero los ojos de su jefa no se

apartaron de la clienta.

Centímetro a centímetro, mamá fue bajando las cejas y las arruguitas de su labio superior se tensaron en una sonrisa.

—La luna invertida en el pasado reciente —comentó unos instantes después, al colocar la primera carta sobre el tapete—, significa calumnia, engaño, un complot.

Soraya tuvo la satisfacción de ver que la clienta daba un respingo.

—¡Usted sí que sabe! —exclamó la mujer, mirando a la adivina con renovada atención.

Soraya no pudo contenerse. Se irguió en toda su estatura de un metro cincuenta y cinco, cambió el peso de un

pie a otro para contrarrestar los efectos de la gravedad en un cuerpo que tenía varios kilos de exceso, e infló el pecho con orgullo.

—¡Ja! —se regodeó.

Su jefa le dirigió una mirada admonitoria pero ella no hizo caso. Estaba teniendo un orgasmo espiritual y siguió escuchando embelesada mientras doña Marta volcaba las cartas.

—Y ahora, el futuro —anunció la adivina al llegar a la décima imagen, empleando una voz de ultratumba.

Era la parte que Soraya más amaba de su trabajo, la que le permitía ver la felicidad en la cara de los clientes cuando ya se habían entregado a las manos de la experta.

Esa vez, sin embargo, el corazón le dio un vuelco al ver la figura que había surgido del mazo.

—El colgado invertido — anunció la adivina con voz apagada.

—¿Qué significa? —quiso saber la clienta, reclinándose hacia adelante en la silla.

—Malas noticias —murmuró doña Marta—. Está luchando por una causa perdida. Va a fallar, tal vez por falta de sacrificio o de voluntad. Veo sufrimiento, va a pagar el pato.

—¿Quién va a pagar el pato? — La voz de la mujer sonó destemplada—. No querrá decir que yo voy a pagar el pato, ¿o sí? ¿Está loca? ¿Tiene idea de quién soy?

—Veo fuerzas ocultas —se excusó Marta.

—Tírelas de nuevo. Quiero que vuelva a echar las cartas ahora mismo.

—Eso no serviría de nada.

La clienta suspiró con fuerza y abrió su bolso. Rebuscó un momento y extrajo una semiautomática de nueve milímetros, que apoyó sobre la mesa.

—Mal de ojo —demandó—. Quiero que le haga el mal de ojo a Chorizo Colorado. Es más, lo quiero ver muerto. Y tengo todo el derecho, después de todo, es mi marido.

Una semana después Soraya abrió desmesuradamente los ojos al ver por la ventana de la sala que tres hombres vestidos con trajes negros y

gafas de sol ahumadas bajaban de una Hummer enfrente del local.

Mientras escuchaba el timbre, abrió la puerta que comunicaba la sala con la recepción, vio que ahí aguardaban la vieja de la otra manzana, con sus eternas dolencias de columna, dos jovencitas que cuchicheaban y se reían con nerviosismo, y una mujer de mediana edad que jugueteaba con la alianza de casada.

Evaluó que esas clientas podían esperar. No había tiempo de consultarle a doña Marta, así que tomó la decisión de aplicar el tratamiento VIP a los hombres que en ese momento traspasaban la puerta.

—¡Adelante! —invitó con su

mejor sonrisa mientras seguía con la vista al hombre bajo y regordete que venía delante y que, por tanto, asumió que sería el jefe—. Pase a la sala, por favor, doña Marta lo está esperando y ahora lo recibirá.

Era, por supuesto, una mentira. Pero valía para que las otras clientas no se molestaran y, sobre todo, para ensalzar las habilidades de la adivina, cuyas virtudes pregonaba el enorme cartel exterior del local:

«Maestra en artes y ciencias adivinatorias, vidente, astróloga, numeróloga, especialista en tarot y runas, I—ching, magia blanca: amarres, conjuros y lectura del futuro».

Los hombres atravesaron la

puerta que separaba la casa del local comercial y entraron a la pequeña sala familiar que estaba atestada de muebles.

—Siéntese —invitó Soraya, todavía con la sonrisa obsequiosa en el rostro y dirigiéndose exclusivamente al jefe.

Los hombres no respondieron y permanecieron de pie. Uno de ellos husmeó un poco el lugar y luego se retiró para aguardar en la Hummer. Otro se mantuvo erguido junto a la puerta y el hombre calvo y gordo pareció concentrar su atención en los numerosos objetos que poblaban la habitación.

Mientras Soraya proseguía el relato de estos hechos, Conde y yo echamos una ojeada en derredor. ¿Qué

vería aquel visitante en ese ambiente de tres por tres en el que se aglutinaban un aparador, una falsa chimenea, dos sillones de un cuerpo, un sofá, una mesa ratona, otra con un portalámparas enorme, un piano y dos sillas? No quería imaginarlo. Dos espejos y seis cuadros, entre medianos y pequeños, adornaban las paredes, y cada repisa, cada mesa, cada superficie estaba atestada de adornos entre los que se mezclaban cerámicas de ángeles, jirafas africanas de madera, mamushkas rusas, coloridas muñequitas peruanas e hindúes, tacitas de café de Turquía y copas de cristal de Bohemia. Sobre todos estos objetos paseaba la mirada Conde como debió pasearla el bajo y calvo desconocido un

día antes.

—Solo se detuvo al ver tu foto
—Soraya hizo una pausa en el relato y miré el único portarretratos de la habitación, en el que una mujer joven con el cabello castaño alborotado, se diría incluso mal cortado, dirigía sus ojos pardos a la cámara con una expresión de tonta perplejidad. Siempre odié esa foto.

—Uf.

—El hombre calvo y gordo le hizo un gesto al que aguardaba junto a la puerta y este se acercó a estudiar el retrato mientras yo les contaba quién eras. No hubo tiempo para más porque en ese momento sonó la campanilla. Era la orden de paso para la siguiente visita

y los conduje hasta el consultorio de doña Marta, que comunica tanto con esta sala como con la recepción del local.

—¿Escuchaste de qué hablaron?

—No. —Soraya negó con la cabeza—. Al recibir una orden de tu madre, cerré la puerta tras ellos sin rechistar. No supe de qué hablaron. No los vi salir. Cuando volvió a sonar la campanilla, doña Marta estaba nerviosa y me ordenó que echara a las clientas que la estaban esperando. No atendió a otras personas y cuando entré una hora más tarde para llevarle el té, me di con que ya no había nadie. Tu madre había desaparecido.

Capítulo 2: El Sol, invertido o no, según se mire

—Un poli viene en camino — dijo Conde tras guardar el móvil en un bolsillo de su pantalón. Me quedé mirando ese sitio sin darme cuenta. Hay mujeres que, al conocer un hombre, le miran los ojos. O las manos. O la espalda. Las hay que miran la billetera. En mi caso, le miro los pantalones. ¡No me refiero a eso! Aunque sí, eso miramos todas. Pero en realidad lo que quiero decir es que miro las arrugas que tiene marcadas en su pantalón. Conde jamás tiene ninguna. Siempre va bien

planchado. Impecable.

Es la clase de hombre que al llevarte a la cama debe recoger primero las sábanas para que no se arruguen. Seguramente después dejará los zapatos en paralelo y colgará la ropa en el perchero. Imagino que se lavará los dientes dos veces: una, antes de hacerlo, y otra y con mayor razón, después.

Al terminar, debe ponerse el pijama azul con monograma para acostarse muy compuesto a tu lado mientras tú estás desnuda, despeinada y desarrapada. Aunque si terminas desarrapada y despeinada, habrá valido la pena.

Suspiré, Soraya carraspeó y me hizo regresar al presente.

—¡La poli! —exclamé para tapar mi turbación. O mejor dicho, la culpa.

—No «la poli», un poli. Es un viejo conocido. No sé qué piensas, pero si se trata de narcos, es asunto serio. No se juega con ellos.

—¡Narcos!

—¿Y qué otro andaría en una Hummer por este barrio? Son los únicos a los que nadie se atrevería a robar. De todos modos no lo sabemos con seguridad, nadie vio que tu madre fuera llevada a la fuerza.

—¡Vamos! Mamá no se iría así como así, sin decirnos nada. Es una mujer mayor, tiene setenta y cuatro años.

—¡Setenta y cuatro! Y tú tienes,

¿qué, treinta?

—¿Tengo cara de treinta? ¡Solo tengo veintiséis! —me enfurecí y es que no sé si Conde piensa que soy mayor que él o es que nunca se ha tomado la molestia de mirarme bien.

—Soraya —interrumpió el abogado—, ¿falta algo en la casa? ¿Prendas, maletas, dinero?

—Algo falta —asintió mi amiga.

—¿Qué? ¿Qué? —la apremiamos, desesperados por encontrar una clave en la misteriosa desaparición.

—Su mazo de tarot.

Rumiamos esa información por un rato, haciendo toda clase de elucubraciones, hasta que un coche se

detuvo frente a la casa con un fuerte chirrido de neumáticos. Todos nos asomamos a mirar por la ventana.

—¿Quién se tomaría el trabajo de tunear un coche así? —pregunté con escepticismo.

El vehículo tenía el capó oxidado y las puertas hundidas. Se veía viejísimo pero contaba con alerones, luces dobles y ruedas enormes. También lucía algunas calcomanías de un personaje que bien podía ser Calavera, a quienes muchos conocen como Puro Huesos, o directamente San La Muerte. A esa distancia no era fácil dilucidarlo.

—Ese es mi contacto, el poli — anunció Conde y todos fuimos a esperarlo en la acera.

De inmediato noté que el recién llegado era alto, alrededor de un metro ochenta y cinco; su cuerpo era delgado sin ser flaco, más bien del tipo atlético y fibroso. Tenía el cabello de un castaño oscuro y ondulado, el mentón firme, la nariz recta. El ceño fruncido resultaba algo discordante entre tanto atractivo pero podía olvidarse el detalle si se miraban solo los ojos: eran realmente remarcables, de un celeste vívido y brillante en los que parecía brillar la astucia y la inteligencia. No llevaba uniforme. Estaba vestido con un jean de buen corte y una camisa suelta; las mangas dobladas hasta el codo dejaban ver dos brazos velludos y musculosos; por debajo, la piel dorada y pareja

parecía obra de una cabina de bronceado o quizá un milagro de la naturaleza.

Antes de echar a andar, el poli lanzó miradas cuidadosas hacia ambos lados de la calle y luego se encaminó hacia nosotros con un paso que me trajo a la memoria el típico andar del cowboy que camina con las piernas un poco abiertas. O eso o se trataba más bien de un contoneo simplemente sensual, aventuré mientras mis ojos analizaban críticamente el ritmo de sus caderas.

Y no, no soy una mirona desvergonzada, pero a veces resulta imposible mantener las pupilas pegadas al cristalino. Salen proyectadas hacia afuera como botones sin que uno se dé

cuenta.

La cosa es que el poli me repasó con la mirada de la cabeza a los pies, sonrió, se desarrugó su entrecejo y tuve que contener el aliento. Algunas sonrisas debieran estar prohibidas: pueden causar ataques cardíacos, como el exceso de sal.

—Comisario Francisco Montorvo —se presentó sin dejar de mirarme. Me tendió la mano y noté que su palma era grande, cálida y fuerte. Por poco no hizo desaparecer la mía.

Confundida porque el hombre no me soltaba, me volví hacia Conde. Era como pasar del bombón de chocolate a la fresa con nata y temí estar salivando un poco.

Montorvo frunció el ceño una vez más y retiró su mano de un golpe, con lo que mi brazo quedó colgando en el aire y cayó con fuerza. Sorprendida por ese gesto desconsiderado, clavé mis ojos en los suyos y descubrí que me miraba con un brillo malicioso.

—¿Tú eres la... —se volvió para leer el letrero en la pared— “Vidente, astróloga, numeróloga...”?

—¡No!

—¡Sí! —replicó Soraya, entusiasta, detrás de mí— Malala es muy talentosa.

La sonrisa del poli se hizo más amplia mientras sus ojos se achicaban hasta parecer un oriental.

—¿Sabes que deberían

procesarte por estafa solo por tener un cartel así?

—Yo no...

—¿No estafas a la gente?

—¡No! —El poli me estaba poniendo nerviosa. Estaba claro que yo no estafaba a la gente, pero ¿y mi madre? Tenía serias dudas. ¿Y si la procesaban?—. Aquí no se comete ninguna estafa.

La sonrisa ladeada del poli me pareció más odiosa que antes y debí revisar a toda prisa la opinión que me había hecho de él al llegar. De pronto me caía decididamente mal, quizá tanto como yo a él.

—¿Entonces sabes leer el futuro? —insistió.

—¡No!

—¡Claro que sabe! —Volvió a entrometerse Soraya—. Tanto ella como yo fuimos aprendices de doña Marta.

—¿Por qué no entramos? — interrumpió la voz sensual y melodiosa de Conde a mi lado y fue mirarlo y desarrugar el ceño al asentir.

Todos giramos hacia la puerta y fuimos pasando de uno en uno: Soraya, yo, el poli, por ese orden. Mi jefe quedó para el último.

—Conde, espero que no me hayas hecho venir por algo que no vale la pena. —La voz insidiosa de Montorvo sonó en el breve silencio que sobrevino y aunque no podía mirarlo, sentí en la nuca la presión de su mirada,

tan irritante como una mordedura de medusa.

—Mi madre ha desaparecido. Tal vez te parezca poco. Tal vez para ti «no vale la pena» —contesté sin volverme—. ¿Tienes madre? —De reojo, lo vi asentir—, tal vez ni siquiera te quiere. Humm... Probablemente.

Soraya me propinó un fuerte codazo en el estómago que me hizo doblarme.

—¡Ey! —grité y me detuve de golpe, tanto que Montorvo me llevó por delante y se encajó en mi trasero antes de hacerme dar un salto hacia el frente por simple impulso. Supe que iba a tener una de mis célebres caídas pero en el último segundo, los brazos del poli me

atraparon y lograron estabilizarme. Claro que entonces me estremecí, tropecé con mi propio pie y el comisario tuvo que volver a sujetarme.

Por unos segundos eternos sentí sus manos, que abarcaban mi cintura y me presionaban contra su pecho y sus caderas. Vaya que tenía un cuerpo duro. De pronto, su dedo pulgar se deslizó hacia arriba sobre mi sudadera y llegó a tocarme la base de un seno. ¿Había sido sin querer? Contuve el aliento. No. No como en las novelas, contuve el aliento en serio, para meter barriga, que aunque el tipo me cayera mal, yo tengo mi autoestima.

—Mi madre te daría un buen azote —susurró en mi oído. Me sopló la

oreja y me soltó, riendo—. Pequeña estafadora.

—¡Ey!

Pero Conde estaba ya junto a nosotros y apoyó una de sus hermosas y bien formadas manos en mi hombro.

—¿Estás bien? —quiso saber y sus ojos de chocolate caliente me miraron preocupados.

Asentí, bajando los párpados para que no notara que estaba a punto de estallar en una rabieta. Con cuidado, relajé mis puños, obligando a cada uno de mis dedos a abrazarse a mis antebrazos, y fui a sentarme en uno de los sillones como una señorita.

Entonces Soraya volvió a contar la historia de la desaparición de mi

madre mientras el poli me estudiaba con los dedos unidos frente a su boca, la expresión inescrutable.

—¿Qué piensas? —inquirió Conde cuando mi amiga finalizó.

Montorvo se encogió de hombros.

—Puede ser cualquier cosa. Primero tendríamos que descartar que la señora no esté con amigos o parientes.

—Después de hablar con Malala esta mañana, llamé a todo el mundo pero nadie la vio ni tuvo contacto con ella, ni siquiera Hermilda — replicó Soraya.

—Hermilda es mi tía —le expliqué a Conde con dulzura—. Es hermana de mi madre, un pan de Dios, vende unos pasteles riquísimos. Si

quiere, alguna vez se los doy a probar.

—No me trates de usted, nuestra relación ya ha pasado esa etapa —pidió él con esa voz profunda y acariciante que nunca ha dejado de afectarme. En ese momento, bien afectada quedé, no me lo esperaba. Me quedé mirándolo, una pregunta muda en mis ojos. ¿Qué etapa habíamos superado? ¿La de jefe y empleada? ¿La de simples conocidos? ¡Por Dios!, ¿en qué etapa nos habíamos metido?

—La tía Hermilda no tiene idea —Soraya interrumpió mi diálogo interior—. Pero tengo que advertirte que Valeria se ofreció a ayudar.

Si algo podía sacarme del mar de tonterías era eso.

—¡No, no y no! ¡Ni se te ocurra!
Es mi prima —dije, dirigiéndome hacia
los dos hombres—, y es mejor tenerla
lejos.

—¿Vas a poner la denuncia? —
quiso saber Montorvo.

—¡Por supuesto! Y además voy
a averiguar quién es ese hombre que
mencionó Soraya. Ya saben, el del
nombre... —manoteé en el aire— poco
apetitoso.

Los dos hombres intercambiaron
una mirada. Luego Conde se aclaró la
garganta, mientras Montorvo sonreía.

—Chorizo Colorado es miembro
de una banda que vende... Hum...
éxtasis, cocaína y crack —explicó el
poli con displicencia.

—¡Qué horror!

—Su verdadero nombre es Pedro Sánchez y no es buena idea que te cruces con él.

—No pienso hacerlo, ¡es un pez gordo!

—¿Pez gordo? —Montorvo arqueó una ceja—. ¡Bah, es un tío sin importancia!

—¿Sin importancia?
¡Seguramente les vende droga a los niños, o sea que es un asesino! ¡Un asesino en serie! Ví un programa sobre asesinos en serie... son todos lunáticos mal queridos por sus madres. O sea que también deberían ir presas las madres. Aunque en este caso el problema era con la esposa. Me pregunto qué tendría ella

para decirnos.

De pronto, noté que todos me observaban boquiabiertos y me contuve.

—¿Qué vas a hacer ahora? — indagó Conde en el silencio que sobrevino—. ¿Regresas a la ciudad conmigo? Aunque quizá... —torció un poco la cara y noté que observaba con curiosidad la habitación de atrás. La puerta estaba abierta y podían verse la mesa con las velas, el tapete, las piedras energéticas y la fuente de aguas junto a las que trabajaba mamá—. Quizá podrías ayudar en la investigación si te quedas.

—¿Si me quedo?

—Si abres el local.

Fruncí el ceño mientras intentaba

pensar. ¿Qué sentido tenía que abriera el local, si no había adivina que atendiera a los clientes? ¿Y qué podía sacar con eso?

—No entiendo —me quejé.

—Podrías averiguar qué clientes vinieron a buscar a tu madre. Quizá la pareja de Chorizo Colorado o el tipo de la Hummer se den una vuelta —razonó Conde.

—¡Pero yo no puedo atender... no tengo ningún talento para...!

—¡Claro que tienes talento! —interrumpió Soraya con su incansable fe.

—¡Sabes bien que mi único talento está en la cama! —le chillé. Luego me tapé la boca, consciente de lo que había dicho. Roja como un tomate,

miré primero a Conde, que me miraba con incredulidad, luego a Montorvo, que se reía abiertamente—. Durmiendo — aclaré—. ¡Durmiendo! Que dormir es mi único y gran talento.

Se hizo un pequeño silencio mientras cada uno tomaba esa información de la forma en que le daba la gana.

—Esa falange no era de mamá —repuse, cambiando de tema—. Ella moriría antes de tener la uña negra y quebrada.

—Era de un hombre —coincidió el abogado—. Pero si realmente tienen a tu madre... no sé, no lo hagas si no quieres, pero en tu lugar, yo me quedaría a investigar.

Montorvo volvió a sonreír y me entretuve pensando que ese hombre no necesitaba armas: era una ametralladora mortal. Una odiosa ametralladora, por cierto.

—Supongo que no me llamaste solo para que me enterara de una desaparición —dijo, dirigiéndose a Conde.

—Pensé que podíamos usar tus contactos para ubicar a la señora —asintió el abogado.

La sonrisa del poli se hizo más pronunciada y se le marcaron hoyuelos en las mejillas. Se puso de pie, estirando sus largas piernas, y me miró desde arriba.

—Está bien. Averiguaré lo que

pueda y te llamaré.

—No te molestes —interrumpí fastidiada, ¿qué se creía ese tipo, que era la última Coca-Cola del desierto? —. Voy a buscar ayuda en la comisaría.

Refunfuñando, me puse de pie para acompañarlo y habíamos dado dos pasos hacia la puerta de la calle cuando él se volvió de golpe.

—Échame las cartas —pidió.

—¿Disculpa? —No podía salir de mi asombro. ¿A qué venía eso ahora?

—Échame las cartas —volvió a pedir, o debería decir, a ordenar, porque su tono no admitía réplica—. Quiero ver cómo lo haces, si eres o no eres creíble.

—Pero, ¡hay que ver! —me enfurecí.

—¡En serio! Échame las cartas. Si vas a quedarte al frente de eso —hizo un gesto despectivo hacia el local—, quiero ver si al menos puedes disimular. En eso se especializan los estafadores. Pero eso ya lo sabes, ¿no es cierto?

—No creo que sea necesario —comentó atrás Conde mientras bostezaba. Mis ojos fueron del rostro aburrido del abogado al burlón del poli mientras Soraya se afanaba en el aparador de la sala. La tuve a mi lado en un segundo.

—Un nuevo mazo —murmuró, excitada, mientras abría el paquete—. ¡Vamos, demuéstrole!

Sin apartar los ojos de Montorvo, estiré la mano para recibir el

mazo y me puse a barajar las cartas.

—¿Qué quieres saber? —
pregunté con la voz cargada de rencor.

El poli se encogió de hombros.

—Cualquier cosa. ¿Dónde está tu madre? ¿Qué equipo ganará la copa de fútbol? ¿Y qué hay de las elecciones?

—Solo una pregunta y que sea corta —refunfuñé.

—A ver... —Se llevó una mano al mentón y noté en ese momento que era áspero, bien definido, perfecto. Un pequeño hoyuelo se había formado en su mejilla y sus ojos brillaban picarescos... Un momento, ¿se estaba burlando de mí? El poli dejó de cavilar en ese instante—. A ver, dime, ¿podré llevarme a la cama a la mujer que estoy

deseando?

Fruncí los labios, molesta, y extraje una sola carta. La di vuelta.

—El sol invertido —anuncié con entusiasmo—. Vanidad, fanfarronería, apariencias injustificadas de grandeza. Para responder a tu pregunta, retrasos en situaciones que se dan por hechas. En tu lugar, no me sentiría tan seguro de esa conquista.

—Está invertido de tu lado pero no del mío —sonrió el poli.

—Es cierto —apuntó Soraya alegremente—. Significa éxito, felicidad, triunfo. Pierde cuidado, galán, la chica va a terminar en tu cama y no querrá salir de ella.

Mientras Montorvo reía a

carcajadas, resoplé enfurecida pues lo último que había querido era darle una buena noticia.

—Eres buena —fue lo último que dijo antes de irse y dejarme con las manos en el jarrón que había pensado lanzarle.

* * * * *

—¡Joder! —exclamó el abogado cuando estuvimos los tres solos—. ¡Ese tipo sí que sabe ponerme el pelo de punta!

—¡Pero si tú lo llamaste! —protesté, aunque estaba de acuerdo con sus palabras. Montorvo me ponía los pelos de punta.

—¡Necesitamos su ayuda!

—En primer lugar, aquí no hay ningún «necesitamos» que te incluya. En segundo, no creo que la poli sepa dónde está mamá, francamente...

—Montorvo no es cualquier poli.

—Vas a decirme que pertenece a las fuerzas especiales.

—No.

—¿Interpol?

—No.

—Entonces, ¿qué tiene de maravilloso?

—Parece que está en la nómina de los Topos.

Mi mandíbula inferior quedó colgando.

—¡Los Topos!

—Sí, los Topos, una organización narco.

—Sé quiénes son los Topos, ¡tampoco soy tan bruta, leo los periódicos! —lo interrumpí—. El asunto es, ¿cómo puede ser que Montorvo esté en la nómina de los Topos?

Al instante me percaté de la estupidez de mi pregunta, todo el mundo sabe que los narcos compran a la gente, incluso a la más cara, o quizá comenzando por la más cara. ¡Y qué mala suerte la mía! Dos de los especímenes machos más espectaculares de la jungla y resulta que uno era antipático y corrupto y el otro... —eché una mirada al abogado, que se estaba

acomodando los gemelos de la camisa —, el otro no dejaba de ser un estirado, para mi desgracia.

Sacudí la cabeza y supe que mi pelo ya estaba alborotado y en punta. Nada como mi pelo para reaccionar a las circunstancias.

—Bien, creo que voy a la comisaría a poner la denuncia — anuncié, poniéndome de pie.

El abogado se levantó también y metió sus manos en el bolsillo del pantalón para sacar las llaves del coche.

—¿Te molestaría que te dejara allí? Tengo cosas que hacer en el estudio.

—Al contrario, gracias — repuse, aliviada al saber que él se

marchaba. Necesitaba pensar, asimilar lo que estaba pasando, todavía me parecía que era imposible que mi madre estuviera en poder de unos narcos, estaba casi segura de que la vieja abriría la puerta en cualquier momento y se sorprendería de verme allí.

Como si notara mi repentina debilidad, Soraya tomó los bolsos de ambas y se ubicó a mi lado.

—Te acompaño.

Subimos al coche y cuando llegamos a la comisaría, mi amiga descendió presurosa, dejándome por unos segundos sola con Conde. Bajé lentamente y antes de marcharme me asomé por su ventanilla abierta y lo miré a los ojos.

—No sé cuándo podré volver al estudio —dije—. Si necesitas contratar a otra persona, hazlo.

—Te esperaremos...

—No —suspiré—. Mira, estoy confundida y no quiero complicarte.

—Te llamaré.

—No es necesario.

Conde sonrió y el calor de sus ojos se extendió a sus labios.

—Pero quiero hacerlo. No preguntes por qué, no podría decírtelo.

No supe qué responder a eso y cerré la puerta con sumo cuidado: no era cuestión de arruinar el coche (que era precioso) ni de enojar a su dueño (que también lo era). Además, todo el mundo sabe que hay hombres que cuidan más a

sus coches que a sus novias, pensé mientras lo veía irse.

Una hora después, en cuanto estuvo completado el trámite de la denuncia, que un poli tomó sin dejar de rascarse la barbilla, Soraya y yo regresamos a pie hasta la casa.

Estábamos caminando por una calle cualquiera y haciendo especulaciones sobre mamá, cuando de pronto mi amiga me tomó del brazo y me detuvo.

—No deberíamos caminar por esta zona —señaló con el mentón a un grupo de jóvenes que venían en sentido contrario.

—¿Por qué? ¡Estamos en el centro del barrio!

No pudimos seguir hablando. En ese momento los muchachos llegaron hasta nosotras. Por un segundo pareció que pasarían de largo pero de pronto uno se volvió y apoyó el dedo índice en la frente de Soraya.

—¡Bang! —dijo, haciendo el movimiento de disparo.

De pronto todos nos rodearon y noté que eran poco más que adolescentes. Un par tenían las caras abotagadas, los ojos enrojecidos y un poco desquiciados. Uno tironeó el bolso de Soraya y tras un breve forcejeo, se quedó con él mientras otro sacaba un cuchillo y lo apoyaba en su garganta.

—¡Ey! —grité—. ¡Déjala!

Dos puñales surgieron de la nada

y me hincaron en la espalda.

—¿Qué tal si vamos a tu casa? Debes tener cosas bonitas allí —dijo uno de los chicos, con la cara tan cerca de la mía que me bañó en saliva puesto que le faltaba un incisivo.

En ese momento deseé acordarme de alguna oración, el padrenuestro, por ejemplo. La frase «danos el pan de cada día» saltó a mi memoria desde alguna parte y mi estómago gruñó en respuesta, recordándome que no había comido. Pero eso es todo lo que vino a mi cabeza y no me pareció suficiente para agenciarme una vida mejor.

Ojalá pasara un coche policial, me dije desesperada, ¿dónde estaban

esos tipos cuando uno los necesitaba? Como por arte de magia, vi que el coche que estaba buscando estaba parado justo en la esquina. Dos polis bajaron, llegaron hasta un almacén, compraron un refresco y siguieron su ruta sin siquiera mirarnos.

—¡Joder! —grité llena de rabia.

—Vamos, ¿acaso no te enseñaron que es mejor no resistirse? —increpó el sujeto que salivaba demasiado—. Está en todos los libros, ahora incluso lo enseñan en la escuela.

—No era buena en la escuela.

—¡Eso lo explica! Da igual. Vamos a tu coche y de allí a tu casa o rajamos a esta vieja.

—¡Vieja, tu madre! —protestó

Soraya y puso los brazos en jarras—. No me hagas enojar, mocoso, que voy a hacer que te salgan pelos en la punta de la verga.

—Yo te conozco —dijo de pronto uno de los muchachos, acercándose a ella—. Tú eres la ayudante de la bruja.

—¡Mi madre no es ninguna bruja! —interrumpí, pataleando. ¿Es que a todo el mundo le iba a dar por insultarla?—. Es vidente, astróloga, numeróloga...

—La bruja se ha tomado vacaciones y ella está a cargo —intervino Soraya, señalándome con el dedo—. Tiene muchos poderes. No querrás que te haga nada, ¿no, Lucas? —

preguntó, dirigiéndose hacia el que la había reconocido y que tenía la nariz rebanada como si le hubieran quitado un trozo de un mordisco—. ¡Y no querrás que tu madre se entere de lo que estás haciendo! Si no me equivoco, va a vernos esta tarde, ¡y yo raramente me equivoco!

Los muchachos parecieron dudar por un momento.

—Y no tenemos coche ni dinero en casa —acoté.

—Pero podemos curar ese grano que tienes en la cara —dijo Soraya, dirigiéndose al Desdentado—. Y podemos preparar un filtro de amor para vuestras novias.

—¿Qué hace ese filtro? —quiso

saber Lucas con aire de duda.

—Las vuelve locas de deseo.
Las pone calientes.

Abrí la boca tan grande que podría haberme tragado un enjambre de moscas, excepto que no había moscas en esa calle: todas habían ido a la escuela y habían captado el mensaje.

—Está bien —claudicó el Desdentado—. Iremos esta noche a buscar esos filtros.

Suspiré aliviada pero Soraya frunció el ceño y estiró el brazo en dirección al muchacho que aún tenía su bolso en la mano. Compungido, él se lo devolvió y luego se hizo a un lado para que pudiéramos seguir caminando.

Media manzana más allá, me di

vuelta para observar al grupo: estaban acosando a un pobre diablo.

—No mires, que ni tus poderes pueden salvar al mundo, no eres Superman —me amonestó Soraya.

—No tengo poderes —repliqué con amargura—. Todo lo que tengo son dos años de Psicología, medio de Abogacía, tres meses de Periodismo, una semana de Medicina y dos clases de Ingeniería. Sin contar claro, con los años que llevo estudiando para contable.

—Todavía no entiendo por qué sigues en esa carrera. ¿Acaso estás avanzando?

Se me escapó un suspiro. Tampoco yo lo entendía, era la más odiosa de las carreras que había

intentado pero estaba harta de ser un fracaso. Tal vez por eso seguía adelante.

—Volviendo al tema de los poderes... ¿qué vamos a hacer cuando vengan esta noche?

Soraya me miró como si yo fuera un contorsionista de circo.

—¡Vamos a darles el filtro, por supuesto!

Supuse que mi amiga sabría cómo prepararlo pero aun así incliné la cabeza, dudando de la efectividad de la estratagema. ¿Qué pasaría cuando los filtros no dieran resultado? Además no quería asumir el rol de mi madre, ¡me había ido del barrio ocho años antes justamente por eso!

—Deja de darle vueltas —

Soraya interrumpió mis pensamientos—. ¿Ayudaría o no ayudaría a tu madre que abrieras el negocio? ¿Podrías ponerte en contacto con la mafia si te quedaras aquí?

Tuve que apretar los labios y asentir.

—No es la mafia, en todo caso serían narcos, según Conde.

—¡Bah, es lo mismo!

—De todos modos no creo que la mafia o los narcos o como los llames tengan a mamá —dije con un resoplido—. No sé por qué, pero me cuesta creerlo. ¿Qué tal si se fue de viaje? ¡Sabes lo que le gusta viajar! Aunque nunca antes se había ido de este modo... ¿y si le agarró Alzheimer? ¿O tuvo un

accidente? ¡Tenemos que llamar a los hospitales!

—Tu tía ya lo hizo esta mañana, sin resultado —repuso la ayudante—. Tu prima Valeria tuvo una visión, dice que tu madre está entre palmeras en el Caribe.

Bufé por una cuestión de principios: Valeria está más loca que la proverbial cabra.

—Se ofreció a abrir el local —continuó Soraya—. Valeria, quiero decir.

—Ella habría sido la hija perfecta de mi madre, pero el destino tuvo que cambiarnos. Le dio una hija loca a una persona dulce, relativamente joven y absolutamente cuerda como la

tía Hermilda y me puso a mí en casa de mamá.

Soraya me dio un coscorrón en la cabeza y una nalgada con el bolso.

—¡Eh! —protesté—. ¡Si digo la verdad! Yo debería estar haciendo pasteles y tartas con la tía. ¡Me comería unas cuantas! Además, la llaman de todos lados para encargarle bocaditos de copetín. ¡Mira cómo progresan!

La ayudante me dio otra nalgada.

—Tu madre será veinte años mayor que tu tía pero no se le nota y no le va nada mal, todo el mundo la respeta.

Gruñí, no del todo convencida. ¿Acaso yo era la única fracasada en la familia? ¡Solo me faltaba escuchar que

Valeria era candidata al Nobel de la Paz!

En eso miré en derredor. La gente con la que nos cruzábamos nos miraba de reojo y apretaban el paso al andar. Los negocios trabajaban tras las rejas. Las casas tenían las puertas y ventanas cerradas. No, no era la única a la que le iba mal.

* * * * *

Eran cerca de las dos de la tarde cuando entramos en la casa. Nos preparamos unas bocatas con dos tiras de pan, tomate y queso, y compensamos las calorías con refresco light. Después me repantigué en el sillón de la sala, me

desprendí el botón superior de los pantalones y crucé las manos encima.

—¿Crees que vendrán? — pregunté mientras reacomodaba el almohadón tras la nuca.

—¿La mafia?

—¡No! —Quería pensar que mi madre estaba en el Caribe, como había dicho Valeria—. Me refiero a esos adolescentes. ¡No sabía que la gente de la villa se había vuelto tan despiadada! ¡Qué resentimiento tienen... y nada de códigos! Creí que iban a matarnos...

—Esa no es gente de la villa, son solo los del barrio. Chicos buenos.

—¡Chicos buenos!

—Estaban colocados. Tú jugabas con algunos de ellos cuando

vivías aquí.

—Estás mintiendo.

—¡Qué va! ¿No te acuerdas de Lucas? Ahora lo llaman Media Nariz porque se la rebanaron, es el que puso el cuchillo en tu espalda.

—¿¡Lucas!?! ¿No querrás decir el mismo Lucas López que yo cuidaba hace diez años?

—¿Ves?

—¡No jugaba con él! Era un trabajo y me pagaban.

Soraya gruñó.

—¡Y no son chicos buenos! —
rematé.

—¡Bah!

—Son malos. «Buenos chicos»
malos —insistí.

—Buenos chicos malos, ahí tienes.

Eso pareció acabar la discusión. Soraya me dejó sola un rato y cuando regresó, me encontró durmiendo.

—¡Despiértate, eh! Es hora de abrir el local.

La ayudante tiró sobre mi pecho un par de prendas y abrí un ojo para mirarlas. Me senté de golpe.

—¿¡Qué es esto!?

—No pensarás que puedes ocupar el lugar de tu madre con jean y sudadera —enfaticó Soraya. Con una mueca desconsolada, me quedé mirando la blusa lila estilo hindú y la falda larga y llena de estrellitas.

—¡Ni loca!

—¡Bah! Te vi peor vestida un montón de veces, ahora quieres hacerte la coqueta.

—¡No es eso! Pero es que esto es... esto es... —Alcé la vista y en ese momento vi que Soraya lucía un atuendo parecido pero en naranja. Me puse roja de la vergüenza: había estado a punto de ofender a mi amiga—. No estoy segura de que sea necesario hacer el trabajo de mamá para averiguar algo —finalicé con voz apagada.

Soraya había llegado a casa cuando yo era una niña y dieciséis años después seguía allí, con intermitencias que la llevaban de vacaciones a su pueblo natal. Para mí era una hermana, una tía, casi una madre en muchas cosas,

puesto que mamá tenía edad para ser mi abuela.

—¡Vamos, nena! —La ayudante sonrió—. Estás en condiciones de hacerlo. Conoces las cartas, sabes qué decir, te pasaste un millón de horas escuchando en silencio a tu madre.

Y odiando cada minuto, pensé, pero en lugar de decirlo, me limité a suspirar.

—¿Por qué no puedes atender tú? ¡Siempre quisiste hacerlo!

—La mafia te espera a ti.

—¡Ey! ¿De dónde sacaste esa idea? —pregunté extrañada y en el acto noté que Soraya se miraba los pies—. ¿Hay algo que no me hayas dicho?

—Eh... bueno... puede que yo le

haya mencionado al tipo de la Hummer que tenías el poder. Fue mientras miraba la foto de la sala, se me ocurrió que él podía contratarte.

—¡Te mato! —Estaba rabiando pero aun así tomé la ropa y empecé a vestirme.

Me evalué al terminar: la blusa era tamaño extra gigante y la falda se veía como una carpa. Parecía un triángulo, incluso me pareció que el cuadrado de mi hipotenusa era igual a la suma de los cuadrados de mis catetos. Maldije por lo bajo.

—Sabes que estamos luchando por una causa perdida, ¿no? Es imposible que salga bien, mamá se espantaría si supiera que estoy a punto

de ocupar su lugar —rumié.

—No, tu madre estaría encantada.

—¡Sí, claro! —Bufé, sabiendo que sería todo lo contrario.

—Las cartas dicen que tendrás éxito —insistió Soraya, apoyando su mano sobre mi antebrazo.

—Esto va a traerme sufrimiento, creo que voy a pagar el pato.

—Acabas de recitar una carta, es... —Soraya sonrió.

—El colgado invertido —respondí, suspirando.

—Pero la tuya es el Sol. Belleza. Altura de miras. Inteligencia positiva.

Volví a suspirar mientras pensaba en Montorvo, también a él le

había tocado el sol. Pero mi sol era Conde y me pregunté si alguna vez me tocaría. En el sentido bíblico, que la carta me importaba un pepino.

—Vamos a trabajar —propuse resignada.

Capítulo 3: El Loco

Eran las cuatro de la tarde cuando Soraya abrió la puerta del local. En principio no acudió nadie y me di el lujo de colocar los pies descalzos sobre la mesa-escritorio frente a la que atendía mi madre.

Observé a mi amiga mientras ella encendía las velas y el sahumerio junto a mis tobillos. A continuación reacomodó las piedras energizantes en un pequeño aparador en el que también se hallaba un altar a San Rafael Arcángel. Para terminar, puso a funcionar la fuente de agua, que estaba sobre un enclenque pedestal corintio

situado detrás del escritorio, casi a mi espalda.

—¿Dónde crees que estará mamá? —La pregunta se había convertido en un mantra y nos la habíamos hecho mutuamente al menos una docena de veces desde que llegué al barrio esa mañana.

Soraya se encogió de hombros. No había nada que no hubiéramos dicho ya. O sí, lo había, pensé con súbita inspiración.

—¿Estará...? ¿Crees que estará con... ya sabes... —agité la mano en el aire, un poco reacia a pronunciar su nombre en esa casa— con Malena?

El nombre de mi hermana menor me quemó como si me hubiera tragado

una botella de lejía y tosí para liberar mi garganta. Era demasiado tarde: la lejía había abierto un hueco hasta mi estómago. Sabía a fuego y no era para menos: Malena desapareció de casa cuando cumplió los veinte años, dejando solo una estúpida nota con una serie de insultos incalificables.

Tras rastrearla en casa de su novio, nos enteramos de que ambos se habían marchado a los Estados Unidos. Ella jamás volvió a ponerse en contacto pero de vez en cuando, la madre de su chico nos contaba algún tonto detalle de la vida glamorosa que llevaban. Yo no la creía ni un instante.

Soraya resopló al escucharme.

—Sabes que cuando tu hermana

se fue, tu madre rompió todas sus fotos.

—Aun así...

—Quemó su ropa.

—Mamá siempre fue drástica.

Podría habérmela dejado... aunque probablemente no me habría entrado. De todos modos, eso no prueba nada.

—Tu madre ha borrado el nombre de Malena de la oración a San Rafael Arcángel. —Señaló el altar con la barbilla—. ¡Y, lo que es peor, también de la agenda en la puerta del refrigerador!

—Sí, pero...

—¡Ella no tiene idea de dónde está tu hermana! Y es la última persona del mundo a la que buscaría.

—¡Eso no lo sabes!

Soraya bajó la voz aunque estábamos solas.

—Sé que le hizo un pequeño trabajo de brujería. —Debió ver mi expresión de horror porque cambió el tono por otro más jovial en el acto—. ¡Bah, nada serio!, solo lo suficiente para que no ande por ahí, pavoneándose. ¡Y duró solo unas horas, lo deshizo casi al instante!

Metí la cabeza entre las manos. ¡Que los secuestradores se cuidaran de mi madre!

En ese momento sonó el timbre y Soraya hizo pasar a la recepción a la primera clienta: una mujer con la cara sembrada de verrugas.

—Es Susana, la madre de Lucas,

el chico ese que intentó robar mi cartera esta mañana. —Mi amiga me informó en voz baja mientras yo ocultaba los pies bajo la mesa.

—Ah, ¿y qué quiere, una guía de educación básica para adolescentes? —susurré por respuesta.

—Quiere que le cures las verrugas por secreto.

—¡Qué asco! Yo no curo por secreto. —Puse los brazos en jarras y fruncí el entrecejo. La historia de ocupar el lugar de mi madre mientras averiguaba quién la había secuestrado iba de mal en peor.

—Es fácil...

—No curo por secreto y se acabó la historia. Hazla pasar antes de

que me arrepienta y salga corriendo.

Soraya se encogió de hombros. Luego abrió la puerta e inició el ritual de correr las cortinas de la ventana para oscurecer el recinto mientras la clienta tomaba asiento.

—¿No está doña Marta? —fue lo primero que quiso saber.

Cerré los ojos en lugar de responder. Estaba entrando en trance... en el último trance. De hecho, estaba hiperventilando y creí que iba a estirar la pata en cualquier momento. ¿Qué hacía yo sentada allí, haciendo el ridículo? Juré que cuando mi madre terminara con sus secuestradores, ellos se las tendrían que ver conmigo.

—¿Te pasa algo? —insistió la

cliente.

—¡Sh, silencio! —amonestó Soraya desde atrás—. La señorita Malala es una reconocida vidente y médium.

—¡Médium! ¡Justo lo que necesito, comunicarme con mi esposo!

Abrí los ojos de golpe.

—No tenemos una mesa de tres patas, olvídense de eso.

—¡Pero necesito preguntarle cómo se arregla el interruptor!

Volví a cerrar los ojos y suspiré.

—Estoy viendo aquí que su hijo podría realizar un curso de electricidad —dije en el mismo tono misterioso con el que Soraya me había hablado del «trabajito» sobre Malena.

—No, no, no, mi hijo va a ser ingeniero —murmuró la mujer pero su voz tembló con un ligero pavor.

—Eso también —la tranquilicé —, pero primero tiene que hacer un curso.

—¿Cómo lo sabe si no ha tirado las cartas?

En ese momento Soraya se aproximó con el mazo nuevo. Lo sacó del estuche, lo pasó brevemente sobre el sahumero, murmuró unas palabras de bendición que incluían a la Virgen y terminó asentándolo junto a las manos de la clienta.

—Baraje y corte —invitó.

La mujer se irguió en la silla e hizo lo que le ordenaban con mano

trémula.

—Todo esto es nuevo —dijo—. Yo en realidad venía por las verrugas.

—Deje las verrugas por ahora —repuse con severidad—, tiene asuntos más serios que tratar.

—¿Asuntos más serios?

—¡Ya lo creo! —Comencé a echar las cartas en forma de cruz—. Aquí a la izquierda está su situación actual, sus problemas.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —La visitante se inclinó tanto hacia adelante que sus senos quedaron aplastados sobre la mesa.

—Es el Loco, significa locura, irreflexión, tontería. Hay algo que está haciendo mal. Demasiada frivolidad.

—¡Yo no soy tonta! Ni lo otro que usted dijo.

—Se está ocupando de sus verrugas cuando debería estar preocupada por otras cosas.

—¿Qué cosas? ¿El interruptor de la electricidad?

—Yo diría más bien su hijo. Aquí veo un abandono absoluto.

—¡Es que Lucas ya es mayor y no hace caso! Si yo le digo...

Me volví hacia la segunda carta, situada a la derecha.

—Este es el mundo exterior. La Luna. Situaciones problemáticas, su hijo tiene dudas y angustias. Está desilusionado.

—¡No me dijo nada!

—¿Acaso no es adolescente?

—Será por eso.

—Tiene amistades falsas que lo llevan por mal camino.

—¡Usted sí que es una excelente adivina! ¡Dios mío, ni yo podría haberlo dicho mejor!

Suspiré por lo bajo. Con toda mi aparente seguridad, estaba sudando. Tenía miedo de mirar hacia el suelo y descubrir un charquito.

—Aquí arriba, el estado de ánimo.

—¿Y es...?

—La estrella invertida.

—¡Pobrecito!

—Significa esperanzas no realizadas, desencanto, incluso

desequilibrio.

—¡Ay, mi Dios, y yo sin saber nada!

—Y finalmente el desenlace — señalé la última carta—. El juicio.

—¿No está invertida?

—No.

—¿Y eso es bueno?

—Es bueno. Es el presagio de un cambio absoluto de posición. Su hijo va a estudiar electricidad y va a abrir una empresa. Le irá muy bien y en unos años va a pagarle un tratamiento facial.

—¡Hijito querido, siempre pensando en su madre!

—Ahora usted tiene que apuntarlo en un curso y hacer que asista. Para eso, dígame que le comprará una

consola a fin de año si lo logra.

—¿Una consola? ¿Y cómo voy a comprar una consola? ¡Acaba de romper una!

—A esa pregunta la resolveremos otro día —le aseguré y la clienta se puso de pie con una sonrisa en el rostro.

—Gracias, señorita médium, ¡gracias!

Caminó unos pasos hacia atrás, haciendo pequeñas reverencias, y finalmente desapareció tras la puerta.

—Eso no fue difícil —dije cuando estuve a solas con Soraya, a la par que me repantigaba. La ayudante negó con la cabeza.

—Será mejor que pienses un

medio para conseguir la consola porque mañana va a volver con esa pregunta.

—Pero ¿es que acaso no cobramos?

—Sí, pero Susana es clienta habitual y tiene descuento.

Suspiré y estiré las piernas bajo la mesa. Me había quitado las sandalias hacía rato y moví un poco los dedos de los pies.

—¿Ahora qué, un descanso?

—Hay dos personas más esperando en la antesala.

Instantes después entró una mujer de unos cincuenta años, alta y elegante, el largo cuello cargado de collares que hacían juego con sus aretes y sus anillos.

—Necesito limpiar el aura de mi

negocio —anunció, tras darme un beso en el aire y tomar asiento frente a mí.

—¿Y su negocio es...?

—¿Acaso no eres adivina?

Miré a aquella mujer con encono. ¿Qué se creía la gente? ¡Vaya desfachatez!

—Gloria Núñez Pedra, de Préstamos y Empeños Núñez —explicó la clienta de mala gana—. Últimamente tenemos demasiados incobrables. Hasta les enviamos... mensajeros, ¡pero se resisten a pagar! Ya no es como antes.

Miré a aquella señora con suspicacia.

—¿Ha probado bajando la tasa de interés? ¿Aumentando el plazo de pago? ¿Renegociando la deuda? ¿Qué

me dice de las garantías colaterales? Y sobre todo, ¿cómo es eso de que envían «mensajeros»?

—¡Tu madre no hacía esa clase de preguntas! ¿Acaso eres contable?

Suspiré profundamente.

—Es verdad que hay un problema con su aura —repuse al cabo de un instante en el que intenté serenarme—. Con la suya, no con la de su negocio.

Tuve la satisfacción de notar que la mujer empalidecía visiblemente.

—¡Ah! —Titubeó—. Entonces, ¿ese es el problema?

—Necesitamos equilibrar sus chakras. Yo diría... déjeme ver... —Me aproximé todo lo que pude a través de la

mesa para centrarme en sus ojos. Tenía unos ojos pequeños y usaba rímel. La miré fijamente como para hurgar en su alma pero todo lo que pude notar es que una pestaña estaba a punto de meterse en su cristalino—. Sí, yo diría que es el chakra del corazón. Mi ayudante — Señalé a Soraya— le venderá algunas piedras energizantes. Para tranquilizar y conectarse con la capacidad de amar, se usa malaquita, fluorita verde o multicolor, jade, aventurita y cuarzo rosado. Compre cualquiera.

Me puse de pie con una sonrisa tan amplia que después me costó cerrar la boca y, por alguna razón, a la clienta también le estaba costando cerrar la de ella.

—¿Cómo? ¿Es todo? —preguntó —. ¿No vas a hacer el ritual completo de corte y liberación de San Jorge? ¿O el de Abrecaminos Africano, con las velas de San Cipriano? ¡Al menos la depuración del negocio, digo yo!

—¡Oh, no es necesario! —Sentí que los colores me subían a la cara ante la mirada iracunda de la mujer—. Más bien coloque las piedras sobre su corazón por las noches y medite, medite mucho. Sobre todo, piense en sus deudores, piense en ayudarlos para que puedan pagar, piense...

—¿Está diciendo que haga beneficencia? ¿Es eso? —interrumpió la clienta, poniéndose de pie con brusquedad.

—Bueno, yo...

Soraya se me acercó en ese momento.

—¡La señorita Malala no quiso decir eso! ¡Claro que no! Si quiere, yo puedo ir a su local y hacer un ritual completo de limpieza a precio promocional.

La buena señora no pareció conmoverse con la oferta.

—Ya veo que no tienes ninguna clase de talento —insistió, mirándome—. ¡Se lo haré saber a Marta cuando la vea! ¡Qué desilusión para ella, contar con una hija así! Pero así es el destino, ¿no es cierto? La hija útil se fue del país y solo quedaste tú. ¡Qué desagradable!

Me costó deglutir. ¿Así que era

amiga de mi madre? ¿Y si mamá llegaba a enterarse de que yo había hecho el ridículo una vez más? Me mordí el labio. ¿Por qué me resistía tanto a hacer esos condenados rituales?

—¿Quiere que le tire las cartas?
¡Es gratis! —sonreí.

Ella no se dignó en responder. Dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—Por lo que veo, usted conoce bien a mi madre —hice un último intento de conversación—. ¿Tiene idea de dónde puede estar?

La clienta me miró enfurecida una vez más.

—No deberías andar por ahí, preguntando. Esto es grave. —Hizo un

círculo amplio con el brazo hasta que se detuvo con el índice extendido hacia mí —. Tu madre sabía quién era quién y está visto que tú no lo sabes. No quiero asustarte, desde luego, pero ¿acaso tienes idea si el hombre que está afuera es un pobre diablo, un asesino o un narcotraficante?

Mis ojos salieron despedidos como pelotas de squash, rebotaron en la puerta que nos separaba de la recepción, pegaron en la ventana cerrada y regresaron a la cara de la amiga de mi madre, que me miraba con encono.

Sobresaltada, analicé la situación. Estaba allí para averiguar el paradero de mamá y no tenía sentido empezar a asustarme ante un delincuente

hipotético. ¡Ya había visto una falange! Separada de la mano, claro está. ¿Qué podía ser peor que eso?

—Una advertencia que llega demasiado tarde —respondí con amargura—. Ya estoy aquí.

—No por mucho tiempo.

Con esas palabras, la clienta abrió la puerta y cerró tras de sí con un portazo.

* * * * *

Poco después Soraya hizo pasar a un hombre joven.

—Afuera te espera alguien. — Mi amiga me guiñó el ojo antes de irse, lo que me hizo saltar en la silla. ¿Conde

había regresado? ¿Me esperaba en su coche? ¿Y yo, qué ropa me había puesto? Mi mirada pasó de las horrorosas prendas que me había dado Soraya al cliente que se había sentado enfrente y le gruñí.

—¿Cuál es su consulta? —quise saber, impaciente.

—¿Sabes quién es la mujer que acaba de salir? —preguntó el hombre con una sonrisa ladeada.

—¿Se refiere a mi ayudante?

—¡No esa! La otra, tu última cliente.

Lo miré con suspicacia. Por alguna razón, él quería que yo mostrara ignorancia, quería sorprenderme.

—¿Una amiga de mi madre? —

aventuré y me reí como si hubiera hecho una gracia.

El hombre me acompañó con una carcajada. O había acertado o estaba tan lejos de la verdad como Henry Cavill lo está de mi cama. Parpadeé, ¿me estaba ridiculizando? Para no errarle, me limité a mirarlo con una media sonrisa que se me antojó enigmática.

Mientras tanto, me dediqué a analizarle. La risa había sido franca y la sonrisa, simpática. Decidí que me caía bien y en seguida me di cuenta por qué: se parecía a Han Solo, el papel de Harrison Ford en *La Guerra de las Galaxias*.

Cuando el hombre se secó las lágrimas que caían de sus ojos, se

repantigó en la silla y se abrió la chaqueta de cuero con la comodidad de quien se encuentra en su casa.

—No acabo de comprender que haces aquí —comentó y sus ojos fríos me observaron con curiosidad. De pronto, comprendí que la simpatía había quedado atrás.

Me incliné un poco hacia adelante y apoyé los codos en la mesa. ¡No iba a dejarme amilanar por cada cliente que se sentara enfrente de mí, debía encontrar a mi madre!

—Soy la sucesora de la adivina y el asunto no es qué hago aquí. El asunto es qué hace usted aquí.

Se hizo un silencio incómodo durante el cual ni el hombre ni yo

parpadeamos, engarzados en una de esas contiendas para ver quién dura más sin pestañear. Por fortuna, es una de las pocas competencias en las que ganaba cuando era niña, así que me puse cómoda, apoyé mi sien izquierda sobre una mano mientras que con la otra tamborileaba sobre el escritorio, impaciente.

—¿Y bien? —lo apuré sin apartar los ojos.

De pronto, algo cambió en el ambiente, el hombre cedió y volvió a sonreír, lo que me permitió relajarme.

—Vine por el golpe.

—¿El golpe? —Di un salto mental. ¿Se habría golpeado ese hombre? ¿Habría golpeado a alguien?

¿Se suponía que yo debía saberlo?

—Lo que necesito son seis fierros de los grandes. Me hablaron de un ferretero que recibe contenedores y tiene todo tipo de cotillón. ¿Puedes darme el dato?

Parpadeé cuatro, cinco veces. ¿Un ferretero? ¿Ese sujeto creía que yo era el listín telefónico? ¿Se suponía que tenía que adivinar la dirección? ¡Hay gente que pide locuras a los adivinos, como si fueran Reyes Magos o Santa Claus!

Pero la última clienta se había ido enojada y no quería vivir otro fracaso.

—Deme sus datos —respondí, diligente—. En cuanto tenga el contacto

de un ferretero, lo llamaré.

Tomé lápiz y papel y anoté el número de móvil que Han Solo me dictaba. Quedé a la espera de un nombre, el sujeto pareció dudar entre darlo o no y finalmente me dictó:

—José Chimpu. Eres buena, te irá bien en esto —dijo el tipo al ponerse de pie y no pude menos que estar de acuerdo con él. Sonreí y le tendí la mano pero entonces ocurrió algo extraño: el hombre escupió en la suya y entonces tomó la mía con afabilidad. Con tanta afabilidad que no pude dejar de notar que la silueta de un arma se le perfilaba en el sobaco.

Antes de que pudiera recuperarme del asco y la impresión, la

puerta se abrió desde fuera con un seco golpe.

—¡Aquí estás, amor mío! — exclamó Montorvo al entrar y antes de que yo pudiera asimilar esa nueva sorpresa, fue derecho hasta mí, tuve una fugaz visión de sus caderas (qué bien se mueve) y de pronto me encontré en sus brazos, rodeada, apretada contra su torso, casi empaquetada. Por un segundo me perdí en el brillo de su mirada azul. Quemaba, miraba como si... como si... no pude completar el pensamiento. Sus labios se pegaron a los míos y el mundo llegó a su fin.

* * * * *

Realmente llegó a su fin porque le pegué tal bofetada que su mejilla tomó un tinte rojizo. Han Solo (Chimpu) se echó a reír pero aun así, Montorvo no me soltó. Forcejeé todo lo que pude, pero no había caso, los brazos de ese tipo estaban hechos de granito.

Acabé por darle un pisotón en el pie y entonces sí, me liberó tan de repente, que tambaleé. Di un paso atrás para estabilizarme y terminé chocando con la fuente de agua situada a mi espalda, de modo que el maldito pedestal corintio se balanceó peligrosamente. Cuando ya creí que me electrocutaba, o peor, que quebraba el feng shui de la habitación para siempre, el poli volvió a sujetarme con un brazo

mientras que con el otro retenía la fuente.

Han Solo volvió a reírse, esta vez más fuerte. Pude ver por el rabillo del ojo que se estaba secando los ojos con el dorso de una mano.

—¡Pero miren a quién tenemos aquí! —comentó, poniéndose serio de repente—. ¡Así que mi viejo amigo, el comisario! No sabía que estabas con este —murmuró, dirigiéndose a mí—. O que él estuviera contigo, para hablar con precisión. Bien, mejor así. —Pareció que deseaba hacer alguna pregunta o comentario pero debió de pensárselo dos veces, porque se limitó a caminar hacia la puerta y se marchó.

Aproveché la partida del sujeto

para deshacerme del policía. Aturdida, di un paso atrás para apoyar mis manos sobre la mesa-escritorio con tanta mala suerte que me quemé el codo con el sahumerio que Soraya había encendido.

—¡Joder!

—¿Te has hecho daño? —

Montorvo volvió a acercárame y pegué un salto de un metro hacia el costado.

—¡Estoy bien, estoy bien! — grité, sin poder evitarlo. ¿Qué le pasaba al poli? Tenía el ceño fruncido y los ojos en llamas. Lo contemplé un instante, ¿se había vuelto loco? «¡Amor mío!», había dicho. ¡«Amor mío» en verdad! ¿Y ese beso? ¡Nadie besa con los labios apretados y un músculo palpitando de rabia en la mejilla!

En las novelas eso no sucede así. En las novelas, él me habría inclinado apasionadamente sobre el escritorio, se habría situado entre mis piernas. Con una mano me habría sostenido la nuca y con la otra... ¿qué bragas tenía puestas? Me acordé del vestido-triángulo y volví al presente.

—¿Qué crees que hacías? — pregunté con los brazos en jarras.

Él arqueó ambas cejas.

—¿Sabes quién es ese tipo?

—¡Un cliente!

Noté que Montorvo me miraba con suspicacia y me enfurecí.

—¿Qué? ¿Vas a dar la lata otra vez con eso de la estafa?

—¡No! —murmuró—. La

especialidad de ese no es precisamente la estafa. Lo que aún no sé —y tenía un brillo pícaro en los ojos que me hizo estrilar de rabia— es cuál es TU especialidad.

Enrojecí violentamente. El poli había dado en el clavo sin conocerme: yo no tenía ninguna especialidad.

—¿¡Y qué diablos te importa!?

—grité a viva voz en su cara, tras aproximarme a él con paso amenazador mientras lo amenazaba con el índice—. ¡Cerdo! ¡Descarado! ¡Ese beso...! —Se me torció hasta la boca de pura amargura.

De pronto me sentí estúpida, parada tan cerca de él, y se me fue la rabia. Había sufrido demasiada tensión.

Aspiré profundamente, intentando calmarme, pero en lugar de una ansiada sensación de paz me invadió el olor a colonia de Francisco, o a gel de ducha, quién sabe. Un olor limpio y refrescante. Mis ojos se quedaron prendados de su cuello, del hueco que se formaba en su garganta, de la piel dorada y más abajo, de los rizos oscuros que asomaban. Parpadeé y bajé la vista, deseando que me abrazara. ¡Bah! Reacción post-traumática, que le dicen. Me entró un temblor gelatinoso en todo el cuerpo.

Pero Montorvo se limitó a sonreír, aparentemente inmune tanto a mi actitud desafiante como a la flojera de piernas que me dominó después. Se inclinó sobre mí sin tocarme hasta

respirar sobre mi oreja.

—¿Quieres uno de verdad? —
susurró.

Lo miré con la boca abierta. Se reía. El maldito se reía. Cerré la boca. Volví a abrirla. No sabía qué contestarle y cuando se me ocurrió, ya era tarde.

—Traía un arma, lo vi. ¿Te amenazó? —insistió el poli.

Negué con la cabeza. ¿Así que había intentado protegerme? Me conmoví en un instante. Pero antes de que pudiera analizar la sensación cálida que se expandió en mi pecho ante la idea, un grupo de adolescentes asomó por la puerta. Eran al menos veinte.

—Queremos esos filtros —dijo Lucas por todos.

Soraya los hizo pasar y luego se retiró para buscar las botellitas. Entretanto, invité a los chicos a sentarse mientras echaba miradas asesinas al poli de cuando en cuando.

Los muchachos se acomodaron como pudieron, entre las sillas y el suelo.

—¿No tienes que irte? —Le pregunté a Montorvo, que se había ubicado en una esquina y me miraba con los brazos cruzados y los ojos sonrientes. Negó con la cabeza.

Me encogí de hombros antes de volverme hacia los adolescentes.

—Lo que hay que saber sobre esto... —comencé con voz vacilante.

—¡Lo sabía! —interrumpió el

Desdentado—. No dan resultado.

—¡Espera! —lo amonestó Lucas.

—Lo que hay que saber es que la chica no debe enterarse de que está tomando un filtro —continué rápidamente—. ¡Y nada de mezclarlo con alcohol o drogas!

Los muchachos murmuraron pero ninguno se atrevió a decir una palabra en voz alta. Eché otra mirada rencorosa al poli antes de tomar aliento.

—¡Y algo más! —dije, empleando el mejor tono de película de misterio. Sabía que me estaba metiendo en problemas pero una vez embarcada, me era imposible dejarlo—. No es cuestión de lanzarse sobre la chica, así sin más.

—¿No? —preguntó un par.

—No. Hace falta... preparar el terreno. —Me enfrenté a miradas cargadas de estupor, incluida la del poli—. ¿Supongo que ninguno leyó *Los hombres son de Marte y las mujeres son de Venus*? —Otro silencio—. Voy a hacerlo fácil. El chico se encuentra con la chica, le dirige una mirada romántica. —Hice una demostración con el muchacho más cercano, incluyendo un aleteo de pestañas—. Otra. Así. Le dice que es hermosa, clava los ojos en su boca, ¡no en las tetas! Le dice que se muere por besarla. Esta parte es importante. Tiene que mostrar amor, tiene que... —Me interrumpí al notar la mirada perturbada de todos los

asistentes. De todos menos del poli, él se estaba riendo silenciosamente pero con ganas.

De pronto, sentí que tenía las orejas hirviendo.

—¿No se supone que el filtro las pone calientes sin que tengamos que esforzarnos? —se quejó el Desdentado.

—¡Sabía que no daría resultado! —añadió otro.

—Eh... —titubeé. Mi mirada se cruzó con la del comisario. No podía mentir. No podía convertirme en la embaucadora que él creía que era. Tampoco podía decir que no tenía fe en esas cosas, cuando mi madre y Soraya tenían tanta. Me mordí el labio.

Montorvo no se movió. Siguió

recostado tranquilamente contra la pared, los brazos velludos cruzados sobre el pecho. No iba a ayudarme. Se reía de mí, estaba claro. Lo supe y lo odié con toda el alma. Pero cuando tomé aliento para defenderme, la voz fuerte y clara de él me interrumpió.

—¡Claro que da resultado!

Los jóvenes se dieron vuelta hacia él con los ojos desorbitados.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lucas.

—Yo mismo lo probé.

—¿¡Qué!?

—¿¡Cómo!?

—¿¡Con quién!?

—Esto último se me escapó a mí.

—Desde que me lo dieron, no he

dejado de estar caliente por una mujer —aclaró sin apartar sus ojos de los míos. Tragué saliva. Vaya que era buen actor el poli. Por un segundo me habían temblado las piernas, imaginando que yo era esa mujer.

—¡Aquí están, uno para cada uno! —exclamó Soraya en ese instante.

Los muchachos se levantaron de un salto, tomaron las botellitas que contenían un misterioso líquido dorado, y se fueron sin dar las gracias.

—No les dijimos cuántas gotas deben poner en el vaso —se lamentó mi amiga.

—¿Acaso importa?

Suspiré mientras cerraba la puerta del local con llave. El suspiro se

convirtió en un lamento al echar una mirada anhelante hacia la cocina. Me moría de hambre.

—Creo que tendré que quedarme aquí esta noche. Es demasiado tarde para volver a casa —dije, bostezando—. ¿Qué hay de cenar?

Un carraspeo a mi espalda me hizo darme vuelta. Me había olvidado de Montorvo.

—¿Te quedas? —le preguntó Soraya antes de que yo pudiera detenerla y así nos encontramos cenando los tres una fuente de espaguetis con salsa roja, queso y crema.

Suspiré al finalizar y antes de que hubiera tenido tiempo de quitarme las sandalias bajo la mesa, el poli

empezó a recoger. Soraya se quejó entonces de dolor de cabeza y se retiró a su cuarto. Me quedé mirándola con envidia. Después mi mirada se trasladó al poli y lo descubrí observándome, los ojos entornados con una expresión inescrutable.

—¿¡Qué!?

—Tenemos que hablar —susurró y di un salto. ¡No «amor mío» otra vez, por favor! ¿Ese hombre no se cansaba de jugar conmigo?

Pero en sus ojos había seriedad y cuando me condujo a la sala y se sentó a mi lado, supe que se trataba de algo relacionado con mi madre.

—¿Alguna novedad? —susurré.

—No de tu madre. No está ni en

los hospitales, ni en la cárcel ni en la morgue.

—Los Topos...

Sus ojos se achicaron al mirarme y tragué saliva. No debería haberle mencionado a su banda, se suponía que yo no sabía que le pagaban, había metido la pata.

—¿Qué sabes de ellos? — preguntó con lentitud.

—¡Oh, nada, nada! —Tomé aliento—. Entonces, ¿qué has venido a contarme?

—Hemos encontrado el cuerpo de Pedro Sánchez.

—¿Quién?

—Chorizo Colorado —aclaró el poli—. El hombre sobre el que tu madre

debía hacer mal de ojo a petición de una cliente.

Las frías patitas del miedo caminaron por mi espalda. Era una sensación extraña, como cuando un espíritu te atraviesa. Según dicen.

—No creo que mamá le haya hecho el mal de ojo a nadie. Solo hace magia blanca, ya sabes, lo dice el cartel de la puerta.

—No estoy diciendo lo contrario. Todo lo que sabemos es que Sánchez apareció muerto de un disparo en la frente. Hemos situado la hora de la muerte en setenta y dos horas antes de que apareciera.

—Eso quiere decir...

—Lo mataron el día en que

desapareció tu madre.

—Eh... ¿ya habéis detenido a su mujer?

El poli me miró intensamente.

—No tenía mujer. Sánchez era gay.

Me concentré en analizar una mancha en el suelo que no había detectado antes.

—Tú has mencionado a los Topos... —prosiguió el comisario.

—¿Qué?

—¿Sabías ya que Pedro Sánchez, o Chorizo Colorado, como gustes, era miembro de los Topos?

—¡Dijiste que era un sujeto sin importancia que vendía crack!

El comisario asintió.

—Era un miembro de los Topos que operaba en esta parte de la ciudad. Un eslabón sin importancia, es verdad.

El poli se echó hacia atrás en el sillón, cruzó los brazos y entrecerró los ojos. Hizo una pausa que se me antojó eterna y me puso nerviosa como si yo fuera la culpable.

—Hay algo más —susurró y su voz sonó amenazante y letal—. Antes de morir le amputaron una falange que resultó ser la que te enviaron a ti.

Sentí que me ponía verde y agaché la cabeza, temiendo que sucediera lo peor. No, no pensé en que mi madre podría ir a prisión por asesinato. En ese momento lo único que temí fue vomitar enfrente de Montorvo.

—Respira hondo —susurró él, aproximándose a mí en el sillón. Fui consciente de su muslo junto al mío, ¡qué largo resultaba y qué caliente!, pegado a mí parecía una hoguera. Respiré hondo porque había dejado de entrarme aire—. Así, así —repitió él al creer que obedecía—. ¿Mejor?

Asentí, trémula.

—Gracias —logré articular.

Él me apretó una mano pero en seguida la soltó y se puso de pie.

—Volveré mañana —prometió antes de irse y yo me quedé sola en la sala, preguntándome si eso me tranquilizaba o todo lo contrario.

* * * * *

A la mañana siguiente, mientras tomaba un té y compartía unos bizcochos con Soraya, sonó el timbre de calle.

—¡Que no se diga que la familia no se une cuando es necesario! —llegó el grito de Valeria en cuanto abrieron la puerta. Por detrás, la tía Hermilda traía una fuente enorme.

—Pensamos que con tantas preocupaciones, tal vez no tenías tiempo de cocinar.

Olí la lasaña recién hecha y cambié la cara de arpía con la que siempre recibo a mi prima por otra más amable. Soraya recibió la fuente y luego todas nos acomodamos en la sala.

—Estás fatal en esta foto, prima

—fue lo primero que dijo Valeria tras echar una ojeada por la habitación y detenerse en el único portarretratos. Se puso de pie de un salto y se acercó a la repisa, riendo bajito. No era la primera vez que lo hacía y como siempre, sofrené mi rabia al ver que mi prima estaba estupenda. Cuerpo de modelo, altura de uno setenta y tres, cincuenta y tres kilos. Jean blanco, blusa roja y chic, sandalias de plataforma. Valeria se dio vuelta hacia mí y la picardía brilló en sus ojos negros y en su boca, tan roja como sus uñas.

—¿Ya tienes novio? —quiso saber.

—¿Y tú?

—Ayer le corté el rollo. Estoy a

la caza de nuevo.

—En una de esas puedes salir con tu prima —sugirió la tía Hermilda con una sonrisa.

Gruñí al tiempo que Valeria disimulaba su risa tras un acceso de tos.

—Ahora cuenta qué está pasando —me instó la tía tras levantarse para dar unos golpecitos en la espalda de su hija.

Soraya las puso al corriente de lo sucedido.

—Entonces, ¿se supone que tu madre hizo mal de ojo sobre un vendedor de los Topos que ahora está muerto? ¿Eso es todo? —resumió la tía.

Me encogí de hombros.

—Piensan que por eso ella desapareció después.

—¿La policía cree que ella mató a ese tío? —quiso saber Soraya.

—Tal vez. O tal vez creen que fue amenazada por esos Topos y se esconde —respondí.

—Quizá Marta se fue de viaje, todo el mundo sabe cuánto le gusta viajar —repuso la tía.

—¡Pero no nos dejó ningún mensaje! —exclamé—. ¡Ella no haría algo así!

—Alguna vez lo hizo —contestó Hermilda—. Yo que tú, no me preocuparía. Además, es una tontería suponer que lo de la falange tiene algo que ver con tu madre. ¡Quizá sean dos cosas inconexas!

—¡Pero, tía, la falange llegó a

mi nombre! ¿Por qué otro asunto podría ser? Además, pertenecía al mismo Chorizo Colorado que apareció muerto después.

—Bueno, visto así... —suspiró—. Pero, ¿qué estás haciendo aquí? ¿No deberías volver a la ciudad?

—Voy a quedarme y a hacerme cargo del negocio.

La tía me miró con incredulidad.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

Eso dolió. Mamá sabía que yo era un desastre. Yo misma sabía que era un desastre, pero ¡que se hubiera dado cuenta todo el mundo! Era demasiado.

—Es el mejor camino para averiguar dónde está mamá, no me fío de

que la policía vaya a hacer algo — repuse en tono neutral.

—Claro, quizá los narcos vuelvan. Todo el mundo sabe que consultan a los adivinos antes de cada operación —terció Valeria y tuve que estar de acuerdo con ella, lo que por cierto, ya era desconcertante.

—Consultan al adivino y al fraile —apuntó Soraya—, son creyentes y siempre piden la bendición. Lo vi en una serie.

—Quizá vuelvan hoy mismo — insistió Valeria, entusiasmada—. ¿Serán guapos? ¿Qué tal me sienta este pantalón?

La tía se rio y al hacerlo, pareció tener varios años menos que los

cincuenta y pico que portaba.

—¡No, no! ¿¡Qué narcos!?! ¡Debe ser un error! Lo importante es que Malala vuelva a la ciudad. ¡No tiene nada que hacer aquí!

—Creo que tu tía tiene razón —dijo Soraya de repente—. No había pensado en el riesgo. ¿Y si los narcos le encargan otros «trabajos» a Malala? Dado que ahora doña Marta no está para hacerlos... —aventuró.

—¡Claro! —acordó Valeria—. Ellos no tienen idea de que Malala es una inútil. Los narcos van a venir. Bien, en ese caso me quedo.

Se hizo un silencio pesado y noté que Soraya me estaba mirando con intención.

—¿Qué? —quise saber.

—Tu prima se queda —dijo

Soraya entre dientes.

Como un huracán, como un Chucky endemoniado me volví en dirección a Valeria.

—Ah, no, no. A ti no te dejaron ningún dedo, que yo sepa.

—Hum..., cierto. Los estuches de joyas que recibo contienen joyas. Joyas, no bisutería, y desde luego, nunca dedos.

—Lo que sea. Yo estoy a cargo del negocio y lo abriré solo para recoger información que nos conduzca a mamá.

—Sabes que eres un imán para el desastre y no tienes ni un solo poder.

—Me las arreglaré —repuse de mala gana, sintiendo que enrojecía por cuarta o quinta vez ese día.

—No veo a nadie haciendo fila en la puerta.

—Eso es porque abrimos a las cuatro.

Valeria se rio.

—Me quedaré hasta las cuatro para verte. De hecho, me quedaré en un rincón para supervisar cómo echas las cartas y haces un hechizo de amor.

Empecé a transpirar y mi prima debió notarlo porque sonrió.

—Vas a fundir a tu madre en menos de cuarenta y ocho horas. En tu lugar yo buscaría: a) recuperarla, y b) mantenerle el negocio mientras tanto.

Pondría todo mi esfuerzo en eso. Y sucede que tu mejor esfuerzo soy yo. Pero ahí tienes, quizá no quieres tanto a tu madre como para hacerlo.

Valeria se cruzó de brazos y esperó. Al observarla, me perdí en un cálculo trigonométrico. Estaba sacando la cuenta de que si tomaba impulso en el sillón, por ejemplo apoyando un talón en el respaldo, podía dar un salto que me llevara directamente hasta el cuello de mi prima. Una vez ahí solo me quedaría apretar. Sentí que mis dedos se estaban entrenando, casi podía sentirme Jackie Chan, pero mi mirada se cruzó con la de Soraya y me contuve.

Había una actitud tibetana en esa cara redonda y curtida. ¿Desde cuándo?,

quise preguntar en silencio, ¿desde cuándo Soraya contenía las ganas de hacer una barrida? No recibí respuesta a su pregunta y me vi obligada a claudicar.

—¡Está bien! —anuncié de mala gana—. Puedes ayudarme, pero yo seré la jefa.

Le estaba hablando al aire. Valeria se había puesto de pie de un salto y ya se dirigía al saloncito de mi madre.

—¡Mazo nuevo! ¿Hiciste bendecir las cartas? —preguntó con devoción.

—No hubo tiempo —respondió Soraya con un gruñido.

—¡Mal hecho! —la amonestó mi

prima—. ¡Dame! Me ocuparé de eso. Estaré de vuelta antes de las cuatro.

Nos despedimos con besos al aire y cuando cerramos la puerta, me apoyé contra ella con todo mi peso. No podía más. Quería volver a mi piso en el centro de la ciudad. Quería volver a mi trabajo. No, no en realidad. Lo que quería era meterme en mi cama con una caja de bombones de limón y chocolate y mirar bobadas en la tele hasta que se me formaran legañas o me quedara sin oxígeno en el cerebro, lo que sucediera primero.

Suspiré mientras visualizaba la cara arrugada de mi madre. ¡Tenía que aguantar por ella! De ahí mi mente pasó a la tía Hermilda, Valeria, Lucas, el

Desdentado y el resto de los adolescentes; a Gloria Núñez, la prestamista antipática; a Han Solo, que buscaba un ferretero. No sé cómo salté a Montorvo y logré recargar energía con un ataque de furia. ¡Yo metida en tantos problemas y el poli no hacía más que burlarse!

Él era el culpable de mi estado. Él tenía todas las respuestas. Podía decirme si los Topos tenían a mi madre o si la habían amenazado y obligado a esconderse por ahí. Pero, ¡por supuesto, él no me lo iba a decir!

—¿Cómo puede empeorar esto?
—Se me escapó el suspiro. En ese momento sonó mi móvil, fui corriendo a sacarlo del bolso y apreté la tecla con

rabia—. ¡Dígame! —troné.

—¿María?

El corazón se me encogió al escuchar la voz. Enrojeciendo, me alejé de Soraya para atender la llamada en la sala.

—¡Hola! —volví a decir con voz amable.

—María, soy Conde.

—Ya lo sé —lo interrumpí—. Quiero decir, eres el único que me llama así. A mí me gusta que me digan Malala...

—María, te escucho mal. ¿Tienes alguna novedad?

—Mataron a ese señor que... el del chorizo.

—Montorvo me lo dijo. Por eso

te llamo, estuve charlando con mi socio, ya sabes, Egarteche. Él es un apasionado del tema de las bandas. —Asentí, no había nadie que supiera más sobre la organización criminal que el otro socio del estudio—. En esa zona hay una disputa de poder entre dos grupos: los Topos y los Pocos —siguió diciendo Conde.

—Y los Topos quieren comerse a unos Pocos, ¿eh?

Escuché que el abogado se reía y eso me entibió las entrañas.

—Efectivamente, has acertado, algo así. Los Topos son la banda más poderosa de la ciudad, no solo reparten la droga en casi todos los barrios sino que están tratando de asociarse con una

de las grandes mafias internacionales que llevan la droga al centro y norte de Europa.

—Chorizo Colorado era Topo.

—Sí. Y el barrio de tu madre, María, está en manos de los Pocos, desde la estación de trenes hasta el límite que lo separa de la villa de casas precarias que está más allá.

—¡Ajá! ¿Y la villa a quién pertenece?

Conde se encogió de hombros.

—La villa ha sido siempre independiente. Tiene su propia banda, su líder, otros códigos... Hasta ahora han sido ladrones, no traficantes.

Eso no me tranquilizaba demasiado. Decidí revisar doblemente

las cerraduras por la noche: la villa estaba a pocas manzanas de distancia.

—Aunque eso podría cambiar — continuó el abogado—. La villa podría convertirse en el tercer vértice del triángulo de poder entre las bandas. Los Topos, los Pocos y la villa, que tomará partida por uno de esos dos grupos tarde o temprano, si no lo ha hecho ya.

—Me mareo —respondí, agitando la cabeza, era demasiada información para mí—. Chorizo Colorado era Topo. En este barrio están los Pocos.

—Chorizo Colorado tenía que conquistar el barrio de tu madre para sus jefes.

—¡Oh!

—Desplazar a los Pocos o aniquilarlos.

—Eh...

—Pero alguien encargó a tu madre que le hiciera brujería.

—No está confirmado que mi madre aceptara. ¡Mi madre es inocente!

—Ya. Bueno, voy a seguir investigando y te llamo en cuanto tenga novedades. Cuídate.

—¿Nicolás? —hice una pausa, titubeando—. No sé por qué me estás ayudando, pero gracias.

Del otro lado el silencio se extendió por tanto tiempo, que llegué a dudar de que él me siguiera escuchando.

—Podría decirte que lo hago porque soy tu jefe y también porque

quiero ser tu amigo. Pero en ambos casos estaría mintiendo, ¿no es así? — Conde me respondió con voz seductora.

Fue mi turno de quedarme en silencio mientras mi corazón pegaba un salto para ponerse a zapatear sobre mis tripas. No sabía qué esperaba como respuesta pero sin duda no era eso.

—Ambos sabemos cuál es el interés que tengo en este asunto — prosiguió e hizo una pausa durante la cual me eché a temblar. Iba a pasar, iba a pasar, iba a decirme algo, iba a pedirme que tuviéramos una cita, iba a... Manoteé excitada, el móvil se me escapó de las manos y fue a dar al suelo con un seco ruido. Nerviosa, lo pateé, tuve que rastrearlo a cuatro patas y me

di un buen tortazo en la cabeza con la base de la silla mientras rezaba para que siguiera funcionando.

Por lo visto todavía lo hacía, y pude escuchar la voz del abogado mientras llevaba el aparato hasta mi oído, pero cualquier cosa que dijera, la concluyó en ese instante.

—¿Eh? —pregunté, trastornada—. ¿Qué has dicho?

Él se echó a reír.

—No voy a rogar. Avísame cuando estés lista.

Cortó y yo no supe si reír o llorar o estrellar el maldito móvil contra la pared. ¿Lista para salir con él? ¿Lista para volver al trabajo? ¿O lista —tragué saliva— para meterme en el sucio

asunto de las bandas?

* * * * *

A las once y media de la mañana de ese día Soraya y yo dimos cuenta de la lasaña y a las cuatro de la tarde estábamos tan aburridas que ambas nos abalanzamos a abrir la puerta de entrada al local. No había nadie. Suspiré, al menos no estaba Valeria para ver mi fracaso... o mi nuevo atuendo floreado de blusa y falda verde manzana, que hacía juego con el de mi amiga.

En ese momento un todoterreno se detuvo ante el negocio y mi prima bajó con un conjunto parecido al que

había usado esa mañana pero en amarillo y violeta.

—Mi aura va mejor con estos colores —comentó al ver que yo la repasaba de la cabeza a los pies—. Claro que también combinan con el regalo que recibí en mi último cumpleaños. —Palmeó la camioneta amarilla con gesto de superioridad—. ¿Y los clientes? —No recibió respuesta—. ¿Qué, un día te sobró para alejarlos?

Las tres entramos juntas a la casa. Soraya se quedó en la antesala, Valeria se acomodó en el cuartito donde se atendía y yo fui a encender la tele y a repantigarme en la cama de plaza y media de mi madre. Debí quedarme dormida porque al abrir los ojos me di

con que la habitación estaba ya en penumbras.

La tele estaba apagada y un murmullo llegaba desde afuera, pero eso no fue lo que me inquietó. Lo que verdaderamente me asustó fue la mano sobre mi hombro, zamarreándome, y la respiración pesada cerca de mi cara: un aliento rancio.

—¿Soraya? —pregunté insegura, tras girar la cabeza para buscar un poco de aire.

—¡Ey, qué manera de dormir! — dijo una voz que habría sido varonil si no hubiera estado cortada por un gallo.

Aquello terminó de espabíllarme. Manoteé la mesita de luz con tanta torpeza que terminé tirando la lamparita

al suelo. Maldije y me levanté de golpe. Pero en ese mismo instante el tipo, que se había agachado para recoger la lámpara, decidió enderezarse. Chocamos las cabezas y los dos nos apartamos, llevándonos una mano a la frente.

—¡Joder! —dijo el muchacho.

—¡Te cruzaste! —Estiré la mano y encendí la llave de la luz. La cabeza me dolía horrores, el intruso debía tener titanio en lugar de cerebro. Parpadeé y en eso reconocí a Media Nariz—. ¡Lucas! ¿Qué haces aquí? ¿No ves que es mi cuarto?

—Me mandaron a hablar contigo y como no te vi delante, decidí entrar. ¡Espera, no te ofendas, que ya te vi

dormir muchas veces antes!

—¡No mientas!

—¡En serio! ¿No te acuerdas cuando mis viejos te pagaban para cuidarme?

—¡No dormía!

—¿Qué no? Una vez te metí un moco en la boca.

—¡Qué asco! ¡Sal de aquí! ¡Fuera, mucoso depravado!

—¡Eh! ¿Cómo te enteraste de que también espiaba bajo tu falda? ¿Te lo dijo alguien?

—¡Fueraaaa! —retrocedí para buscar la almohada y empecé a aporrear al chico en la cabeza mientras él se cubría con los brazos—. ¡Podías haber llamado! ¡Podías haber encendido la

luz! ¿Acaso no ves que allá está el interruptor, junto a la puerta?

—No funciona.

Efectivamente, noté que el interruptor estaba hundido, como si lo hubiera presionado un fisicoculturista y no un adolescente flacucho.

—¡Acabas de romperla! —seguí aporreándolo con ganas.

—¡Cálmate, todavía no te di el mensaje!

—¿Qué men—sa—je? —pregunté, acentuando cada sílaba con un golpe de almohada.

—Mañana a las nueve tienes que estar lista.

—¿Lista para qué?

—Van a pasar a buscarte. No me

preguntas más. ¡Ah, lleva las cartas! —
Lucas abrió la puerta de un tirón.

—¡Ey! ¿De quién es el mensaje?
—le grité al ver que se marchaba a toda
prisa.

El muchacho se dio vuelta hacia
mí, hizo la seña de que cerraba su boca
con una cremallera y tiraba la llave.

—No preguntes —susurró—. Yo
solo entrego mensajes.

—¡Espera!

Lucas negó con la cabeza antes
de desaparecer rumbo a la calle.

Todavía sobándome la frente
donde me había dado el golpe, fui a la
antesala en busca de Soraya. En lugar de
encontrarme con ella, me di con una
cliente que salía corriendo.

—¡Está loca! —gritó la mujer al pasar—. Quiere darme caldo de serpiente. ¡Sálvese quien pueda!

No había otras personas en la sala de espera así que cerré la puerta de calle y volví mis pasos rumbo al cuartito de trabajo de mi madre. Encontré a Valeria y a Soraya en plena discusión.

—¡Se hace con piel de serpiente! —gritaba mi prima.

—¡Te digo que no, doña Marta lo hacía con miga de pan y un poco de canela!

—¡Tonterías!

—¡Ja! Y en cuanto a la forma de echar las cartas, jamás escuché la interpretación que estás dando... — Soraya había puesto los brazos en jarra

y se balanceaba sobre sus pies en actitud amenazante.

—¿Y tú qué sabes? ¡Seguro que no leíste a Eliphaz Levi, el mayor ocultista de todos los tiempos!

Soraya parpadeó y sus pies se quedaron anclados en el suelo mientras mi prima estallaba en una risa ácida.

—¿Puedes decir algo, lo que sea, sobre la relación entre tarot y cábala? —insistió Valeria con aire autosuficiente.

Ví que mi amiga retrocedía y sentí que mi corazón se llenaba de rabia.

—¿Entre los arquetipos de Jung y el tarot? —siguió presionando Valeria—. ¿Ves que no sabes nada?

—Yo sé algo de eso —la

interrumpí.

Mi prima se dio vuelta y me miró con evidente sorpresa.

—Ah, ¿sí?

—Sí, hay un tratado de Doner Kebab sobre el arquetipo del sabelotodo —anuncié—. ¿No me digas que no lo leíste? ¿No eres psicóloga, acaso?

Valeria no respondió. Torció un poco la cabeza y parpadeó varias veces.

—El arquetipo del sabelotodo es como la carta del Loco en el Tarot —seguí diciendo mientras Soraya en el fondo del cuarto se agarraba el vientre con una risa silenciosa.

—¿El Loco? ¿No será el Sabio? —Valeria frunció el ceño.

—El Loco porque todo

sabelotodo es ridículo, necio e inconsciente. Se obsesiona tanto que deja de reflexionar y cae en la estupidez.

Mi prima pareció meditar unos instantes y sus ojos pequeños se achicaron aún más.

—¿Me estás tomando el pelo?

En lugar de responder, me dirigí a Soraya.

—¿Queda lasaña? Tanto pensar en la comida árabe me dio hambre.

Nos comimos el resto de la lasaña a las siete de la tarde y cuando terminamos, me puse de pie.

—Me voy a casa —anuncié, desperezándome—. Tengo que traer algo de ropa, no vine preparada para quedarme varios días. De todos modos

mañana voy a estar de vuelta antes de las nueve...

¡Bocazas! En cuanto lo dije me di cuenta de mi error, pero mi prima me miraba ya como si pudiera olfatear algo, incluso había arrugado la nariz. Es que Valeria es todo un mastín.

—¿A las nueve?

No respondí. Encogiéndome de hombros, me dirigí a la puerta, seguida por las dos mujeres.

—¿Para qué vas a estar aquí a las nueve? —insistió mi prima—. ¿No es un poco temp..? —La pregunta quedó trunca al llegar a la acera—. ¡Mi camioneta! —gritó—. ¡La dejé aquí, aquí! —señaló con ojos desorbitados—. Malala, ¿me has gastado una broma?

Negué con la cabeza. Valeria retrocedió hasta la casa y salió unos segundos después, marcando frenéticamente el nueve once en su móvil.

—Me pregunto cómo una adivina tan poderosa no lo vio venir —murmuró Soraya.

—¡Te oí! Y sabes que los poderes no sirven para ser usados en uno mismo —acusó mi prima con voz chillona.

Sacudí la cabeza, ya tenía el pelo en punta. Suspirando, me alejé calle abajo, rumbo a la parada de autobús. Cien metros más allá todavía podía oír las amenazas de Valeria mientras gritaba por teléfono.

Contenta, tararé una canción que murió en mis labios al recordar a mi madre. Entonces ahogué un gemido de angustia. Los días iban pasando y no recibía petición de rescate, ni mensajes amenazantes, ni nada. Eso solo podía ser una pésima señal.

Capítulo 4: El Mago

A las nueve de la mañana del día siguiente, las dos primas aguardábamos tras la ventana de la sala de la casa de mi madre. Yo había traído absolutamente todas mis prendas (más que nada para aprovechar la lavadora) e iba vestida otra vez con jean, sudadera y zapatillas. No me sentía cómoda: el único pantalón que tenía limpio apretaba mis curvas y tenía un tajo en el muslo que yo misma había hecho para disimular una mancha.

Para colmo, Valeria lucía un

vestido idéntico al de Marilyn en la escena de las rejas de ventilación, tacones de doce centímetros y una sonrisa boba de oreja a oreja, como si acabara de hacerlo con el presidente.

—Probablemente no te dejen ir —dije por enésima vez—. La invitación suena a narco. Tal vez sean los tipos que se llevaron a mamá y no van a ser fáciles de convencer. Además —puse mi mejor voz de Robert De Niro—, «no querrás terminar durmiendo con los peces».

—No sabemos si son narcos.

En ese momento un vehículo se detuvo frente a la puerta. Se trataba de un utilitario bastante ruinoso, a tal punto que era imposible discernir su marca y

ni siquiera tenía matrícula.

Un hombre enorme y calvo se bajó, tocó el timbre y nos saludó con una sonrisa sin dientes. Sin hablar, nos hizo seña de que lo siguiéramos y nos abrió la parte trasera del vehículo de carga. De inmediato me sentí desfallecer.

—No pienso subir ahí —anunció Valeria—. Huele a muerto.

El hombre asintió vigorosamente, sonrió y se le escapó un hilito de saliva por la comisura de los labios.

—Te lo advertí —repuse y tomé impulso para treparme.

El olor era incluso peor dentro pero por suerte pude distinguir con algo de alivio que la causa era una centena de

peces que se hallaban atrapados en una red, en el suelo del utilitario.

—¡Qué asco! —se quejó Valeria, pero se sentó en la única banqueta disponible junto a mí.

—Vas a arrepentirte de venir vestida de blanco —anuncié con maligna satisfacción, pues uno tiene sus debilidades.

—Al menos no están por romperse las costuras de mi pantalón —respondió mi prima.

Temí que la frase tuviera algo de cierto. Tendría que revisar mi trasero en cuanto bajáramos. Entretanto, el hombre subió delante y nos condujo en silencio durante una veintena de manzanas.

Cuando nos detuvimos, el tipo

—que a todas luces era mudo— nos abrió la puerta con un gesto galante. Descendimos y nos encontramos con que estábamos en el muelle junto al río.

Una brisa sostenida nos azotaba la cara y se introducía en nuestras fosas nasales; habría sido agradable si no hubiera estado llena de gases tóxicos industriales.

De pronto, el sujeto nos empujó a un lado sin ninguna cortesía, se ubicó frente a las puertas del vehículo y cogió la red de peces. Debía ser realmente fuerte porque se la subió al hombro sin ayuda, dio la vuelta, cerró la portezuela y comenzó a caminar calle abajo.

Entonces me percaté de que uno de los bichos se había soltado y había

quedado en el suelo al pie del vehículo. Lo alcé entre dos dedos y estaba a punto de correr tras el hombre para alcanzárselo, cuando vi que el animalejo tenía la panza abierta. Una bolsita de plástico se entreveía en su interior.

—¡Joder! —Solté el pez como si hubiera sido una barracuda.

—¿Qué? —quiso saber Valeria.

—¡Nada, yo no vi nada!

El tipo se dio la vuelta en ese momento, nos sonrió y nos indicó con la mano que lo siguiéramos. No sabía qué hacer. Mi primer impulso fue salir corriendo y tirarme al río pero entonces Valeria iba a quedarse sola en el muelle, además de seca, limpia y hermosa. No pude resistirlo.

Indecisa, miré al pez y a la puerta cerrada del utilitario. Jodida suerte, me dije con rabia, ahora el bicharraco tenía mis huellas. No podía decirle al Mudo que lo había visto y tampoco podía dejarlo ahí sin más, porque si por un milagro había un procedimiento policial, no tendría cómo explicar la presencia de mi ADN.

Me mordí los labios y en el último momento tuve la ocurrencia de meter el pescado en mi bolso. Me lo llevaría hasta que pudiera deshacerme de él, quizá en el río. Cerré de un tirón y, como tantas veces antes, me quedé con el deslizador en la mano. En el acto empecé a luchar para encajarlo de nuevo mientras pensaba que tendría que haber

unido las lenguas del cierre con cinta de embalar. ¡Si hasta había tenido la precaución de traerme un rollo del estudio para esta circunstancia!

—¡Vamos! —me apuró Valeria, que ya había echado a andar tras el hombre.

Tras encajar el cierre, tuve que correr para alcanzarlos.

Hicimos doscientos metros y de pronto nos detuvimos junto a una vieja lancha con cabina. El sujeto dejó caer los peces en el suelo y nos tendió una mano para ayudarnos a subir a bordo.

Valeria pasó primero y lo estaba haciendo yo cuando el viento jugó con la falda «Marilyn» de mi prima, el Mudo se quedó embobado y soltó mi mano

para mirar. Para mi desgracia, yo ya había tomado impulso, salté a cubierta, resbalé, giré y fui a dar de culo contra el suelo.

—¿Qué diablos...?! —Los ojos desorbitados de Valeria me miraron con pavor y temí que realmente se hubiera roto la costura de mi pantalón. Espantada, miré hacia abajo. Una docena de peces destripados me observaban con la misma expresión boba que tenía mi prima y de sus vientres se habían escapado sendas bolsitas rellenas con una pasta blanca.

—¡Que lo parió! —gritó el Mudo.

—¡Yo no vi nada! —dije, poniéndome de pie como un resorte.

Mi prima y yo nos sentamos en una banqueta, nos abrazamos y cerramos los ojos con fuerza. Tras un rato nos dimos cuenta de que la lancha había arrancado y miramos alrededor, temblando. Estábamos saliendo a río abierto.

—¿Crees que vaya a matarnos?
—preguntó Valeria con los dientes castañeteando.

—Lo hará un poco más lejos, donde nadie lo vea —asentí. Mi prima me dio entonces un empujón que me tiró de la bancada y caí sobre los peces—. ¡Eh! ¿Y eso por qué?

—¡No quiero morir oliendo a pescado podrido!

—¡No huelo a pescado podrido!

—Pero me miré los pantalones manchados y pensé que tal vez sí lo hacía.

Viajamos durante un rato que se nos hizo eterno (vimos desfilar nuestras vidas, el túnel, la luz al final) y finalmente atracamos en un muelle lleno de costosas embarcaciones. Habíamos atravesado la gran urbe de punta a punta y estábamos en el extremo norte, en medio de casas señoriales.

—¡Sabía que me había vestido bien! —observó Valeria al desembarcar.

No me digné a echarle un vistazo. En cambio, miré al hombre de traje negro y camisa blanca que nos estaba esperando con los brazos

cruzados sobre el pecho. Parecía hermano de Schwarzenegger.

—¿Algún problema? —indagó el sujeto, dirigiéndose al tipo de la embarcación.

El Mudo negó con la cabeza, levantó el pulgar y sonrió. Un hilito de saliva se le escapó por la boca al mirar a Valeria.

—Ya tienes reemplazo para tu novio. —Codeé a mi prima.

—¡Bah!

—¿Qué? ¿Es que ya nadie aprecia la caballerosidad? ¡El tipo acaba de perdonarte la vida!

Ambas seguimos a Schwarzenegger hasta un coche negro último modelo, circulamos durante

media hora y cuando el vehículo se detuvo junto a un enorme muro, tuvimos que esperar todavía diez minutos hasta que nos hicieron atravesar los portones y una garita de seguridad.

Un doble sendero nos llevó entonces hasta una mansión de tres pisos, cuadrada, con ocho ventanas por cada lado y un gran pórtico al frente. A su alrededor se extendía un jardín, un lago artificial, un camino cimbreado y una larga fila de coches de alta gama.

—Por aquí, señoras —dijo Schwarzenegger y nos indicó una entrada secundaria en la parte de atrás.

El hombre abrió la puerta con llave, nos hizo pasar y volvió a cerrar tras él. Nos hallábamos en una

habitación totalmente blanca que solo podía ser el lavadero, ya que se veían cuatro máquinas lavadoras, tres de las cuales tenían prendas en remojo, y dos secadoras de esas ultrarrápidas. En una estantería había varios paquetes de jabón y a un costado se alzaba una pila de sábanas ya planchadas.

—Esta gente ensucia mucho —susurré.

—Mira quién habla —respondió mi prima. Como si la hubiera oído, Schwarzenegger se volvió, miró primero mis pantalones, luego el vestido de Valeria.

—Usted —dijo dirigiéndose a ella— viene conmigo. Y usted —me señaló—, quédese aquí mismo.

—¡Pero si me mandaron llamar!

—No va a ver a las señoras con ese olor. ¡Me van a despedir!

—¡Pero tengo que echarles las cartas!

—Eso va a hacerlo ella — replicó Schwarzenegger—. Parece más profesional.

Valeria se rio mientras yo bufaba.

—¡Ni hablar! —protesté.

Schwarzenegger gruñó, los músculos del tórax se le expandieron y se le notó la forma de un arma en el sobaco.

—¡Está bien, está bien! —me rendí, todo el mundo sabe que el cliente manda.

Se fueron por una segunda puerta que comunicaba con el interior de la casa, y en cuanto estuve sola, miré en derredor. No iba a quedarme ahí encerrada, sin saber si esa gente tenía a mi madre. Tenía que salir, echar las malditas cartas, conocer a esas personas para sonsacarles la verdad. Valeria no sería capaz de eso.

Además, soy valiente.

Además, esa lavadora era genial.

Y la secadora, ultrarrápida.

Y a veces se me olvida pensar.

Bufando, me saqué el pantalón y lo metí en la única lavadora que vi libre. En el último momento lo pensé mejor y agregué la sudadera. Me olfateé un poco y terminé por echar el sostén y las

bragas. Cerré la puerta con fuerza, agregué jabón del estante y puse a funcionar.

De la pila de sábanas cogí la primera para envolverme. Estaba tan almidonada que casi no se amoldaba a mi cuerpo. ¿Qué clase de gente era esa, que todavía usaba apresto en la ropa?, me pregunté con bronca. Y por lo visto el jabón era de mala calidad: olía a alguna clase de producto químico.

Locos, locos, me dije mientras me sentaba en una banqueta a jugar con el deslizador del cierre del bolso, ¡locos todos ellos!

* * * * *

Veinte minutos después, el ruido de la lavadora había conseguido adormilarme. Estaba cabeceando contra la pared cuando de pronto oí un crujido. Sobresaltada, me di cuenta de que alguien estaba intentando abrir la puerta por la que había llegado.

Schwarzenegger había echado llave y se la había llevado; eso estaba impidiendo la entrada, pero el visitante tenía su copia y la estaba encajando en la cerradura, así que en cualquier momento se encontraría conmigo, envuelta en esa ridícula sábana almidonada.

Con súbita inspiración y secreto regocijo de saberme tan rápida de entendederas, abrí la puerta que

conducía al interior de la casa y la atravesé, aferrando el bolso con una mano y sujetando el nudo de la tela sobre mis senos con la otra.

Me encontré en un largo y amplio corredor, a cuyos lados se alineaban varias puertas idénticas a la que había dejado. Era todo tan blanco y prístino como un hospital, tan simétrico que se asemejaba a las aulas de un colegio o una universidad. No se parecía en nada a una casa y de pronto pensé que me hallaba en un manicomio.

No me animaba a entrar en ningún sitio, no fuera que me descubrieran, pero tampoco quería que me atraparan en el pasillo, de modo que corrí hasta el final, abrí una puerta doble

y batiente, y me encontré con una escalera amplia, justamente como las de las escuelas. Me pareció escuchar ruidos atrás, así que subí uno, dos pisos sin detenerme. En cuanto la escalera llegó a su fin, hice una pausa para respirar.

De pronto me di cuenta de que estaba en una casa desconocida, merodeando en busca de mi madre. Era el momento perfecto para que una persona hábil y dispuesta a todo se luciera, alguien con decisión y habilidad, un espíritu alerta. Lástima que yo no fuera esa persona, me dije suspirando. Estaba muerta de miedo.

Una puerta doble al final de la escalera me condujo al corredor del

último piso, que era mucho más corto que el de la planta baja y contrastaba con todo lo que había visto hasta el momento porque en lugar de ser blanco y espartano, hacía gala de un lujo exorbitante: suelos de mármol, paredes tapizadas, espejos finísimos, cuadros originales. Al final, otra puerta doble que estaba abierta de par en par daba acceso a una sala inmensa. Era obvio que en el tercer piso funcionaba una casa de verdad (¿qué habían sido entonces los pisos inferiores? ¿Un internado de señoritas?). Ahí la riqueza llegaba a su cúspide.

Los objetos se encimaban unos sobre otros con la misma lujuria orgiástica con que lo hacían en la sala

de mi madre. ¡Pero qué objetos! Adornos de oro, de amatista y de diamantes, grandes rubíes engarzados para formar las más extrañas expresiones del arte, pinturas famosas al lado de patrañas.

—¡Qué asco! —comenté al ver una estatua de un metro y medio de alto. Se trataba de una pareja de alabastro: el hombre, de pie como un guerrero, tenía una lanza en la mano derecha y el falo de marfil notoriamente erguido en dirección a la mujer, que llevaba laureles en la mano y las tetas al aire. Dudé un instante, ¿se podía representar a la Libertad acostada y con las piernas abiertas? Supuse que no hay criterios para el arte.

—Espantoso, ¿verdad? —dijo una voz a mi espalda.

Sobresaltada, me di vuelta para ver al hombre que me hablaba, pero entonces el borde de la tela que me cubría se enganchó en la lanza de la estatua y al intentar retroceder, la sábana se abrió, revelando una pierna y buena parte de mi pubis. Sentí que se me enrojecían las orejas y al tironear para taparme, la estatua cayó con un ruido sordo.

Mis ojos desorbitados fueron desde el suelo, donde el miembro de marfil yacía separado del cuerpo del hombre, hasta el desconocido que había entrado, del que registré el pelo negro bien peinado hacia atrás y matizado con

algunas hebras plateadas en las sienes, la barba —apenas un asomo— entrecana, los ojos —de un celeste casi gris—, enmarcados por lentes de carey y el guardapolvo largo y blanco típico de los científicos o los médicos. Era altísimo, observé también. Volví la vista a la estatua de inmediato.

—Parece que... perdió sus atributos —dije mortificada—. Aunque supongo que puede pegarse. Si tuviera pegamento, yo lo haría pero... — empecé a jugar con las manijas del bolso, al que había colocado delante de mi pecho como escudo.

—*Non ti preoccupare*, es una suerte que se rompiera —respondió el hombre, hablando con un fuerte acento

italiano. De pronto pareció tomar nota de mi atuendo y me repasó de la cabeza a los pies—. No deberías estar aquí, ¿vienes de la habitación de mi hermano?

—¿Su hermano? ¡No! Vengo del lavadero.

El hombre se subió un poco los anteojos por el puente de la nariz.

—El lavadero —repetí, hablando lentamente por las dudas el sujeto no comprendiera—, el sitio donde están las lavadoras, ¿en-tien-de? —Me mordí el labio y largué el resto en una parrafada—: tenía que lavar mi ropa porque olía a pescado, pero no tenía qué ponerme, así que tomé prestada una sábana y... —De pronto miré la estatua y se me ocurrió una idea—: ¡Ya sé, lo

pegaré con cinta! Siempre llevo cinta de embalar por si se rompe mi cartera. Hay que ser cuidadoso, digo yo, mejor prever...

Intenté abrir el bolso pero el deslizador se atoró y me vi obligada a forcejear. Me puse un poco de espaldas, no fuera que se abriera nuevamente la sábana, e hice tanta fuerza que finalmente el deslizador hizo todo el recorrido hasta el borde con violencia, el bolso se escapó de mis manos, salió volando y volando salieron también mis cosas rumbo al cielo.

Horrorizada, vi que había regado el cuarto con mis pertenencias: la cinta de embalar, el móvil, la billetera, un peine, pañuelos desechables, mis llaves,

el pez. El pez tenía el vientre abierto y había dejado a la vista la bolsita que tenía en vez de órganos, de la que ahora se desprendía la pasta blanca.

—Hum... —Tragué saliva y mis ojos angustiados se volvieron hacia el sujeto aquel. No tuve tiempo de dar explicaciones. En ese momento otro hombre entró a la sala, también tenía los ojos claros pero era más bajo y rubicundo.

El recién llegado clavó sus ojos claros en el pez, en la estatua y finalmente en la sábana en la que yo estaba envuelta.

—*Chi é ella e che cosa fa qui?*
—preguntó. Luego hizo un gesto de impaciencia con la mano y continuó

hablando en español—. ¿Por qué trajiste a casa a una *puttana*? Creí que habías salido ya para la clínica.

—No soy una fulana —intervine, pero algo en los ojos de ese hombre me hizo retroceder. De pronto, recordé que estaba desnuda, con dos desconocidos, en una mansión que recibía peces rellenos con la misma naturalidad con la que yo ordeno pizza el domingo.

El hombre que había llegado el último se me acercó, tomó una punta de la sábana que me cubría y la aproximó a su rostro para olerla.

—¡Esta es una de mis sábanas! —gritó. Su rostro se congestionó de ira y fue asumiendo el color de una remolacha a la par que tironeaba de la

tela—. ¡Y mi estatua! *Porca miseria!*
¿Encima está robando un pez?

Estaba gritando tanto que deseé taparme los oídos pero no podía hacerlo, no mientras ese sujeto ponía todo su esfuerzo en desnudarme. No me quedó otro remedio que aferrar la sábana desde la unión sobre mis senos para que no me la arrebatara.

Estuvimos peleando como perros, el tipo ganó y cuando logró rasgar la tela, quedé como había llegado al mundo. En ese instante, una tercera persona ingresó al salón.

—*Per l'amore di Dio!* ¿¡Qué es esto!?! —Era una mujer mayor, baja y regordeta, que me miró con los ojos muy abiertos—. ¿Qué hace aquí esta mujer?

¡No traje dos niños al mundo para sufrir esta falta de respeto, soy su madre!
¡Giorgio, Giorgio! —gritó mientras gesticulaba con los brazos.

—Yo no fui, mamá —respondió el más bajo de los hombres con un resoplido. Se parecía a ella como dos gotas de agua. Ante esa respuesta, pareció que la mujer iba a desmayarse. Se tambaleó peligrosamente y el hombre del guardapolvo se acercó a la mujer de una zancada para sostenerla.

Entretanto, yo me había refugiado tras un sillón y observaba la escena medio agachada y a cubierta.

—¡Puedo explicarlo! —Ante el mutismo de todos, empecé de nuevo—: Mi ropa tenía olor a pescado y no me

permitieron entrar en la casa. Me quedé en el lavadero para lavarla. Como no iba a estar ahí desnuda, me envolví en una de estas sábanas que son un poco incómodas porque tienen demasiado apresto... —Vi que mis interlocutores dejaban caer sus mandíbulas—, apresto, ¿se entiende? ¿Almidón? —Chasquéé la lengua, parecía que los italianos no dominaban el español—. Lo que quiero decir es que está un poco dura. Entonces escuché un ruido y como no quería que me encontraran así, salí por la otra puerta, luego subí las escaleras, me perdí... —Hablabo cada vez más de prisa, mientras veía que el tal Giorgio metía la mano en la parte baja de su espalda. O se estaba rascando o estaba

sacando un arma—. ¡Siento lo de la estatua! —finalicé de golpe.

En eso, el hombre del guardapolvo dio un paso hacia mí y se echó a reír.

—Buena historia, querida, pero no hace falta que ocultes lo nuestro.

—¿No? —pregunté con la boca abierta.

El hombre se quitó el guardapolvo y me lo tendió por encima del sillón. Me lo puse con rapidez, resultaba largo y dejaba transparentar ciertas cosas que quedan mejor bajo dos capas de tela, pero al menos estaba vestida.

Agradecida, me erguí, retiré un mechón de pelo de mi cara, sabiendo

que podía ganar un campeonato de *frizz*, y me volví hacia mi salvador con una expresión de duda.

El tipo acababa de juntar mis pertenencias —excepto el pez—, las guardó en mi bolso, y luego me tendió una mano. Cuando estuve a su lado, me abrazó con fuerza por la cintura.

—Mamá, Giorgio, esta es mi novia.

—¡¡¡Novia!!! —gritamos los tres a la vez, pero entonces él me apretó un poco más, recordé que Montorvo había usado la misma maniobra el día anterior y me obligué a mí misma a atajar un probable ataque de histeria.

—María Laura —dije sin pensar, tendiéndoles la mano.

Entonces todo fue un entrevero de manos y mejillas hasta que Giorgio tironeó de mí y me encerró en un gran abrazo.

—*Che bella notizia, che bella notizia!* ¿Para cuándo?

—Bueno, en cuanto a eso... —dudé.

—Nos lo tomaremos con calma —repuso el del guardapolvo blanco—. Y ahora, si me permites, mamá, vamos a regresar a mi cuarto.

El hombre me tomó de la muñeca y me llevó prácticamente a rastras hasta una habitación que se hallaba algunas puertas más abajo por otro pasillo. Me hizo pasar a empujones, cerró tras de sí y habló en voz baja y urgente.

—¡Rápido, desnúdate y a bañarte! Ahí detrás tiene el baño, te quiero limpia en un minuto.

Abrí tanto la boca que se me descoyuntó la mandíbula.

—¡Ah, no, no, nada de eso antes del matrimonio!

Él me miró como si fuera el bebé de Rosemary y maldijo en italiano.

—Mi hermano no es tonto —susurró—, ve a bañarte antes de que vuelva. Mientras tanto, yo voy a buscar algo de ropa para ti.

Traté de olisquearme pero en el guardapolvo solo se sentía el olor agradable del hombre. Indecisa, retrocedí hasta el baño. Él tenía razón en una cosa: su hermano podía regresar en

cualquier momento.

Los sanitarios eran tan lujosos que daba pena mojarlos, pero no había caso: abrí los grifos de la ducha hasta el tope y me deshice de la prenda en un santiamén. Me enjaboné con el jabón líquido que encontré y que tenía el mismo delicioso olor que el dueño del guardapolvo, y luego me sequé presurosamente. En ese momento tocaron a la puerta del baño y el hombre me pasó un par de prendas.

—Solo encontré esto —se excusó.

Era un uniforme de mucama de vestido negro, con delantal y cuello blancos. El talle era adecuado, aunque un poco corto pues solo me cubría la

mitad de los muslos. En resumen, estaba lista para una de esas escenas eróticas de seducción, pero el efecto se arruinó una vez me volví a calzar las zapatillas. Para colmo de males no tenía ropa interior y me pregunté quién habría sido la última en usar esas prendas y para qué. No pude reprimir un escalofrío, pero para demostrar que era valiente, hice de tripas, corazón y salí del cuarto de baño.

El hombre no me echó ni una ojeada, estaba cerrando las cortinas que daban al balcón. Cuando terminó, me hizo señas con la mano de que lo siguiera y desanduvimos el camino que yo había hecho más temprano: el corredor hasta la sala, luego otro tramo

hasta la escalera, dos pisos hacia abajo, otro pasillo y de pronto una puerta y el jardín.

Ahí afuera estaba Schwarzenegger, de brazos cruzados, apoyado contra un coche negro, esperando. Al ver al médico, se apresuró a abrir la puerta trasera.

—¿Traigo a la otra? —preguntó.

—Sí —respondí con firmeza mientras el médico parpadeaba.

El chofer se alejó rumbo a la casa y de pronto el italiano y yo nos quedamos solos. Entonces lo repasé completamente: era un tipo de unos cuarenta años, alto (le di entre un metro ochenta y cinco y un metro noventa), de hombros y espalda anchos, cabello

negro con las sienes plateadas, la cara angulosa y fuerte, y el mentón apenas cubierto por una barba incipiente. Las gafas le daban un aire de erudito pero los ojos entre celestes y grises detrás de esos vidrios brillaban irónicos. No era solo un rostro guapo, además tenía magnetismo, un poder misterioso que entonces se me antojó un tanto brutal, como si fuera un animal salvaje que de pronto uno no sabe hacia dónde va a saltar. Me aturdió percatarme de que me atraía intensamente.

—Quisiera entender por qué tuve el impulso de salvarte la vida — murmuró él.

—¿Tal vez porque eres Michael Corleone?

El italiano se echó a reír ante la respuesta y luego se acercó tanto a mí que me vi obligada a apoyarme contra el coche. De pronto, el hombre se agachó y me dio un beso fugaz en la comisura de los labios. Parpadeé mientras me temblaban las piernas. Mucho me temo que la ráfaga de adrenalina que me había sostenido hasta ahí se había desvanecido y estaba entrando en shock.

—Hace mucho que no le hacía una jugarreta a mi hermano —sonrió el italiano—. Fue divertido —Y sus labios acariciaron mi mejilla.

—*Ma comme!* —Giorgio gritó desde el segundo piso—. ¿Qué clase de beso fue ese? *Adesso sei timido!*

De pronto, una de las manos del

sujeto se situó con firmeza en la parte más baja de mi espalda y otra se apoderó de mi nuca, bajo mi pelo suelto. Jamás se habían apropiado de mí así, con esa fuerza que no apelaba a la violencia sino al poder. Me dominaba. Lo supe cuando pegó mi cuerpo al suyo mientras profundizaba el beso. Sus labios eran tibios, exigentes y por alguna estúpida razón, me descubrí abriendo los míos y respondiéndole. Me repasó con la lengua el labio inferior y luego entró, hambriento, en las profundidades de mi boca. Salí a su encuentro. Sentí que él desplazaba la mano que tenía en mi espalda un insignificante centímetro hacia abajo pero ese centímetro hizo una gran diferencia. Lo sentí duro contra mí.

Conmocionada, creí que mis pies se despegaban del suelo y me pareció que un coro de ángeles cantaba el «Aleluya», aunque bien podían ser mis hormonas en plan festejo. O un miedo de muerte, es difícil decir.

Antes de que pudiera caer en la cuenta de que había devuelto el beso como una posesa, el hombre me dejó ir.

Durante un segundo seguimos mirándonos. Quería entender, entender. Nunca en la vida me habían besado así. No me gustaba, no. Se me erizaron los pelos cuando me di cuenta de que ese tipo me estaba marcando. Ay, Dios, ¡un narco! y yo, sintiéndome así.

Suspiró. Suspiré.

—Por causalidad no tienes a mi

madre escondida en tu casa, ¿cierto? — pregunté.

—¿Tu madre? ¿La conozco? — frunció el ceño.

—Doña Marta Villa.

—No, que yo sepa.

—¿Por qué se enfadó tu hermano conmigo? ¡Era solo una sábana!

—Te metiste con su juego de química.

Abrí la boca, volví a cerrarla y me introduje en el coche.

Cuando llegó Valeria, un par de minutos después, el italiano ya se había ido.

* * * * *

—Veo que conseguiste trabajo —fue el comentario de mi prima en cuanto subió al vehículo y vio mi ropa.

Me limité a gruñir: Valeria seguía estando radiante y era tan injusto como todo lo que había sucedido esa tarde, así que le propiné un codazo.

—¡Ay! ¿Y eso, por qué?

—¡Sh! El chofer —anuncié en voz baja—. Ten cuidado con lo que dices, es narcotraficante.

—Hoy no puede pasarme nada, verás, si yo fuera una carta, sería «el Mago».

—¿Eh?

—¡El Mago! La persona que maneja las cosas con destreza, diplomacia y finura. El que tiene

habilidad...

—Sé lo que dice la carta del Mago. —Pensé entonces que el Mago era otro y aunque no soy creyente, rogué a Dios no volver a verle en mi vida. Con Conde tenía suficiente. ¿Y Montorvo? No, no quería pensar en Montorvo tampoco. Otro que me atraía sin convenirme. ¡Joder! ¿Cómo podían gustarme tres hombres? ¡Y pensar que la puta era mi prima!

—Fuerte vitalidad y poder, alguien dispuesto a todo —siguió diciendo ella—. El que hace gala de creatividad, originalidad...

—¿Tan bien te fue?

—Me pagaron quinientos dólares por echarle la suerte a cinco

viejas, ¿qué te parece?

—¿Averiguaste algo de mamá?

—¡No salió el tema!

—¡Bah!

—La dueña de casa solo estaba interesada en saber con quién iban a casarse sus dos hijos.

—¿Eh?

—Le dije que la novia de uno de ellos estaba cerca —se rio—. ¡Y qué, tienen tanto dinero que a lo mejor yo soy la afortunada! La vieja me dio un beso de puro contenta. No dejaba de agradecerle a la amiga que nos recomendó.

—¿Su amiga?

—Otra de las mujeres del grupo. Y tú, ¿qué hiciste mientras tanto?

Pensé en mi encuentro con los italianos. Giorgio daba miedo, de su madre y de Michael Corleone no sabía qué pensar.

Antes de que tuviera la necesidad de responder, el coche se detuvo. Estábamos frente a la estación de trenes y me arrepentí de no haber tomado nota del camino seguido.

—¿¡Cómo!? ¿No volvemos por el río? —pregunté, extrañada.

—No hay necesidad —respondió Schwarzenegger, encogiéndose de hombros, y a nosotras no nos quedó más remedio que emprender el largo y tedioso viaje que resultaba de la combinación de trenes y autobús.

Cuando eran pasadas las tres de la tarde al fin pudimos detenernos un momento para comer en un sitio rápido y mientras Valeria degustaba una ensalada, ordené una hamburguesa completa, que bajé con un refresco light.

—Pagas tú —dije después de agregar un helado a mi pedido. Mi prima me dedicó una mirada iracunda, pero me limité a sonreír—. Con la ropa que llevo, es lo menos que puedes hacer. Si no, va a parecer que me estás explotando.

—¡Abusa!

—No veo que estés haciendo un esfuerzo por compartir las ganancias de hoy.

—¡Son mis ganancias! —chilló

Valeria—. Yo trabajaba mientras tú estabas... —miró mi atuendo—. ¿Qué estabas haciendo?

—¡El mío es un trabajo más sacrificado que el tuyo! —se me ocurrió decir para desviarla.

—¡Qué va!

—¡Soy la jefa!

—¡En tus sueños! Además, ¿a quién le hicieron ese «encargo delicado»? ¿A ti o a mí?

—¿Qué encargo delicado? — Fruncí el ceño al ver que mi prima sonreía con la misma actitud misteriosa de la Mona Lisa, con la salvedad de que en ella no resultaba fascinante.

Valeria no contestó y emprendimos el último tramo hasta la

casa en silencio: mi prima, concentrada en no manchar su vestido blanco en el autobús y yo, en cómo hacer para que desembuchara.

Se me ocurrió que podíamos canjear secretos, contarle por ejemplo lo de Michael Corleone o lo de Montorvo o lo de Conde, pero había algo que me detenía a último momento. Probablemente fuera prudencia, toda chica sabe que no se alardea del pez cuando todavía está en el río.

Cuando finalmente llegamos al barrio de mamá eran cerca de las cinco. Para entonces me sentía acalorada y fastidiosa, pero si soñaba con sacarme las zapatillas y poner los pies en alto, sufriría una gran desilusión: un grupo de

cinco adolescentes me aguardaba en la puerta del local.

—No funcionó —anunció Lucas al verme.

—El filtro es un fiasco —agregó el Desdentado, para más dato—. Las chicas se rieron de nosotros. A mí me rompieron la botellita en la cabeza. — Se señaló un enorme montículo en la frente.

Valeria se echó a reír al entrar a la habitación donde atendía mi madre. Dejó ahí el bolso para luego enfilarse hacia la sala.

—Ya que eres la jefa, te dejo con tus clientes —anunció—. ¡Soraya, ven aquí que te cuento!

Suspirando, hice pasar a los

muchachos y ocupé la silla de mi madre.

—Pero, ¿las chicas tomaron o no tomaron los filtros? —comencé. Pronto tuve en claro que dos de las jóvenes lo habían hecho y otras tres, no.

Poco a poco logré desentrañar los hechos, tuve una semblanza de cada candidata, tiré las cartas a los pretendientes y les conté cómo les iría en sus trances amorosos.

—Lucas, veo aquí que cuando te dediques a estudiar ingeniería o electricidad te va a ir mejor con esa chica, ella está necesitando que la impresiones.

—La impresionaría más con un atraco. Es de la villa, ya sabes cómo es eso. Un par de meses en chirona también

podrían servir de antecedente. O muchos tatuajes en el brazo.

Lo miré con preocupación. ¿Tenía idea su madre de las verdaderas andanzas de Lucas? ¡Tendría que agendarme una conversación profunda con ella!

—Eh... ¿y por qué mejor no cambias de pareja?

El silencio se hizo elocuente. ¡Así que estaba enamorado! Suspiré, tengo cierta debilidad por el amor.

—Ser amigo de la bruja también podría ayudar. La impresionaría —susurró Lucas un rato después, mientras movía una piedrita imaginaria con el pie.

Suspiré una vez más. Realmente

no entendía qué estaba haciendo allí, sentada en el sitio de mi madre, adivinando el futuro y dando consejos baratos. Debería callarme, me dije, debería volver a mi piso.

Pero había algo que me retenía, y no era solo mi madre. Tal vez fuera que yo era como esos chicos, una causa perdida, un fracaso. O quizá lo que me detenía fuera una debilidad de carácter, la incapacidad de enfrentarme al destino y decir «no», como en la carta de El Colgado.

—Está bien —volví a suspirar—, déjame anotado el nombre completo y la dirección de la chica, voy a ver si puedo hacerle un amarre mejor.

Los muchachos sonrieron de

oreja a oreja y se fueron.

No había otros clientes así que aproveché para sacarme las zapatillas.

Me había puesto en pie para buscar a Soraya y a mi prima, cuando mi mirada recayó en el bolso de Valeria. Incapaz de resistirme, me aproximé de puntillas, lo abrí con cuidado y empecé a rebuscar. Era casi imposible encontrar algo en medio de tantas cosas útiles y por un momento tuve un ramalazo de envidia. Mi prima tenía un cepillo anatómico, uno de dientes, hilo dental, una lupa de aumento, tres tipos de tijeras, hilo y aguja, un par de pantis, un tanga sin estrenar, crema para el sol, post-solar, para el pelo, para los granos y para las manos. Además de un set

completo de maquillaje, por supuesto.

Abrí un compartimiento especial y encontré los dólares que le habían dado ese día, dos condones sin usar y un papelito arrugado. ¡Bingo!, me dije regocijada, pero no era más que el recibo del almuerzo.

Furiosa, guardé todo y me dirigí hacia la sala, dispuesta a acogotar a Valeria si no hablaba. Había abierto la puerta de golpe cuando escuché que ella comentaba:

—Fue entonces que la mujer que nos había recomendado me llevó a un rincón y me pidió que hiciera el «mal de ojo» sobre Pescado Podrido.

—¿La italiana?

—No, otra mujer, una de las

invitadas a las que tuve que echarle las cartas. Me llevó aparte y me dijo que ella nos había recomendado con esta familia italiana; se lo agradecí y entonces me pidió que hiciera mal de ojo sobre ese Pescado Podrido. ¡Me dio a entender que era imposible que me negara!

—¿Quién es Pescado Podrido?
—quiso saber Soraya.

—No tengo ni idea, pero no podía preguntarle, ¡soy una adivina!

—Claro, claro —acordó la ayudante—, se hubiera visto mal que preguntaras.

Me dejé caer en un sillón frente a las otras.

—Estamos en problemas —

anuncié—. Soraya tenía razón, no son solo narcos, los tipos a los que fuimos a ver hoy son de la mafia italiana. ¡El Mudo les llevó peces rellenos de cocaína!

—¡Ja! Ya lo decía yo —se ufanó Soraya.

—No sé si tienen a mamá —continué—, pero una de sus amigas quiere que le hagamos algo a ese Pescado Podrido... y todo el mundo sabe que con la mafia no se juega.

—Cierto —apuntó Valeria—. Esa mujer, la que nos recomendó, dijo que si no le hacía caso, iba a matarme. Fue entonces que se me ocurrió decirle que del mal de ojo te ocupas tú.

Gruñí, pero estaba más

preocupada por los hechos que por pelear con mi prima.

—No tenemos idea de dónde puede estar mamá. Y por si fuera poco —tragué saliva—, tengo que ir a la villa a hablar con una chica para hacerle un amarre de amor.

Las dos mujeres me miraron como si me hubiera vuelto loca.

—¡La villa!

—¡Pero si eso es peligroso!

Un manto de pavor se cernió sobre todas mientras digeríamos la información.

—Es el momento de tomar decisiones arriesgadas. Creo que tengo que hablar con Montorvo —concluí a regañadientes, pero no tenía cómo

contactarlo así que hice lo que en realidad tenía ganas de hacer desde la mañana: llamé a Conde.

* * * * *

—¡No digas más! —me cortó el abogado en cuanto comencé a hablar—. Voy para allá.

Desde entonces habían pasado casi dos horas, durante las cuales yo no había dejado de intentar que Valeria se marchara. No tuve suerte, mi prima estaba empecinada en participar de los acontecimientos. Por eso, cuando un viejo coche tuneado y un Audi negro se detuvieron en la puerta, suspiré ostensiblemente.

Momentos después la que suspiraba era mi prima. Valeria había contado paso a paso lo que había sucedido desde la mañana y al terminar, se había quedado embobada, mirando a Conde.

—Estás mostrando —la reprendí al ver que la otra cruzaba y descruzaba las piernas.

—No es cierto.

—Que sí, todos vieron tus bragas —insistí, volviéndome hacia los hombres.

Conde miró al techo y a Montorvo se le marcaron los hoyuelos en las mejillas.

—Cuéntame acerca de los italianos —me pidió él en lugar de

responder.

Era el momento que había temido porque, ¿cómo iba a explicar que estaba de novia con Michael Corleone? Metafóricamente hablando, claro. Pero me limité a contar sobre Giorgio y su madre. Conde silbó por lo bajo cuando terminé el relato.

—¿Tienes idea de quiénes son?
—pregunté.

El abogado puso una expresión dubitativa.

—Conozco varios italianos, pero...

Montorvo, por su parte, negó con la cabeza. Tenía los párpados entornados y una mirada cauta, que me resultó curiosa. De pronto se me ocurrió

que no me gustaría enfrentarme a ese hombre, podía ser muy duro si quería. En ese preciso momento los ojos de Montorvo eran más calculadores que una Casio. ¡Y pensar que el día anterior había dicho que yo era «su amor»! ¡«Su amor», en verdad! Me estremecí.

—¿No será que los italianos son los jefazos de los Topos o de esos otros... los Pocos? —presioné para probarlo. Creí notar que el poli se sobresaltaba, pero cuando me miró, sus ojos no dejaron entrever absolutamente nada.

—No sabemos quiénes son los líderes de los Topos —respondió con lentitud—, solo tenemos sospechas que no podemos revelar, ya comprenderás.

—¿No sabes quiénes son los Topos! ¿Acaso no te pagan? —repliqué con furia. De reojo, vi que Conde se removía inquieto en su sillón y me mordí el labio. No sé por qué, pero Montorvo siempre sacaba lo peor de mí.

De pronto la sonrisa volvió a iluminar la cara del poli, dejando ver los hoyuelos y unos dientes muy blancos.

—Si me pagaran, no andaría en un coche sacado del depósito de decomisados, ¿no te parece?

Pensé que esa no era una respuesta, podía haber muchas razones por las que el hombre andaba en un coche tuneado, por ejemplo, podía ser fan de San La Muerte. Sin embargo, no me animé a insistir.

—¿Qué sabes de Pescado Podrido? —preguntó Valeria en ese momento, volviendo la atención de todos hacia ella mientras volvía a cruzar las piernas.

—Su verdadero nombre es Wilson Tolaba —respondió Montorvo —, es un narco que organiza la entrega en esta zona.

—¿De eso no se ocupaba Chorizo Colorado? —pregunté.

—Y si se sabe todo eso, ¿por qué no está preso? —interrumpió Valeria. Todos se la quedaron mirando.

—Porque no hay pruebas, solo rumores —explicó el poli con paciencia—. Nadie se anima a denunciar.

—¿Y por qué la mafia quiere

que le hagamos mal de ojo? —quiso saber Soraya—. Primero a Chorizo Colorado y luego a Pescado.

—No hay que mezclar las cosas —respondió Conde—. Chorizo Colorado era de los Topos.

—Aparentemente los Topos desean entrar en esta zona para poder posicionarse como dueños de toda la ciudad. Hubo enfrentamientos aislados entre ellos y los Pocos, pero hasta ahora eran peleas menores. Ahora las cosas parecen estar cambiando, Chorizo Colorado y Pescado Podrido son vendedores sin importancia, pero el dato concreto es que uno era de los Topos y el otro es de los Pocos —informó Montorvo.

—¡Y por eso no nos vamos a meter! —Interrumpí, poniéndome de pie—. No vamos a entrar en una guerra entre bandas. No sabemos si los Topos o los Pocos o qué otra banda de imbéciles tiene a mamá y NO vamos a tomar parte.

Valeria también dejó su asiento, caminó contoneándose como si se hallara sobre una alfombra roja y se detuvo cuando estuvo a contraluz frente a la ventana.

—Primita —dijo con un mohín mientras empujaba su trasero hacia atrás y movía un poco las caderas—, no estás en condiciones de negarte. Les he dejado claro que el mal de ojo es TU especialidad. Pero si así y todo crees

que tu vida no tiene importancia, que no vale la pena... —frunció los labios—. Bueno, quizá tu vida en realidad no vale la pena. Pero a lo que voy es que también está en riesgo la mía, ¿acaso no te has dado cuenta? ¡Incluso les di mi tarjeta personal!

Antes de que alguien contestara, hizo un par de pasos hacia un sillón, se dobló el tobillo y fue a caer teatralmente en las rodillas del abogado.

Rugí y levanté a mi prima de un tirón, por un segundo quedamos las dos de pie, luego el impulso tomado nos llevó hacia atrás y ambas fuimos a dar de culo contra el suelo. Valeria sollozó y los dos hombres se levantaron a ayudarla.

—Si no haces ese mal de ojo, va a matarme la mafia, ¡por favor, Malalita querida! —lloriqueó.

Muerta de rabia, miré a los cuatro. Valeria parecía realmente asustada; el abogado y el poli aguardaban con curiosidad mi respuesta, Soraya había cerrado los ojos y no pude leer su expresión.

—¡Bah, no hagas caso a esas tontas amenazas!—protesté, pero al mirar a los cuatro, me percaté de que todos ellos se las tomaban en serio, incluso Soraya me miraba alarmada—. Puedo ir a ver a estos italianos y pedirles que le digan a su amiga que no tengo el poder —continué débilmente, enrojeciendo de vergüenza—. ¡Es

verdad, no tengo ningún poder! —
Tragué saliva—. Bueno, ¿qué tal eso,
eh? Si les digo que soy un fraude, ¿por
qué iban a molestarse en matarme?

—Todavía querrían matarme a
mí —señaló Valeria. Estuve a punto de
decirle que eso no era algo que me
inquietara.

Montorvo se encogió de
hombros.

—No creo que les guste todo
este enredo, la mentira. Puede que se
olviden y no tomen represalias. Puede
que lo recuerden... Desde la policía me
temo que no podemos hacer nada. No
hay constancias ni del pedido ni de la
amenaza.

—No hay pruebas —coincidió el

abogado.

—Por el momento no puedo protegerte. —El poli sacudió la cabeza y miró hacia el suelo como si se sintiera frustrado.

—No puedes dejar que me maten —intervino Valeria—. Mi madre no te lo perdonaría.

En eso tenía razón, pensé, y se me escapó un suspiro.

—¿Y si aceptamos? ¿Qué pasa si hago el mal de ojo al Pescado ese? —pregunté.

Montorvo y Conde intercambiaron una mirada que no comprendí.

—Supongo que no debería pasar nada —reflexionó el abogado—. Habrás

cumplido con su pedido, y Pescado seguirá como si nada. —Siguió un largo silencio—. ¿Qué? ¿Acaso el mal de ojo existe?

—¡Si será ignorante! —se escandalizó Soraya, y como todos se quedaron mirándola, agregó—: ¡Claro que existe!

Valeria asintió con fervor y yo permanecí en silencio. Si existía o no, no era asunto que me preocupara. El problema era que no sabía curarlo y mucho menos, provocarlo. No, tampoco ese era el problema. La verdadera pregunta era: ¿y qué pasaría después?

En la faz operativa, me dije que me daría maña, para el mal de ojo hay varias técnicas, pero podía decantarme

por la más sencilla: era cuestión de poner toda la energía negativa en una mirada y a mí me bastaba y me sobraba con mirar a mi prima para rebosar de ondas macabras.

—¡Está bien, está bien! —me resigné—. Voy a hacerle el mal de ojo a ese Pescado para que Valeria esté tranquila y cumpla con su promesa. De paso, vemos si así movemos un mecanismo que me lleve hasta mi madre. ¡Y después te vuelves a tu casa! —Alcé un dedo admonitorio hacia mi prima.

Los hombres se pusieron de pie en ese momento y comenzaron a despedirse, pero yo no quería que Conde se fuera. Quería estar con él, aunque me engañé diciéndome que lo

necesitaba.

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —me animé a preguntarle. De reojo vi que Montorvo fruncía el entrecejo y sus ojos llameaban de rabia. Sonreí, me encantaba enfurecer al comisario.

Conde se limitó a asentir y lo hice pasar a la habitación de mamá. ¿Por qué ahí? Bueno, la casa no tiene muchas comodidades.

Nos quedamos los dos de pie tras cerrar la puerta, parados a dos pasos de distancia, y me perdí contemplando la nariz recta de mi jefe, el cabello perfecto, las cejas y, por último, los ojos marrones como chocolate, tranquilos y pacientes.

—Hay algo que no conté ahí afuera —susurré, de pronto acojonada—. Había otro italiano en esa casa. Un hombre de guardapolvo blanco. Él... me salvó la vida, pero luego... —me detuve. ¡Ay, Malala, qué bocazas eres! ¿Qué iba a decirle, que se había propasado conmigo? Habría sido una mentira. ¿Iba a decirle que me había dado el mejor beso de mi vida y a la vez me había dejado frita de pavor? Agaché la cabeza y me miré las zapatillas.

De pronto, Conde dio los dos pasos que lo separaban de mí y me abrazó tibia, cálidamente. Su mano en mi hombro me acercó a él y aspiré el exquisito aroma de un perfume francés. De cerca la corbata tenía textura y puse

una mano en su pecho para constatar lo que ya imaginaba: la tela de ese traje era suave y exquisita.

—¡Tranquila! —murmuró él contra mi pelo—. Estoy aquí para protegerte.

Sus labios se posaron tiernamente en mi coronilla y me dejaron un beso pequeño. Suspiré, feliz. Me dije que era lo que yo quería. Luego su boca bajó y me asestó otro beso entre las cejas. Impaciente, traté de acomodarme para ver si pasaba algo más, pero él se apartó un poco, lo suficiente como para que yo no recibiera más señales.

—¿Sabes? —dije, tratando de que mi voz no sonara ni desesperada ni indiferente (lo que, como toda mujer

sabe, constituye un verdadero desafío) —. Cuando me llamaste ayer, se me escapó el móvil y no pude escuchar lo que dijiste. ¿Me lo repites?

Conde sonrió y uno de sus dedos me acarició la mejilla, pero dejó caer la mano en cuanto incliné la cabeza en esa dirección.

—No soy el hombre adecuado para una chica como tú —suspiró, casi, casi, como si se sintiera torturado.

—¿Por qué? —Mi voz sonó como un graznido. Carraspeé—. ¿Por qué?

Negó con la cabeza.

—No podría ofrecerte nada ni hacerte ninguna clase de promesa.

Sus ojos tristes me miraron y lo

único que deseé en ese momento fue borrar sus penas, curar las heridas secretas de su alma y hacer que se apoyara en mí. Sí, ya sé, la culpa es de esas tontas novelas.

—No me importa —susurré.
¡Estúpida, estúpida, ay de mí!

Estiré un poco el cuello, él se agachó y en ese momento crucial la puerta se abrió con violencia. Conde soltó un grito mientras se aferraba el pie que se había golpeado con el canto.

—¡Joder!

Furiosa, me di vuelta para descubrir que Soraya me miraba con idéntica rabia.

—¡Bueno, pues! ¿¡Hasta qué hora vamos a estar esperando!?! —se

quejó.

Conde pasó al lado de ella y yo lo seguí. Valeria aprovechó entonces para preguntarle al abogado si iba en dirección al centro de la ciudad y al recibir un sí por respuesta, se apuntó al viaje. Deseé matarla por quincuagésima vez ese día y solo logré apartar mis ojos rabiosos de ella con toda mi técnica budista de relajación.

Pero entonces me crucé con el rostro del poli. Tenía la palabra «asesinato» escrita en cada una de sus facciones. Sonreí. Esa expresión era todo un consuelo después de que mi amiga hubiera interrumpido la escena anterior.

Soraya, Valeria y mi jefe estaban

ya en la acera pero Montorvo no se movía, seguía de pie en la sala, mirándome enfurecido. Esperando, ¿qué?

Tuve ganas de gritarle, aunque de hacerlo, no tenía idea de qué iba a salir de mi boca. No era importante, lo importante era que el maldito poli parecía no darse cuenta de que los otros iban a entrar en cualquier momento. ¡Se acababa el tiempo!

Me esforcé en tranquilizarme.

—¿Y bien? —pregunté, alzando las cejas y el mentón mientras una dulce sonrisa me iluminaba la boca. Bueno, tal vez no fuera dulce. Tal vez fuera un poco maquiavélica.

—Y bien —respondió. Entonces

esas caderas jactanciosas se movieron hacia mí. Tomé aliento. Me preparé para la defensa. Pero el poli pasó a mi lado sin detenerse y siguió hasta la puerta de salida. En el último momento, sin embargo, cuando ya tenía una mano apoyada en el picaporte, se volvió para mirarme—. ¿Sabes qué le ocurre al que juega con fuego? ¿Eres consciente?

Asintió aun cuando no respondí. Entonces sí, sonrió: una sonrisa autosuficiente y perversa. Una vez más, estuve tentada de coger un jarrón y lanzárselo por la cabeza. Me juré a mí misma que la próxima vez iba a tener uno a mano. Porque él tenía razón, iba a haber una próxima vez. Lo nuestro era un juego, pero un juego a muerte.

Soraya entró tras la partida del policía y su mirada acusadora me dijo que no estaba nada contenta.

—¿Qué? —me defendí—. ¿Te parece mal Conde?

No respondió mientras se afanaba en poner la casa en orden.

—Es un poco estirado —insistí.

Aun sin respuesta.

—El comisario es corrupto —aclaré por si las aguas corrían para ese lado—. Y el italiano, mafioso. ¿No esperarás que me meta con un corrupto o un mafioso?

—Claro que no —fue la escueta respuesta.

—Entonces, ¿qué es? ¡Habla ya! ¿Qué vas a decir, que no debo

coquetear? ¿Acaso piensas que soy Valeria? ¿Crees que soy una puta?

—Putas es la que hace puterías.

Tú, no.

Entrecerré los ojos. Conque *Forrest Gump*, ¿eh?

—¡Ayúdame! «Yo no sé mucho de casi nada» —contraataqué.

—¡Ja! «Puede que yo no sea muy lista, pero sí sé lo que es el amor» —replicó Soraya, y con esa misteriosa frase que Forrest entendió mejor que yo, mi amiga se fue a dormir y me dejó sola con mis problemas.

Los problemas no deseaban mi compañía así que, tras encogerme de hombros, fui al cuarto de mi madre. En lo último que pensé antes de dormir fue

en Al Pacino. Simple asociación de ideas.

* * * * *

Mi humor no mejoró cuando mi prima me comunicó al día siguiente que el abogado le había pedido su número de móvil, y terminó de agriarse cuando, dos horas después, Montorvo me pasó por teléfono santo y seña del lugar donde podía encontrar a Pescado Podrido.

—Todos los días a las once de la mañana se toma una cerveza en lo de «Paco» —me indicó, dictándome la esquina en que se hallaba el bar.

—Será mejor que vaya ahora

mismo, no sea que me lo piense mejor.

—¿Necesitas que te acompañe?

—No. El tema es que no sé de qué sirve esto —me quejé—. ¿Qué importa si le hago el mal de ojo o le tiro mil petardos? La guerra narco no va a cambiar por eso.

—No se trata de lo que tú creas —respondió el poli—, sino de lo que ellos creen. Chorizo Colorado pertenecía a los Topos y ahora es fiambre. Tu madre ha desaparecido pero quedas tú, supongo que alguien cree que si provocas el mal de ojo sobre Pescado Podrido, de los Pocos, los tantos estarán iguales. Mi esperanza es que con esto, tú pares la guerra.

—Pero a Pescado Podrido no va

a pasarle nada malo. Entonces, ¿cómo pueden igualarse los tantos?

Me asusté al recibir un silencio por respuesta.

—¿Qué? —insistí—. ¿Además de hacerle ese vudú tengo que atropellarlo con un coche?

—Tú, tranquila. Pescado Podrido vende crack a los niños. ¡Que no te atormente la conciencia!

—¡No es eso! Es que no tengo esos poderes.

—Haz lo que te piden y si no pasa nada, mejor, pensarán que no tienes la capacidad y fin de la historia.

—Hum...

El poli colgó y me quedé refunfuñando.

—¡La gente no debería ser tan crédula! —exclamé antes de coger mi bolso.

Estaba a punto de salir de la casa cuando entró Soraya.

—¿A dónde vas?

—Al bar, a tomarme una cerveza y de paso a provocar el mal de ojo.

—Espera que te acompañe.

Mi amiga recogió su cartera, rebuscó un poco en un ropero y extrajo una tira de ajos, una cruz de Caravaca y un espejo.

—¿Y eso para qué es? —quise saber—, si el mal de ojo se puede hacer con una simple mirada.

—Habrá testigos, mejor lo hacemos con toda la parafernalia.

Tomamos un autobús y descendimos cerca del destino. No era una zona muy agradable, las calles se veían sucias (tal vez huelga de basureros), algunos tipos dormían en las aceras y unos borrachos estaban peleando en una esquina. Al mirar dos veces hacia ese lugar nos dimos con que era el bar de Paco.

—Espero que ninguno sea Wilson Tolaba —comenté—, no sería creíble que le hiciera el mal de ojo después de muerto.

Uno de los pugilistas había caído inconsciente al suelo y hundió su cara en el desagüe. El resto reingresó al bar y detrás de ellos entramos nosotras.

La batahola no era menor

adentro: un par de sujetos se habían subido a las mesas y se tiraban cosas desde ahí mientras el resto hacía apuestas.

Soraya y yo tratamos de pegarnos a la pared y avanzamos hasta el mostrador, donde un hombre limpiaba unos vasos mientras miraba la tele.

—¡Ey! —grité, agitando los brazos para llamar su atención—. ¿Conoces a Wilson Tolaba? —Recibí una mirada blanca como respuesta, pero un sujeto sentado en la primera mesa empezó a observarme con insistencia. Era un hombre cincuentón, del tipo fortacho devenido en gordo, y tenía en frente una botella de cerveza, un vaso a medio llenar y un platito con patatas y

olivas.

Me volví hacia toda la concurrencia y grité:

—¡Wilson Tolaba! ¿Alguien ha visto a Wilson Tolaba?

—¿Quién lo busca? —dijo el hombre de la mesa.

De pronto todos en el bar hicieron silencio.

—Soy adivina —dije, vacilando mientras maldecía mentalmente por no haberle pedido a Montorvo una foto del tipo al que buscaba—. ¿Tú eres Pescado Muerto?

—Pescado Podrido es como me llaman y me falta bastante para estar muerto.

Los otros hombres se echaron a

reír y sentí que enrojecía de vergüenza por mi error. De un tirón tomé la cartera de Soraya, la abrí, saqué la cruz, la alcé por sobre mi cabeza y entoné con voz estentórea:

—Por todo el daño que al mundo trajiste, te devuelvo el mal que alguna vez hiciste. En nombre de todos los fuegos del infierno, te ordeno que ahora mismo te pongas enfermo, que pierdas tu dinero, que te den una patada en el trasero, que te lluevan pestes, que tu mujer te engañe hasta la muerte. —No sabía cómo terminar y agregué—: Amén.

El silencio que siguió solo podía ser catalogado como perfecto. Hasta que lo quebró la carcajada del hombre al que había tratado de impresionar.

—El mal de ojo no me hace nada —dijo mientras subía la manga de la camisa por encima de la muñeca—. Tengo la cintita roja que me protege, ¿ves?

—¡Mecachis! —se enfureció Soraya por detrás.

El hombre sonrió, tomó un trago de cerveza y se metió una oliva en la boca. Tragó y en eso se puso morado, verde, luego azul, mientras se llevaba ambas manos a la garganta.

—¡Rápido, la maniobra Heimlich! —grité, pero esos hombres no tenían suficiente cine en el haber. No habían visto *Christine*, ni *La Señora Doubtfire*, ni a Steve Martin en *La Pantera Rosa*. Se limitaron a mirarme

con la boca abierta mientras yo trataba vanamente de apretar el abdomen de Pescado, al que a duras penas podía rodear desde atrás con ambos brazos.

A los veinte minutos tuve que darme por rendida y dejé de intentarlo. Estaba empapada en transpiración y Pescado Podrido había pasado del verde al blanco.

Una hora y treinta después llegó la ambulancia.

—Demasiado tarde —se molestó en decir el médico que tomó los signos vitales—. ¿Alguien sabe cómo se llamaba?

—Pescado Muerto —respondí y esta vez nadie me contradijo.

Capítulo 5: La Torre

Me quité las zapatillas, luego los calcetines, y puse los pies encima del sofá. No me importó que Montorvo estuviera sentado solo unos centímetros más allá o que Valeria —impecable en el sillón de enfrente— se riera de mí por lo bajo. Estaba agotada. Eran las diez de la noche, no había comido y no había podido parar desde las tres de la tarde, cuando había terminado de declarar en la comisaría.

Desde entonces había estado trabajando: los vecinos se habían volcado en oleada al local para que les

dijera la suerte o les preparara un conjuro. Soraya había estado a la par hasta que fue necesario habilitar la sala de la casa y atendimos las tres, trabajando a seis manos ante una concurrencia sin precedentes.

A las diez llegó el poli, le pedimos que se parara en la puerta para cerrarla y solo su alta estatura y la visión del arma en el sobaco había hecho que aquellos que no habían sido recibidos volvieran a sus casas, a esperar hasta la mañana.

—Las noticias vuelan rápido en este barrio —me quejé—, ahora todo el mundo cree que tuve algo que ver con esa muerte. ¿Realmente piensan que porque un hombre murió tras el mal de

ojo, yo voy a solucionar sus vidas?

—Deberían procesarte por homicidio culposo —respondió Valeria —, ni siquiera pudiste hacer bien la maniobra Heimlich.

—¡Lo intenté!

—¿Le diste un beso en la boca?

—¡Un beso en la boca! ¿Y de qué habría servido eso?

—¡Tonta! Lo llaman respiración artificial. ¿No es cierto, Francisco, que podrían procesarla?

Valeria hablaba con abierta coquetería y pensé que mi prima tenía suerte: yo estaba demasiado cansada como para saltarle encima. Cerré los ojos y me arrellané contra el apoyabrazos. De pronto, sentí que

alguien me estaba tocando los pies. Abrí los párpados, sorprendida, y descubrí que era el comisario. Me estaba masajeando los dedos y las plantas y ¡Dios!, tenía el toque de los ángeles. Mis ojos se clavaron en los de él y sí, había humor en ese fondo de un celeste nítido, pero también algo más, quizá empatía.

Cerré los párpados nuevamente y me dejé hacer. ¡Qué dedos más hábiles tenía! Poco a poco, un calor inusual fue subiendo por mi cuerpo hasta un sector que la Real Academia define elegantemente como «parte exterior del aparato genital de la hembra». La R.A.E. no sabe de groserías y yo, tampoco.

¡Joder! Las manos de ese hombre

eran un pecado, me percaté de repente, debería detenerlo, él empezaría a reírse de mí en cualquier momento. Lo espíé bajo mis párpados entornados pero llevaba la cara seria y los ojos un poco ahumados. Se lo veía concentrado. ¡Mi Dios! No me había dado cuenta de que era tan guapo.

Montorvo estaba llegando a la parte trasera de las rodillas y me entró una curiosa urgencia de mandar a Soraya y a Valeria a hacer algún recado, de preferencia en la luna, pero en eso sonó un móvil.

—Es el mío —dijo el hombre, y se retiró a la cocina para contestarlo.

—¡Desvergonzada! —susurró en ese momento Valeria—. ¡Cuando

Nicolás se entere! Con la buena opinión que tiene de ti.

—¿Nicolás? ¿Conde? —indagué en el mismo tono—. ¿Te habló de mí? ¿¡Qué te dijo!?

Pero Valeria tenía la misma expresión hosca que hasta ese momento había tenido yo y no respondió. En ese instante regresó el poli.

—Buenas y malas noticias —dijo—. Tenemos un primer informe del forense. Wilson Tolaba, o Pescado Podrido, no se atragantó con un corazón de oliva: le clavaron un dardo envenenado en el cuello.

—¡Un dardo! —exclamó Soraya.

—¿Entonces soy inocente? —pregunté—. Un momento, ¿eso significa

que el mal de ojo no sirvió para nada?

—¡Y tú que te creías con poderes! —se rio Valeria.

—No, no, ¡silencio, que estoy pensando! —interrumpí y me puse de pie—. ¡Lo asesinaron mientras estábamos ahí! Alguna de esas personas lo mató.

—¡Qué perspicaz! —señaló Valeria.

No le hice caso.

—Pero, ¿fue solo coincidencia? Él era de los Pocos... es posible que los Topos hayan decidido matarlo y de pronto nosotras llegamos.

—No voy a discutir tu sentido de la oportunidad —siguió apuntando mi prima.

—Pero también es posible... —

Miré por la ventana hacia afuera porque no me animaba a mirar a Montorvo—. ¿Quizá sabían que estábamos por ir y aprovecharon para matarlo?

—Para hacernos ver como culpables —susurró Soraya.

—Para que todos piensen que tenemos poderes —corregí—. Algún estúpido cree que tener a las brujas de su lado va a servir de algo... ¡Los Topos! Los Topos nos usaron. Justo lo que yo no quería, nos metieron en la guerra narco. Todo el mundo cree que Chorizo Colorado, de los Topos, murió culpa de mi madre. Ahora creen que Pescado Podrido, de los Pocos, murió culpa mía. O sea que nos hemos

convertido en enemigas de esos Pocos. Seguro que nos tienen en la mira.

Entonces miré al poli. Él era el único que sabía que nosotras iríamos ese día al bar de Paco. Además, según Conde, figuraba en la nómina de los Topos. ¿Nos había vendido?

Montorvo no se rio de mí en esa ocasión. Se puso de pie, se me acercó y me masajé los hombros, que tenía entumecidos.

—Bien pensado.

Después me dio un beso fugaz en la frente y se marchó.

* * * * *

Para contrarrestar la sensación

de que habíamos caído en una trampa al ir a «Paco», esa noche decidimos enterrar nuestras penas con tres pizzas a domicilio. Sin olivas, por las dudas.

—Cortesía de la casa —nos dijo el repartidor cuando las trajo y se negó a cobrarnos. Pero cuando cerramos la puerta con una sonrisa incierta, vimos por la ventana que el muchacho se santiguaba.

—Esto no huele bien —advertí.

Al día siguiente el asunto del olor era real. Cuando Valeria entró en la casa nos informó que había un gato muerto y putrefacto clavado en la puerta.

Limpiamos, desinfectamos y encendimos sahumeros pero de todos modos quedó una mancha oscura como

una sombra en el marrón de la madera.

Eso me acojonó y estuve a punto de volver a mi piso y a mi antigua vida, pero suspiré al pensar nuevamente en mamá. La angustia me quemaba la garganta.

Un rato después y más sosegada, me vestí con jean y sudadera, inútilmente intenté alisarme el pelo, tomé el mazo de cartas y me fui a la villa.

Caminé en solitario la media docena de manzanas que me separaban del lugar pero de vez en cuando me parecía escuchar un paso sigiloso, la mirada de alguien que me acechaba.

Miré en derredor varias veces, hice como que me acomodaba la

zapatilla, saqué un pañuelo para limpiarme la nariz, pero todo fue en vano: la persona que me seguía no quería darse a conocer.

Justo antes de entrar a la villa, decidí dar el paso. Torcí bruscamente en la esquina y aguardé escondida en el hueco de un zaguán. En seguida llegó Lucas, que dio un salto al verme.

—¡Me asustaste! —se quejó.

—¿Y qué tengo que decir yo, si vienes siguiéndome desde casa?

—No te estoy siguiendo, te estoy cuidando. Tengo órdenes.

—¡Órdenes! ¿Órdenes de quién?

—Eso no te lo puedo decir.

Le di un coscorrón con el bolso.

—¡Eh! ¿Y eso, por qué? Para

que sepas, aún sin las órdenes te habría seguido. Soy un tipo agradecido, ¿sabes?

Lo miré como si el muchacho hubiera perdido la cabeza.

—El filtro de amor dio resultado. —Lucas sonrió, estirando mucho la cara, y su media nariz de pronto pareció un trocito de Gruyere comido por una rata.

—¿Eh?

—¡El filtro de amor! ¿Recuerdas que me dijiste que tenía que cambiar de candidata? ¡Tenías razón! Fui con otra chica y esta sí me dejó.

—Te felicito.

—Lo hicimos cinco veces entre ayer y hoy.

—¡Eh! No necesito tantos detalles. Pero, ¿acaso no estabas enamorado de la chica de la villa? ¿Significa que ya no es necesario que vaya a verla? —me ilusioné.

—¡Claro que tienes que ir! Y sí que estoy enamorado, por partida doble.

—¡No se puede amar a dos personas al mismo tiempo!

Aunque podían gustarte tres, pensé.

—¿Quién te dijo que no se puede amar a dos? Soy de corazón amplio.

—¡Eso no está bien!

—¿Por qué? Mira, para que veas que soy agradecido, hasta te traje un regalo.

Se metió las manos en los

bolsillos del pantalón y sacó cuatro móviles de distinto diseño y tamaño.

—Uno es para ti, elige —invitó.

—Eh...

—¡No seas tímida! Son liberados.

—Supongo que se cayeron de un camión.

—¡Qué va! ¿Cuál sería la gracia de regalar algo caído de un camión?

Suspiré. ¿Por qué todo lo que hacía se me iba de las manos?

—Mira, Lucas, estuve consultando esta mañana las cartas y les pregunté por ti. Te tocó La Torre —dije, melodramática.

—¡Ah, bueno!

—Bueno, no —insistí con

seriedad—. Es una carta malísima. Hundimiento de estructuras, crisis, calamidades de todo tipo, miseria. Tienes que abstenerte de empresas temerarias o vas a terminar en chirona.

—Eso de tirar las cartas me gusta. ¿Quieres que yo te vaticine algo?

—¿¿¿Cómo??? —Parpadeé, ¿ahora el chico quería imitarme? Eché de menos la cruz y la ristra de ajos para sacudirlos sobre mi interlocutor.

—Yo también veo crisis y calamidades. Tendrías que abstenerte de...

—Me estás copiando.

—No, lo digo en serio, porque justo detrás de nosotros está parada la mitad de la banda de la villa. ¡Aquí te

dejo! ¡Suerte!

—¡Ey, espera, espera! —Detuve a Lucas por el antebrazo—. Me olvidé de preguntar si estos de la villa se han liado con los Topos o con los Pocos —susurré con las orejas enrojecidas—, supongo que debí averiguarlo antes. Porque en estos momentos los Pocos no me quieren demasiado, con eso de la muerte de Pescado Podrido... Una terrible coincidencia, ¿no tuve nada que ver!

Lucas se echó a reír y su cara con media nariz se pareció por un momento a la del enanito tonto de Blancanieves.

—¡Tranquila! Los de la villa son independientes —Se rascó la nuca,

como si se lo pensara—. Al menos eran independientes. Ladrones profesionales, de los buenos, no sé si me entiendes — Se encogió de hombros—. Al menos lo eran, quizá ya se decidieron a tomar parte de la guerra.

Lucas escapó de mis dedos súbitamente laxos y echó a correr de regreso al barrio mientras yo me ocupaba de tragar saliva.

Tras ver que mi último eslabón de contacto con la civilización se desvanecía tras una esquina, me di vuelta con lentitud y efectivamente, en el límite de la villa había un grupo de unos ocho o nueve hombres de aspecto hosco.

—¡Ey! —Hice de tripas, corazón, y sonriente, saludé con la mano

y fui a su encuentro—. ¿Qué hay? ¿Alguien me puede decir dónde vive...? —Rebusqué en mi bolso y saqué el papel donde estaban anotados los datos de la novia de Lucas—. ¿Marisol Pérez?

—¿Tú eres la adivina? —quiso saber un tipo de unos cuarenta y tantos años que se encontraba detrás del grupo. Era toda una torre. Tomé nota del tatuaje de una mujer gorda que tenía en el antebrazo, registré los ojos pequeños y juntos, los dientes sucios y encimados, el pelo, rapado casi hasta el cuero cabelludo con excepción del mechón azul, y decidí que era un hombre normal.

—Puede decirse que sí —respondí con las piernas gelatinosas. Mi esfuerzo por ser valiente acababa de

evaporarse en el aire polvoriento de la calle.

—Ven, tenemos una consulta para ti.

Me rodearon como esos gorilas que protegen a los famosos y entendí que me habían hecho «una oferta que no podía rechazar», como habría dicho don Corleone.

Nos internamos por los vericuetos de la villa, pasando por estrechos corredores que separaban casas precarias de cuatro o cinco pisos, construidas con la misma técnica ingenieril que la torre de Pisa.

Cuando estaba tan mareada que me habría sido imposible regresar sola, por fin nos detuvimos y entramos en una

casucha. Una mujer estaba cocinando un guiso, dos niños se revolcaban en el suelo mientras se pegaban y un par de perros agregaban sus ladridos a la cacofonía general.

—Por aquí —dijo el hombre del tatuaje; atravesamos un patio y pasamos a una piecita trasera. Ahí solo había un camastro deshecho y un par de cajones de madera que servían como asientos.

El tipo se sentó en uno y entendí que me estaba cediendo el honor de ocupar el otro. Rogué que aguantara mi peso, habría sido una pena si dejaba a ese sociable sujeto sin su única posibilidad de recibir visitas.

Me di la vuelta para ver dónde se ubicarían los demás y entonces noté

que estábamos solos: el resto del grupo se había esfumado.

—Necesito encargarte un trabajo —dijo el hombre sin rodeos.

Tragué saliva. No quería provocar otras muertes, ni directa ni indirectamente. Y en las artes del amor tampoco parecía que me fuera muy bien, a juzgar por lo de Lucas.

—¡Qué pena! Estoy saturada de trabajo —respondí.

El hombre asintió, sonriendo sin separar los labios, como hace la gente que almorzó lechuga. Luego se levantó, retrocedió hasta su camastro y sacó una hoja de papel de la funda de la almohada. La desplegó con cuidado y me la mostró.

—¿La conoces?

Era una foto de cuerpo entero de Soraya. Había posado de perfil como hacía en las ocasiones en que quería dar una imagen más delgada. Tenía una mano en la cintura, la cadera salida y una sonrisa coqueta en la cara. Nada de eso habría sido extraño si no hubiera estado vestida de cuero negro, tipo *Catwoman*. Esto es, si *Catwoman* hubiera estado inflada como un globo.

Parpadeé, ¿qué hacía Soraya posando de ese modo y qué hacía ese hombre con su foto bajo la almohada? Por las dudas, tomé la imagen entre dos dedos y la devolví. Luego me limpié disimuladamente la palma en el pantalón.

—Tú dirás —dije con cautela.

—Bien, veo que nos entendemos.

Antes de explicarte el trabajito, quiero contarte acerca de nosotros.

¿«Nosotros»? ¿En serio? Me pregunté hasta dónde había llegado Soraya con ese hombre. ¿Habían bailado el tango horizontal? ¿En el camastro del rincón? Decidí cambiar de hilo mental antes de que me diera un ictus, hay cosas demasiado fuertes para las arterias.

—Nosotros... mi banda, quiero decir, somos...

—¿Los Pocos? —aventuré, espantada.

—Muy unidos —terminó la frase y volvió a sonreír sin mostrar los dientes—. Se ve que eres nueva y no

conoces a nadie aquí.

No tenía nada por responder a esa observación así que permanecí en silencio.

—Me caes bien. Creo que vamos a tener un trato largo y provechoso contigo —insistió.

—No hago magia negra.

—No, si no te estoy contratando para eso, aquí el brujo soy yo.

—¡Ah!

—El asunto es que tengo un soplón en el grupo y no logro saber quién es. Aquí entramos en terreno resbaladizo porque... —Me miró como si estuviera sopesando si podía confiar en mí, y aparentemente decidió que sí—. Las cosas están cambiando, el pez chico

no tiene futuro, es cuestión de asociarse o morir. ¿Te acuerdas de los viejos almacenes de barrio? ¡Quedan muy pocos! Las grandes superficies se los comieron. Es un cambio que llegó en los noventa: internacionalización, concentración del capital, globalización.

—¿Eh?

—¿Qué? ¿No me crees?

—No es eso, es que hablas como un profesional.

—Soy un profesional. Hace dos años terminé Empresariales.

Esta vez sonrió con la boca entera y me prometí a mí misma no volver a pisar una universidad. En realidad, me corregí, no volvería a comer lechuga.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Nos estamos asociando a otro grupo más grande.

—¿Los Topos? —aventuré en esa oportunidad.

El sujeto se irguió en su asiento.

—¿Cuánto sabes?

Me encogí de hombros y sonreí como la niña inocente que soy.

—Nada en realidad. Hay dos bandas, los Topos quieren conquistar el barrio para tener toda la ciudad. Los Pocos, que dominaban esa zona, están dando batalla. Hasta ahora la villa era independiente. ¿Significa que estáis tomando partido? ¿Con los Topos?

Asintió.

—Ya teníamos el acuerdo listo,

íbamos a encontrarnos con los jefes de los Topos, pero alguien nos traicionó. Los Pocos nos emboscaron, nos dispararon y tuvimos que huir. Te imaginas que con eso, los jefes de los Topos se enojaron y están esperando que les entreguemos al soplón.

—Ajá. ¿Cómo sabes que el traidor está de tu lado? ¿No será alguien de los Topos?

—Los Topos no tienen la menor duda que el problema es de mi lado. Son tipos serios y les creo, se podría decir que tienen un holding, son verdaderos empresarios.

—¡Ah, bueno!

—Son tan serios, que prometieron hacernos puré si no

encontramos al soplón, ¿entiendes?

—Claro que entiendo, lo que no entiendo es qué tiene que ver conmigo.

—Tú tienes que descubrir al culpable.

—No soy detective. Y mucho menos espía.

—Pero eres estudiante de Empresariales, me ocupé de averiguarlo. Esto es como hacer auditoría.

Lo pensé un momento: la Auditoría usa técnicas de investigación para comprobar la veracidad de los datos. Sirve para confirmar, autenticar, descubrir; tal vez el tipo tuviera razón.

Entonces me lo pensé mejor.

—No es lo que tenía en mente

cuando pensé en trabajar en la profesión. Discúlpame, pero no.

El hombre tomó la foto de Soraya y le dio un beso.

—¡Qué pena! —dijo, mirando la imagen con sentimiento.

Suspiré en el acto.

—¿Qué hay que hacer?

Sacó un pendrive de su bolsillo y me lo alcanzó.

—Aquí tienes todos los números a los que mi gente y yo hemos llamado o de los que recibimos llamadas en los últimos seis meses. Como imaginarás, es mucha información.

—No voy a preguntar de dónde la conseguiste.

—No vas a preguntar porque no

interesa. Lo que tienes que hacer es revisar, tildar, descartar hasta que llegues al culpable.

—¿Sin saber el contenido de cada conversación? ¿Solo por los números? ¡Es una locura!

—Ah, pero yo te hice la mitad del trabajo: anoté los números de teléfono de todas las mujeres con las que estuvo cada uno.

—¡Pero esto es un trabajo infernal y sin paga!

El hombre se puso de pie y con un gesto, me indicó que lo siguiera. Salimos de la casa y caminamos media manzana hasta detenernos ante una construcción precaria. Las paredes, larguísimas, estaban formadas por

ladrillos sin argamasa, y un portón desvencijado de chapa parecía a punto de caerse.

El líder de la villa extrajo una llave de su bolsillo, abrió un candado enorme, encendió la luz y se hizo a un lado para que yo entrara.

Me encontré en un depósito lleno de cajas. Había tantas que trepaban desordenadamente hasta el techo, se apilaban en los rincones, formaban estrechos pasillos por los que apenas si podía pasar un hombre.

—Más adentro —ordenó el sujeto y avancé unos pasos.

Más allá las cajas dieron lugar a objetos: televisores de pantalla plasma, tabletas, ordenadores, cámaras de fotos,

sofisticados sistemas de audio.

—Más adentro —insistió el tipo.

Llegué hasta el final, donde una gran encimera como las que se usan en los laboratorios parecía estar dividida en tres partes: droga, dólares y armas.

—Elige tu paga —dijo el líder, y se cruzó de brazos a esperarme.

Retrocedí un paso, y mi espalda se topó con un *home theater*, al girarme para sostenerlo, manoteé y sin querer golpeé la base de un televisor que estaba mal colocado. Las cuarenta y dos pulgadas que tenía fueron a dar contra el de atrás y como un dominó fueron cayendo uno tras otro.

Cuando el ruido y la polvareda

se hubieron asentado, miré con ojos desorbitados al hombre, temiendo por mi vida. ¿Cuánto valía el daño que había hecho? ¡Ni todo un congreso de auditores podría pagarlo! Pero el hombre no se movió, seguía cruzado de brazos, esperando.

—Si no eres de las drogas — dijo el tipo con naturalidad—, puedes recoger cuanto televisor o equipo electrónico se te antoje. Tengo muchos.

Miré en rededor: no cabía duda de que no le faltaban televisores, ordenadores y consolas. A mí un ordenador me venía de perillas: ¿quizá un portátil de ocho gigas de memoria y un terabyte de disco duro? Le eché el ojo a uno, a pocos metros de distancia.

Efecto niquelado en la tapa, forro rosa, etiqueta brillante. Creo que mis ojos se tiñeron del brillo codicioso que caracteriza al *señor Burns* y hasta me imaginé frotando las manos.

Pero sacudí la cabeza y noté que tenía el pelo tan alborotado como si hubiera metido el dedo en el enchufe.

—No lo creo —respondí, cruzándome de brazos, sorprendida de mi propia fuerza de espíritu. ¡Así se hace! Lástima que la misma fuerza no me acompañara en las dietas. Si el tipo me hubiera ofrecido una tarta de chocolate...

—¿Qué te parece entonces un arma? —insistió el sujeto—. Da la impresión de que puedes necesitar una.

—A continuación husmeó un poco entre las que había sobre la encimera—. Una cuarenta y cinco te resultaría pesada, aunque mira qué bonita esta, cañón recortado y punta hueca, no sabes lo efectiva que es. ¡Reina de reinas!

—Eh... no, gracias.

—Mira aquí, Beretta nueve milímetros. ¿No es hermosa? La puedes llevar y nadie la nota, aunque... —me repasó de la cabeza a los pies—, puede que te golpee el retroceso al disparar, no parece que estés acostumbrada.

—La verdad es que no.

—¿Qué tal esta? ¡Una pluma! Calibre veintidós Magnum, toda una señorita.

—¡De ninguna manera!

—¿En serio? No sé si admirar tu valentía... —Se rascó la barbilla—. ¿Acaso no sabes que todos los Pocos del barrio están detrás de tus pasos? Y según mis últimos cálculos, hay al menos uno por metro cuadrado. Sin contar las abuelas, aunque algunas también son de temer.

Lo de las abuelas me decidió.

—¿No tendrás eh... un arma de fogueo?

—¡De fogueo! ¡Qué blanditos son los del barrio!

Eso me molestó. Ese tipo acababa de amenazar a Soraya, me había envuelto en un trabajo más perro que el de registrar las cuentas del estudio, me había dicho que todos los Pocos me

buscaban y yo no había salido corriendo. A pesar de eso, me tildaba de «blandita». ¡Ja! Ya estaba, era suficiente, el líder de la villa lo había conseguido: me ofusqué.

Puse los brazos en jarras, mi mirada furibunda se paseó por las chucherías que estaban amontonadas allí y fue a dar a un arma ubicada al lado del dinero.

—¿Y este? —quise saber.

—¡No, no, no! Ese, preciosa, es un Uzi-Pro, un subfusil último modelo del ejército israelí. Trescientos ochenta municiones por segundo, ideal para ráfagas, compacto y liviano para ser llevado bajo una chupa de cuero.

—¡Lo quiero! —Estaba claro

que en ese momento no razonaba.

—No, ese sí que no, tengo uno solo.

¡Ajá! Di golpecitos impacientes con el pie sobre el suelo.

—Estoy esperando —dije.

El tipo se rio con ganas.

—No hay caso, a pesar de todo, me gustas. ¡Está bien! Tú ganas. —Me extendió el arma—. Eres dura, no me lo esperaba y es algo que respeto. Pero más vale que me traigas al soplón porque si no, te voy a enseñar a manejar la Uzi... Lástima que después de esa demostración, no va a servir de nada lo que aprendas.

Me quedó claro que el líder de la villa pensaba usarme de blanco en sus

prácticas de tiro. Tragué saliva pero no me dejé amedrentar y salí del depósito, Uzi en mano.

De pronto en la calle parpadeé y miré el arma. Me sentía como esas personas que juegan al bingo del barrio, saltan alborozadas al llenar el cartón y luego se notan un poco estúpidas cuando se encuentran posando para la foto junto al sponsor del juego, sonriendo con un juego de tazas de café como gran premio.

Volví a mirar la Uzi. No era un juego de café y con seguridad no entraba en mi bolso, de modo que tuve que resignarme a llevarla en la mano.

Fue como si me hubieran dado la clave del juego, a partir de entonces

anduve sin problemas por la villa, sintiéndome una más. Hice un complicado choque de manos con el muchacho que el líder me puso de guía y luego repetí el ritual a razón de una vez cada veinte pasos.

Un grupo de chicas me pidieron que les echara la suerte y me comprometí a regresar en una semana; más allá, dos viejas salieron con un muñeco y me rogaron que lo bendijera. Estaba a punto de informar que no era cura, pero me detuve de golpe: el muñeco tenía clavados varios alfileres.

—Bonito alfiletero —murmuré y seguí adelante.

Finalmente me detuve en la casa de Marisol Pérez y pregunté por ella.

Una anciana que tomaba té junto a la mesa de la cocina señaló con el dedo una cortina trasera y cuando la atravesé, me di con una habitación donde había cuatro camas. En una de ellas, un hombre y una mujer estaban bailando salsa bajo la manta. Llevaban buen ritmo y resultaba odioso intervenir, de modo que miré al techo, al suelo, a las paredes, por fin retrocedí hasta la anciana.

—¿Sabe cuándo se desocupará?
—pregunté.

—Mañana.

—¿Mañana? ¿Cómo es posible?

—¡Todo el mundo lo sabe! —La anciana señaló sobre la mesa una pastillita azul.

—¿Puedo dejarle un mensaje?

En eso escuché que la mujer me llamaba desde el cuarto.

—¡Pasa!

Tragué saliva y me dirigí a la habitación con los ojos cerrados.

—Vengo de parte de este chico... Lucas.

La joven se echó a reír y el hombre que la acompañaba gruñó tan fuerte, que abrí los ojos y lo miré a la cara. Era un muchacho grandote, rubio, de pelo largo y lacio que me recordó un poco a Gérard Depardieu... a Gérard Depardieu hace la tira de años.

—Lucas es un pobre tonto —sostuvo Marisol entre jadeos—. Lo único bueno que hizo fue dejarme una

botellita afrodisíaca... un hechizo de amor, creo que dijo. ¡Es fantástica! No sabes lo bien que lo estoy pasando.

Gérard Depardieu volvió a gruñir y salí corriendo.

—La gente no debería ser tan crédula —murmuré cuando llegué a la calle, repitiendo una frase que se me había hecho carne en los últimos días.

—¡Cierto! —asintió el guía de la villa. Pero después, cuando me dejó en el límite con el barrio, sonrió con timidez—. ¿No me darías una de esas botellitas que preparaste para Marisol?

Me comprometí a hacerle llegar una, me despedí con otro choque de manos y estaba a punto de irme cuando de repente se me encendió la lamparita y

volví sobre mis pasos.

—¡Oye! —lo llamé—. ¿Tú por casualidad no conoces un ferretero en esta zona? Un cliente necesita seis fierros grandes.

El muchacho sonrió de oreja a oreja.

—Marcos, pues.

—¿Quién?

—Marcos Latorre, el líder de la villa. Él es el mejor ferretero en varios kilómetros a la redonda. La prueba está en tus manos.

Me miré las manos pero en ellas solo tenía la Uzi. Con un encogimiento de hombros y sin comprender, me despedí y caminé las manzanas que me separaban de la casa de mamá con el

arma apretada entre el bolso y mi cadera.

Pensaba mientras tanto que definitivamente yo era muy blanda, me había comprometido a volver a la villa a echar la suerte a unas chicas, pero no quería hacerlo; no tenía ganas de hacer el trabajo que me había encargado el líder y no tenía idea de qué hacer con un subfusil.

Mientras andaba, me decía también que una persona de principios jamás habría aceptado el arma como soborno. No, me corregí, una persona de principios se habría negado a aceptar el trabajo. Claro que después habría aparecido con un tiro entre los ojos, ¡pero habría caído al sumidero con el

honor en alto!

En ese momento me lo pensé mejor y decidí que Marcos Latorre tenía razón: la Uzi no era tan mala compañía después de todo. Me prometí a mí misma que la tomaría como préstamo, y, tras santiguarme, rogué para que Dios lo entendiera.

Dios no pareció entenderlo, porque justo antes de llegar a la casa, un hombre me salió al cruce y me apuntó con una pistola. Di un salto atrás y no atiné más que a mirar los ojos de mi asaltante, dos agujeros negros y fríos sin ninguna clase de sentimiento.

—Toma —dije, extendiendo el bolso y la Uzi en un único movimiento.

Eso pareció sorprender al sujeto.

—No es un asalto.

—¿Entonces? Casi me matas del susto, no vas a decir que también me seguías para cuidarme.

—Quiero que rompas el maleficio. Y tengo un mensaje para darte.

—¿El maleficio?

El tipo miró la punta de su arma como si de pronto le tuviera miedo. Después apuntó cuidadosamente al tronco de un árbol y disparó, lo que provocó que yo saltara dos metros en el aire.

—¿Ves?

Miré hacia donde el tipo señalaba. La bala había impactado en el parabrisas de un coche, situado a un

metro del árbol elegido. De inmediato comenzó a sonar la alarma del vehículo, los propietarios asomaron la cabeza desde una casa cercana y salieron a mirar.

—Van a llamar a la poli — anuncié, deseando que ese extraño sujeto se marchara.

—¿Realmente crees que los polis van a venir?

Tuve que darle la razón: nadie se molestaría en acudir a esa zona. Todos en la comisaría debían estar comiendo pizza, yo misma tenía hambre.

—De todos modos me gustaría irme —expliqué.

—Te irás después de que deshagas el maleficio.

—Ajá. Entonces cuéntame sobre el maleficio.

—¿No es obvio? ¡No puedo dar en el blanco! ¿Qué tal eso? ¿Alguna vez has visto un sicario que no pudiera dar en el blanco? ¡Nadie me contratará!

—¿Sicario? ¿Trabajas para los Pocos o los Topos? Por casualidad, ¿no viste a mi madre?

—¡Demasiadas preguntas! Haz lo que tengas que hacer y luego te doy el mensaje.

Tragué saliva mientras buscaba alguna forma de liberarme de su presencia. No la encontré así que pensé con rapidez: ninguna idea vino a mi cabeza. Entonces alcé la voz todo lo que pude y le di una entonación de púlpito.

—A partir de este momento, / en nombre de mi madre y con el poder de su aliento / rompo toda maldición, pacto, sello o lazo oculto, / maleficio, brujería, sortilegio o conjuro, / todo encantamiento, ensalmo, macumba o hechizo, / hecho con animal, vegetal, foto o nudo corredizo. / Todo trabajo de umbanda o espiritismo, / de cura y esoterismo, / todo lo hecho en el aire, el agua, la tierra o el fuego, / abajo o encima de este u otro suelo, / en tu contra, contra esta arma, contra mí o mi gente, / en el futuro o en el presente, / lo deshago, lo rompo, lo quiebro, / lo aplasto con el poder del cerebro, / para que a partir de ahora solo lo saludable, / lo bueno, lo bello y lo loable, / lleguen a

tu vida y a la mía. Eh, ¿cómo te llamas?

El hombre me observó, inquieto.

—Alan. Alan Cerro —respondió finalmente.

—Bueno, Alan Cerro, es todo. Amén.

El hombre se quedó con la boca abierta cuando terminé. Tengo dotes histriónicas, ¿eh? Luego pareció pensárselo un momento y asintió con la cabeza.

—Está bien. Creo que será suficiente —Enfundó la pistola y se me quedó mirando—. ¿Qué hacías en la villa?

Fruncí el entrecejo. ¿Acaso tenía que darle explicaciones? ¿No se daba cuenta ese tonto sujeto que yo tenía una

Uzi en la mano?

—¿Qué te importa? —pregunté a mi vez con voz destemplada.

—No le estás haciendo ningún favor a tu madre.

Eso me sobresaltó.

—¿Sabes dónde está? ¿Quién la tiene? ¿Puedes hacerle llegar un mensaje? —Me abalancé sobre el sujeto y estuve a punto de cogerle la chupa pero el tío apartó mis manos de un golpe tan fuerte que la Uzi salió volando hasta caer con un ruido sordo en el pavimento —. ¡Ey, si serás bruto, me has hecho daño!

—Escucha bien —dijo, alejándose unos pasos—. Estás de sobra aquí. Vuelve a tu casa, ¿entiendes? No

tienes idea del jaleo que estás armando.
¡Mejor vete!

Abrí la boca pero el hombre se marchó con la misma rapidez con la que había llegado.

Todavía pensando en ese encuentro, recogí el subfusil y llegué a la casa con la cabeza gacha. Por eso apenas me di cuenta de que había un Audi negro aparcado en la puerta cuando me lo topé casi de frente.

Entré con gran sigilo, no vi a nadie en la sala, pasé a la cocina y metí la Uzi en el horno. A continuación retrocedí sobre mis pasos y me dirigí hasta el cuartito donde mi madre atendía a las clientas, ya que de ahí podían escucharse voces.

Abrí la puerta con cuidado y encontré a Conde sentado en la silla, mirando con atención un álbum de fotos mientras Valeria se inclinaba tanto sobre él que parecía a punto de caerse. De hecho, mi prima tenía un seno apoyado en el hombro del abogado para mejor soporte.

Agradecí que la Uzi estuviera a resguardo en la cocina, de lo contrario me habría sentido tentada de usarla. ¿Cuántos años me caerían por asesinato por enajenación mental? Estaba elucubrando sobre la posibilidad de volver a buscar el arma cuando Conde alzó la vista. Sus ojos como chocolate derretido se derramaron al verme y cuando él se puso de pie para darme un

beso en la mejilla, la rabia se me evaporó como el agua en el ombligo.

—¿Dando un paseo mañanero?
—preguntó él y no aguardó la respuesta
—. Tu prima me estaba mostrando las fotos de tu infancia.

El cabreo regresó por partida doble y tuve que hacer un enorme esfuerzo de control zen para no borrar de un puñetazo la sonrisa de mi prima. Bajé los ojos y mi mirada recayó en una foto en la que me vi a mí misma desnuda, regordeta, llevándome a la boca un dedo lleno de chocolate. Cuanto menos, esperaba que fuera chocolate.

Intenté articular palabra pero nada salió de mi boca.

—Pareces un pez fuera del agua

—se rio Valeria.

De pronto, rogué que el mal de ojo fuera real, porque estaba haciendo uno con todas mis fuerzas. Entrecerré los párpados, arqueé una ceja y fulminé a mi prima con odio brutal. No pasó nada.

Suspiré y me volví hacia el abogado con gracia principesca.

—¡Gracias por venir a verme!

—Siempre un placer, aunque en esta oportunidad solo te traigo trabajo, te lo manda Juana —Conde se metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo un pendrive—. Necesita que proceses los gastos del estudio. Dejé un par de cajas con comprobantes en la sala.

—¡Eh! ¿Tanto se juntó en tan poco tiempo?

—Estamos a full y como no queremos que pierdas el empleo...

—Claro, claro. —Pero no lo veía tan claro, de hecho habría preferido perder el trabajo.

—¿Algo nuevo sobre tu madre? —preguntó.

Negué con la cabeza, apesadumbrada.

—Creo que lo mejor será que regrese a la ciudad —señalé—. Aquí no avanzo. Los narcos no me contactaron, no hubo ninguna noticia desde que llegamos... bueno, excepto el mal de ojo sobre Pescado Podrido, pero Valeria es incapaz de recordar algún detalle útil

sobre la mujer que nos lo encargara en casa de los italianos. —Miré a mi prima con renovada virulencia.

—¡Ya te lo dije! —contestó la aludida—. Era una mujer baja, regordeta y teñida, como hay miles, los ojos un poco claros y la ropa chillona, de mal gusto.

—¿Probaste en llamar otra vez al móvil de tu madre ? ¡Te contactaron a través de él! —dijo el abogado.

Abrí mucho los ojos y, entusiasmada, pegué un tirón al bolso hasta encontrar mi equipo. Marqué el número de mi madre y noté que conectaba, pero del otro lado no me atendió nadie.

—¿No se supone que la policía

debería estar monitorizando esto? — pregunté, descorazonada—. Si el chip sigue funcionando, significa que podrían rastrear el móvil.

Conde se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿No me acompañarías a la comisaría? Voy a poner una queja.

Nos subimos al Audi y, tras completar el trámite sin pena ni gloria, regresamos a la casa.

—Tengo que volver al trabajo —dijo Conde al detenerse.

—No sé cómo agradecerte que estés pendiente de mí —comenté. El corazón me bailaba un redoble mientras observaba el perfil clásico de mi acompañante—. ¿Por qué lo haces? —

insistí.

No creí que contestaría pero de pronto, él se volvió hacia mí y me encontré mirando sus ojos capuchinos. Al segundo siguiente el abogado me zampó un pequeño beso en la comisura de la boca.

—Cariño fraterno —respondió.

—¿Fraterno? —Sentí que me ahogaba. ¿«Fraterno»? Definitivamente el cariño fraterno estaba sobrevalorado.

—¡No sé, no sé! —exclamó él y se inclinó otra vez hacia mí. Entonces sucedieron varias cosas a la vez. El móvil del abogado sonó, él cambió el curso de su movimiento para atenderlo, yo ya había alzado un brazo para pasarlo por su nuca y terminé dándole un

golpazo en la mandíbula—. ¡Joder!

—¡Perdón, perdón! —me lamenté.

—No hay problema —respondió con galantería. Pero sí lo había. No atendió el teléfono y, en cambio, concentró toda su atención en el espejo retrovisor. Se llevó una mano a la mejilla golpeada, se observó de un lado, del otro, ensayó poses y miradas en el espejo hasta que me hartó. Estos metrosexuales no sirven para otra cosa que no sea disputarte la atención.

—¡Hasta pronto! —saludé al bajar del coche, no recibí respuesta y di un portazo. Me pareció escuchar una protesta pero no me detuve a preguntar y entré en la casa con gran enfado.

Al entrar, me encontré con que Valeria estaba atendiendo a los primeros clientes en la salita de mamá.

—¿No es temprano? —pregunté.

—Cambiamos el horario —respondió mi prima—, tenemos demasiada clientela.

No me detuve: recogí las cajas con facturas que Conde me había llevado y seguí caminando hasta la habitación de Soraya, llamé brevemente y entré. Mi amiga estaba sentada frente al ordenador y tecleaba afanosamente con los dos dedos índices.

—¿Estás ocupada? —Creí ver la pantalla de Facebook pero no me acerqué a curiosear. En cambio, deposité tanto mi bolso como las cajas

en el suelo y me dejé caer sobre la cama.

—Nada importante —dijo Soraya. En seguida cerró la ventana y apagó el equipo—. Estaba perdiendo el tiempo, no me gusta ser la ayudante de tu prima.

—No te culpo, es una perra.

—¡Cierto!

Después de coincidir en lo fundamental, nos pusimos al día.

—¿Un tipo alto y grandote? —preguntó Soraya cuando le conté el encuentro en la villa—. Ha de ser Marcos Latorre.

—¡Ah, sí, mi guía me dio ese nombre! ¿Por causalidad no tienes su número de teléfono? Después de todo, él

tiene una foto tuya. —Me pareció que mi amiga enrojecía bajo el color café de su piel y empecé a reír—. ¡Picarona!

—No, no, te estás equivocando. Vino este tipo con una historia tonta que me creí: me pidió una foto para un catálogo. ¡Me iban a pagar y caí!

Seguí riéndome.

—¡Y te vestiste de cuero!

Soraya se levantó, buscó la almohada y me dio un par de golpes en la cabeza. Luego se dejó caer a mi lado y rio también.

—¡No solo de cuero! También me sacó en ropa interior.

—¡No!

—¡Sí! ¡Tiene esas fotos y a veces me pregunto para qué las usará!

Reímos hasta que nos saltaron lágrimas y de pronto Valeria entró furibunda en la habitación.

—¡Malala, estás haciendo un escándalo y no me dejas concentrarme!

Las dos volvimos a reír y mi prima dio media vuelta y pegó un portazo. Eso ocasionó risas nuevas.

—Y ahora, ¿qué hacemos? — quiso saber Soraya cuando logramos calmarnos.

—Te aconsejo que no cocines lasaña —volví a reír—, ni pollo al horno, que la Uzi está escondida allí. — Hice una pausa—. No sé, siento que todo es un lío y que nadie lo maneja. Si supiera quién tiene a mi madre, podría ir y llamar a su puerta, ¡le ofrecería una

Uzi a cambio! Pero no tengo idea. Están esos italianos del norte, con los que alguien nos recomendó. Están los Topos. Chorizo Colorado era Topo. Los de la villa quieren unirse a los Topos. Por otro lado están los Pocos. Pescado Podrido era Poco y ahora la gente del barrio piensa que nosotras lo matamos.

—¡No te angusties tanto!

—Este sujeto que me pidió que le curara el maleficio, Alan Cerro, dijo que tenía un mensaje para mí: que me largara. La amiga de mi madre: la que es prestamista, Gloria Núñez creo que se llama, también me sugirió lo mismo. Quizá tengan razón, ¿no crees? — Suspiré—. El único cliente contento es el sosías de Han Solo.

—¿Quién?

—El tío ese al que le tengo que pasar el número de teléfono del líder de la villa porque busca un ferretero.

Mi amiga parpadeó, sin duda tan confundida como yo, pero finalmente se encogió de hombros.

—¡Bueno, si lo quieres...! Aquí lo tengo.

—¡Sí, por favor! —exclamé, contenta de poder cumplir al menos con uno de los clientes. En el acto envié un mensaje de texto al sujeto que buscaba los fierros.

Soraya suspiró al verme hacer.

—Entonces, ¿vas a hacer el trabajo que te encargaron?

—¿Ingresar los gastos del

estudio o buscar al soplón de Latorre? ¡Es igual, tengo que hacer ambos! ¿Me prestas tu ordenador?

Me quedé trabajando y me sumergí de tal forma en los asuntos del estudio que no volví a levantarme hasta que mi estómago rugió de hambre. Para entonces ya eran más de las cuatro de la tarde y me había olvidado de comer.

Salí de la habitación de Soraya y en cuanto pasé la puerta me encontré con que la casa estaba inundada de personas. Las había en el pasillo, en la cocina, en la sala de espera y en la calle.

Valeria seguía atendiendo en la salita de mi madre y Soraya lo hacía en la sala de la casa, pero en cuanto atravesé el pasillo, todos los que

aguardaban se me lanzaron encima.

—¡Quiero que me diga si el nuevo negocio va a dar resultado!

—¡Tengo un hijo enfermo!

—¡Por favor, quiero saber si mi marido me engaña!

Los miré uno por uno.

—Usted, tenga cuidado, son tiempos difíciles —le dije al primero—. Lleve el nene al médico —le espeté a la segunda. Miré con algo de pena a la que había hablado en tercer lugar—. Si usted cree que su marido la engaña es porque la engaña.

Le pedí a dos abuelitos que se apartaran para abrir la puerta del refrigerador pero al hacerlo, me di con que estaba vacío. Enfurecida, miré a la

conurrencia. Todos lucían caras inocentes.

—¡Tú! —grité en dirección a un joven de cabello largo y rubio que me daba la espalda. Al volverse, reconocí al muchacho que había bailado la zumba con Marisol Pérez en la villa, esa misma mañana, aquel al que yo mentalmente llamaba Gérard Depardieu—. ¿Te comiste mi bocata?

—¡Tenía hambre! Es que hice mucho ejercicio. No te desquites conmigo, ¡por favor! ¡Mira que tuve que dejar lo que estaba haciendo para venir a hablar contigo!

—¿De qué quieres hablar?

—Es confidencial —murmuró el muchacho.

—No curo venéreas.

—¡No es eso!

—Entonces pasa, pero después me traes un sándwich.

Lo hice pasar al cuarto de Soraya mientras volvía a reprenderme mentalmente por ser tan blanda. Seguro que el tipo oía su suerte y no volvía a aparecer por ahí. Yo me iba a quedar con hambre y no es que no me viniera bien adelgazar, pero tampoco quería morir de inanición.

Invité al joven a sentarse en la silla frente al ordenador y tomé asiento en la punta de la cama.

—Tú dirás.

—Sé dónde está tu vieja —dijo el muchacho, hablando en voz baja.

Me abalancé sobre él y lo zamarreé.

—¡Dime!

—¡Suéltame!

—¡Perdón! —Volví a sentarme y di un par de palmadas de excitación—. ¡Por fin alguna noticia! Dímelo ya, te escucho.

—Está en una casa... —El muchacho se dio vuelta y anotó en una dirección en el borde de una de las facturas que había dejado Conde—. Pero ten cuidado, que no te sigan.

—¡Claro, claro! Dime, ¿la retienen los Topos o los Pocos?

Tomé el papel que me tendía y lo miré, distraída. Era una boleta del hotel de la Pé por un importe grande. Debajo

estaba, escrita a mano, la dirección que necesitaba.

El muchacho sonrió y se puso de pie.

—La retienen los Topos. —
Abrió la puerta del cuarto y se fue antes de que yo pensara en detenerlo.

En ese momento sonó mi móvil.

—¿María Laura? Soy Egarteche.
—Reconocí la voz un poco temblorosa de uno de los dueños del estudio. Socio de Conde, pero tan distinto del apuesto abogado como lo era Valeria de mí. De todos modos, le tenía simpatía. Egarteche jamás me amonestaba y su timidez me hacía sentir segura.

—Hola, ¿qué puedo hacer por usted?

—Tutéame como tuteas a Conde, por favor —dijo en un suspiro apenas audible.

Me pregunté cómo hacía un tipo tan cohibido para ser exitoso en su profesión, aunque quizá fuera corto solo con las mujeres.

—Claro, claro. ¿En qué te puedo ayudar?

—Es lo que yo quería preguntarte. Sé que Conde está pendiente y él... bueno... es abogado penalista, pero también puedes contar conmigo. Sé mucho sobre las bandas narco en esa parte de la ciudad.

—Sí, claro, todo el mundo sabe que usted es un experto. Eh... que eres un experto, te lo agradezco. —No se me

ocurría qué decir—. Te mantendré al tanto, ¿de acuerdo? ¡Y gracias!

Antes de que pudiera colgar, escuché que el hombre se aclaraba la garganta.

—Tú sabes que la novia de Conde es sobrina de un conocido narcotraficante, ¿no?

—¿Novia de Conde? —se me paralizó el corazón.

—Bueno, una de sus novias, la que lleva a las fiestas, supongo que eso significa que es la oficial. Pensé que... era mejor que estuvieras al tanto.

—¡Gracias! —corté la comunicación sin despedirme.

Me preparé para patalear. Iba a tirarme de los pelos, iba a dejarme caer

en la cama y a aullar de dolor, como cuando me enteré que Henry Cavill se había dejado fotografiar con Paris Hilton. O peor. Iba a... pero mis ojos y mi garganta estaban secos y mi cabello seguía en su sitio. Alborotado, sí, pero nada más.

Fruncí el ceño. ¿El exceso de adrenalina me estaba anestesiando? ¿O mi furia con el abogado esa mañana todavía no se había aplacado? ¡Yo amaba a mi jefe estirado! Me dije que en cualquier momento llegaría la angustia, la pena, sería algo monstruoso, un tsunami de llanto y aflicción, ¡no podría vivir del tormento!

Pero mientras tanto, tenía cosas que hacer.

Con un encogimiento de hombros (ya habría tiempo para psicoanalizarme en otro momento), volví mi atención a la dirección que había anotado el muchacho en el borde de la factura del hotel de la Pé.

Era una calle del barrio, a unas veinte manzanas de donde estaba. Decidí que iría a mirar de inmediato, nada era más urgente que mi madre.

Entusiasmada, me calcé las zapatillas, me pasé la mano por el pelo, tomé el bolso y enfilé hacia la puerta. Al pasar por la cocina me pregunté si debía sacar la Uzi del horno. Probablemente debía hacerlo, pero la casa todavía estaba llena de clientes que observaban cada uno de mis pasos con cierta

ansiedad y algo de miedo, así que salí sin ella.

Al llegar a la esquina tomé un taxi y me bajé dos manzanas antes del destino que el rubio me había indicado. A partir de ahí caminé despacio, observando los edificios, buscando algún detalle que me dijera si mi madre estaba cerca. Los edificios solo me gritaron que necesitaban una mano de pintura.

Cuando finalmente llegué a la manzana correcta, me detuve en la esquina. Miré en una y otra dirección y avancé con sigilo por la acera hasta que pude ver de reojo la casa señalada, que estaba enfrente.

Era una construcción de una

planta, con un pequeño zaguán y una puerta de madera que alguna vez había sido blanca. La única ventana estaba cerrada por una cortina veneciana de aluminio que a la sazón se hallaba totalmente desvencijada. Tal vez me estaban observando desde dentro, pensé, ¿y qué habrían visto? Me agaché para atarme las zapatillas mientras vigilaba.

«¿Qué hago?», murmuré, pero ya tenía la respuesta. Tenía que cruzar, tocar el timbre y hablar con la persona que me abriera la puerta. No tenía otra posibilidad aparte de la de ser directa porque, ¿qué iba a lograr si me quedaba afuera? No podía mirar la casa todo el tiempo, ni darle aviso a la policía sobre algo que no era más que una sospecha.

Un pie tras otro, me obligué a cruzar la calle y a aguardar inmóvil tras tocar el timbre de la puerta. El corazón me retumbaba en los oídos y sentí que mis sienes palpitaban. ¿Se estaba aproximando la hora de mi muerte? En eso la puerta se abrió y me enfrenté al agrio rostro de Gloria Núñez, la prestamista.

—Pasa —ordenó de mal talante.

Tardé unos segundos en obedecer. De todos los escenarios posibles, no me había imaginado ese. ¿Gloria Núñez había secuestrado a mi madre? Pero, ¡cómo! ¿Acaso no eran amigas?

—¿Dónde está mamá? —Quise saber en cuanto la puerta se cerró a mi

espalda.

Adentro todo era penumbra. Me costó acostumbrar los ojos a la oscuridad y cuando lo hice, fue para descubrir lo que ya había podido intuir desde el primer momento: aquella casa estaba vacía. Ni muebles, ni cuadros, ni calor de hogar. Nada, excepto polvo y telarañas.

—¿Dónde está mamá? —reiteré la pregunta. Me respondió un silencio pesaroso que interpreté como una mala señal.

Sobrecogida de miedo, me preparé para lo que más temía: que me hubieran tendido una trampa y hubiera caído prisionera de los malhechores, tal como mamá. ¿Y quién iba a rescatarnos

entonces?

En eso escuché un par de golpes que provenían de alguna habitación trasera y me dirigí hacia allí antes de que la prestamista pudiera detenerme.

—¡Ey, vuelve aquí! ¿Qué haces?
¡Espera!

Corrí a través de un largo pasillo, echando miradas enloquecidas a un par de habitaciones vacías a los lados, hasta que llegué a una puerta cerrada, cogí el picaporte y le di un tirón. Nada. Enloquecida, intenté nuevamente mientras Gloria se acercaba. Fue inútil, no giraba. La prestamista llegó hasta mí y trató de detenerme con una mano sobre mi hombro pero me revolví furiosa ante el

contacto y la emprendí a patadas con la puerta.

—¡Mamá, mamá! —grité angustiada, esperando escuchar tras la pared la voz quejumbrosa de mi madre.

En lugar de eso, oí una toz varonil y el sonido de un cerrojo al descorrerse.

—¡Ey, no seas bruta! ¿Por qué golpeas así? —Me amonestó el sicario Alan Cerro al abrir—. ¡Bastaba con que tocaras! Das dos golpes y esperas, ¿ves? Se hace así —dijo mientras llamaba suavemente a la puerta con los nudillos—. ¿No te enseñaron modales?

Estrilé de rabia ante la enseñanza pero me contuve lo suficiente para apartarlo de golpe y espiar en el

cuarto. Estaba vacío, excepto por un camastro y... parpadeé un par de veces. ¿Esos eran ladrillos?

Desilusionada, me di vuelta para encararme con los dos.

—¡A ver, decid ya dónde está mi madre, que no vine de visita, joder!

Gloria Núñez juntó ambas manos frente a su pecho.

—¡Escucha! —imploró—. Pero cálmate, ¿vale? Nosotros no tenemos a tu madre. Lo que queríamos era que vinieras aquí.

Puse los brazos en jarras, enojada una vez más.

—¡Usted no tiene un problema de aura sino de suciedad! Y no pienso ponerme a limpiar.

—No, si no te hice venir por eso. —La prestamista suspiró—. ¡Y no perdería el tiempo contigo si no fuera porque le debo mucho a tu madre! Ven, vamos a sentarnos aquí.

Con renuencia, tomé asiento junto a ella sobre el camastro, mientras Cerro aguardaba, mudo y de brazos cruzados, junto a la puerta.

—¿Qué sabe de mi madre? — espeté.

—Esto no es sobre tu madre sino sobre ti. Tienes que entender que estás metiendo la pata. Te lo dije el primer día: tú no sabes quién es quién en el barrio. Fue un grave, grave error que asumieras la conducción del local. Debes volver a tu casa, ¿cuántas veces

te lo tenemos que decir?

—Usted es la que no entiende. Mi madre ha desaparecido, la policía no se mueve y yo no voy a volver a mi casa hasta que la encuentre.

—Todo eso es muy encomiable, pero tienes que olvidarte del asunto. Mira, hagamos una cosa. Alan y yo te prometemos que vamos a buscar a tu madre. Tú regresa a la ciudad, vive tu vida, trata de no meterte en problemas y saldrás adelante.

—No.

Los labios de Gloria se torcieron en una mueca.

—¡Realmente eres tonta!

—¡Oiga!

—¡Te estás dejando manejar por

los Topos, no eres más que un títere en sus manos!

—¿Cree que no lo sé? Me hicieron aparecer como responsable de la muerte de Pescado Podrido, soy perfectamente consciente —me ufané de mi capacidad.

—¡Bah! Pescado Podrido no servía para nada. Lo grave es que te hicieron pasear por toda la villa, el reducto Topo por excelencia, para que toda la gente viera que eras una de los suyos. ¡Flameabas como una bandera con ese ridículo subfusil!

Abrí la boca y volví a cerrarla. No había visto las cosas de esa manera.

—También sabemos que le llevas negocios a Latorre —intervino

Alan Cerro—. Estás intermediando en la venta de armas. Dime, ¿el subfusil es una muestra para algún cliente?

Abrí la boca una vez más y esta vez quedó abierta. ¿Yo, traficando armas? ¡Esa gente estaba loca, loca de manicomio, loca de teleshow!

—¡Calma, calma! —exhorté con las palmas hacia arriba y la voz apaciguadora con la que habría hablado con Hannibal Lecter—. Agradezco los buenos consejos y los tendré en cuenta. —Me puse de pie con lentitud y fui retrocediendo hasta la puerta—. Creo que... sí... hum... es tiempo de volver a casa.

En eso llegué a mi destino y eché a correr por el pasillo hacia la sala.

—¡Espera, espera! —gritó Gloria Núñez por detrás—. ¡No te dije lo más importante: los Topos tienen a tu madre!

Eso no me detuvo. De un tirón abrí la puerta de calle pero en ese preciso instante en el que yo iba a salir, una gran mole entró, chocamos, me empujó con tal violencia que di un salto por los aires y fui a caer despatarrada sobre el polvo de la sala.

—¡Alto ahí, policía, todo el mundo al suelo!

No estaba en condiciones de moverme, así que hice caso y por el rabillo del ojo vi pasar a media docena de comandos con las armas en sus manos. Gritos, golpes, un poco más de

jaleo y cuando quise comprender lo que estaba sucediendo, descubrí que uno de esos brutos me estaba esposando.

—¡Ey, oiga, yo soy de los buenos! —protesté.

Pero no me oían y en un santiamén me encontré haciendo fila en la acera con la Núñez y el sicario.

—Son quince kilos de ladrillos de marihuana, señor —un poli informó al que parecía ser el jefe de la misión pues no se había ensuciado y tenía un abdomen prominente.

—Bien, bien —respondió este y luego hizo un gesto vago hacia nosotros antes de volverse—. Tú, llévalos a la comisaría, que permanezcan incomunicados. Quiero estar presente

cuando los interroguen.

Protesté y gesticulé vanamente mientras Gloria y Alan me miraban con furia asesina.

—¡Nos vendiste! ¡Los trajiste para aquí!

Todo intento por protestar mi inocencia en uno y otro lado resultó inútil.

Un par de polis me empujaron y había puesto un pie en el primer furgón policial cuando un coche dobló a toda velocidad por la esquina y se detuvo enfrente de la casa con un brusco chirrido. Por una vez me alegró ver la familiar silueta del calco de San La Muerte y las cejas burlonas del comisario.

—¿Qué pasa aquí? —Montorvo se dirigió hacia el gordo que estaba a cargo y se apartaron un poco para hablar quedamente. Ansiosa, esperé mi destino. Creí ver que discutían, temí que llegaran a las manos, pero al final estallaron en una carcajada y cuando el gordo me miró, en sus ojillos brillaba una expresión concupiscente.

—¡Está bien, está bien! —gritó—. ¡Muchachos, hay que soltar a la chica! Aquí el comisario quiere encargarse del cacheo. Dice que es un asunto personal.

Los polis obedecieron sin rechistar y, antes de que yo pudiera fruncir el ceño y preguntarme si la situación debía o no calificarse como

violencia de género, me vi libre.

Montorvo me empujó hacia su coche y, para variar, obedecí en silencio. Me ubiqué a su lado y partimos raudamente.

—¿Estás bien?

—Yo... ¡te juro que no tengo nada que ver! —exclamé—. No tenía ni idea de... bueno, eso de los ladrillos. ¡Solo recibí un mensaje de que fuera hasta allí para encontrar a mi madre!

Ansiosa, escudriñé el perfil del poli mientras conducía pero en el ceño fruncido y en el fondo celeste de sus ojos no había desconfianza sino... ¿exasperación? ¡No podía ser! Quizá acababa de revolear los ojos al cielo para revisar si sus cejas estaban

peinadas.

—¿Quién te dio ese mensaje? —
preguntó.

—Un muchacho rubio, el...
hum... novio de Marisol Pérez, una
chica de la villa —expliqué mientras
jugueteaba con la cremallera de mi
bolso—. Él estuvo antes en el local... se
comió mi bocata —suspiré y mi
estómago gruñó su protesta—. Dijo que
sabía dónde estaba mi madre y me dio
esa dirección.

—¿Sabes cómo se llama el tipo
ese?

Negué con la cabeza.

—No —Tuve una súbita
inspiración—. Pero me recuerda a
Gérard Depardieu. ¿Ayuda en algo esa

descripción?

El poli asintió lentamente mientras detenía el coche. Miré en derredor: estábamos en un aparcamiento atestado de vehículos.

Montorvo se desabrochó el cinturón, descendió y abrió la puerta de mi lado.

—¡Bájate! —susurró.

No supe si obedecerle, pero él me cogió del brazo y pegó un tirón así que no me quedó más remedio que descender. Quedamos de pie, muy cerca uno del otro, tanto que alcancé a ver su barba incipiente, los labios entreabiertos, los hoyuelos pequeños en ambas mejillas. ¡Qué guapo era! Y olía delicioso. De pronto, me sentí sedienta,

como si cada poro de mi piel necesitara del contacto de ese hombre para vivir.

Me miró a los ojos y algo debió pasar en ese instante, una fuerza suprema, habría dicho mi madre. Aunque en realidad lo sentí como un cable pelado a dos veinte. Y eso que no había ningún tomacorriente cerca.

El caso es que sufrí una especie de conmoción, como un golpe en la cabeza, y ocurrió lo increíble, lo impensable en alguien como yo: dejé de pensar, me convertí en un ente sin ningún dominio sobre mi voluntad.

Él me retiró un mechón de pelo que se había pegado a la mejilla y sus dedos se demoraron en el contacto, me acariciaron delicadamente, pasando con

suavidad por mi sien hasta mi mejilla. En respuesta, mi corazón latió, doloroso, en mi pecho, convertido en un retumbar de tambores de guerra.

Intenté hablar pero no surgió palabra alguna. Intenté respirar, pero sus ojos me quemaban. De pronto, sus párpados se entrecerraron, sus labios se acercaron y antes de que yo cayera en cuenta, me besó con violencia, con furia, su lengua entró en mi boca sin permiso y su cuerpo duro y atlético me encerró contra el coche.

Sentí que su mano me tironeaba del pelo, estaba a punto de hacerme daño y tuve que inclinar la cabeza hacia atrás. Me mordió el labio. Después lo repasó con la lengua y volvió a

adentrarse con tanta rabia que el dique de dignidad y buen decoro que me contenía se quebró.

—¡Joder, Malala, te tengo tantas ganas! ¡Vamos, respóndeme! —susurró y yo, obediente gilipollas como soy, me comí su labio inferior, le choqué los dientes con la necesidad de responderle, hundí mi lengua en el cofre de su boca con toda la pasión que demandaba.

De pronto, ahuecó una mano en la base de uno de mis senos y deseé patearlo e insultarlo por lo absurdo del contacto. Quería más.

Debía tener algo de mago, porque en el acto su pulgar me acarició el pezón, que se irguió ante el reclamo de ese hombre.

—No es suficiente —gruñó y tuve que asentir. No era suficiente aunque estábamos dando un espectáculo: una de sus manos hundidas en mi trasero, la otra apoderada de mi seno, mi cuerpo entero apoyado sobre el suyo, disfrutando de la presión.

El móvil del comisario sonó en ese momento y él debió de reconocer la melodía porque me soltó de golpe, sus ojos desenfocados me miraron con pasión apenas contenida y su respiración se escuchó como si acabara de participar en un triatlón.

Pero el móvil siguió sonando y Montorvo terminó por sacarlo del bolsillo trasero de su pantalón. Se apartó un poco para responder y cuando

regresó, creí notar que estaba tenso. Se pasó una mano por el pelo, alborotándolo, su mirada se perdió en el horizonte (o, para ser más exactos, en el perfil grisáceo de los edificios de enfrente) y aspiró profundamente.

—Será mejor que olvidemos esto —dijo, mirando hacia el costado, y sentí el urgente deseo de darle un pisotón.

¿Acaso no saben los hombres que las mujeres somos las únicas con la potestad de arrepentirnos de un beso? Se me enrojecieron las orejas del bochorno, aspiré, pero no me entraba aire, incluso sentí que una incómoda arenilla se había situado en el fondo de mis ojos.

Mientras yo intentaba digerir el desaire, echó a andar, y tuve que seguirlo. Caminamos así hasta la acera.

—¿A dónde vamos? —pregunté, todavía partida entre las ganas de patearlo y el deseo de llevármelo a un rincón. Opté por lo más lógico: simular que nada había pasado.

No respondió. ¡Ese hombre iba a matarme!

Gradualmente, el calentón se convirtió en franca rabia. ¡Condenado poli! ¿Acaso tenía un termostato del tamaño de un camión? ¡Yo todavía estaba resoplando! Elevé los ojos hacia él para estudiar su cara, pero era tan enigmática como siempre.

Me juré a mí misma que nunca,

jamás iba a volver a responder a sus avances.

Entretanto, él permaneció en silencio mientras cruzamos la calle para detenernos frente al portón trasero de una dependencia oficial. Justo entonces Montorvo se volvió a mirarme.

—Vamos a la morgue —anunció.

Capítulo 6: El Diablo

—Por aquí —nos invitaron a pasar y a mí se me encogió el corazón. El poli acababa de anunciarme que esa mañana había entrado el cadáver de una mujer septuagenaria sin identificación y el perfil coincidía con el de mamá.

Montorvo apoyó una mano en mi espalda y me guio sin pronunciar palabra, pero cuando llegamos a la habitación blanca y aséptica donde se llevaría a cabo el reconocimiento, me sentí desfallecer y él me rodeó con un brazo musculoso.

Aun así temí que me flaquearan las fuerzas cuando trajeron la camilla y

mis piernas temblaron como gelatina cuando un empleado levantó la sábana que la cubría.

Creí que estaba preparada para lo peor, pero cuando vi el rostro golpeado y el orificio de bala en el rostro de la muerta, di un respingo. Una oleada de náusea subió por mi garganta y estuvo a punto de ahogarme, pero me obligué a mí misma a contenerme. A pesar de mi esfuerzo, me mareé, vi que tanto el suelo como el techo giraban alrededor y si no hubiera sido porque el cuerpo del poli estaba pegado al mío, seguramente me habría caído del alivio porque la mujer allí tendida no era mi madre.

Él me apretó la mano con

insistencia y me obligué a mí misma a negar con la cabeza. Despacio, el poli me hizo girar y salimos andando rumbo a la calle. Al llegar al coche, apoyé mi frente en el techo.

—¡No es, no es! —susurré mientras el hombre a mi lado me apartaba el pelo de la cara. Después él me hizo apoyarme contra su hombro y me envolvió en sus brazos mientras me daba pequeños besos en la cabeza.

—¡Está bien, está bien! Teníamos que saberlo.

—Pero, ¿quién es ella?

—Tarde o temprano lo averiguaremos.

—¡Tiene un tiro en la frente!

—Seguramente un caso de

violencia doméstica.

—¡Se parece a mi madre, pero no es!

Poco a poco, él logró calmarme lo suficiente como para hacerme subir al coche pero en lugar de ir a casa, me condujo a un sitio de comida rápida.

No le pregunté cómo había sabido que tenía el estómago vacío, me estaba acostumbrando a que Montorvo lo supiera todo de mí. Era algo estremecedor y prefería no analizarlo a fondo, no fuera que llegara a conclusiones peligrosas.

Devoré una hamburguesa triple sin pronunciar palabra y cuando me estaba dedicando a las patatas levanté la cabeza.

—Esto no es para mí —dije, apenada—. No me refiero a la comida, ¡es perfecta!, sino a... a...

—¿A visitar las morgues y tener que enfrentarte a asesinos y a narcos?

Asentí con vehemencia mientras continuaba comiendo patatas. Las embebía en ketchup hasta la punta, me aseguraba de que la salsa cubriera todos los costados y entonces las llevaba a mi boca con deleite.

—¿Me convidas? —pidió mi acompañante. Levanté la vista sorprendida, y me di cuenta de que el poli ya se había comido todo lo que había en su bandeja. Resignada, empujé un poco la mía para ponerla al medio pero cuando embebí la siguiente patata,

vi que Montorvo se estiraba para comerla—. Quiero esa —pidió.

Arqué una ceja al llevar la patata a la boca del poli y luego arqueé la otra en un gesto de sorpresa cuando el hombre se comió la patata, primero, luego lamió mis dedos y les dio un chupón.

—Rico —dijo entonces y sus ojos claros tenían un tinte ahumado cuando se encontraron con los míos—. Dime, ¿hay algo entre el abogado y tú?

Di un salto en la silla. ¿Qué significaba eso? ¿Estábamos en el baile de nuevo? Pero lo nuestro no era un vals vienés, era *Danza con Lobos*.

Recordé el beso, había sido salvaje y no pude evitar un

estremecimiento, seguido por el trepidar de mis válvulas mitrales y, más abajo, la descarga de deseo líquido y caliente a punto de hacer contacto con el cable de 220 que llevo dentro.

Para ocultar el desquicio que me provocaba el poli, fruncí las cejas y me obligué a pensar en Conde, ¿había algo entre él y yo? Dos besos truncados, la advertencia de que no podía tener nada serio conmigo, el cotilleo de Egarteche y esa estúpida frase...

—«Cariño fraterno» —respondí mientras Montorvo lanzaba una carcajada.

Fastidiada por lo que interpreté como una burla, me puse de pie; él me siguió y al salir del local me colocó una

mano en la cintura.

—No creo en el cariño fraterno
—susurró contra mi oreja.

Me estremecí. Pero, ¡joder!
¿Podía hablar más claro? ¡Estaba harta
de hombres que me besuqueaban pero
luego se andaban con medias tintas!

Él me abrió la puerta y luego dio
la vuelta, se sentó a mi lado e hicimos el
trayecto hasta la casa de mi madre sin
cruzar más de una docena de palabras.
Había vuelto a mi estado natural con el
poli: me sentía entre decepcionada y
enfurecida.

En cuanto llegamos, decidí que
no quería quedarme allí. La fila de gente
que esperaba para ser atendida daba la
vuelta en la esquina y se perdía a la

distancia. En la puerta, cruzados de brazos, hacían guardia Lucas y el Desdentado.

La gente empezó a chillar nada más verme, desesperados para que les solucionara sus problemas, y rodearon la camioneta.

—Dame tu móvil —pidió el poli y mientras yo lo observaba, grabó un número.

—Ahora ya me tienes.

—¿Estás como Montorvo o como Francisco?

—Estoy como «A», solo esa letra. Si me necesitas, va a ser de urgencia.

—Ajá, comprendido. —Me pregunté qué diría él si lo llamaba sin

«urgencias» de por medio, por ejemplo, para preguntarle el pronóstico del tiempo o su situación sentimental.

—Quisiera saber qué es lo que a la gente le gusta de la fama. —Montorvo interrumpió mis pensamientos mientras miraba las caras ansiosas tras las ventanas.

—¿La pizza gratis?

El poli giró para mirarme de frente.

—Cuando esto acabe, te invitaré a una pizza.

—Trato hecho. —Sonreí, sintiéndome un poco más contenta, y bajé del coche entre el alboroto general —. ¡A sacar número! —le grité a la muchedumbre.

Cuando la gente se dio cuenta de que no había números para sacar, yo ya había entrado en la casa. Pero el panorama adentro no era mejor y tuve que resignarme a habilitar la cocina para recibir clientes. Atendimos las tres mujeres y finalmente pudimos parar a las once de la noche.

—Necesito unas vacaciones con tu madre en el Caribe —anunció Valeria al dejarse caer en la cama de mamá. Tomé carrera y me tiré a su lado como si se hubiera tratado de una piscina olímpica—. ¡Eh, hazme un sitio!

Forcejamos un poco, pero estábamos tan cansadas que nos quedamos dormidas en la cama de plaza y media con la ropa puesta.

Fui la primera en levantarme al día siguiente, quizá debido a que mi prima me tiró del colchón. Bostezando y con los ojos aún entrecerrados, abrí la puerta del cuarto y fui hasta la cocina. Puse a calentar agua en la cafetera y fue entonces que vi el letrero escrito con pintura roja sobre los azulejos blancos de la pared: «Regresa a tu casa, PERRA».

Solté la jarra que tenía en la mano y pegué un alarido. En seguida llegó Soraya en camión.

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Parece que alguien se enteró de que Valeria durmió anoche con nosotras! —exclamé mientras señalaba el escrito con el dedo—. No habrás sido

tú, ¿no? Mira que a mí ganas no me faltan, pero...

—No fui yo.

—¿Lo ves? Eso nos pasa por ser buenas. Si la hubiéramos echado a las once, como correspondía, ahora tendríamos la pared limpia.

—¡Deja de joder! —contestó mi prima desde la puerta. Su impecable conjunto blanco del día anterior se veía sucio y arrugado y el pelo lacio parecía un nido de culebras.

—¡Conque te alisas!

—Alisado permanente pero desde que trabajo tanto, no tengo tiempo. Eso sí, a diferencia de ti, al menos me paso el peine.

No la escuché. Con una súbita

inspiración, trepé a una silla para tocar la pintura.

—Ya está seca, debieron pintarlo hace horas.

—¡Bah, ahora quitarlo será difícil! —se quejó Soraya—. Creo que queda removedor de pintura en el lavadero, voy a buscar.

Volvió casi en el acto. El blanco de sus ojos era tan grande como dos huevos duros y la mano que apoyó sobre el respaldo de una silla temblaba tanto que parecía un vibrador.

—Hay un hombre en la sala —susurró.

—¿Cómo? —pregunté.

—Un hombre... en la sala.

—¿Se habrá quedado dormido?

—aventuró Valeria.

Salió ella primero, conmigo casi pegada a su espalda. La cortina de la sala estaba echada, como sucedía desde que usábamos la habitación para atender clientes, pero aún en la penumbra se podía distinguir la silueta de un hombre en uno de los sillones.

Soraya encendió la luz y Valeria gritó:

—¡Sorpresa!

Pero a la sorpresa nos la llevamos nosotras. Se trataba de un cadáver.

Las tres gritamos y acto seguido salimos disparadas a la acera.

—Llamemos al nueve once.

—Y esperemos aquí a que llegue

la poli —propuso mi prima, quien sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

Asentí. No quería regresar a la sala. No quería corroborar lo que ya había visto en los segundos que había estado ahí: que el sujeto era el muchachote rubio que el día anterior había vaciado mi frigorífico y me había hecho ir a casa de la prestamista: el sosías del actor francés.

Llevábamos quince minutos de espera con la puerta abierta, cuando de pronto Valeria nos anunció que escuchaba un móvil.

—Es el tuyo —dijo, dirigiéndose a mí. Yo estaba casi segura de que no era cierto y no tenía la menor

intención de verificarlo, pero entonces Valeria comenzó a reírse de mí—. ¿Y si son los secuestradores de tu madre, pidiendo por fin la recompensa?

—¡Uf! —protesté, y furiosa, me dirigí hacia adentro.

Pasé por el pasillo, poniendo especial cuidado en no mirar hacia la sala, y fui en busca de mi bolso, que estaba en el cuarto de mamá. Era, efectivamente, mi móvil el que sonaba con insistencia.

Al mirar la pantalla, di un respingo: el que hablaba era «A». Me pregunté si él tenía algún tipo de conexión espiritual conmigo, que hacía que apareciera cuando más lo necesitaba, y con un poco de alivio y

bastante aprehensión, contesté.

—Hola.

—Escúchame. Saca urgente la Uzi, métela en el bolso y sal a la calle.

—¿Qué?

—La Uzi que tienes en la casa. ¡Malala, por Dios, esto es urgente! Saca la Uzi, métela en el bolso y encuéntrame en la calle. Cuando me veas, asómate por la ventana del coche y deja caer el bolso adentro. ¿Entendiste?

—Sí. No. ¿¡Qué pasa!?! —Pero ya le estaba hablando al aire.

Me pareció escuchar el ulular de las sirenas así que salí corriendo rumbo a la cocina. Hice lo que el poli me había indicado, pero la Uzi casi no entraba en el bolso, así que usé el codo para tapar

el caño.

Cuando llegué a la puerta, salté dos metros: un patrullero acababa de detenerse y dos polis entrados en años se estaban bajando. Mis ojos enloquecidos pasaron de Soraya a Valeria, y de ahí al fin de la calle. Montorvo no estaba. Por un segundo creí que él me había tendido una trampa, los polis estaban a punto de verme en la escena del crimen con un subfusil bajo el brazo. Pero algo en mi interior me dijo que no, que tenía que creer en él. Entonces acomodé mi mejor sonrisa en el rostro e invité a los oficiales a entrar a la casa.

La Uzi me pesaba pero no me animaba a dejarla en ningún sitio

mientras seguía a los hombres a la sala. Los vi observar la escena en silencio, cuchichear entre sí, luego hablar por la radio. Un segundo coche policía se detuvo y los hombres que descendieron me saludaron brevemente, se colocaron guantes y abrieron las cortinas.

Pronto había más uniformados dentro de la casa que en un estadio de fútbol de segunda división, y entretanto yo seguía en un rincón, observando todo con el bolso a mi espalda, esperando que de un momento a otro me preguntaran si tenía el arma.

Empecé a temblar cuando un comisario que parecía estar a cargo del operativo se me acercó.

—Tendremos que cerrar la casa

para preservar la evidencia.

—Aquí atendemos gente, encontrará más huellas que en un billete de diez.

El poli se encogió de hombros.

—Es el procedimiento. ¿Tienes a dónde ir?

Antes de que pudiera pensar la respuesta, escuché que mi prima voceaba a la gente que se había congregado en la acera.

—¡Hoy atendemos en mi casa!
—Y les dio la dirección.

—¿Puedo recoger algunas cosas? —Le pregunté al comisario.

—¡Claro! También puedes hacer una llamada. —El tipo se rio de su propio chiste y luego volvió su atención

al cadáver.

Mientras tanto, regresé a la habitación de mi madre y llené una de las maletas que había llevado al mudarme allí. Antes de salir fui al cuarto de Soraya, donde mi amiga estaba haciendo lo mismo.

—¿Crees que puedo necesitar una segunda cartera? —preguntó.

—Mejor lleva la cruz de Caravaca. Si seguimos así, es lo único que vamos a necesitar en este Viaje.

—Por favor trae el mazo, está al lado del ordenador. Ah, y los sahumeros... ¿qué tal un velón?

Blanqueé los ojos pero recogí las cartas, que estaban sujetas con una cinta roja, y las metí en mi bolso. En eso

mi mirada se posó en el ordenador, que estaba encendido. No podía llevarlo ni cargar los comprobantes del estudio, de todos modos ya los había ingresado a Excel y solo me restaba enviar el archivo a Conde.

Busqué en el bolso el pendrive del abogado pero encontré primero el de Latorre, el líder de la villa, y guardé ahí el trabajo para el estudio. Luego borré la copia que había quedado en el ordenador de mi amiga. Al terminar, metí la memoria en el bolso con el resto de mis cosas y apagué el equipo.

—¿Podemos revisar sus maletas? —preguntó un poli joven cuando ya salíamos de la casa.

—La juventud tiene eso —

suspiró Soraya—: algo de loco, algo de estúpido y algo de iniciativa. Pocas veces, todo viene junto. ¿No es meritorio? Afortunadamente con la edad se pierde la iniciativa.

Pareció que el poli iba a ofenderse. Juguetó un poco con las esposas que pendían de su cinto, toqueteó su arma, luego revisó las maletas, arrugó toda la ropa y nos dejó ir.

Un viejo Ford que estaba aparcado un poco más adelante nos tocó el claxon cuando estuvimos en la acera y el hombre que aguardaba en su interior agitó una mano por el retrovisor. Tenía una gorra calada hasta las orejas, lentes oscuros y una gastada chupa de jean.

—¿Quién es? —quiso saber Valeria, que había estado esperándonos afuera.

No contesté pero una enorme sonrisa de alivio se pintó en mi cara mientras me iba acercando al coche. La ventana lateral estaba abierta y pasé primero mi bolso antes de abrir el maletero para meter el equipaje. Luego tomé asiento en el sitio del acompañante mientras mi prima y Soraya se ubicaban detrás.

—Tienes mucho que explicarme —dije cuando el hombre arrancó el motor.

Montorvo no habló. Tenía el ceño fruncido, los dientes apretados y aferraba el volante con tanta fuerza que

pensé que dejaría los dedos marcados.

* * * * *

Pronto quedó en evidencia que el poli era realmente un tipo de pocas palabras.

—El bolso —me exigió cuando las otras dos mujeres se bajaron en la casa de tía Hermilda. Entonces sacó la Uzi, la metió bajo su asiento, abrió la guantera y extrajo una pequeña pistola —. Taurus ochenta y cinco de cinco tiros. Debes practicar.

Dicho eso, se marchó y me quedé mirando el arma. Al menos entraba en mi cartera, me dije, pero ¿practicar? Y a quién debía disparar, ¿a

los cadáveres?

Ya en la casa, cada una de las mujeres se dedicó a lo suyo: Valeria, a atender clientes; la tía, a cocinar; Soraya, a mirar la tele y yo, a dormir.

Desperté justo a tiempo para comer el guisito de la tía y en cuanto terminé, evalué las opciones que tenía para la tarde. Podía tirar las cartas, pero la idea no me seducía; podía pedirle el ordenador a mi prima y meterme en su Facebook para escribir guarradas, era una opción interesante pero no estaba de humor para travesuras. Decidí ir a mi piso en la ciudad.

Por suerte nadie me preguntó a qué iba y no hubiera sabido decirlo tampoco. Simplemente necesitaba

soledad y distancia para pensar las cosas.

—Déjame las cartas —pidió Soraya antes de que me marchara—. Va a ser mejor que trabaje o los clientes de tu prima prenderán fuego a la casa. Y tu tía no se lo merece, hace un guiso excelente.

Tuve que coincidir en eso. La tía había protestado cuando nos vio llegar y dijo que era una tontería abrir el local con el nuevo cariz que habían tomado las cosas, pero Valeria la mimó un poco y terminó por ablandarse. Valeria siempre quiso entrar en el negocio de mi madre.

—La tía es un pan de Dios —dije mientras rebuscaba en el bolso y

extraía las cartas, que se habían soltado de la cinta. Después me despedí e hice todo el trayecto en tren hasta llegar a mi piso.

Estaba exhausta cuando atravesé la puerta y me encontré con el familiar desorden. Puse el pasador, dejé caer la llave en el bolso y el bolso, abierto, sobre la cama. Pero como había quedado en el borde, se fue deslizando hacia el suelo y mis cosas terminaron desparramadas. No me importó. Me tiré sobre el colchón y cerré los ojos.

Mientras escuchaba la cacofonía loca y normal de la ciudad, pensé que no quería volver al barrio de mi madre. De pronto, la auditoría me pareció súper divertida y el trabajo de ayudante

administrativa del estudio jurídico se me antojó sensacional. Toda la adrenalina que necesitaba en la vida era imaginar que Conde pasaría por mi cubículo a dejarme sus gastos del día. ¿Para qué más?

Me dormí pensando en eso pero durante la noche desperté varias veces, sobresaltada ante el ruido del ascensor. Incluso llegué a levantarme de madrugada para cerciorarme de haber puesto el cerrojo. Cuando llegó la mañana supe que, aunque no regresara, los miedos del barrio estaban conmigo.

* * * * *

Evalué la idea de quedarme

adentro todo el día, pero no quería ceder al terror así que terminé por buscar en el ropero algo para ponerme, ya que había dejado la maleta en casa de la tía.

Las únicas prendas que pude encontrar eran aquéllas que no usaba nunca: una falda-tubo negra demasiado corta, pulcra camisa blanca y sandalias taco alto con pantis de odiosa licra. Parecía una oficinista. De hecho, parecía mi colega, Juana García, y me pareció un castigo justo: había decidido ir a trabajar.

Al buscar el bolso me di con que varias cosas habían rodado bajo la cama. De rodillas empecé a buscarlas y las fui guardando: el móvil, mi peine, un paquete de pañuelos, la cinta adhesiva,

las llaves. Metí también la billetera y una carta de Tarot que se había quedado enganchada en ella. Seguramente pertenecía al mazo de Soraya. Al darla vuelta me di con que se trataba de «El Diablo».

«Justo mi suerte, la peor carta del mazo», me quejé en voz alta, «¡Puros desastres! Suerte que no creo en ninguna de estas tonterías.»

La guardé en el bolso –por si tenía ocasión de llevársela a Soraya- y a último momento metí también el revólver, más que nada porque no sabía qué hacer con él y no quería dejarlo en el piso por las dudas la policía decidiera requisarlo.

No creía que fuera sospechosa

de la muerte de la copia de Gérard, pero era mejor ser precavida. La reacción de Montorvo ante la Uzi me había asustado bastante.

Miré bajo la cama una vez más antes de salir y encontré tanto el pendrive del estudio como el del líder de la villa, así que puse a ambos en el bolso. Tendría que grabar la información de los gastos en el ordenador del trabajo, me dije antes de partir.

Había llegado a la puerta cuando me di cuenta de que algo no olía bien. Olfusqué un poco mi ropa, las axilas y luego el bolso: ¡eureka! Había quedado un poco impregnado tras el asunto del pescado relleno. Una corrida hasta el

botiquín del baño y una rociada con el perfume que tía Hermilda me había regalado para la última Navidad solucionó el problema.

Mientras cerraba la puerta tras de mí, estornudé un par de veces. Los perfumes, en general, no me provocan alergia, pero la tía me había regalado el mismo que usa mi prima Valeria.

Cuando llegué al estudio me encontré con que todos me saludaban con cierta reticencia.

—¡No pensábamos que volverías! —anunció Juana.

—¿Ya tengo reemplazo? —hice la broma al pasar y sonreí. Daba gusto regresar a un sitio donde todo era previsible: desde el atuendo de Juana a

su cabello siempre cortado a lo paje y teñido de marrón chocolate.

La eficiente cuarentona no contestó pero no me preocupé. Después de todo, Conde me había prometido que me cuidaría el puesto. Tres pasos más allá, no estaba tan segura. ¿Qué hacía ese chico esmirriado ocupando mi cubículo?

—¡Ey! ¡Ese es mi sitio! — exclamé con los brazos en jarras. Asumí una actitud belicosa porque aunque en el pasado había odiado ese espacio con fuerza, de pronto se me antojó que era mi hogar.

El hombre que se había sentado en mi silla era joven y flacucho. Hizo el movimiento de acomodarse el flequillo

y me miró como un perrito mojado.

—Soy nuevo y me dijeron que podía quedarme aquí... —dijo con un leve temblor.

—¿Eres abogado?

—Pasante.

Me ablandé de inmediato. Todo pasante está en la base del tótem laboral, está incluso más abajo que yo y eso es decir mucho.

—No importa, quédate —respondí—. Voy a traer café, ¿quieres?

No escuché la respuesta. Acababa de notar que el pasante tenía abierto mi ordenador, en el programa de carga de gastos del estudio.

—¡Ey! —exclamé nuevamente, acercándome a la pantalla—. ¿Qué

haces mirando eso?

—¡Trabajo! —suspiró Perrito Mojado—. Pero es la tarea más asquerosa que me tocó hacer en mi vida. ¡Todavía usan Excel!

—¡Me lo dirás a mí! —concordé—. De todos modos no entiendo, ¿no eres pasante de abogado?

Perrito negó con la cabeza.

—Pasante de contable. Soy el nuevo ayudante administrativo del estudio.

Estuve a punto de caer sobre mis asentaderas. Miré al chico con los ojos desorbitados, ¡Conde me había prometido que me cuidaría el puesto, incluso me había llevado tarea, y una semana después me había reemplazado!

Estaba hecha una furia.

—¿Vas a traer ese café? —
sonrió Perrito Mojado—. Me gusta fuerte y sin azúcar.

Decidí que tirarle el café, fuerte y sin azúcar, por la cabeza era probablemente la mejor idea del día. O mejor apuntarle con mi nueva arma, la Taurus.

Me mordí los labios, no porque estuviera sopesando una u otra opción, sino porque de pronto me encontré frente a la disyuntiva de dejar el bolso (y el revolver) al alcance de un desconocido o andar por el estudio como una loca, con todo auestas.

—Primero voy al baño —
anuncié al manotear el bolso.

Me encerré en el sanitario de damas y tras meditarlo unos segundos, levanté la tapa del tanque del inodoro. Abrí el bolso de un tirón (y volví a arrancar el deslizador) y mientras me felicitaba a mí misma por ver *El Padrino* tantas veces, tomé la Taurus y la adherí a la cara interior de la tapa del tanque con cinta de embalar. Probé un par de veces que la cinta no se desprendiera. Satisfecha, coloqué la tapa del tanque en su sitio y luego pasé por el cubículo para colgar el bolso en el respaldo de la silla, y fui en busca del café.

La cocina era poco más grande que mi cubículo, lo que hacía que dos personas no pudieran compartir el

espacio con comodidad. Tal vez por eso Conde estaba pegado a la espalda de una de las secretarias y le hablaba al oído, observé, aunque la falta de espacio no justificaba que le sobara un seno. Me arrepentí de haber dejado la Taurus en el inodoro, Valeria tiene razón, es que no tengo sentido de la oportunidad.

Tragué bilis, me atraganté, tosí y en el acto los otros dos se apartaron y giraron para mirarme.

—¡María! —exclamó el abogado con su voz de club de golf—. No imaginaba que vendrías al estudio.

La secretaria se retiró, no sin antes clavarme una mirada venenosa, y me encogí de hombros antes de

concentrarme en la máquina de café. Estaba vacía, como cabía esperar dada mi suerte.

Metí cucharada tras cucharada de café hasta que supe que obtendría una mezcla espesa como el barro, y agregué una gotitas de agua. Puse todo a calentar y entonces me di vuelta para mirar a Conde.

—¿Extrañado?

—¡Me preocupo por ti!

—¡Poniéndome un reemplazo!

—¡Qué tontería, ven aquí! —Y como no me moví, él se me acercó, me pasó un brazo por los hombros e intentó estrujarme—. ¡No hago más que pensar en ti!

—¡Ja! Ya me di cuenta.

—¿Lo dices por lo que acabas de ver? No es lo que parece, justamente le estaba diciendo que entre ella y yo no puede haber nada...

Me besó fugazmente en la boca y estuve a punto de caer sentada por la sorpresa. Antes de que pudiera decirle al tipo que no tenía vergüenza, antes incluso de que pudiera pensar en la Taurus, Conde me soltó, me dedicó su sonrisa de portada de revista y me pidió café.

Giré para mirar la cafetera: un barro viscoso borboteaba, era la clase de material con el que se hacen los orcos en *El Señor de los Anillos*. Tal vez Perrito Mojado lo hubiera agradecido pues era obvio que al chico

le faltaba espabilarse, pero no resultaba propicio para uno de los dueños del estudio, al menos no sin alquitrán mediante.

Suspiré, cambié la mezcla con resignación y estaba a punto de servir el café en las tacitas cuando escuché un grito a mi espalda y la secretaria que había estado antes con Conde entró corriendo en la cocina.

—¡Ayúdame! —pidió con premura—. Se me trancó el baño, es un desastre. ¡Vamos! Antes de que todo el mundo se dé cuenta.

Me odié una vez más por ser tan blanda. Cuando entré al baño, la secretaria ya me había abandonado y me di con que el agua rebalsaba del inodoro

y caía a raudales.

Estaba trancado, pero además el agua no dejaba de caer desde el tanque. Temiendo lo peor, me acerqué a hurtadillas y levanté la tapa. Lo peor se había hecho realidad: la Taurus se había desprendido, había caído al fondo y estaba trancando el mecanismo de alimentación de agua, que no podía cerrarse. Hice una mueca, metí la mano hasta el fondo y saqué el arma.

El revolver chorreaba agua y aunque yo no sabía mucho de su mecanismo, supuse que me las había ingeniado para arruinarlo. ¿O los revólveres se ponían a secar al sol si ocurría esa clase de percances? Tendría que preguntarle a Montorvo, pero

realmente no deseaba comentarle que ya no contaba con el arma.

Lo envolví en un par de toallas de papel, lo escondí bajo la blusa y disimulé lo mejor que pude hasta llegar a mi cubículo. Por suerte, Perrito Mojado no estaba ahí. Supuse que debía de estar haciendo lo que todo oficinista aprende a hacer el primer día: perder el tiempo, así que aproveché para meter el arma en el fondo de mi bolso.

A continuación uní los dientes del cierre con cinta de embalar casi hasta la punta, dejando cuatro centímetros para colar el rollo adentro por si volvía a necesitarlo.

Después, pasé al lado de las secretarias sin saludarlas, no respondí a

la reprimenda de Juana por marcharme y dejé el estudio, enfurecida. Había cambiado de opinión: no pensaba quedarme a servirle café al cabrón de mi jefe y a mi reemplazo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, me encontré de frente con un grupo de cuatro policías que pasaron a mi lado a toda prisa. Los vi tocar el timbre del estudio pero cuando entraron, yo ya estaba bajando. Vi el coche policial en la puerta del edificio, recordé que tenía un arma no autorizada en el bolso (un arma que chorreaba agua, el bolso ya estaba empapado) y tomé un taxi.

Tras llegar a mi edificio y subir, puse un pie fuera del ascensor,

sintiéndome aliviada. Pero entonces miré hacia la puerta de entrada de mi piso y me encontré con que un hombre me aguardaba ahí, sentado en el suelo. Una segunda mirada hacia el sujeto me indicó que tenía los ojos abiertos y fijos. En una tercera mirada noté la mancha roja que se extendía desde su frente, bajaba por el puente de la nariz y terminaba haciendo un reguero en el pasillo. El encargado del edificio no estaría contento, no señor, todo el mundo sabe que la sangre es difícil de limpiar.

Volví a meterme en el ascensor, bajé a la calle y miré hacia uno y otro lado. En ese momento un conductor aparcó en doble fila, el de atrás hizo

sonar la bocina, otros tres respondieron, llovieron insultos y amenazas, dos se bajaron a pelear. O sea que todo lucía perfectamente normal.

Hundí la cabeza entre los hombros, elegí la izquierda y comencé a caminar con rapidez. Me detuve diez manzanas más allá, en el café donde vendían los bombones de limón y chocolate. Me senté en una mesa del fondo, con la espalda pegada a la pared como había visto hacer en las películas, y me dediqué a tomar un café fuerte, lo necesitaba.

Cuatro bombones más tarde, suspiré, me repantigué en la silla y me puse a pensar sobre mi situación.

No tenía trabajo, no tenía casa a

dónde ir y los muertos habían comenzado a perseguirme. Me sentía como la protagonista de una película de zombis, tal vez *The Walking Dead*, solo que no había leído el guion y no sabía qué pasaría en la siguiente escena. No me gustaba nada. ¿Y dónde estaba mi madre? «¡Mamá, háblame!», pedí mentalmente y con los ojos cerrados. En principio no sentí ninguna respuesta paranormal pero en cuanto agucé el oído, noté que sonaba mi móvil.

—¿Mamá? —pregunté
esperanzada al responder.

—¿Por qué no estás atendiendo el local? —quiso saber una voz masculina y simpática—. Estoy parado enfrente y está cerrado. ¿Es que ya nadie

se levanta temprano a trabajar? ¡Pensé que yo era el único autorizado a llegar a las once!

—¿Quién habla?

—El alcalde de... Un alcalde.

—¿Y qué hace usted ahí? ¡Pago mis impuestos! —Cuanto menos, confiaba en que mi madre los pagara.

—Esto no es acerca de los impuestos. Hay elecciones en tres meses.

—¿Y?

—Y... que necesitamos ganar.

—Si hubiera hecho algunas obras...

—No estaría molestándote.

—¡No hago magia! Puede ir a ver a mi prima. Le daré su dirección...

—Unos amigos me dijeron que la que sabe eres tú.

—Yo no le convengo, los narcos me persiguen.

—Llegamos a un trato. No van a hacerte nada hasta después de las elecciones.

La voz simpática del alcalde había adquirido el poder hipnótico y seductor de un discurso de campaña y me descubrí replanteándome mi voto. Pero no, no me dejaría convencer tan fácilmente.

—¿Va a pagarme?

El alcalde se rio como un actor de Hollywood.

—¡Por supuesto! Cincuenta por ciento de anticipo, a cargo de la

Secretaría de Acción Social. Lo tuyo podría calificarse como acción social, ¿o no?

—Pensé que pagaría usted.

El alcalde volvió a reír y cortó la comunicación.

Estaba guardando el móvil en el bolso y pensando que tres meses de gracia no eran un mal negocio, cuando entraron dos hombres. Uno de ellos se detuvo frente al televisor del local, que estaba sintonizando un canal de noticias, y el otro fue directo hasta mi mesa.

De pronto, el que estaba frente al televisor empezó a gritar:

—¡Quiero ver el partido! ¡¡¡El partido!!! ¿¡Por qué nadie ve el partido!?

Todos los clientes alzaron la vista para observarlo.

—¡Cálmese, señor! —se empeñó el mozo, pero el hombre vociferaba más y más fuerte. Había comenzado a hacer molinetes con los brazos y de repente tomó una silla y la aporreó un par de veces contra el suelo.

—¡Quiero el partido!

—¿Qué partido? ¿Hay partido?
—murmuraron los otros clientes, hermanados en esa preocupación fundamental.

Entretanto, el segundo hombre se detuvo frente a mí y extrajo una pistola de debajo de la cazadora. Deseé preguntarle por qué usaba cazadora si hacía calor, quería saber si su barba era

postiza, de qué color eran sus ojos debajo de los negros lentes de sol. Sobre todo, quería hablar con el alcalde y recriminarle su promesa.

Todo eso pasó por mi mente en un instante, pero lo único que atiné a hacer fue escarbar en el bolso que todavía estaba abierto, hasta que mis dedos se cerraron sobre la Taurus.

Las dos armas quedaron frente a frente. La mía, mojada y tembleque; la del hombre, segura y letal. De pronto un silencio inusual pobló el recinto y el hombre que me apuntaba se dio vuelta para mirar al otro, que tenía la vista clavada en la tele. Supe el porqué de inmediato: allí estaba el depósito de Latorre, el mismo que yo había visitado

dos días antes, ardiendo en vivo para las noticias. Una gran humareda negra subía por los altos y debía de estar cubriendo tanto la villa como el barrio.

—¡Va a volar todo! —grité—.

¡Ahí había armas!

En ese preciso instante la tele transmitió la explosión. Los hombres en la pantalla pegaron un salto, los hombres que miraban desde el café pegaron un salto, pegué un salto y aproveché para escabullirme bajo la mesa.

En eso estaba cuando el sujeto que me había amenazado disparó. La bala fue a incrustarse en la pared de atrás y se hubiera incrustado en mi frente si no hubiera estado yo bajo la mesa. No me detuve, fui en cuclillas de una mesa a

otra, buscando un resguardo que no encontraba porque el tipo seguía disparando y las astillas de los muebles, los vasos y las tazas saltaban a mi paso en una lluvia infernal.

La suerte, que me había acompañado hasta ese momento, se acabó de repente: había llegado hasta la pared y estaba atrapada. Gritando a lo loco, fuera de mí, giré para mirar al tipo que estaba a punto de matarme. La Taurus que había estado en mi mano todo el tiempo apareció de pronto a la altura del sujeto y disparé.

Pensaba que esas cosas no funcionaban cuando estaban mojadas, pero quizá ese fuera otro de esos mitos urbanos como el Ratón Pérez o la

honestidad de los funcionarios, porque el sicario se miró el hombro y luego cayó hacia atrás en cámara lenta.

No me moví ni siquiera al ver que el otro hombre se acercaba, ni lo hice cuando él alzó a su compañero y salieron abrazados del café. Entonces dejé caer la Taurus al suelo, y cuando regresé a mi mesa, mis manos temblorosas se enredaron en el bolso, en el monedero, en los billetes que se negaban a salir para pagar la cuenta.

Curioso que me preocupara ese detalle, tienen razón los que dicen que hay costumbres que no mueren porque en ese momento una parte de mi cerebro se entretuvo calculando el importe y otra me dijo que tenía que esperar a la

policía. Finalmente prevaleció el sentido de la supervivencia, que me obligó a tomar el bolso y salir por la puerta antes de que las sirenas (que ya se escuchaban a lo lejos) se acercaran.

Caminé a toda prisa sin rumbo alguno por más de veinte manzanas y cuando ya no podía más, me detuve en una plaza y me quité los zapatos. Cerré los ojos mientras los rayos del sol me quemaban la cara y temblé violentamente a medida que se aplacaba el subidón de adrenalina. Entonces lloré como no lo hacía desde que era niña.

Las cosas no habían cambiado cuando terminó el llanto y tampoco me sentí mejor, todo lo que logré fue que mis ojos se hincharan y mi pelo

adquiriera ribetes fantásticos.

De pronto me puse a pensar en los italianos del norte, en Michael Corleone, concretamente. Por un momento se me pasó por la cabeza la idea de pedirle protección y al instante la rechacé por ridícula, y no sólo porque no sabía cómo ubicarlo. ¡Protegerme en la mafia, a quién se le podía ocurrir! ¡De ninguna manera, yo tenía que escudarme de este lado de la ley!

Entonces tuve en claro lo que tenía que hacer. Saqué el móvil del bolso y marqué la «A». Montorvo respondió en el acto.

—¡Joder, te llamé quince veces y no contestaste!

—No te escuché. Estoy en una

plaza y hay mucho ruido. Es en...

Le di las señas y el poli me indicó que esperara allí.

—No te muevas. Alguien va a pasar a buscarte.

—¿Cómo voy a reconocer que es de tu parte? —Él ya había colgado.

Veinte minutos después un patrullero se detuvo junto al cordón de la acera. Dos policías se bajaron, se acomodaron los pantalones y la gorra y emprendieron el camino hacia mí. Uno de ellos llevaba un papel en la mano.

Me calcé los zapatos en el acto, aferré el bolso con fuerza y sonreí, trémula.

—Señora —saludó el mayor. Era un poli gordo, de ojos pequeños

que miraban con cansancio, como si su propietario estuviera necesitando una siesta o como si se la hubieran cortado de golpe.

—Señorita —corregí—. ¿Viene de parte de Montorvo?

El poli más joven se rascó bajo la gorra y el gordo enganchó el pulgar en su cinto mientras miraba el papel que había traído consigo.

—¿María Laura Macaroni?

—Sí —suspiré con impaciencia.

—Tenemos una denuncia en tu contra, tendrás que acompañarnos.

—¿Qué? ¡Con el tiroteo no tuve nada que ver!

—No es eso.

—¡Y siempre pago mis

impuestos!

El gordo negó con la cabeza.

—Posesión de estupefacientes.

—¿¡Qué locura es esa!? ¡En mi vida fumé un porro, hasta el cigarrillo me da asco!

En ese momento un todoterreno negro se detuvo detrás del patrullero y Schwarzenegger, el chofer de los italianos, se bajó del coche. El hombre medía más de un metro noventa y llevaba la sobaquera abultada bajo el traje de buen corte.

Fruncí el ceño al verlo acercarse, mientras un cóctel de asombro, algarabía y un miedo de muerte formaban un molotov en mi mente. ¿Qué hacía Schwarzenegger ahí?

—Oficial —saludó al llegar hasta nosotros. Los policías dieron un respingo y se tocaron la gorra—. Con su permiso, me llevo a la señorita.

—¡Tenemos una orden de captura! —se quejó el poli más joven.

—¿Contra ella? —se burló el chofer—. ¡Es la novia del jefe!

Bueno, yo no estaba de acuerdo con eso. No era precisamente la novia de Montorvo, ¿o Schwarzenegger estaba hablando de Corleone? Decidí no averiguarlo. En cambio, aferré aún más el bolso y me amparé detrás del hombre.

—Pase cuando quiera —invitó el chofer al gordo antes de irse y tuve la prudencia de no preguntar si la invitación implicaba cerveza y pizza o

leche con cruasanes.

Subimos al coche y viajamos en forzado silencio rumbo al sur, ya que el hombre se negó a responder cada una de las preguntas que le disparé en los primeros cinco minutos de travesía.

Nos detuvimos una hora después, en un barrio tranquilo, a unos quince minutos de la casa de mi madre.

—¿Qué hacemos aquí? —quise saber.

—Aquí te quedas —respondió por primera vez Schwarzenegger con evidente alivio. Aparcamos en una callecita arbolada, al lado de una casa tipo chalet de paredes blancas y rejas verdes. Tocamos el timbre, Montorvo abrió la puerta y sonrió con esa

expresión lobuna que achicaba sus ojos claros y marcaba hoyuelos en sus mejillas.

—Cuídala —pidió el chofer antes de irse y la sonrisa del poli se profundizó.

De pronto, me quedé pensando que tenía unas pestañas muy largas, quizá por eso sus ojos se ensombrecían y se tornaban misteriosos.

Él me hizo pasar y antes de que yo hubiera tenido tiempo de curiosear a mi gusto en la sala-comedor, el poli me quitó el bolso.

—¡Ey! ¿¡Qué haces!?

Montorvo no respondió. Volcó todo el contenido sobre un viejo sillón y apartó un par de cosas hasta centrarse en

una bolsita llena de maría.

—¡Voilà!

—¿Qué? —quise saber, espiando sobre su hombro—. ¡Ey, eso no es mío! ¡Te juro que yo...!

—Le tienes asco hasta al cigarrillo, lo sé.

Aspiré profundamente. Solté el aire. Volví a aspirar. ¡No lo podía creer!

—¿Me estuviste escuchando?

—¡Claro que no! ¿Cómo podría? ¡No existe esa clase de tecnología! ¿Acaso viste una camioneta con antenas parabólicas siguiéndote durante toda la mañana?

—No.

—¿Crees que te sigo con

drones?

—No.

—¿Te das cuenta? Ves demasiadas películas. Soraya me contó tu problema con el humo.

Torcí un poco la cara para estudiarlo con los ojos entornados, pero esa postura, que en los libros es síntoma de astucia, me provocó tortícolis. La abandoné en el acto y me dejé caer en el sillón, muerta de cansancio.

—¿Qué tienes para comer? — quise saber.

Estábamos comiendo las salchichas con arroz que habíamos cocinado juntos cuando se me ocurrió que era hora de obtener respuestas.

—Enviaste a Schwarzenegger.

—¿Quién?

—El tipo que me trajo. Es el chofer de la familia italiana que vive al norte de la ciudad, te conté de ellos.

—¡Ah, Osvaldo! Es un amigo de la infancia, ahora trabaja de vigilante en un banco, cerca de donde estabas. Me acordé y decidí llamarlo.

—¡No mientas! Es chofer de los italianos.

El poli se encogió de hombros.

—Tal vez haga otros trabajos en su tiempo libre.

Crucé los cubiertos en el plato y me repantigué en la silla.

—¿Realmente trabajas para los Topos? ¿O los italianos son tus jefes?

—Mi jefe es un imbécil, ¡si lo

conocieras! Y no sé quiénes son esos italianos. Tengo un contacto en los Topos, es parte de mi trabajo, pero no sé quiénes son sus jefes y no te puedo decir más.

—¿Tienes contacto con los Pocos?

—No.

—¿La banda de la villa?

—¡No valen la pena! Y son Topos también.

—¡Qué bien estamos! Los Topos, los Pocos, los de la villa y los italianos. Te acabo de nombrar cuatro organizaciones criminales y solo tienes un contacto. Eso es cuatro a uno. ¡Con razón florece tanto la delincuencia!

Montorvo gruñó.

—Tenemos más ideas de las que te queremos contar.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Por ejemplo?

Hizo silencio.

—Había un muerto en la puerta de mi piso —me quejé.

—Topo. Te lo dejaron los Pocos. Están un poco molestos contigo, después de que detuviéramos a sus cabecillas.

—¿Sus cabecillas?

El poli asintió mientras mondaba una naranja.

—Gloria Núñez. Alan Cerro — Se encogió de hombros—. Puede haber más.

Me santigüé, no pude evitarlo.

—¿Todavía creen que la redada

en esa casa fue culpa mía? —quise saber, muerta de espanto. No esperé respuesta—. Ya me imagino. Los Pocos creen que maté a Pescado Podrido en ese bar con solo hacer mal de ojo. Después me vieron pasear por la villa y reunirme con Latorre. Incluso creen que le mandé un cliente... no me lo van a perdonar.

Montorvo se hizo un corte en el dedo con su cuchillo.

—¿Un cliente?

—Bueno —me encogí de hombros—, ese tal Chimpu buscaba un ferretero y Latorre lo es... ¡Me parece bien que haga un trabajo honesto! ¿Eso qué tiene que ver?

El poli me observó en silencio,

pensando no sé qué, y luego bajó la vista y se chupó el corte.

—No tiene nada que ver — susurró.

Pero algo en su mirada esquiva me hizo detenerme y pensar. Y pensé mucho, pensé tanto que me empezó a doler la cabeza.

—A ver —suspiré—. Primero tenemos a Chorizo Colorado, que era Topo y murió después de que una mujer regordeta y teñida le pidiera a mi madre que le hiciera mal de ojo —comencé a repasar—. En segundo lugar, tenemos a Pescado Podrido, que era Poco, y murió después de que una mujer... —recordé las señas que mi prima me había dado de la mujer que nos recomendó con los

italianos y había pedido el mal de ojo sobre Pescado. Mis ojos se animaron de repente—. ¡Después de que una mujer regordeta y teñida le pidiera a Valeria que hiciéramos mal de ojo contra ese hombre! ¿Quién será la misteriosa mujer?

Montorvo cortó los gajos de la naranja y llevó uno a mi boca con sus dedos. Sabía bien.

—Creí que con esas dos muertes, los tantos iban a quedar igualados, pero luego aparece el álgter ego de Gérard Depardieu muerto en la sala de mi madre.

—Era de los Pocos y a los Topos de la villa no les gustó que se metiera con una de sus chicas... ni que

te enviara al encuentro con Gloria Núñez.

—¿Y por eso tenía que terminar en mi sala?

El comisario se encogió de hombros y siguió comiendo sin levantar la cabeza. No lo culpaba, la naranja estaba riquísima.

—Luego aparece un Topo muerto en la puerta de mi piso — continué, contando con los dedos—. Eso son dos muertos en cada bando. Empate. Deberíamos estar en paz. Solo que...

Fruncí el ceño, concentrada. Traté de pensar, pero los dedos de Montorvo me distraían. Eran largos, fuertes, con ese tono dorado que acompañaba al resto de su piel. Mi

mirada subió por el resto de la mano al vello negro de las muñecas, los musculosos antebrazos... con un supremo esfuerzo de voluntad me obligué a regresar a mi problema.

—Dos a dos y deberían estar en paz —subrayé el «deberían»—, pero eso no explica que me hayan colado maría en la cartera, que me hayan querido matar en un café y que mi madre no aparezca.

El comisario había terminado la naranja y se levantó a lavar el cuchillo y el plato sin responder, tan misterioso como siempre.

—¿Y los italianos qué hacen entretanto? ¿Bailar la tarantela? — insistí.

Otro silencio.

Suspiré.

—Tal vez mamá nunca hizo ese mal de ojo inicial, ¿no sé qué tenemos que ver en esto!

El poli se encogió de hombros.

—Yo creo que los italianos son los jefazos de los Topos —aventuré—, y que Osvaldo trabaja para ellos. Tú también trabajas para ellos, ¿no es verdad?

—No tienes idea, hablas por hablar. Ya te dije que Osvaldo y yo nos conocemos desde la infancia.

—Los italianos son los jefes de los Topos, estoy segura... es la banda más importante de la ciudad. La mujer que nos recomendó estaba en esa casa y

ella es la que nos pidió que hiciéramos mal de ojo a Pescado Podrido. Deberías apuntar la investigación por ese lado. Los Topos son los responsables de todo esto, está claro. Ellos tienen a mi madre y me están usando con algún oscuro propósito. Búscalos y verás. Esto es como los sapos, si aprietas, revientan.

Montorvo saltó de la silla y apoyó las manos con fuerza en el respaldo.

—¿Ahora resulta que eres bruja de verdad?

—¡Estoy tratando de razonar! — me defendí—. Sería más fácil si ayudaras, ¿no?

—¡Estás equivocada! Para que sepas, los Pocos tienen a tu madre y son

ellos los que te están intentando amedrentar.

Abrí la boca, volví a cerrarla. Aquello no cuadraba.

—Los hombres del café...

—Pocos.

—Los que me colocaron la mercancía...

El poli se mesó el cabello, dejándolo en desorden. En realidad, necesitaba un corte, pensé. Siempre había creído que en la Policía se requería el cabello al ras, pero claro, él andaba de civil y tenía que despistar. Supuse que por eso...

—¡No sé quién colocó la hierba en tu bolso! —Frustrado, él cortó mi hilo mental—. Llegó una denuncia

anónima con tus datos. La división Narcóticos fue a buscarte al estudio de Conde. —Tragué saliva, había visto los policías en la puerta de la oficina al marcharme, pero no había imaginado que me buscaban a mí. Montorvo continuó—: La cantidad que llevabas en el bolso excede el consumo personal, podrían haberte acusado de tráfico. Fue una suerte que Osvaldo tuviera amistad con los oficiales que te detuvieron en la plaza.

¿Amistad? Ladeé la cabeza, dubitativa, pero sin decir nada.

Me callé para pensar y lo hice durante un buen rato. La cabeza me daba vueltas, eran demasiadas pistas y tenía esa horrible sensación de que algo

no cuadraba.

—¿Cómo sabes que los del café eran Pocos?

—Los encontramos en un hospital, uno de ellos tenía una herida de bala en el hombro.

—Me alegro de no haberlo matado—suspiré, pero entonces registré el silencio del poli—. ¿Qué?

—Alguien entró a terapia y lo ultimó de un tiro en la frente.

—¿Topos?

—No sé, puede ser...

—No lo crees.

—No, mi sensación es que son Pocos que tenían miedo de que hablara. O bien lo castigaron por no cumplir las órdenes correctamente.

Para entonces yo ya tenía el estómago revuelto y lamenté haber comido ese gajo de naranja. O las salchichas.

—Al menos no me culparán por eso.

—No estaría tan seguro, tú estabas en el café y le disparaste... Los Pocos ven en ti a una especie de campeona de los Topos. Andan diciendo que engañaste a Alan Cerro, haciéndole creer que había recuperado la puntería. Creen que le lanzaste un maleficio en ese entonces y que luego le tendiste una trampa.

—¡La gente cree cada cosa! —suspiré—. En mi opinión, él debería haber revisado su arma. Aunque mejor,

no.

En eso sonó el teléfono, Montorvo habló durante un par de minutos y colgó.

—Y ahora, ¿cómo continúa esto? —pregunté con voz trémula—. ¿Seguiremos así hasta que los Pocos logren eliminarme? ¡Al menos Gloria Núñez y Alan Cerro están en prisión!

El poli dejó su posición y puso a hervir agua para el café. Se quedó junto a la cafetera, en silencio, los brazos en jarras, mirando por la ventana.

—El juez liberó a Núñez y a Cerro esta mañana —anunció con voz cansada.

Se me heló la sangre y tragué saliva convulsivamente.

—¿Y eso por qué?

—Pagaron la fianza —dijo el poli, encogiéndose de hombros—. El sistema funciona así.

Por un momento me quedé sin habla. Los Pocos querían matarme, veían en mí a una campeona de los Topos, creían que era bruja y tenía poderes. Sacudí la cabeza, aquello era demasiado increíble, sobre todo la última parte.

—Entonces, ¿cómo termina esto? —insistí, pero en realidad no quería saber la respuesta. Mamá no iba a aparecer y yo iba a acompañarla bajo tierra, tenía la certeza de que sería así.

—Seguiremos... —murmuró el poli— hasta que los Topos reciban la

orden de acabar con los Pocos. No creo que tarde, han sido provocados hasta el cansancio —Hizo una pausa—. Será eso o bien...

—¿O bien?

Montorvo suspiró.

—Hasta que aparezca tu madre.

Parpadeé. ¿Cómo podía mi madre detener la guerra entre los narcos? Y qué ironía era ver que mis opciones no incluían para nada la protección de la justicia.

Se me ocurrió entonces que había una tercera vía, una que podía salvarme. El pelo de la nuca se me erizó al pensarlo. No, no podría hacerlo, me dije. Pero la idea volvió a mi cabeza con insistencia: ¿estaría a salvo si me

ponía bajo la protección de los italianos?

Miré a Montorvo de reojo mientras servía el café y decidí que aún no había llegado el momento de mencionarle a Michael Corleone.

Capítulo 7: Los Enamorados, carta invertida

Montorvo me había aclarado bastante el panorama y ahora a mí me tocaba decidir si creía en él. Miré al poli sin disimulo, apelando a toda mi intuición para penetrar en sus secretos. Observé sus ojos misteriosos, la arruguita al lado de la boca, el cuello del color de la miel, la camisa verde menta que se abría para dejar entrever un vello rizado. Conté dos botones abiertos, luego cuatro cerrados e hice un enorme esfuerzo de voluntad para no mirar más abajo del cinto del pantalón.

Fracasé, miré y tras diez segundos de pecaminosa culpa, regresé con rapidez a los ojos que se estaban riendo de mí. Concluí mi ejercicio de profunda observación suspirando: el hombre estaba para comérselo, pero si era o no confiable, no quedaba nada claro.

Nos habíamos dado un beso, recordé de repente. Un beso furioso. ¿Tendría la misma furia en la cama?

El poli suspiró también, al tiempo que me anunciaba que tenía que entrar a trabajar. Habíamos terminado el café y de pronto él se puso de pie. Se colocó una pistola en la sobaquera y la sobaquera al hombro. Tenía unos hombros anchos, se veía que era un asiduo visitante del gimnasio.

—¿Te gusta lo que ves? — preguntó él de repente. Se había dado vuelta hacia el aparador para coger las llaves de su coche y mis ojos habían quedado momentáneamente perdidos en la visión de su trasero.

Giró hacia mí y yo, sobresaltada y culpable, bajé la vista hasta sus zapatos, los subí hasta sus ojos y la risa que percibí en ellos me hizo bajar la mirada otra vez.

—¿Has terminado de evaluarme? —me presionó y la sonrisa brilló en sus labios. ¡Condenado poli! Me molestaba que me calara a fondo. Claro que yo no había sido muy disimulada.

Me encogí de hombros.

—Solo estoy tratando de

determinar si eres o no eres culpable.

El poli arqueó una ceja.

—Conde te ha dicho que pertenezco a los Topos y todo lo que haces es creerle. Por qué iba a mentirte Conde, ¿cierto? —Y la ironía en su voz se hizo evidente.

—Claro, no veo por qué.

—¿Siempre te crees todo lo que dice la gente? —insistió.

Parpadeé. ¿Soy una persona estúpida y crédula? ¿Y si él tenía razón y Conde mentía? ¿Si Conde lo había ensuciado para... para...? No se me ocurría.

—Tu abogado no lo sabe todo, para que veas.

—No es «mi» abogado —rabié.

—¡Cierto!, «cariño fraterno» —

Se echó a reír—, al menos de su lado.

—¡Y a ti qué te importa!

Me puse de pie, enfurecida, con ganas de arrojarle una jarra de agua. Pero no había siquiera un vaso cerca. Fuera de mí, eché otra mirada alrededor. Ninguna jarra, pero podía arrojarle la tacita de café, noté que ya estaba un poco desportillada.

—¿Te ha besado ya?

—¡Hay que ver! Pero, ¡hay que ver! —chillé, haciendo molinetes con los brazos—. ¿Por qué él no iba a querer besarme? ¿Resulta imposible pensar que alguien quiera acostarse conmigo? ¿Eh?

Con un movimiento rápido y

preciso, Montorvo regresó a mi lado, me hizo girar el cuerpo con brusquedad hasta que le di la espalda, como hacen los policías cuando quieren reducir a un delincuente. Situada frente a la mesa, me tomó ambas manos con una sola de las suyas como para esposarme, estiró mis brazos al frente y me obligó a extender mi torso y mis caderas sobre la superficie. Quedé con el culo en pompa y los pies casi colgando.

—¡Sí, me resulta imposible! — susurró el poli en mi oído. Se había inclinado sobre mí y sentí su pecho pegado a mi espalda, sus caderas sobre mi trasero, la evidente expresión de su deseo presionando contra mi corta falda-tubo negra—. Imposible que lo

beses, que lo sueñes, que llegue a tocarte.

Cerré los ojos, temblando. No podía tragar. Presionados contra la fría superficie de la mesa, mis senos se endurecieron, querían sus manos. Todo mi cuerpo se sacudió y creo que tuve un orgasmo.

—Pues a mí me resultas indiferente —respondí, pero no era verdad. ¡Ay, Dios, ay, Dios! Había vuelto a perder la olla. ¿Qué tenía ese hombre que me hacía pasar del estado sólido al líquido en un instante? ¿Qué digo al líquido, estaba a punto de evaporarme!

Él me lamió entonces desde el pabellón de la oreja al mentón. Me

mordió allí y cuando grité con el aliento entrecortado, puso mi boca de lado y la invadió.

Montorvo no sabía de delicadezas. Se hundió hasta el fondo en lugar de enredarse en mi lengua y a partir de ahí se dedicó a entrar y a salir ferozmente. Me apabullaba. Comenzó a moverse rítmicamente contra mi cuerpo y, ¡joder! Qué ritmo llevaba. Soltó mis manos y las suyas viajaron por mis brazos hasta mis hombros, subieron por mis senos, se amoldaron a ellos mientras yo deseaba gritar y aullar del dolor pulsante que me partía la entrepierna. Me sentía al borde. De pronto, estrujó mis pezones. Grité. Me soltó, solo para jalarme del cabello hacia atrás mientras

la otra mano intentaba colarse entre mis muslos. Fruncí las piernas.

—¿No te importa ahora que sea corrupto? —susurró.

Gemí mientras él tocaba en mis profundidades.

—¡Júrame que no lo eres!

Él me hizo levantarme entonces y me dio vuelta. De un brusco tirón, me sentó sobre el borde de la mesa.

Me besó. Sus dientes se entrechocaron con los míos y regresó el ritmo infernal de su lengua.

—Te deseo tanto que tu cuerpo le duele al mío —murmuró. Pero al instante se apartó de mí, de repente. Se pasó una mano por el cabello y sus ojos ahumados me miraron con una extraña

mezcla de lujuria y dolor—. Tengo que irme. —Su aliento agitado salió a borbotones y yo sentí tal vacío en mis entrañas que estuve a punto de echarme en sus brazos para arrastrarlo a la cama—. No puedes moverte de aquí. No es seguro. Quédate. ¡Espérame! —ordenó, y juro que había fuego en su mirada—. Aunque no tengamos nada, tendremos esta noche.

Cuando se fue, me quedé mirando la tacita desportillada. Me sentía igual: sucia, vacía y un poco rota.

Media hora después y más calmada, curioseé todo lo que pude. Necesitaba encontrar evidencias de que el poli era confiable.

Mientras revisaba los cajones,

me dije a mí misma que estaba buscando pistas. Solo pude concluir que el tipo era pulcro y tenía una marcada preferencia por los bóxeres.

Una vez comprobados esos detalles de suma importancia, me senté en la cama y probé a dar un par de saltos. Nadie podía decir que no fuera meticulosa en las pesquisas.

Terminé la investigación tendiéndome sobre el cubrecama y durante largos minutos me quedé mirando el techo. Tendría que abrir el pendrive de Latorre, pensé entonces, descubrir a su soplón, no fuera que al líder de la villa se le ocurriera reclamar su Uzi-Pro.

Dispuesta a trabajar, me

pregunté si Montorvo tenía ordenador. No había visto ninguno en mi paseo por la casa pero miraría de nuevo. Me había levantado para hacerlo, cuando escuché que mi móvil estaba sonando.

En cuanto miré la pantalla, supe que era mi prima.

—¿Dónde estás? —quiso saber Valeria antes de que yo terminara de contestar—. ¡Aquí hay muchísimo trabajo y has decidido tomarte el día!

—No quería ser una carga para tu madre.

—Mi madre nos echó hoy a la mañana, pero ya te contaré eso después. Ahora ven, estamos de regreso en casa de tía Marta.

—¿¡Cómo!? ¿Me necesitas?

—No te rías porque te mato. Escucha —bajó la voz—, esta gente está loca. Hoy aparecieron dos cadáveres en un coche, en la puerta de la casa de mamá. Es como un imán, con cada muerto se multiplican los clientes. ¿Puedes creerlo?

—Te creo —suspiré—. Pero la solución no pasa por atenderlos, pienso que tendríamos que hacerle caso a tu madre y cerrar el local.

—¡Serás gilipollas! Justo cuando estoy haciendo dinero. ¿Y sabes qué? Esta mañana llegó un sobre con una invitación... —Su voz tembló, excitada—. ¡Tenemos que presentarnos en una fiesta esta noche!

—¡Una fiesta! Si no estoy de

humor para fiestas...

—Es trabajo, ¡tonta! Tenemos que echarles las cartas a las señoras.

—¡Ni pienso!

—Van a pagarnos mil y estoy dispuesta a compartir.

—¡Ni aun así!

—Es en la casa de esos italianos en zona norte.

Me quedé en silencio mientras mi corazón amenazaba con romper el hueco de mi pecho. No quería volver a ver al italiano. Lo había jurado. Pero por otro lado, me moría por revisar la casa, estaba convencida de que ellos estaban relacionados con todo el problema. También podía cruzarme a la mujer que nos había recomendado y

había desencadenado la muerte de Chorizo Colorado y de Pescado Podrido. ¡Iba a hacerle varias preguntas! Por último, tenía la remota esperanza de encontrar ahí a mamá.

—Te espero. —Mi prima cortó la comunicación y me quedé mirando el infinito. Tenía que tomar una decisión.

Si me quedaba en casa del comisario, iba a terminar en su cama. Debía ser alucinante pero aún no sabía si el tipo era corrupto. Para colmo de males, cuando estaba a su lado no podía confiar en mi buen juicio. ¿Y si me levantaba en la mañana con el pelo alborotado, las bragas hechas triza, y me encontraba con una tarjeta de enhorabuena de los Topos al pie de la

cama? Tragué saliva.

De pronto, no soportaba pensar que Montorvo fuera parte de la banda. Quería que estuviera limpio, lo deseaba con toda el alma.

El poli tendría que esperar, resolví. Primero debía despejar mis dudas y encontrar a mi madre. Tomé el bolso y abrí la puerta de calle.

Pero al hacerlo, me encontré con un hombre. Era un tipo de unos cincuenta y cinco años, el cabello cano y muy corto, los ojos oscuros e inmóviles bajo párpados pesados. Los ojos me dijeron que ese no era un sujeto con el que se pudiera bromear.

—¿Montorvo? —preguntó el hombre, poniendo un pie en el umbral y

forzándome a apartarme. Lo hice con renuencia y antes de que me hubiera dado cuenta de que había dejado pasar a un desconocido a la casa del oficial, el tipo se situó en medio de la sala y se dio vuelta para repasarne de pies a cabeza.

—En el baño —respondí, asustada.

El sujeto sonrió, pero fue solo una mueca sin color. Después y con displicencia, llevó una mano a su bolsillo y sacó una placa.

—Comisario Mayor Evaristo Luciérnaga. Soy el jefe de Montorvo.

Tomó asiento en uno de los sillones y juntó las manos frente a su boca como si estuviera rezando o midiendo a un rival.

Nerviosa, cerré la puerta y me acomodé en el sillón de enfrente. Dos o tres veces crucé y descrucé las piernas, me sequé las palmas en los apoyabrazos y finalmente tomé un almohadón de mi espalda y me abracé a él.

—¿Quiere café? —ofrecí cuando el silencio empezó a agobiarme.

—Estamos preocupados por ti —anunció el poli.

—Gracias, yo... supongo que debo agradecerle que Montorvo me esté cuidando.

Luciérnaga abrió las palmas frente a mí en un gesto de franqueza y luego volvió a unir las frente a su nariz.

—Quería conocerte. No sé si eres totalmente consciente del

berenjenal en el que estás metida.

—Usted dice... ¿la guerra narco? Montorvo cree que los Pocos me quieren liquidar. Los Topos, por otra parte, me están usando...

—Montorvo no debería decir tales cosas, son solo especulaciones sin ningún asidero real.

—Los Pocos están tratando de matarme.

—Bueno, puede ser pero no estoy convencido.

—Los Topos me mueven como un peón de ajedrez.

El sujeto sonrió ante esa frase.

—¿Te gusta el ajedrez? Pues has de saber que «El buen jugador siempre tiene suerte».

Entorné los ojos. Una frase casual, pero yo la había escuchado antes. *Capablanca*, una película de los ochenta. ¿Qué había dicho el famoso ajedrecista?

—A lo que le temo es que «Primero hay que eliminar la hojarasca del tablero» —respondí.

Luciérnaga me miró con renovada atención. En sus ojos brillaba una luz que no había estado allí antes y sus labios se curvaron en un asomo de sonrisa.

—Usted se autodenomina un peón de ajedrez. Ha de saber entonces que «El peón es la causa más frecuente de la derrota pero también el más importante instrumento de la victoria.»

No conocía esa cita, debía de ser de otro maestro, pero la entendí bien.

—Comisario, esto es *off the record*. ¿Dónde encaja mi madre en todo esto?

—Eso es lo que quería saber — El poli recuperó la inexpressión de un rostro pétreo—. Quería saber qué tipo de relación tenías con ella.

Dejé caer mi quijada hasta el almohadón.

—¿Está diciendo que soy sospechosa de su desaparición?

—No, no.

—Si así fuera, no estaría aquí, buscándola, ¿no le parece?

Un pequeño aleteo en los ojos del poli me puso en guardia.

—Es que no deberías estar aquí, buscándola —anunció Luciérnaga con una voz repentinamente áspera—. Te aconsejo que te vayas al interior con esa mujer, la ayudante, haz un largo viaje, salva tu vida y de paso la de tu vieja.

—¿La de mi vieja?

—Tú estás haciéndole el caldo gordo a un grupo sin pensar que ella puede estar en poder del otro. ¿Qué crees que van a hacer con ella si tú ganas la guerra?

Parpadeé. No entendía nada. Soy tonta, ¿o qué?

—Entonces, ¿mamá está en poder de los Pocos? ¿Quiere decir eso?

—Tal vez. Se me acaba de ocurrir que esta no solo es la guerra

entre dos bandas. Tal vez sea la guerra entre dos brujas.

—¿Qué dos brujas?

—Ella y tú, claro.

Volvió a descoyuntarse mi mandíbula. ¿Este hombre me estaba diciendo que los Topos me usaban a mí para hacer mal de ojo y los Pocos habían secuestrado a mamá y la estaban usando por sus poderes? ¡Yo no podía competir con mi madre, qué tontería!

—La gente es demasiado crédula —murmuré.

El comisario se puso de pie y se acomodó el pantalón, el cinto y el arma.

—Deja que te dé un consejo, nena: vete. Pronto va a ser tarde.

Supe que tenía razón, ese tipo

daba miedo pero me deseaba el bien. Lástima que no pudiera hacerle caso y salir corriendo.

—No puedo hacerlo. No hasta que sepa dónde está mi madre —susurré a su espalda.

Se dio vuelta cuando ya tenía la puerta entornada y me miró largamente.

—Entonces... de un ajedrecista a otro, toma en cuenta este consejo: «El Rey es una pieza de pelea. ¡Úsalo!»

Cuando se fue, me di cuenta de que la policía no pensaba ayudarme. Además, me había olvidado de hacerle una pregunta: ¿quién iba a rescatar a mi madre si me marchaba?

Fui meditando en esto mientras iba de camino a casa de mamá pero al

llegar se me ocurrió otra idea aún más espantosa. Montorvo había dicho que su jefe era un imbécil. Estaba equivocado. Su jefe daba miedo.

Al traspasar la puerta de la casa de mi madre olvidé esa pregunta para centrarme en otras preocupaciones.

—¿Cómo sabes que la invitación es cosa de los italianos? —pregunté en cuanto hube sorteado la aglomeración de gente que se había reunido en la antesala.

A solas con mi prima en la salita donde atendía mamá, leí la tarjeta, en la que solo constaba la fecha, la hora y el lugar de la fiesta. En el dorso estaba escrito a mano «Propuesta de trabajo: echar las cartas a los invitados». Desde

luego, seríamos solo parte de la animación.

—La trajeo el chofer, el tipo ese al que llamas Schwarzenegger.

—¿Osvaldo? —fruncí el ceño.

Seguramente el chofer ya tenía la invitación en el bolsillo cuando pasó a buscarme por la plaza el día anterior. ¿Por qué entonces no me la había entregado a mí? En cambio, había decidido dársela a Valeria.

La razón era bastante obvia: quienquiera que hubiera orquestado las cosas, sabía que yo no asistiría, salvo que mi prima insistiera.

—No estoy segura de ir —remarqué.

—Haz lo que quieras —sonrió

Valeria—. De todos modos Soraya se comprometió a acompañarme. A ellos les dará lo mismo, ¿o no? Es más, ella echa las cartas mejor que tú.

Tenía razón y mientras buscaba otra forma de disuadirla, una agitada Soraya entró en la habitación.

—Malala, el alcalde te está esperando.

—¡El alcalde! —Torcí la boca con disgusto—. ¿A dónde lo hiciste pasar?

—Al cuarto de tu madre.

—¡Mala idea!

—Discúlpame, pero ya no quedan lugares desocupados en la casa. Valeria atiende aquí, yo, en la sala y Lucas hace guardia en la cocina. Van

tres veces que nos vacían el refrigerador.

—¿Qué pasa con tu cuarto y con la sala de espera?

—Ambos destinados a lo mismo: sentar a gente que lleva horas esperando. Hay algunos que se desmayaron. Creo que Salud Pública debería poner una ambulancia en la puerta.

—Un par de patrulleros sería más conveniente. Más del noventa por ciento de los clientes saldría corriendo por la puerta trasera.

Refunfuñando, fui al encuentro del alcalde pero en el pasillo me detuvo la mamá de Lucas, Susana. Ella había sido la primera clienta que nos visitó

cuando decidí hacerme cargo del local. Recordé que había ido por un asunto de verrugas y que yo le había llamado la atención sobre la educación de su hijo adolescente. ¿Acaso no le había recomendado que Lucas estudiara y que de premio ella le entregara una consola?

—Estoy vendiendo rifas, cien el número, ¿quieres? —me ofreció Susana.

—¡Ey, eso es caro!

—Estoy juntando para la consola, Lucas empezó a estudiar.

—¿Ingeniería? ¿Electricidad? ¿Decoración de interiores?

—Parapsicología, le gusta tu negocio.

—Fantástico —repuse sin entusiasmo—. ¿Y qué se sortea?

Susana se miró los pies y empujó una piedrita imaginaria. Recordé que su hijo hacía lo mismo cuando algo le daba vergüenza. Tuve un escalofrío, fue como un fantasma que traspasara mi pecho, o una fila de hormigas que caminara por mi espalda, o un encuentro con la mafia.

—¡Hable de una vez!

—Se sortea una noche contigo.

—La mujer se encogió de hombros—. Fue idea de tu prima.

Sentí crecer la pequeña barracuda que todos llevamos dentro.

—¿Va vendiendo muchos números?

—No —repuso mi interlocutora con tristeza—. Solo van cinco. Me los compró el hombre que está allá.

Señaló con el dedo a un hombre bajito y regordete que sonreía desde la entrada al cuarto de mamá. Al ver que lo observábamos, se acercó y por un momento creí encegecer ante el fulgor de su sonrisa.

—Soy el alcalde —dijo el sujeto, extendiendo la mano. Su apretón fue cálido y la mirada que lo acompañó, transparente y frontal. En aquellos ojos vibraba la comprensión de un padre, la sabiduría de un abuelo, la protección de un hermano mayor, la seducción del amante y la ternura del hijo. En suma, sentí todo el poder adulator de un político en acción.

—¿Compró cinco números? —indagué, cruzándome de brazos.

El alcalde se echó a reír.

—¡No yo, no yo! Los compró la Secretaría de Acción Social. Pero pueden ser tuyos —se apresuró a agregar.

—¿Cómo es eso?

—No aquí, pasemos.

Nos encerramos en el cuarto de mamá y mientras yo esperaba de pie, el alcalde se dejó caer sobre la cama.

—Estamos abajo en los sondeos —empezó.

—Es que hay mucha gente que no tiene el placer de conocerlo personalmente.

—¿Crees que sea eso? —El hombre se acarició la barbilla.

Sofiqué el deseo de darle un

coscorrón.

—No tengo tiempo y le agradecería que avancemos. Sea directo, ¿quiere que le eche las cartas? —me ofrecí.

—Ser directo es algo que los legisladores solo dejan para el último día de sesiones ordinarias —se lamentó el alcalde—. En el poder ejecutivo ni siquiera sabemos lo que eso significa. A propósito, vi que tienes mucha llegada con la gente, ¿qué te parece si te agregamos en la lista para un cargo legislativo?

—Paso.

—¡Eres dura! ¿Un puesto en el ayuntamiento? ¡Debe haber algo que desees!

—No apruebo a la mayoría de los políticos. Juegan con las necesidades de la gente.

El alcalde se echó a reír a carcajadas mientras se palmeaba el muslo.

—Y tú, ¿qué haces aquí? ¿Acaso vendes caramelos? ¿No será que también estás comerciando con las necesidades de la gente?

Enrojecí de rabia. ¡Yo no hacía eso! Solo estaba ahí para ayudar, para que Lucas estudiara y cambiara de novia, ¡para que cada uno de los chicos encontrara una salida lejos de la calle y de la droga!

Detuve la encendida defensa mental que estaba haciendo de mí misma

con un cachetazo. Sonaba bonito pero no era verdad.

—El día en que empiece a mentirme a mí misma me habré convertido en... —busqué algo realmente feo para decir—: en usted —terminé—. Solo estoy aquí para encontrar a mi madre, está en poder de los Pocos o quizá de los Topos. Devuélvame la y haré lo que me pida.

Me mordí los labios mientras aguardaba la respuesta. Tal vez me había apresurado al ofrecer tanto. Probablemente ni siquiera estaba en condiciones de hacer lo que el sujeto pidiera. Quizá ni siquiera estaba lista para escucharlo sin vomitar.

—Dalo por hecho —repuso el

hombre con tranquilidad—. A cambio, quiero ganar las elecciones.

—Haré los hechizos necesarios.

—No me tomes el pelo. Lo que quiero es que hagas mal de ojo sobre mi adversario, quiero que sea en un lugar público y que todos lo vean.

—¿Cree que el poder del inconsciente colectivo de las masas hará que los votantes cambien su voto al pensar que ese candidato está destinado a la derrota?

—¡Qué va! Quiero que haya una explicación que todos crean cuando el tipo haya muerto en un «accidente».

Parpadeé.

—Pensaba que en la política se usaban otras tácticas, como descubrir

algún cadáver en el ropero del rival... ya sabe, amantes, orgías, todo eso. ¿Desde cuándo es una opción el convertirlo en cadáver?

—Ya nada alcanza para escandalizar a los votantes —suspiró el alcalde—. Son tiempos duros.

Tuve que estar de acuerdo.

* * * * *

Un par de horas después, la banda completa de Lucas y el Desdentado había echado a los clientes más recalcitrantes, que se negaban a abandonar la casa hasta que su suerte se hubiera hecho realidad.

De pronto todo fue quietud: las

tres mujeres habíamos entrado en un periodo de profunda meditación pues estábamos reflexionando sobre la ropa que nos convenía usar esa noche.

Valeria fue la primera en moverse: salió corriendo rumbo a su casa. Cuando regresó, tres horas y media más tarde, tenía el pelo alisado y vestía un ajustado vestido rojo de espalda descubierta. Los zapatos rojos a juego tenían tacos de quince centímetros y resaltaban sus largas piernas.

Soraya salió de su cuarto poco después. Vestía un top naranja, que parecía rebalsar en la cintura, y falda color crema terminada en tubo, con zapatos de plataforma a tono.

—Te ves muy veraniega —

repuso Valeria—. Pareces un cono helado.

—Mi amiga sonrió encantada.

—¡Cierto! Varios hombres querrán chuparme. ¿Nos vamos?

Pero faltaba yo. Por más que aporrearon la puerta del cuarto de mamá, solo les respondí con un gruñido. Estaban a punto de echarla abajo cuando escucharon el claxon de un coche que acababa de aparcar afuera, seguido por dos timbrazos.

—Sal ya mismo o te quedas — me amenazó mi prima.

Soraya hizo pasar a Schwarzenegger al mismo tiempo que salí de la habitación, de modo que fueron tres los pares de ojos que se

quedaron mirándome.

—¿¿¿Qué??? —increpé—. ¡No lo uso desde que me gradué de bachiller!

Era un vestido negro, de corte recatado, que me llegaba a cinco centímetros por encima de las rodillas, perfecto para las situaciones en que una mujer no sabe qué ponerse o quiere pasar desapercibida, por ejemplo, fundiéndose con el fondo opaco de la noche. De hecho, lo había elegido por eso ocho años atrás.

Pero ocho años no pasan en vano y el vestido desafiaba la fuerza de las costuras en la parte trasera y en la frontal.

—No tengo otra cosa —seguí

justificándome—. No es como si fuera a fiestas todos los días.

—¡Claro que no, pobrecilla! — contestó Valeria en tono compasivo—. Además es una mejora. Vienes de un monoambiente y hoy pareces un piso de dos plantas.

—¿Dos plantas? —parpadeé.

—Claro, balcón al frente y contrafrente, solo espero que el hormigón resista.

Valeria se dio vuelta para salir por la puerta y yo cogí mi bolso. Tenía un fuerte deseo de lanzarlo cual boomerang sobre mi prima pero pensé que la cinta que lo cerraba no soportaría tanta emoción y mis cosas saldrían volando. Y si eso sucedía, ¿quién iba a

agacharse a recogerlas? Desde luego, yo no. Una visión trasera de mi prima y de Soraya me dijo que las otras tampoco estarían en condiciones de ayudarme. La ropa nos iba más tirante que rodete de vieja.

Nos llevó media hora sortear la dificultad que suponía subir las piernas y acomodarnos en el coche, y cuando logramos atravesar la ciudad y llegar a la fiesta de los italianos, era bastante tarde.

Tan pronto descendimos, noté que un escenario había sido colocado a un costado de la casa y justo debajo había una inmensa pista de baile, que la multitud cubría casi por completo: caras sonrientes, bellas, de revista. No era una

exageración, de hecho creí reconocer algunos rostros famosos pero no tuve tiempo para quedarme y ponerles un nombre: Schwarzenegger nos guiaba con rapidez entre el maremágnum hasta un rincón.

Allí, bajo una carpa blanca rematada por un cartel de tela que decía «Buenaventuras», se hallaban un par de mesas y unas sillas. Las tres nos aproximamos a mirar. Una bola de cristal en el centro de una de las mesas no reflejó otra cosa que no fuera nuestras caras sorprendidas y agradecimos que al menos alguien hubiera tenido la precaución de dejar dos mazos de tarot.

—Bonitas cartas, lástima que no

estén bendecidas —dijo Valeria mientras ocultaba la bola bajo la mesa.

Las otras no respondimos. Mirábamos con la boca abierta la elegancia de la gente, el derroche en las joyas, la alegría de las risas, las bandejas cargadas con copas de cava y rayas de coca.

—Sentémonos —invitó Soraya pero ninguna se movió, quizá porque temíamos por las costuras de nuestras prendas, hasta que un par de personas se acercaron al cabo de un rato y nos obligaron a salir del trance.

—Tengo que trabajar —murmuré entonces y partí en dirección a la casa. No me detuve cuando mi prima me llamó a los gritos y solo lo hice en la

puerta de la cocina, de la que salían los mozos en rápida seguidilla.

Parada tras un macetero, abrí mi bolso con premura y saqué un delantal blanco. Era parte del uniforme de mucama que «Michael Corleone» me había dado cuatro días antes, cuando había estado ahí. ¡Aunque parecía que había ocurrido mucho tiempo atrás!

Luego agregué un cuellito blanco que había formado parte del disfraz, al que aseguré a mi vestido con un alfiler de gancho. No creía que fuera del todo convincente pero en medio de ese lío, confiaba en que no se fuera a notar demasiado.

Entré con los mozos y fui atravesando la batahola que era la

cocina con disimulo, yendo de un lado a otro como si estuviera atareada con algún recado. Cuando llegué a la puerta que conectaba con el resto de la casa tenía en la mano una bandeja con una taza de café.

Del otro lado todo era silencio. Sobrecogida de miedo, el corazón batallando en mi pecho con la necesidad acuciante de salir corriendo, caminé por el corredor amplio y largo que parecía de escuela, de hospital o universidad, dejando atrás puertas simétricas a cada lado. Al final, las puertas dobles que yo ya conocía me condujeron a la escalera. Subí uno, dos pisos sin detenerme y, tal como en mi última visita, llegué a la tercera planta. Allí las puertas batientes

se abrían hacia un pasillo corto y a la parte privada de la casa. La sensación de estar en un instituto se esfumó y, una vez más, me quedé maravillada por el lujo de la sala.

No me detuve. En realidad, no me detuve siquiera a analizar qué hacía yo allí. Esperaba encontrar a mi madre, claro, pero no en persona. Lo que en realidad esperaba era encontrar alguna pista que me desvelara dónde estaba encerrada ella. Suspiré, podía darme cuenta de que era un plan estúpido, surgido de haber visto demasiada tele.

Aun así no me acobardé.

Me moví con sigilo tras pasar por la sala de los objetos lujosos. A partir de ahí fui probando las puertas. El

corazón me palpitaba como loco al girar cada manivela pero me daba ánimos a mí misma, diciéndome que lo hacía por mi madre.

Cada intento resultó ser infructuoso, todo estaba cerrado a cal y canto, y estaba a punto de volver atrás cuando llegué al último dormitorio. Lo reconocí como la habitación del hombre al que apodé «Michael Corleone» y antes de que hubiera podido poner la mano sobre el picaporte, escuché un clic en esa misma puerta.

Nunca estuve tan cerca de morir de un infarto. Di un salto y esperé durante unos segundos eternos, preguntándome quién había abierto. Aguardé en vano, pronto fue evidente

que allí no había nadie, ni a mi espalda ni del otro lado. Entonces hice girar el picaporte, que cedió con facilidad, y entré.

Después se me ocurriría que alguien había abierto la puerta a la distancia y me había dejado pasar, pero esa idea no pasaría por mi cabeza hasta mucho más tarde.

Deposité la bandeja con el café sobre la cama y me dediqué a inspeccionar. El cuarto era enorme y bastante ordenado, aunque podía verse a la escasa luz exterior que el vestidor estaba abierto y un par de zapatos parecía haber sido olvidado sobre la alfombra.

—Podría ser peor —murmuré.

Miré en todas las superficies, abrí un par de cajones pero no encontré ningún dato, ninguna hoja de papel anunciando que tenían a mi madre, nada incriminador como un mechón de cabello o una de sus falanges. Estremecida por tan oscuros pensamientos, me aproximé al balcón, más que nada para disimular que había fracasado y no tenía idea de qué otra cosa hacer.

Corrí un poco la cortina y vi que fuera la fiesta brillaba en todo su esplendor, pero yo no tenía el mismo ánimo. Me sentí estúpida: no hay nada peor que arriesgar la vida en una pesquisa infructuosa.

Volví mi atención al cuarto y me

senté ante un amplio escritorio, puse los codos en los apoyabrazos de la silla y, frustrada, golpeé la madera con fuerza, sin percatarme de que mi dedo pulgar acababa de presionar casualmente un botón.

Di un salto hasta el techo, esta vez sorprendida al ver que la superficie del escritorio se abría para dar paso a un portátil. Miré en derredor una vez más, sabía que si me descubrían sería alimento para peces, pero no podía dejar pasar esa oportunidad.

Encendí el equipo y para mi sorpresa, descubrí que no tenía contraseña. Sin duda, su dueño estaba tan seguro de que nadie descubriría su escondrijo, que no se había tomado el

trabajo de protegerla. Craso error.

Entonces rebusqué en el bolso hasta encontrar un pendrive. Era el del líder de la villa y lo clavé en la ranura correspondiente. Acto seguido, eché una ojeada por varias carpetas del italiano y seleccioné al azar aquellas que podría alcanzar a copiar.

Trémula de miedo y excitación, fui a pararme junto a la ventana mientras esperaba, contando los minutos mientras pasaba la información. Corrí apenas la cortina, confiando en la oscuridad circundante, y me puse a observar la fiesta.

Quizá fuera la distancia o que allá abajo todas eran caras bonitas, pero me pareció ver a Conde con una rubia.

Visiones, me dije al cerrar la cortina y regresar junto al escritorio.

La grabación iba despacio y empecé a tamborilear con los dedos, mientras me preguntaba qué clase de estupidez o de locura me estaba llevando a hacer eso. Pero lo sabía, estaba buscando pistas, quería correos que hablaran de mi madre, gastos que dijeran dónde la tenían secuestrada, memorandos de sus planes.

Cuando terminé, arranqué de un tirón el pendrive, lo metí en el bolso y apagué el ordenador. Acababa de presionar el botón para esconderlo cuando escuché el sonido tenue de la puerta a mi espalda.

Tuve el tercer salto de la noche.

Mis ojos desorbitados observaron a la mujer que acababa de entrar, era la «señora Corleone» y, para mi sorpresa, estaba sonriendo.

—No puedo decir que no apruebe tu conducta —dijo la mujer mientras caminaba hacia mí.

—¡Puedo explicarlo!

—No hace falta que lo hagas. Yo también fui una mujer celosa en mi época, no está de más asegurarse de que los hombres nos son fieles.

—Eh...

—No le contaré que estuviste espionando sus cosas. —Me hizo un guiño y se detuvo a mi lado—. Pero, ¿por qué vas vestida de mucama?

—¡Oh! Esto... —Con

nerviosismo, me arranqué el cuello del vestido y me desprendí el delantal. Metí todo en el bolso mientras sentía que mi cabello estaba en punta y me ardían las orejas.

—¡Ah, picarona! Uno de esos juegos sexuales...

—¡No! ¡Sí! Yo...

—¡No tengas vergüenza, conozco a mi hijo! —La mujer se echó a reír y luego me tomó de la muñeca—. Ven, vamos.

Traté de desprenderme pero era imposible. Esa italiana tenía la fuerza de un rinoceronte y la misma tozudez. Me arrastró hasta el ascensor, bajamos a la planta baja y desde allí fuimos a tirones hasta la puerta principal. Atravesamos

el jardín y entretanto, yo trataba de decidir si era mejor dar una patada de kung fu y soltarme a la fuerza o seguirle la corriente hasta que se cansara. Sin haber optado, de pronto me encontré en el escenario, al lado de la dueña de casa y en frente de sus más de quinientos invitados. Como un acto ensayado, la orquesta se calló en ese momento y fuimos el centro de la atención.

—¡Iuju, Paolo! —exclamó la anfitriona frente al micrófono—. ¡Paolo Sanpierone, mira la sorpresa que tengo para ti!

Paseé mis ojos desesperados por la multitud de caras sorprendidas que me observaban. Llegué al final antes de que mi cerebro en shock procesara lo

que había visto: junto a la carpa, la cómica perplejidad de Soraya y la rabia de Valeria; mucho más cerca, la boca abierta del abogado Nicolás Conde, que llevaba una rubia prendida del brazo; mucho, mucho más cerca, a escasos dos metros, Giorgio, el hermano del tipo al que yo había rebautizado como Michael Corleone, y exactamente detrás, el rostro serio e indescifrable del comisario Francisco Montorvo, vestido con un elegante traje gris topo.

Creí morir.

Incrédula, golpeada por esa presencia que no esperaba encontrar allí, di dos pasos hacia atrás, tropecé en un tablón desigual y traté de aferrarme a mi vecina pero ella se hizo a un lado.

Habría caído sobre la batería de la banda que en esos momentos había bajado a descansar, si un hombre no hubiera saltado con presteza al escenario. Era el mismísimo Michael Corleone pero me pareció distinto y me costó reconocerle. Se veía elegante con el traje negro y la pajarita, no usaba los lentes de carey y un mechón de pelo renegrado le caía sobre la frente, dándole a su cara una expresión jovial e infantil. Los ojos grisáceos que me observaban con cautela, sin embargo, eran fríos.

—¡Un aplauso para los novios!
—pidió la anfitriona.

Intuí que la gente estaba gritando y vitoreando, lo intuía porque en realidad

se me taparon los oídos cuando Michael Corleone, o mejor dicho Paolo Sanpiero, sonrió mientras inclinaba la boca hacia mí.

Más atrás en mi campo de visión, percibí a Montorvo, que me miraba con indiferencia. Una rabia ciega me revolvió las tripas. ¡Con que íbamos a estar juntos esa noche! ¡Con que no conocía a los italianos! ¡Se suponía que no tenía contactos con la mafia! ¿Y qué hacía entonces allí, de guardaespaldas de Giorgio en lugar de esperarme en su cama? El infierno ha de ser realmente rojo porque juro que ese es el color que lo tiñó todo en ese instante.

Después no vi más, ya que cerré los ojos al sentir los labios de Paolo

sobre los míos.

La multitud se calló de repente y todo lo que noté fue el beso. Quizá fuera porque se trató de un beso memorable, de esos que curvan los dedos de los pies y nublan los sentidos. Aunque es posible que el miedo y la rabia me curvaran los dedos de los pies y me nublaran los sentidos.

Como quiera que fuera, el beso se extendió por un siglo y un segundo, y cuando terminó, me di cuenta de que la gente no había dejado de chillar ni un instante.

Mi salvador apoyó una mano en la parte baja de mi espalda mientras saludaba a los invitados con la otra y, poco a poco, me fue empujando con

delicadeza para sacarme del escenario.

Unos minutos después me hallaba en una oficina, en alguna parte de la planta baja de la casa. Sanpierone me había llevado hasta ahí mientras se negaba al pedido de su madre de sacarse fotos y respondía a las bromas de su hermano con una sonrisa.

Para mi sorpresa y repugnancia, no estábamos solos. Montorvo nos había acompañado y mientras el italiano se había apoyado en el canto de un escritorio y me sostenía una mano, el poli permanecía serio y de brazos cruzados junto a la puerta.

Paseé mi mirada de uno a otro con nerviosismo, temblando al notar que el italiano había arqueado una ceja hacia

mí, mientras Montorvo seguía, impávido, la escena. De pronto, caí en la cuenta de que sentía una especie de culpa por haber besado a ambos. No pude evitar que una mueca irónica me torciera los labios. ¡Culpa! ¿Qué culpa tenía yo? ¡Eran ellos los que debían contestar una serie de preguntas!

—Puedes irte —dijo de pronto Sanpierone en dirección al poli, empleando ese énfasis especial, mezcla de amabilidad y desprecio, que suelen usar los jefes cuando quieren dejar en claro que lo son.

Los ojos del poli se achicaron un poquito y un poquito más cuando se centraron en mí, pero los restantes músculos de su cara no se movieron ni

un milímetro. Retrocedió y cerró la puerta tras de sí.

Mi atención volvió al italiano cuando sentí que él estaba besando la palma de mi mano. Lo miré, sorprendida, y en ese instante él tironeó de mi brazo, obligándome a apoyarme en él para no caer. De pronto me encontré recostada contra su cuerpo, las piernas separadas a cada lado de una de las del hombre.

El italiano me tomó entonces por la nuca y me acercó hasta su cara.

—Me juré a mí mismo no buscarte, ¿por qué has venido a mí? ¿No puedes evitar el peligro? —Y volvió a besarme.

Sentí otra vez su magnetismo,

esa cosa salvaje, la atracción que ejercía sobre mí y, muerta de rabia con Montorvo y con Conde por su presencia en esa fiesta, le respondí. Le entregué mis labios, desafiante, lo mordí, él se rio y sus manos se pasearon por mi cuerpo, cálidas, hambrientas. Tenía el toque apasionado y pulsante del hombre seguro de sí mismo. Empezaron a temblarme las piernas por la estúpida audacia que me había conducido hasta ahí y me aparté.

En el acto, Sanpierone me dejó ir. Retrocedí un par de pasos y me llevé una mano al corazón, mientras respiraba trabajosamente.

—Creí que eras Michael Corleone, pero me equivoqué —dije con

voz trémula—. Eres su hermano mayor, el asesino. ¿Cómo se llamaba?

—Sonny, Santino. Pero no, no soy Santino, ¡y no voy a matarte! —sonrió.

—¿Quién eres entonces?

Él buscó sobre el escritorio sus lentes de carey y se los puso mientras parecía estudiar la respuesta.

—Digamos que en esa película yo vendría a ser... Coppola.

—¡Coppola!

El italiano asintió.

—¿Y quién vendrías a ser tú? —Me rodeó la cintura y me atrajo hacia su cuerpo una vez más mientras me miraba con intensidad—. Una eterna estudiante sin ningún talento que un buen día

empieza a causar estragos.

—¡Ey! ¡Ahora vas a culparme por la lucha entre las bandas! ¡No tuve nada que ver! —repliqué enojada—. Todo lo que hice, todo lo que hago es buscar a mi madre, que desapareció. ¡Ella es todo lo que quiero! ¿Entiendes? ¡Estragos, hay que ver! —Le hincé el dedo índice en el pecho un par de veces para que le quedara claro.

—Estragos —insistió el tipo con tranquilidad mientras me acomodaba un mechón de pelo tras la oreja. Era un mechón rebelde y volvió a soltarse, de modo que el italiano repitió la operación con paciencia—. Las muertes me interesan un pepino, pero a mi madre se le ha puesto entre ceja y ceja que

tengo que casarme contigo.

Se me cayó la quijada al escucharlo.

—Es tu culpa —aseveré después —. ¿A quién se le ocurrió decir que éramos novios?

—Fue para salvarte.

—Se te podría haber ocurrido decir que nos peleamos, ¿no?

—Se te podría haber ocurrido no venir a esta fiesta.

—¡Vine a trabajar!

—Las cámaras te filmaron husmeando.

—¡Buscaba a mi madre!

—Ya te dije el otro día que no la tengo.

Lo miré con rabia y él se rio.

Luego se acomodó un poco entre mis piernas mientras me acariciaba la espalda.

—En dos segundos lograste convencer a mi madre de que serías una buena esposa, ¿cómo lo hiciste?

—No sería una buena esposa, soy un desastre —dije con tristeza.

—Mi madre cree que eres ideal para mí, se lo dijeron las cartas.

—¿En serio? —Comencé a sonreír pero me lo pensé mejor—. ¿Y qué tengo que hacer para que cambie ese concepto sobre mí? Sospecho que si me convirtiera en ladrona, asesina y narco, nada de eso influiría en su decisión.

El italiano sonrió.

—Creo que no.

—Podría enredarme con el poli corrupto que tienes en la puerta — especulé—. ¿Qué tal eso?

La cara de Sanpierone cambió al instante. Una vez más llevó hacia atrás de la oreja mi mechón rebelde mientras sus ojos relampagueaban tras los cristales.

—Eso te abriría un agujero aquí. —Su dedo índice se situó en mi entrecejo. Di un salto hacia atrás, pero él me retuvo por el brazo y cuando me habló, lo hizo casi con dulzura, como si intentara consolarme—. Intenté no buscarte, te lo juro.

Suspiró.

—Yo... pensaré en algo para convencer a tu madre de que no sería

buena esposa para ti —susurré. En eso se me ocurrió una idea—. Si logro convencerla y deja de molestarte, ¿te comprometerías a buscar a la mía? Estoy segura de que a ti te resultaría fácil con tantos contactos como debes tener... ¿Qué? ¿Hacemos un trato?

Él se rio.

—Será divertido ver cómo la convences —dijo con lentitud—, no me lo perdería.

En ese momento nos interrumpió un alboroto en la puerta, que se abrió casi al instante. Valeria y Soraya entraron corriendo, seguidas por Montorvo, y todos se detuvieron en la mitad de la habitación.

—¡Ja! ¡Podrías haber avisado

que estabas bien! —se quejó Soraya—. Creía que te habían secuestrado.

—Lo siento, señor, no pude detenerlas —se excusó el poli.

Al ver la expresión disgustada de mi amiga, la sonrisa burlona de Valeria y los ojos pequeños de Montorvo, caí en la cuenta de que todavía estaba apretada al italiano. Intenté apartarme pero el hombre me retuvo a su lado con una mano en mi cintura.

—Estoy cansada, quiero ir a casa —dije entonces en voz baja.

Sanpierone asintió y me besó el entrecejo, en el mismo sitio que había apuntado con su dedo momentos antes.

—Llévalas —le ordenó al poli,

que esperó en silencio a que pasáramos a su lado.

* * * * *

Subimos las tres al asiento trasero de un todoterreno, mientras Schwarzenegger y Montorvo ocupaban la parte delantera.

—¡Ey! No nos han pagado —se quejó Valeria cuando el vehículo arrancó.

—Malala tenía razón, no deberíamos haber venido —dijo Soraya con evidente descontento.

No respondí. Acababa de ver por la ventana que Conde estaba solo un par de pasos más allá, hablando con

Giorgio y un hombre sesentón, redondo, calvo y bajito, que me parecía haber visto antes en alguna ocasión. Todos se hallaban junto a una Hummer. Abrí la ventana, deseando que en nuestro coche se callaran para escuchar.

—¿Qué miras? —quiso saber Soraya, que iba en el medio, inclinándose sobre mí para sacar su cabeza por la ventana.

—¡Nada! ¡Ese coche! —Le di un codazo y me apresuré a subir la ventanilla mientras espiaba la espalda de Montorvo con disimulo. No quería dar explicaciones frente al poli, estaba demasiado enojada con él como para hablarle. Además, los hombres ya se habían ido.

—¡Bah! Si es solo un coche grande —refunfuñó mi amiga—. ¿Desde cuándo te das vuelta para ver coches grandes? ¡Estás cambiando mucho!

—¡Mentira!

—¡Coches grandes, ja! Ya sabes lo que dicen, los hombres que usan coches grandes quieren tapar algo pequeño.

Volví a mirar la espalda de Montorvo y creí que iba a morir de la vergüenza.

—¡Qué tontería! Puede ser que el propietario tenga familia numerosa.

—¡Peor! Familia numerosa implica dos cosas.

—¿Ah, sí?

—Sin dinero y sin preservativos,

no te conviene.

Valeria se echó a reír y a mí me pareció que hasta los hombres del asiento delantero sacudían sus hombros en silencio.

—No creo que esta conversación...

—Que se pudran los coches grandes —continuó Soraya—. El tamaño del caballo no vaticina el tamaño del jinete. Es lo mismo con los hombres, escucha lo que te digo, vi más de un gran caballo con un jinete pequeñuelo.

—¡Soraya, para ya!

—Justamente a eso iba —siguió la ayudante ante la risa de Valeria—. Toma por ejemplo a ese abogado de tu estudio, estoy segura de que puestos a

ver... No lo viste, ¿no?

—¡No! —me enfurecí.

—¿Y al italiano?

—¡Tampoco!

—Malala tiene menos vida sexual que una pelota de fútbol —se burló Valeria y aunque pensé que era un chiste pésimo, escuché que Montorvo lo festejaba con una carcajada.

Viajamos en silencio gran parte del trayecto, solo interrumpido aquí y allá por algún comentario de Soraya o de Valeria. Al llegar al barrio, dejamos primero a mi prima y luego el poli descendió con nosotras en casa de mamá.

—Osvaldo, aquí me quedo. —
Saludó con la mano a su compañero y

luego nos siguió hasta la sala.

—Estoy muy cansada, me voy a dormir —se excusó Soraya sin mirarnos.

Deseé hacer lo mismo. Quería enterrar la cabeza bajo la almohada y borrar el día que había tenido. Deseaba olvidar la conversación con el comisario mayor Evaristo Luciérnaga, la del alcalde (que había quedado abierta), mi extraña relación con el italiano, el trato que había hecho con él.

Pero por sobre todo, deseaba olvidar ciertas imágenes: los muertos, los asaltantes del café, la fiesta: Conde con Giorgio, Montorvo con Giorgio, Montorvo con Paolo Sanpierone, yo misma en brazos de Sanpierone mientras Montorvo me miraba con apatía desde

atrás.

No quería mirar al poli, un nudo de amargura y decepción se había instalado en mi garganta. Necesitaba escapar de su presencia para hundir la cara bajo la almohada.

—Me voy a dormir —anuncié, caminando hacia mi cuarto con la cabeza gacha—. Cierra la puerta al irte, voy a echar llave en un momento.

—¡No vas a ningún lado! —El comisario me tomó por el brazo, me atrajo hacia él y prácticamente me estampó contra la puerta, encerrándome entre su cuerpo y la madera—. Te juro que voy a borrarle los labios de ese tipo.

Me comió la boca con rabia. Fue

torpe, intenso, brutal mientras yo permanecía en sus brazos, ansiosa, furiosa, luchando entre la necesidad de rechazarlo y la urgencia animal por responderle.

No, me dije, no podía aceptarlo. Aparté mi boca y mientras él bajaba la cabeza para mordisquearme un hombro, le mordí la oreja.

No podía. Le di una patada en las pantorrillas pero me salió sin fuerza.

Maldito cabrón. Traidor. Cerdo y maleante. Le di un pisotón.

De pronto, sentí un airecito en las nalgas. Entonces me di cuenta de que él me había subido la falda hasta la cadera.

—¿Cómo se desabrocha esto? —

El hombre luchó con el ganchito del vestido a mi espalda y vi sus ojos nublados, los labios entreabiertos, el corazón bombeando enloquecido bajo mis dedos.

—¡No, espera, espera! —pedí, asustada. Me aparté y me bajé la falda con dedos trémulos.

Montorvo se alejó un paso y pude leer la rabia en cada facción de su cara.

—Es el italiano, ¿no? Pensaba que era el abogado pero veo que me equivoqué. Yo te caliento pero no es suficiente. Eres como todas. ¿Quieres saber lo que dice Giorgio? Dice que hay dos clases de mujeres: las que te dejan por un par de zapatos y las que dejan al

que les regala los zapatos para irse con el que les pone un coche. Te felicito, conseguiste al del todoterreno.

El poli me apartó y abrió la puerta pero antes de que pudiera atravesarla, me volví hacia él.

—¡Maldito hijo de perra! — siseé—. ¡Vienes a insultarme, tú, tú, que eres peor que una hiena! ¡Con qué derecho vienes a decir que todo lo que puedo conseguir es un abogado mujeriego, un narco asesino o un poli corrupto! No tienes idea, ni idea...

Le estaba hablando al aire, Montorvo acababa de cerrar con un portazo. Hay veces en que ni todos los insultos del mundo son suficientes.

Capítulo 8: El Ermitaño

Desperté con un peso en el pecho: me había dormido con un tomo de *Las Sabidurías del Tarot* y otro de *Todo lo que debes saber sobre el I—Ching* sobre la parte superior de mi cuerpo.

Había leído hasta la madrugada pero al contrario de lo que suele creerse, la lectura no me había iluminado en lo más mínimo. Quizá eso se debiera a que el material era arcano y complejo, aunque tal vez tuviera que ver el hecho de que no podía concentrarme, ocupada como estaba en pensar en Montorvo, en Conde, en Sanpierone y en

la mafia.

Para consolarme, me dije que hasta el más rígido asceta habría fracasado en purificar su alma si hubiera estado en una situación parecida a la mía. Claro que era difícil que un asceta se encontrara en una situación similar: me había dejado besar por tres hombres en el curso de veinticuatro horas y había respondido a dos de esos besos.

Suspiré en la cama.

Y volví a suspirar cuando escuché el alboroto afuera. La casa se estaba llenando de gente, era hora de trabajar. Me vestí con jean y sudadera y estaba arreglándome el pelo frente al espejo de mamá mientras me preguntaba cómo lograría llegar a la cocina para

comer algo, cuando la puerta del cuarto se abrió de golpe y entró Conde.

—¿Quieres un café? —El abogado me extendió un vaso desechable de café doble y una caja de bombones de limón y chocolate. A mí se me hizo agua la boca pero no me adelanté a recibir las cosas. Me sentía incómoda con todo lo que había ocurrido en la fiesta y no sabía cómo afrontar la situación.

Conde dejó la bebida y la caja sobre un mueble y se sentó en la punta de la cama, poniendo cuidado en no arrugar la corbata ni la chaqueta.

—No sabía que conocieras a Sanpierone —dijo, mirándome con curiosidad.

—No sabía que tú lo conocieras —retruqué, cruzándome de brazos. No tomé asiento, ya que el único lugar posible hubiera sido junto al hombre y no pensaba colocarme en esa posición.

—Es amigo de... la acompañante que llevaba anoche. — Conde sonrió y tuve que reconocer que era todo un bombonazo—. Nada personal —continuó el abogado—, mi acompañante, quiero decir. Eh... cuestión de negocios, no solo por las conexiones de su familia sino porque ella misma tiene participación en varias empresas.

—¡Imagino qué clase de negocios! ¿No te importa salir con una narcotraficante?

—¿Acaso tienes alguna prueba de lo que estás diciendo? ¡Son solo prejuicios!

—¡¿Prejuicios?! ¡Ayer viste las bandejas cargadas de rayas! De cocaína, claro está.

—¡Era una fiesta! ¿Qué clase de fiesta hubiera sido sin ese detalle? Se nota que no vas mucho a fiestas.

—¡No puedo creer que me estés diciendo eso! —Me froté los ojos y tomé asiento a su lado en la cama—. ¡Escúchate!

El abogado me tomó una mano y me la apretó.

—¡No es para tanto! Mira, si ella es narco o no, no lo sabemos. Incluso le pregunté a Egarteche y él me

dijo que no hay nada en concreto.

—Pero hay sospechas.

—Y si lo fuera, ¿no te parece que de todos modos tiene derecho a un abogado?

—¿Por qué tienes que ser tú? —
Lo miré angustiada y él elevó mi mano para besarme los nudillos.

—Entonces es verdad —susurró—. Sientes algo por mí, tienes celos. No me animaba a estar seguro y con lo que dijo Sanpierone anoche...

Retiré mi mano, bufando.

—¡Serás creído!

—No, no, no hace falta que lo ocultes, yo también siento algo por ti. —
Conde volvió a tomar mi mano, por un momento me pareció que iba a ponerse

de rodillas pero debió ver polvo en el suelo porque volvió a su posición original en el borde de la cama—. Podemos mantener lo nuestro en secreto —susurró—, Sanpierone no tiene por qué saberlo. Cásate con él y después de cierto tiempo...

—¡Qué me estás diciendo! — Retiré mi mano una vez más y me la limpié contra los pantalones—. ¿Acaso no tienes límites?

—¿Límites?

—Límites, o sea códigos, principios, valores.

Conde se puso de pie y se acomodó la corbata con un movimiento brusco.

—No tienes derecho a

cuestionarme, para que sepas, mi límite es la ley y conozco muy pocos hombres que pueden decir lo mismo. ¿Qué me dices de ti? ¡Eres la novia con Sanpierone! ¡Por Dios, apenas si puedo creerlo, si hasta ayer eras una chica sin ningún valor!

Salté de la cama, roja de furia.

—¡No soy la novia con Sanpierone! —Pensé en algo que pudiera rebatir lo de «sin ningún valor» pero no se me ocurrió. De pronto esa fue una herida tan grande como la que me había hecho Montorvo la noche anterior y me dolió como el diablo. Quería gritar, chillar, patear a alguien, pero me contuve—. Lo del noviazgo no es verdad. Es solo un... un acuerdo entre él

y yo hasta encontrar a mi madre.

Eso pareció desencajar a Conde.

—¡Ah! —Hizo un intento de acercarse a mí pero se lo pensó mejor.

—Ahora vete. Por favor, vete.

El abogado se dirigió hacia la puerta en silencio pero con la mano ya en el picaporte, se dio vuelta hacia mí.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer por tu madre, María? —preguntó en voz baja—. ¿Estarías dispuesta a besar a un narco? —Hizo una pausa—. ¿A acostarte con él? ¿A casarte? —Hizo otra pausa—. ¿Estarías dispuesta a matarlo? Piénsalo, ¿un narco o tu madre!

—Yo no... no lo sé —repuse con sinceridad. Lo miré con los ojos muy abiertos mientras pensaba que había

besado a Sanpierone, la familia de él creía que íbamos a casarnos y prácticamente yo había matado al miembro de la banda de los Pocos que me había atacado en el café. Al menos no me había acostado con nadie. Todavía.

—Entonces no me hables de límites —susurró Conde al abrir la puerta—. Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas. A pesar de lo que nos dijimos hoy, te quiero.

Para cuando hube elegido un objeto contundente para lanzarle (el peine), él ya había cerrado tras de sí.

No pude desayunar, lo que daba clara cuenta de mi situación mental, y desfogué mi rabia haciendo la cama.

Al terminar, salí del cuarto con paso firme y me metí en el de Soraya. Tras echar a todos los que aguardaban ahí, encendí el ordenador, entré a internet, cerré la pantalla de Facebook, que aparecía siempre por defecto con la cuenta de mi amiga, y busqué la información que había decidido recabar el día anterior.

Después de anotar esos datos en un trozo de papel, recogí mi bolso, me aseguré de que siguiera bien cerrado con cinta, y dejé la casa sin prestar atención a los murmullos de protesta de los clientes que me esperaban.

Tuve que tomar un autobús para llegar a la casa del principal adversario del alcalde. Me bajé en una parte de la

ciudad que no conocía bien y caminé una docena de manzanas, pasando por casas rodeadas de jardines y jardines rodeados por altos muros rematados con alambres de púas.

Con la insistente sensación de estar siendo seguida (por al menos tres cámaras de seguridad), llegué al número que tenía anotado en un papelito y presioné el portero automático.

Una voz metálica contestó al cabo de un rato, di mis explicaciones y me cortaron sin que hubiera alcanzado a entender la respuesta.

Seguí esperando en vano.

Al cabo de una hora de aguardar bajo el sol y cuando había decidido marcharme, vi que se abría la puerta del

garaje y salía un coche de alta gama. Me abalancé sobre el candidato a alcalde, ya que había logrado reconocerlo a través de los cristales, pero no tuve suerte. El coche partió sin detenerse.

Malhumorada, eché un vistazo a los datos que había recabado esa mañana. Caminé otra vez la docena de manzanas, tomé otro autobús y descendí en un área céntrica de alto movimiento. Suspiré al ver un edificio cercano a la esquina, en el que tenía su oficina el candidato, y volví a suspirar al mirar el portero automático.

Esta vez entendí perfectamente el insulto y la respuesta que recibí cuando le expliqué mi intención a la voz que salía del brillante panel de botones.

—¿Qué pasa? —le espeté al encargado del edificio, que se había situado a mi lado con evidente desconfianza—. ¿Acaso no puedo tener sueños? ¿O va a decirme que usted no sueña?

—Yo no sueño que matan al próximo alcalde. —El encargado se encogió de hombros—. Sueño con...

—¡No! Por favor, no me cuente.

—Bueno, entonces mejor escucha mi advertencia: vete de aquí. Ya los oíste, no están interesados en tus sueños.

—Hagamos una cosa, yo acepto su advertencia si a cambio, usted le advierte al candidato.

—¿Le advierto que estás

soñando con él? Es bastante viejo, va a ponerse contento. Aunque como está en política, quizá ya se acostumbró a esa clase de popularidad. Yo, por mi parte, sueño...

—Adviértale que quieren matarlo.

—¡Eh! ¿Me viste cara de poli? ¡Vete a freír espárragos, buscona!

Me pregunté cuántos insultos más iba a tener que soportar esa semana pero me consideraba a mí misma un producto de la ciudad, un hueso duro de roer, una termita.

—Todo el mundo me trata como basura —murmuré mientras cruzaba para hacer guardia en la acera de enfrente—. Pero no soy basura, no,

señor. Yo soy totalmente reciclable, hoy tapita de refresco descartable, mañana cajita de DVD, siempre útil.

Con ese pensamiento positivo me dediqué a esperar.

Me había recostado sobre la pared y estaba un poco adormilada cuando de pronto noté que se abría el garaje y el coche del candidato salía y se detenía en el semáforo. Estaba en primera posición por el carril de la izquierda, presto a girar cuando cambiara la luz, así que no perdí tiempo. Me puse en movimiento, llegué a la esquina y estaba a punto de cruzar la calle cuando mi visión periférica me hizo cambiar de foco porque una camioneta llegó por la calle transversal,

cruzó y se detuvo justo frente al coche del candidato, cortándole el camino. Las puertas del vehículo doble cabina se abrieron y de ahí descendió mi madre, flanqueada por dos hombres.

Ahugué un grito y me habría lanzado a cruzar si en ese momento no hubiera cambiado el semáforo. Todo el mundo hizo sonar el claxon para esquivar los coches detenidos, se armó un embudo en el carril derecho y el primero en pasar fue un autobús.

Tras ese vehículo venía un camión pero en el hueco entre uno y otro, alcancé a ver que mi madre le decía unas palabras al candidato. Pasó un coche y vi que el hombre sonreía y hacía un gesto displicente.

Llamé a mamá a gritos pero cuando conseguí captar su atención y sus ojos anegados de lágrimas se cruzaron con los míos, los dos hombres que la flanqueaban la hicieron subir a la camioneta.

Dos o tres cosas pasaron a la vez en ese momento. Olvidada del candidato, crucé a pesar del peligro de los coches, pero en el instante en que llegué a la camioneta que tenía a mamá, esta arrancó. Y aunque llegué a golpear un faro y mi madre se giró, el vehículo no se detuvo.

Tras una persecución infructuosa de setenta metros, me quedé boqueando en plena calle.

De repente escuché una brusca

frenada atrás, seguida por un ruido brutal, giré para mirar y lo que vi fue que el coche del candidato a alcalde volaba por los aires para terminar como un sapo dado vuelta a escasos metros de mí mientras un camión que había llegado a alta velocidad por la calle transversal terminaba incrustado contra un poste en la acera opuesta.

No me moví del sitio en el que estaba. No podía reaccionar mientras mis ojos enloquecidos miraban el coche destruido y los curiosos se arremolinaban en torno a mí para comentar que era imposible que el hombre estuviera vivo.

No me moví hasta que una persona se situó a mi lado y pude sentir

su aliento, tan agitado como el mío.

—Por favor, no sueñes conmigo.

Levanté la vista para ver al encargado del edificio y entonces sí, como un zombi, me alejé calle abajo mientras escuchaba las sirenas.

No supe cómo llegué a la casa de mamá, si me preguntan si caminé o tomé un taxi o un autobús, no sabría qué decir. Pero cuando entré en la sala y me di con que Soraya y Valeria estaban sentadas en silencio con la cara entre las manos, no pude menos que notar que algo no estaba bien, aparte de todo lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué pasa? —pregunté con voz ahogada.

—Los clientes se fueron —se

lamentó mi prima—, no quedó ni uno.

—Fue después de que ametrallaran la fachada de la casa — explicó Soraya—. ¿No viste los agujeros?

Me dejé caer en un sillón y cerré los ojos. Quería morir y a la vez, me sentía muerta.

Pero también quería vivir y sobre todo, quería que ya no muriera nadie.

—Esto es lo que vamos a hacer —anuncié de pronto, irguiéndome en el asiento—. Vamos a cerrar el negocio, para siempre. Soraya, tú haces el cartel.

—Yo soy mejor haciendo carteles —intervino Valeria.

—Bueno, tú haces el cartel

entonces —concedí—, pero asegúrate de que diga «para siempre». Luego ocúpate de diseñar unos volantes anunciando que se abre un nuevo local con otra dirección y otro nombre.

—¿Un nuevo local?

—En casa de tu madre, voy a hablar con ella. Y voy a pasarte toda la clientela con una condición: Soraya va a ser tu socia al cincuenta.

—¿Hasta que cumpla cincuenta? ¿Ella o yo? Porque ella ya debe estar cerca.

Soraya bufó.

—Cincuenta por ciento —aclaré y como viera que mi prima tomaba aliento, agregué—: tómalo o déjalo, es eso o nada.

—¿Y tú? —quiso saber Soraya.

—Tiene que quedar en claro que estoy fuera del negocio o van a volver los problemas. Yo... voy a regresar al estudio, me están esperando —mentí.

Las otras dos se pusieron de pie, entusiasmadas con la nueva idea, y de inmediato comenzaron a tejer planes.

—Una cosa más —las interrumpí —, que en el cartel se aclare que no se hacen maleficios.

—Ni mal de ojo —agregó Soraya.

Por una vez, Valeria no discutió.

Esa misma tarde y después de convencer a mi tía, las nuevas socias contrataron una camioneta y se llevaron los muebles necesarios para abrir el

nuevo negocio, con la condición de que devolverían todo si reaparecía mamá.

La casa quedó extrañamente silenciosa después de la partida y cuando me metí en la cama con la caja de bombones de chocolate y limón que me había dejado Conde, no pude comer ninguno.

—¡Perdóname, mamá, lo intenté, te juro que lo intenté con todas mis fuerzas, pero volví a fallarte! —sollocé mi fracaso, y no dejé de hacerlo hasta que logré dormir.

* * * * *

Soraya se acostumbró a pernoctar en casa de la tía Hermilda

para atender a la larga fila de clientes que se formaba a diario enfrente de esa puerta, de modo que me tocó vivir una temporada en aislamiento.

Pedía comida por teléfono, que apenas si probaba, y dormía mucho, como si fuera una enferma terminal.

Pero como sucede a menudo con los enfermos, cuando estuve un poco repuesta de las impresiones recibidas, la cama comenzó a hartarme.

Por eso, dos días después me levanté temprano, encendí el ordenador de Soraya, cerré su Facebook y empecé a *googlear* todo lo que me preocupaba. Encontré diversas notas sobre los Topos y ninguna de los Pocos.

Mejor suerte tuve con

«Francisco Montorvo», el oficial había sido condecorado por un par de procedimientos e incluso había un par de fotos de él.

Arrugué la nariz, saqué la lengua e hice una mueca de desprecio, pero después corrí a mi cuarto para buscar el pendrive. Me di cuenta de que había tomado el del estudio y volví a dejarlo en el bolso. Pero entonces pensé que tenía que guardar ahí la información de los gastos para Conde (que había cargado en el de Latorre y me había olvidado de bajar en el estudio), así que saqué ambos. Regresé deprisa al ordenador para grabar las fotos de Montorvo.

Tras guardarlas en el dispositivo

del líder de la villa, dediqué algunos minutos a mirar las imágenes, luego cerré la carpeta con rabia, regresé al buscador y escribí «Paolo Sanpierone».

Me sorprendí al ver que emergían cientos de resultados pero en cuanto empecé a mirarlos, me di cuenta de que se referían a otra persona. El Paolo Sanpierone de Google era un médico ginecólogo especializado en cirugía plástica. No perdí tiempo en buscar imágenes, pues no me imaginaba a un mafioso italiano como cirujano de mujeres. Tampoco puse el nombre de Conde, ya lo había hecho meses atrás al entrar al estudio.

Para terminar, una última búsqueda sobre “Giorgio Sanpierone”

no arrojó ningún resultado, y tampoco lo hizo otra búsqueda sobre mí misma. Buscarme no suponía ningún avance en mis pesquisas pero no podía sustraerme a la tentación de hacerlo de tiempo en tiempo.

Cerré el navegador mientras filosofaba sobre la importancia de tener una vida real sobre una digital. Cualquiera puede estar en internet, me dije mientras abría el contenido del pendrive de la villa, el verdadero desafío es no figurar. Me pregunté cómo lo lograba un sujeto tan notorio como Giorgio Sanpierone pero era mejor que ese misterio siguiera sin resolverse.

En seguida, mi atención se vio retenida por los archivos que tenía

delante. Por una parte estaba la carpeta de Latorre. El líder de la villa había guardado ahí las listas de llamadas telefónicas de todos sus secuaces.

Abrí uno de los archivos en Excel, se trataba de las llamadas realizadas y recibidas por alguien apodado «el Negro», y a su número de móvil le seguía un historial telefónico interminable.

Abrí los restantes archivos, sesenta y tres en total, y pasé el día reemplazando números con nombres para tener una idea de la cantidad de veces que el Negro había llamado al Petiso y este al Chueco y a Marisol. Cuando terminé, solo había identificado al treinta por ciento de los números.

Suspirando, me pregunté con quién hablaba tanto esa gente. ¡Yo no había recibido un solo mensaje desde que Soraya me llamara por la mañana! Eso me distrajo y busqué mi móvil: batería muerta.

Lo puse a cargar pero ya no tenía ánimo de seguir con la absurda búsqueda de los teléfonos. Cerré todo, pasé de largo la carpeta de los gastos del estudio y abrí aquella en la que había guardado la información robada del portátil de Sanpierone.

Antes de comenzar y con el corazón latiéndome a lo loco, me cercioré de que estuviera echada la llave de la puerta de calle, miré un par de veces bajo la cama y tras la cortina

del baño, y luego regresé a sentarme.

Mi decepción fue tan grande como mi sorpresa al abrir los archivos y encontrarme con el historial de las pacientes del doctor Paolo Sanpierone. Curioseé un poco por los casos de plásticas vaginales de Marie Curie, Florencia Nightingale, Juana García, Marisol Pérez, Joan Dearco y Juana Inés de la Cruz.

Hice un par de arcadas ante las fotos y luego cerré todo y me crucé de brazos.

Unos segundos después regresé a Google y esta vez entré directamente en las imágenes. Definitivamente, el cirujano Paolo Sanpierone era el mafioso italiano con el que estaba por

casarme. ¡Guau, esposa de un doctor! ¿Y cómo se sentiría que el marido se pasara la vida mirando el «túnel aterciopelado», como decían las novelas cochinas que leían mis antepasados? Bueno, nunca iba a saberlo, pensé entonces, pero también guardé las fotos del médico en el pendrive, antes de ir a soñar con bisturís y números telefónicos.

Al día siguiente me despertó el sonido del timbre. «No puedo dejar de pensar en ti» decía la tarjeta, firmada por Nicolás Conde, que un mensajero puso en mis manos junto a dos docenas de rosas amarillas.

Puse las flores en agua y tiré la cartulina.

Después volví paso a paso por la rutina que había seguido el día anterior. Googleé a Montorvo, me quedé mirando las fotos, googleé a Sanpierone, me quedé mirando las fotos, de ahí pasé a los números telefónicos de la banda de la villa.

En un archivo auxiliar, Latorre había guardado los principales contactos de cada uno de sus secuaces. Allí figuraban parientes, novias, amantes, amigas con derecho a roce y ligues de una sola noche. Me pregunté cómo había hecho el líder para recopilar esa información, pero tal como había hecho con Giorgio el día anterior, supuse que era mejor no preguntar. Estaba aprendiendo a ser prudente.

La información pronto demostró ser dinamita, no solo logré cotejar el 88% de las llamadas de la banda, sino que llegué a trazar un mapa amoroso más complejo que el recorrido de los autobuses.

—Esta gente tiene demasiado sexo —me quejé—. ¡Si supieran el trabajo que dan, tal vez serían más considerados!

Desde luego, yo era por demás considerada, reflexioné. Quizá demasiado. Por un segundo me pregunté cómo sería cada hombre en la cama. Conde se me antojaba refinado y experto. Montorvo, apasionado, violento, demencial. Sanpierone... no podía siquiera imaginar la clase de

locuras que viviría con Sanpierone.

Necesitaba una ducha. Pero antes de que pudiera llegar al baño, un segundo mensajero tocó el timbre: era mi día de recibir regalos y al abrir el paquete que me entregaron, me encontré con un elegante vestido de seda color champagne, sin tirantes, con un corpiño tipo corazón arruchado en el canalillo.

Un zigzagueante hilo dorado bajaba por el centro como un electrocardiograma a mil, para terminar en un gran tajo que, según mis cálculos, parecía comenzar a un centímetro por debajo del rincón donde empiezan las piernas. Era una creación extravagante, pero al menos iba acompañada por exquisitos zapatos al tono.

«Pasarán a buscarte a las nueve. Te quiero lista.», decía la tarjeta firmada por el doctor Paolo Sanpierone. Hice una mueca ante la orden, que no admitía discusión, y otra ante los zapatos tan altos, pero fui corriendo a bañarme.

El timbre sonaba como loco cuando salí del baño y tuve que recibir envuelta en la toalla al tercer mensajero. El hombre, que tenía todo el aspecto de matón de película de cuarta, me entregó una bolsa de un local de deportes sin pronunciar palabra. Casi esperaba encontrar una raqueta de tenis pero al abrir el paquete me di con la Uzi que le había entregado a Montorvo días atrás. No había tarjeta.

Metí el subfusil bajo la cama y, rumiando mi cabreo ante el recuerdo del poli, me vestí. O intenté vestirme, porque la fantasía de recibir un vestido de fiesta con zapatos al tono de parte de un ricachón que de una ojeada conoce peso, talla y calzado de la dama en cuestión, no tiene ningún asidero en la realidad. En la realidad, el vestido con escote corazón era dos números pequeño y los zapatos me apretaban.

Desesperada, sin saber cómo cancelar la cita o cómo comunicarme con mi pretendiente, terminé echando abajo primero el ropero de Soraya y luego el de mamá hasta que logré encontrar lo que buscaba: una faja.

Tras colocarme faja, tanga y dos

tiritas, por fin pude cerrar el vestido. Daba la impresión de que la costura de la tela sobre los senos estaba próxima a explotar y tuve que poner toda mi fuerza mental para que eso no sucediera (quedándome sin aliento).

Luego usé el resto de las tiritas para proteger mis pies y me calcé los zapatos, sintiéndome Anastasia. No la princesa rusa, ni la de Grey, sino la hermanastra de Cenicienta.

Cuando terminé, ya no quedaba margen para el peinado y el maquillaje consistió en una pasada de pintalabios. En eso sonó el timbre. Arriesgué un vistazo al espejo del baño antes de atender y comprobé lo que ya suponía: dos ojos aterrados me miraban desde

una cara demasiado pálida a la que rodeaba un pelo desobediente. Más abajo, los senos querían escapar del escote, de hecho parecían dos blancas ballenas en un acuario. Tironeé la tela para amarrarlos pero al hacerlo, escuché que las costuras se quejaban.

Enloquecida, en el último momento miré en derredor, rebusqué en la caja que había recibido, pateé la ropa que antes había desparramado en el suelo y todo lo que logré fue confirmar la sospecha de que el doctor Sanpierone no había tenido la precaución de enviarme una cartera.

Por un segundo evalué la posibilidad de hurgar en los roperos, pero el timbre sonó por cuarta vez.

Entonces tomé la decisión de mi vida: respiré hondo (todo lo hondo que pude, dada la estrechez del vestido), tomé mi bolso, lo pegué con cinta, lo puse contra mi pecho y abrí la puerta de calle.

Me encontré de frente con el mismísimo Montorvo, quien se giró sin mirarme, me indicó el asiento trasero de un todoterreno sin dirigirme la palabra y me condujo a gran velocidad rumbo a la zona norte.

Ya no dolía, me convencí. Daba igual para quién trabajara. Francisco Montorvo no significaba nada para mí.

A mitad de camino nos detuvimos junto a un lujoso edificio de cinco plantas, sobre cuya puerta podía leerse el letrero «La Santa. Clínica

Médica». Sanpierone salió en ese momento de allí, vestido con un elegante traje azul marino, camisa blanca, corbata de un azafrán casi dorado. Subió y me dio un beso en la mejilla antes de pasear sus ojos por mi cuerpo.

—Te queda bien —asintió con la autocomplacencia del que comprueba su propia sabiduría.

—Me queda pequeño.

El médico se ajustó las gafas de carey y volvió a mirarme. Carraspeó antes de responder.

—Sacártelo será todo un desafío, pero de eso me ocuparé después.

Tanto Montorvo como yo dimos un salto en nuestros respectivos

asientos. En el caso del poli, la acción prácticamente lo llevó a cruzarse de carril y recibió un bocinazo en respuesta. En mi caso, el salto y el brusco movimiento que le siguió me empujaron contra el médico y él aprovechó para ponerme una mano en la rodilla.

—¿Tu madre sigue con su... fijación? —quise saber, mientras desarrollaba un tic nervioso en esa pierna.

Sanpierone apretó un poco, luego relajó la mano y la fue subiendo por el muslo a través del tajo. Pensé entonces que iba a darme un ataque de pánico, no sabía si debía gritar o apartarme o simplemente abofetear al

supuesto novio.

De pronto me percaté de que los ojos de Montorvo estaban fijos en nosotros a través del retrovisor y supe que había notado algo; mis nervios se multiplicaron y aferré la correa de mi bolso con toda la fuerza de la que era capaz.

—Desde la fiesta no dejo de pensar en ti —repuso el médico, deteniendo su mano en el extremo del tajo y muy cerca del sitio que debía conocer tan a conciencia como lo exigía su pericia profesional.

—¿Eh? —Cambié de posición para alejarlo, pero en eso escuché crujir la tela del vestido en protesta. En el acto me quedé inmóvil. Él debió interpretar

mal mi intención, porque todo lo que hizo fue acomodar la mano.

Repentinamente Sanpierone se volvió hacia mí y me zampó un beso en la boca.

—*Mamma mia* —susurró—. Me vuelves loco, me calientas.

—¿No se supone que nuestro noviazgo es mentira? —susurré a mi vez.

—¿Quién habló de noviazgo? Estoy pensando en el sexo.

Montorvo frenó de golpe y tanto el médico como yo nos inclinamos hacia adelante. Sanpierone se vio obligado a retirar la mano para sostenerse y yo sentí otro tirón.

—Oh, oh —murmuré.

—¿Qué?

—Temo por la salud del vestido.

Sanpierone se rio, volvió a colocar la mano en mi rodilla y agradecí que en ese momento el vehículo se detuviera ante un restaurante junto al río.

—Creo que tengo un problema hormonal —murmuré para mí cuando, instantes después, el italiano me ayudó a bajar. Él debió de oírme porque arqueó una ceja.

—¿En serio?

—Yo no salgo con narcos —susurré mientras tomaba el brazo que él me ofrecía—. No me caliento con narcos. No me caliento con polis corruptos tampoco. —Miré de reojo a Montorvo, que se había quedado parado

junto al vehículo.

—¡Me alegra saberlo! —repuso Sanpierone en tono jovial—. Teniendo en cuenta que no soy ni lo uno ni lo otro...

Abrí la boca y dejé que mi mandíbula colgara.

—¡Pero si tu familia... los Corleone... la droga...!

Percibí que el médico me miraba como si fuera un elfo en una película de Superman.

—¡Creí que cuando hablabas de los Corleone, lo hacías en broma!

—Pero si vi... vi las bandejas en la fiesta.

—¡Era una fiesta!

—¡Me amenazaste de muerte!

—¡Son cosas que se dicen! —El médico continuaba riéndose cuando entramos en el lobby del restaurante—. ¡Soy médico y nada más! Y esta cena es para ti y para mí.

Y para cincuenta personas más, dado que toda su familia parecía haberse congregado allí.

Intenté sonreír ante las caras que se aproximaron para saludarnos, pero la mía parecía de cartón y se negaba a plegarse. Respiré hondo un par de veces, sentí que la tela del vestido se quejaba, y finalmente lo conseguí: una sonrisa brilló en mis labios durante unos segundos, para morir instantes después como una vela ante un vendaval.

Y es que acababa de ver que, en

primera fila, mi futura suegra echaba chispas por los ojos.

—*Mio Dio! P a o l o , che vergogna!*, ¿no puedes vestir bien a tu mujer? *Che disastro! Che calamità!*

Las cincuenta personas clavaron sus ojos en mí y por un instante creí que se avergonzaban de mi bolso. Quizá esa gente no valoraba mi práctico sistema de cierre, tal vez notaron las manchas o la tela raída o vieron que el color no combinaba con los zapatos.

Bufé, los ojos del doctor Sanpierone se agrandaron como pelotas de tenis al observarme y pensé que el médico era mucho más conservador de lo que había dado a entender en el coche.

Y no solo él, todos me estaban mirando como si yo hubiera entrado en patines. O como si el vestido se hubiera roto, pensé con repentino espanto. Tal vez no era el bolso lo que criticaban después de todo.

No quería mirar hacia el sitio que todos estaban estudiando, pero el cuerpo había dejado de obedecerme y miré de todos modos: la unión de la tela sobre el escote había cedido, del arruchado no quedaba nada y la seda, repentinamente liberada de su prisión, se había deslizado hacia abajo, formaba una gran «u» que caía feliz hasta la punta de mis senos. Ví con horror que la tela dejaba casi todo a la vista, apenas había quedado «enganchada» en ambas tiritas

sobre el pezón, pero ellas no iban a retenerla ahí por mucho tiempo.

Aferré el bolso frente a mi cuerpo y miré a la señora Sanpierone con pavor mientras aspiraba por la boca. Una parte de mí quería meter la cabeza bajo la tierra, otra quería salir corriendo pero lo que más me asustó fue darme cuenta de que, por un espantoso momento, una tercera parte de mí había deseado ser parte de esa *famiglia*.

Había deseado ser amada, ser recibida con afecto como la novia ansiada, ver en sus caras una muestra aceptación. *Aunque fueran narcos.*

Me estremecí de horror.

—Ya ve que soy un desastre. No sería una buena esposa para su hijo —

articulé entonces en voz alta y clara, para que a la mujer no le quedaran dudas—. Lo entiende, ¿verdad?

La señora Sanpierone asintió con vehemencia. Me volví entonces hacia el médico.

— Te dije que el vestido era chico.

Comencé a caminar hacia afuera y llegué a la acera antes de que él me alcanzara y me tomara del brazo.

—Suéltame, ya no somos novios. Convencí a tu madre —dije mientras buscaba con la vista a Montorvo, a un taxi o al menos un autobús.

—No me importa, mi madre nunca fue el problema. Te deseo.

Divisé al poli, que había

aparcado unos metros adelante y ya caminaba hacia mí. Entonces me volví hacia Sanpierone.

—Al desilusionar a tu madre, cumplí mi parte del trato —dije, mirándolo a los ojos con intensidad—. Ahora tú tienes que cumplir la tuya y encontrar a mamá.

—Te dije que no soy de la mafia.

—De acuerdo, tú no eres de la mafia, este de aquí no es un poli corrupto —señalé con el pulgar a Montorvo, que se había situado tras de mí— y no hay ni un solo narco tratando de matarme. Pero en mi mundo, las promesas son las promesas. ¿Vas a cumplir?

El médico sonrió.

—Mi madre pensará mañana que la escena de hoy fue una excelente broma, va a quererte más que antes.

Me di la vuelta y comencé a caminar rumbo al todoterreno.

—¡Está bien, está bien! Debo aceptar que me equivoqué en la talla — exclamó el italiano, tomándome del brazo nuevamente—. Quédate. Te deseo. ¡Si te vas ahora, te juro que vas a arrepentirte!

Me liberé. Montorvo se apresuró a abrir la puerta del acompañante pero cuando el poli se sentó en el lugar del conductor y me miró, frunció el ceño.

—Si llegas a decir algo, me bajo.

Hicimos el trayecto hasta la casa de mamá en silencio, el poli espiándome por el rabillo del ojo y de vez en cuando, acercándome un pañuelo. Se lo agradecí.

Capítulo 9: La Justicia, invertida junto a La Luna

Entré hecha una tromba a la casa, pateé la ropa que estaba en el suelo y terminé de arrancarme el vestido, que arrojé a mi paso con rabia. No dejé de insultar mientras me colocaba el camisón y seguí haciéndolo hasta la madrugada, cuando me senté de golpe en la cama tras dar vueltas y vueltas.

No estaba enojada por el accidente del vestido, lo que me molestaba era que de alguna manera había tenido la secreta esperanza de que los tres hombres que habían aparecido

en mi vida, me ayudaran. Deseaba que todas mis sospechas sobre ellos hubieran sido infundadas, descubrir que eran inocentes.

Sola en casa de mamá, repasé lo sucedido en los últimos doce días para culminar no en el momento en que se me había abierto el vestido, sino antes, cuando me había cruzado con mi madre en la puerta del edificio del candidato a alcalde.

Una gran opresión se situó entonces en mi pecho y no me costó reconocerla: era miedo. Miedo del terror que había visto en los ojos de mamá en ese instante.

Me levanté de la cama porque ya no podía estarme quieta y calenté el

agua en la cocina. Luego, con la jarra de café en la mano, fui a enroscarme en un sillón de la sala. Mientras sorbía, miré el desbarajuste que había provocado en la noche interior.

Lo miré nuevamente: yo no había tirado las mamushkas al suelo. ¿O sí lo había hecho? No lo creía posible, los adornos de mi madre eran sagrados. Se trataba de recuerdos de viajes pasados que mamá atesoraba con pasión, ya que amaba viajar sobre cualquier otra cosa.

¿Y qué hacían esos papeles sobre el piano? Dejé la taza y me puse de pie, fui pasando de una habitación a otra, desde la sala al cuarto donde atendía mi madre, de ahí a la antesala, concluí el círculo regresando a la sala.

Luego pasé al pasillo y al cuarto de Soraya, para terminar en el de mi madre con el corazón latiéndome en la garganta.

Alguien había entrado a la casa la noche anterior, probablemente en mi ausencia, solo que no me había fijado al acostarme. Habían revuelto todo, arrojando ropa, libros y papeles por el suelo. ¿Qué habían estado buscando? Como sonámbula, regresé a la sala y en ese momento volví a mirar los papeles sobre el piano. Mi madre había insistido en que yo tenía talento musical y me había forzado a aprender el instrumento.

Me aproximé con cautela y estuve a punto de caer de espaldas cuando vi que, sobre las teclas, habían

dejado un pasaje electrónico con mi nombre, con destino al extranjero y partida a tres días de la fecha. Olvidé la prudencia y lo tomé con ambas manos para mirarlo mejor. No cabían dudas, era un pasaje con todo y código de reserva. Miré al dorso y entonces sí, tuve que retroceder para sentarme en el apoyabrazos de un sillón mientras me tambaleaba, porque allí había un mensaje que decía: «Tienes que irte. Mamushka».

Durante un rato me mantuve inmóvil, mirando las palabras. El apodo de mi madre, pero no su letra. Luego me levanté como un resorte y fui a buscar el móvil para enviarle un mensaje a la única persona en la que confiaba.

Soraya estuvo en la casa en menos de media hora. Entró agitada, moviendo con agilidad su increíble conjunto a rayas, pero se detuvo en seco al ver el desorden.

—No sabes vivir sola — comentó.

—No fui yo —me defendí. No iba a decir que yo sí era la causante de una parte del desastre—, parece que tuve visitas anoche.

Le conté la historia de mi salida y luego lo del pasaje y la nota mientras Soraya murmuraba protestas.

—El aura de tu madre te está cuidando —dijo mi amiga cuando finalicé—. Deberías hacerle caso e irte.

—¡Pero tengo que buscarla!

—Si te pasa algo, no vas a poder buscarla.

Me mordí los labios, tal vez mi amiga tuviera razón en eso pero, ¿quién me había dejado el pasaje? ¡Desde luego, no mi madre, no era su letra! Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar en ella.

—Es Sanpierone —siguió diciendo Soraya mientras tanto—, no me gusta nada, pero nada.

—¿Crees que Sanpierone dejó el pasaje? —fruncí el ceño.

—¡No! Sanpierone es el culpable de todo, estoy segura. Ese tipo no es para ti, no te conviene.

—Ninguno de ellos me conviene —suspiré—. ¡No puedo tener tanta mala

suerte! ¡Tres tipos! ¿Oíste? ¡Tres tipos que de pronto se fijan en mí y mira lo que pasa! ¡No sabes lo que se siente!

—Sé lo que se siente.

—Es frustrante.

—Ajá.

—Dime, ¿crees que tengo algún problema con mi karma?

Noté que mi amiga me miraba especulativamente.

—¿Quieres que te encienda un sahumero?

—Sabes que no creo en esas cosas.

—Tal vez todo lo que te está pasando sea por eso. Las casualidades no existen, si estás viviendo esto es por algo.

—Claro, y te diré qué es ese algo: una gran, gran injusticia.

—Es lo que te iba a decir, anoche Valeria tiró las cartas por ti.

—Eso no vale.

—Hizo una tirada simple — continuó Soraya—. Para el pasado, te salió la Luna.

—Sí, ya sé, no me digas. Situaciones problemáticas y confusas, dudas, angustias, conspiración —recité con una mueca.

—También amistades falsas, engaños y calumnias.

—¡A cualquiera le puede pasar!

—Eso no es todo, en el presente salió la justicia, invertida.

—¡Ah, bueno! ¿Y cuál es la

novedad? ¡En este país la justicia siempre está invertida!

—¿No quieres saber qué salió para el futuro? —preguntó Soraya con voz melodramática—. ¡Salió la Muerte!

Me eché a reír.

—¡Anda ya! A asustar a otro gilipollas. Tú sabes que la Muerte significa fracaso, nada más. —Hice una pausa—. Y después de todo, ¿qué había preguntado Valeria?

Creí ver que mi amiga enrojecía bajo el tono amarronado de su piel.

—Preguntó si ibas a casarte.

Enrojecí también.

—¡Dile a esa bruja de cuarta que yo también tiré las cartas! —Para demostrarlo, abrí un cajón del aparador

de la sala, extraje un nuevo mazo y lo abrí a dentelladas. Fui repasando las imágenes hasta que finalmente me quedé con una y tiré el resto al suelo. Hice girar esa carta y me la pegué en la frente —. La Emperatriz, invertida. Embarazo no deseado. Dile que también pregunté quién será el padre y las cartas me susurraron el nombre del Mudo que lleva los pescados. —En eso se me ocurrió una idea—. ¡El Mudo!

—¿Quién?

—¡El Mudo! ¡Tengo que hablar con el Mudo! Seguro que él sabe quiénes son esos italianos. Quizá incluso pueda decirnos quién nos recomendó. — Abrí mucho los ojos—. ¡Lucas! ¡Lucas es la clave! Él me trajo el mensaje de

los italianos la primera vez. Además me estuvo siguiendo por órdenes de alguien.

Salí corriendo a la puerta de calle, la abrí y empecé a gritar.

—¡Lucas! ¡Lucas, ya sé que estás ahí!

Un par de vecinos se asomaron a sus ventanas y luego volvieron a cerrar de golpe. Esperé en vano unos minutos y luego entré, pero cuando me estaba sentando en el sillón de la sala y le ofrecía un café a Soraya, escuché el timbre de la puerta.

Era el adolescente. Lo arrastré del brazo y lo hice sentar casi a la fuerza.

—¡Lucas, basta de bromas, dime la verdad!

—La verdad es que ahora mis dos novias dijeron que sí —se desarmó el chico, hundiendo la cabeza entre los hombros—. ¡No sé qué hacer! Entre ellas y el trabajo, estoy muerto. ¿Te molesta si duermo un ratito?

Cerró los ojos pero lo sacudí sin misericordia.

—¡No estoy hablando de tus conquistas! Pero te puedo canjear un filtro de desamor a cambio de un par de respuestas.

—¿Un filtro de desamor? —Los ojos de Lucas volvieron a abrirse.

—¡Para que las chicas ya no te persigan!

El adolescente no respondió y le di una patada en el tobillo.

—¡Eh, eso dolió! Voy a contarle a Montorvo...

—¡A Montorvo! ¿Trabajas para Montorvo?

—Soy independiente. Si necesitas un trabajito, puedo hacerlo.

—¡Ajá! ¿Y qué tiene que ver Montorvo?

Soraya se levantó para hacer café pero yo fui más rápida y le tiré al chico una taza de agua fría en la cara.

—¡Bruta!

—¡Más respeto! Contéstame y te dejaré dormir.

—¿En serio? —Se ilusionó el muchacho—. ¿Qué quieres saber?

—¿Montorvo te ordenó que me vigiles?

—¡No! Me ordenó que te cuide.

Eso me descolocó y por un momento me quedé con la boca abierta. ¿Montorvo me estaba cuidando? Un calor inesperado me abrasó el corazón y me apresuré a expulsarlo con un exorcismo espiritual.

—¿Conoces al Mudo? ¿Para quién trabaja? —pregunté al reponerme.

Lucas pareció despabilarse un poco.

—No puedo decírtelo, mi vida no valdría nada.

—¡Lucas, yo te cuidaba de niño, hasta te limpiaba el trasero!

—¡Mentira!

—¡Qué importa! Se lo diré a todo el mundo si no me dices la verdad.

—¡Está bien, está bien! —
claudicó el adolescente—. El Mudo
trabaja para los Topos.

—¡Los Topos!

—Sí, son unos narcos...

—¡Sé quiénes son los Topos! ¿Y
qué relación tienen con los italianos?

—¿Qué italianos?

—Lucas —me exasperé—, tengo
que hablar con el Mudo, dime cómo
puedo contactarlo.

El muchacho pareció dudar unos
segundos, pero luego rebuscó en el
bolsillo de su jean y me alcanzó su
móvil.

—Mensajéalo.

Fue lo último que dijo porque se
quedó dormido en el sillón con la cara

mojada.

Busqué en la agenda, que estaba repleta de contactos, hasta llegar al Mudo. Titubeé un poco mientras pensaba qué escribirle. Finalmente me decidí por «Tenemos que hablar. Dime cuándo y dónde», sin firmar. La respuesta me llegó al cabo de un minuto: «Almacén de Hernán. 15 hs».

—¿Almacén de Hernán? ¡Por Dios! ¿Por qué no pudo poner una dirección? —me quejé.

—¿El almacén de Hernán? —gritó Soraya desde la cocina—. Conozco un solo Hernán, ese al que tú llamas el Desdentado.

—¿Tiene almacén?

—Sí, pero no compres ahí, todo

está caducado.

Anoté la dirección y maté el tiempo comiendo un sándwich con Soraya. Cuando se hicieron casi las tres, pasé por la sala para dirigirme a la puerta y vi que Lucas ya no estaba ahí.

—Parece que se acabó la siesta —me comentó mi amiga.

—No le devolví su móvil —respondí con pena. Saqué el aparato del bolsillo trasero de mi jean y, tras mirarlo brevemente, volví a meterlo en el mismo sitio—. Será mejor que no me acompañes, el Mudo espera a Lucas, ya va a tener una sorpresa cuando me vea, imagínate si nos ve a las dos.

—Ajá, bueno, cuídate, me voy a casa de tu tía, a trabajar.

Recorrí a pie las ocho manzanas que me separaban del almacén y cuando entré al sitio vi que, efectivamente, el Mudo ya estaba ahí.

Una mujer ubicada detrás del mostrador (supuse que sería la madre del Desdentado, el parecido era evidente) se santiguó y salió corriendo por la puerta trasera al verme, de modo que el Mudo y yo nos quedamos solos en el local.

—Necesito ayuda —dije, plantando en mi cara mi sonrisa más convincente mientras observaba que los ojos del hombre se escapaban hacia los lados. Estaba segura de que trataría de hacer un *home run* en cuanto yo le diera la oportunidad y no pensaba dársela—.

¿Para quién trabajas?

El tipo abrió la boca e hizo extraños sonidos, como si quisiera hablar pero no pudiera hacerlo.

—No eres mudo, deja de simular —lo apuré.

El hombre volvió a hacer ruidos y babeó un poco sobre su pechera.

—No se lo diré a nadie —susurré—. ¿Trabajas para los Topos? ¿Sabes quién tiene a mi madre? ¿Quién nos recomendó para la casa de los italianos?

—¡No... puedo! —El sonido partió de la boca del Mudo como un lamento—. ¡Tengo miedo!

—¿De los Pocos? ¿Los italianos? ¿Los Topos? ¿La villa?

—¡Del juez!

Estuve a punto de hacerle otra pregunta cuando se escuchó un chirrido afuera, un frenazo y luego el sonido ensordecedor de una ráfaga de disparos. El Mudo me tiró al suelo y los cristales de la ventana del almacén se hicieron trizas sobre ambos. Luego todo fue silencio, así que los dos nos levantamos y asomamos nuestras narices por la puerta hacia el exterior. Entonces lancé un alarido porque ahí, sangrando sobre el suelo, estaba Lucas. Me acerqué corriendo, lo mismo hizo la madre del Desdentado y mientras la mujer lloraba, saqué el móvil del bolsillo de mi jean y marqué el nueve once.

Se me hizo una eternidad hasta

que la ambulancia se llevó al chico y cuando la policía comenzó a hacer preguntas, yo misma me alejé de allí, tras percatarme de que el Mudo había desaparecido.

Entré a la soledad de la casa y fui a tirarme en la cama de mi madre. Estaba en shock. ¿Cuál era el límite?, me pregunté. No había límites, lo supe enseguida, y no había reglas. O al menos reglas que yo conociera.

No me levanté cuando, horas después, sonó el timbre. Pero quienquiera que estuviera afuera estaba decidido a hacerse escuchar y aporreó tanto la puerta, que finalmente me arrastré para abrir.

Tres uniformados me miraron

desde el umbral.

—¿María Laura Macaroni?

—Sí.

—Acompáñanos a la comisaría.

—¿De qué me acusan ahora? — pregunté con cansancio.

—Intento de asesinato sobre Lucas López.

Estaba tan asombrada que no atiné a buscar el bolso, simplemente cerré la casa y metí la llave en el bolsillo trasero de mi pantalón, donde yacía olvidado el móvil de Lucas. Después los polis me esposaron y me condujeron al coche patrulla ante las miradas curiosas de los vecinos.

Hice el papeleo en la comisaría sin terminar de asimilar por qué estaba

allí y cuando me di cuenta, me encontraba tras las rejas.

—¿No se supone que puedo hacer una llamada? —pregunté entonces a la espalda de la poli que se alejaba.

—Ves muchas películas —respondió.

Me di la vuelta y me encontré con media docena de caras, algunas curiosas, otras indiferentes y cansadas.

—¿No te dejaron el móvil? —insistió la mujer que me había hablado.

Palmeé mi bolsillo trasero y extraje el móvil, que los polis no se habían ocupado de quitarme. Por un segundo se me pasó por la cabeza la idea de hablar a Montorvo, pero entonces caí en cuenta de que se trataba

del móvil de Lucas, no del mío, y no me había ocupado de memorizar el número.

Me mordí el labio mientras pensaba. ¿Podía llamar al estudio y hablar con Conde? Me moriría de vergüenza. ¿Sanpierone? ¡Jamás de los jamases! Además, no tenía su número. ¿Soraya? ¿La tía Hermilda? ¡Valeria se reiría hasta morir! Se me revolvió el estómago de rabia al pensar en mi prima, pero no era momento ni lugar para dejarme llevar por las emociones violentas.

Revisé los contactos de Lucas y tomé una decisión: marqué el único de los nombres que reconocí y que podía tener la experiencia suficiente para sacarme de allí.

—¿Lo conseguiste? —dijo del otro lado la voz de Marcos Latorre, el líder de la villa.

—Licenciado—contesté con voz trémula y creí percibir que Latorre respiraba trabajosamente, como quien está subiendo una cuesta o acaba de recibir una trompada en el estómago.

—¿Me estás jodiendo? ¿Quién eres, perra?

—Eh... soy Malala Macaroni. No sé si puedes ayudarme...

—¡Ah, la auditora! ¡Qué loca, hablarme así! ¿Qué necesitas, nena? ¿Y qué haces con el móvil de Lucas?

—Lucas está herido, le dispararon en la calle —sollocé—. Y yo... yo estoy presa.

No pude contenerme. Largué un llanto interminable y tuve que pasarle el móvil a una compañera para que le dictara a Marcos los datos de la comisaría. Después, me senté a esperar con la cara entre las manos. Se me hizo eterno hasta que un poli fue a abrir la reja y me dejó salir cuando ya se había hecho de noche.

—Tienes suerte —explicó el hombre—, alguien presentó un hábeas corpus por ti. Debió ser alguien importante, para que el juez se moviera.

Recé una plegaria de agradecimiento hacia el jefe de la villa, incluso me prometí que le encendería un velón o, mejor aún, terminaría la tarea que me había encomendado.

Tenía el «gracias» flotando en mis labios cuando me encontré con un tipo alto que me bloqueaba la puerta de salida. Pero no era Latorre, ni siquiera era uno de sus secuaces. Era Montorvo.

Sentí el familiar triple salto que daban mis aurículas cada vez que lo veía, hasta que recordé que era corrupto. ¿Por qué me costaba tanto acostumbrarme a esa idea?

Dolía, dolía, ¿para qué mentirme?

—¿Qué haces aquí? —quise saber.

Al poli se le marcaron los hoyuelos en las mejillas al sonreír.

—Unos amigos me contaron que estabas aquí y quise venir a verte.

Aspiré con fuerza.

—¿Los de la villa? —susurré—.

¿También estás metido con ellos?

La sonrisa de Montorvo no se movió.

—No sé de qué estás hablando. Tengo amigos en esta comisaría, policías como yo. —Parpadeé un par de veces, no sabiendo si creerle. Creí leer preocupación en el fondo de los ojos del hombre, pero ¿quién podía saberlo? Tal vez solo estaba pensando que yo era un imán para el desastre—. ¿Nos vamos?

Más cansada que nunca, asentí y me dejé llevar hasta su viejo coche tuneado. Cerré los ojos en cuanto me senté, dejé que él me abrochara el cinturón y solo abrí los párpados un rato

después, al detenerse el vehículo.

—Esta no es mi casa —comenté al ver la calle arbolada y los pequeños chalets, pero no hizo falta que preguntara dónde estábamos. La casa blanca con rejas negras no se había borrado de mi mente.

—Hoy te quedas conmigo —dijo el poli—. No voy a permitir que andes por ahí.

—¿Y qué podría pasarme?

Montorvo revoleó los ojos al cielo. ¡Qué bonitos ojos tenía!, aunque fastidiara el gesto.

—¿Repasamos? Un muerto en la sala de tu madre, otro en tu edificio, intento de asesinato en un café, merca en tu bolso, ráfaga de ametralladora con

intención de amedrentarte, seguida por robo un par de días después...

—¡Robo! —interrumpí—. ¡Si todo lo que hicieron fue revolver las cosas y dejarme un pasaje!

—¿Eso es lo que declaraste en la comisaría?

—¡No declararé nada!

El poli maldijo.

—Malala, hoy dispararon a Lucas con la Uzi. La misma Uzi que recibiste en la villa hace cosa de una semana y que yo te devolví. Fue una ráfaga de metralleta sobre el almacén y el último proyectil fue a dar en él. La poli encontró el arma, la dejaron tirada una manzana más allá. ¡Estarán tus huellas y a ti ni siquiera se te ocurrió

denunciar el robo!

—¡Es que no miré bajo la cama!
—me angustié—. Y de todos modos,
¿qué podría haber hecho? ¡No es como
si pudiera acreditar su existencia!

Montorvo apretó los labios y
suspiró.

—Tienes razón. No hay cómo
acreditar su existencia.

Se inclinó para liberarme del
cinturón y su aliento entibió mis senos.
Noté entonces que su pelo castaño
oscuro le caía sobre las orejas e incluso
se perdía por el cuello. Parecía sedoso,
¿qué tal se sentiría si lo tocaba? Me
mordí la mejilla interna con rabia, ¡tenía
que controlar mi estupidez!

Odié sentirme tan vulnerable, tan

indefensa con él; tenía que controlarme, Montorvo no tenía nada que me pudiera atraer.

Pero el loco deseo de rozar su cuerpo volvió a pasar por mi cabeza cuando el poli me abrió la puerta del coche.

Como si él pudiera leer mis pensamientos, puso una mano en mi cintura para guiarme a la casa. Un simple contacto y me quemaba.

Me incineraba, debía soltarme, debía apartarme y correr calle abajo como si huyera de un incendio, de una catástrofe de proporciones: de todos modos faltaba poco para que fuera cierto.

Pero entramos juntos a la casa

como si nada. Él cerró con llave y se recostó contra la puerta.

—Tengo una sola cama — susurró Montorvo con voz ronca y a mí se me paralizó el corazón. Sus ojos celestes brillaban como aguamarinas y mi mirada bajó de ellos a sus labios, que se curvaban en una media sonrisa sensual y perfecta. Observé el hoyuelo de su mejilla, el mentón cuadrado, más abajo, el cuello bronceado y la línea de rizos. Di un paso hacia él sin pensarlo y me di con el aire. El poli se había movido con la rapidez de un gato y ya enfilaba hacia la cocina—. Debes tener hambre, siéntate en la sala, voy a preparar algo para la cena.

Pero no cené. Me quedé dormida

en el sillón y ni siquiera noté cuando el hombre me alzó para depositarme en su cama. Tampoco lo hice cuando él me quitó las zapatillas y el jean.

Llevaba demasiadas horas sin dormir y mi cuerpo me las cobró de golpe.

Desperté a las ocho de la mañana siguiente, y un sexto sentido me dijo que me estaban observando. ¿O sería el sentido del oído, al escuchar la respiración acompasada? Giré la cara y descubrí a Montorvo, que me observaba en silencio, cómodamente acostado junto a mí como si lleváramos quince años de casados. Tenía los ojos alerta, el cabello húmedo, el mentón limpio. Y olía a una deliciosa mezcla de jabón de

afeitar y champú. ¡Horror de los horrores, y yo, con esas greñas!

De inmediato espíe bajo la sábana, sentí alivio al ver que aún llevaba la ropa interior puesta y la consiguiente mortificación al observar que las bragas de algodón eran viejas y descoloridas. ¡Yo y mi mala suerte! Si me hubiera puesto un tanga, tal vez habría tenido algo que recordar esa mañana.

No, me reprendí al instante. Mejor así, tenía varias pruebas de que el tipo era corrupto y yo no me enredaba con corruptos. Además, una visión lateral me permitió constatar que mi compañero de cama ya llevaba sudadera, pantalón y calcetines.

Volví a cubrirme con las sábanas y cerré los ojos, deseando que el suelo se abriera y me tragara, mientras el comisario a mi lado se reía quedamente.

—¿De qué te ríes? —susurré, mortificada. Él no respondió y de inmediato, mi vergüenza se convirtió en rabia. ¿¡Qué se creía el tipo!?! ¡Si no hubiera estado casi desnuda, le habría dado un par de bofetadas!

Montorvo pareció notar que yo temblaba de rabia apenas contenida porque rodó sobre sí mismo por debajo de las sábanas. Lo hizo con la velocidad de un águila, el poder mortífero de un guepardo y la exactitud de un experto en física cuántica. Fue uno de esos movimientos de rotación longitudinal

que en las películas sirven para escapar de un coche que va a pasarnos por arriba, o de una piedra rodante, o de una estocada, pero en este caso el poli lo usó para treparme.

Su cuerpo, encima del mío, me aplastaba, me hundía en la cama, me quitaba la respiración y el habla. O quizá fuera la vorágine de deseo la que me quitó la respiración y el habla.

Sus ojos, tan cerca de los míos, brillaban de pasión indisimulada, que yo le devolví, ¡por Dios, quería que me besara!

—¡Malala! —susurró y sus labios se rozaron con los míos—. ¡Malala, mi amor!

Mi corazón rebotó alborozado

dentro de la caja de mi pecho y sollocé.

¡Ese era un golpe bajo! ¿Cómo podía resistirme a él si me trataba así?

Sin darme cuenta, sin pensarlo, alcé mi cara para ir al encuentro de Francisco. Fui yo quien inició ese beso, quien invadió su boca, quien rodeó su cuello para atraerlo mientras mi mente protestaba.

¿Y qué importaba si la voz de la consciencia era chillona y desagradable? Se me taparon los oídos y juró que no escuché más.

¡Qué bien besaba Francisco! Después de mis primeros movimientos, él tomó el control de mi boca, me mordió los labios, se hundió hasta el fondo mientras sus manos afanosas

bajaban por mi cuello hasta mis senos, se apoderaban de sus formas, seguían descendiendo hasta terminar anclados en mis nalgas. Me alzó contra su cuerpo y mi mente se fue a pasear por la galaxia.

Entonces gruñí y me debatí en hondo sufrimiento: las sábanas me molestaban, quería sentir a Francisco contra mi centro.

En respuesta, él abandonó mis labios y los suyos regaron mi mentón, mi cuello, apartaron la sábana y el sostén para terminar sobre uno de mis senos.

Mis manos se aferraron entonces a su pelo, tan sedoso como lo había imaginado, y pegué un tirón.

—¡Por favor! —imploré ante sus ojos nublados.

Él elevó un poco su cuerpo y, de un manotazo, apartó las cobijas. Volvió a situarse sobre mí casi en el acto, me apartó las piernas y se situó en el centro.

—¡Por favor! —volví a rogar mientras lo rodeaba—. Por favor, Francisco, por favor, júrame que no eres parte de la mafia. Júrame que hay algún motivo noble y puro por el que tú...

Montorvo bajó las copas de mi sostén bajo la línea del busto y acarició uno de mis pezones con un movimiento delicado. Se agachó y besó el otro, lo repasó con la lengua, lo chupó, volvió al primero para regarlo de besos y chupones.

—¡Francisco...! —susurré.

Su mano se coló bajo mis

bragas, me apretó una vez más contra él, separándome de la cama. Comencé un rítmico movimiento de caderas contra su cuerpo. ¿Por qué no se desnudaba?

—¡Francisco...! —gemí, al borde.

—Así, así —susurró él y volvió a apoderarse de mi boca mientras se refregaba contra mí con feroces estocadas. No pude más, transida de deseo, me contraje contra él, sufrí un espasmo tras otro, más y más arriba mientras estallaba una y otra vez, apasionada.

Terminé hecha una hilacha sobre la cama mientras él respiraba pesadamente sobre mí. No se había desvestido. No había transpirado

siquiera. Fruncí el ceño, una muda pregunta flotando en mi mirada.

Entonces él se acercó a mi cara, me besó la nariz, la mejilla, la oreja y con los labios pegados a mi oído, murmuró:

—Si no hubiera tanto en juego... Si tu vida no dependiera de esto... no sería capaz de levantarme de tu cama.

Tras lo cual se puso de pie de un salto, se pasó la mano por el cabello, cogió una chaqueta y dejó la habitación sin mirarme. Dos segundos después, escuché el clic de la puerta de calle.

Refunfuñando, me arrastré al baño y me di una ducha helada para enfriarme. Me enfermaba. Montorvo me sacaba de quicio y me avergonzaba de

mí misma.

Me sentí más segura al terminar, pero cuando alcé mi ropa, arrugué la nariz. No estaba dispuesta a vestirme con las mismas prendas que había usado en el calabozo, así que opté por ponerme un albornoz blanco que encontré tras la puerta.

Entré en la sala al mismo tiempo que Montorvo abría la puerta de calle e ingresaba con un paquete en la mano. Venía conversando y estuve a punto de morir del infarto cuando, tras el poli, entró Conde.

—No es lo que parece —dije mientras apretaba la bata contra mi cuerpo, consciente de que la puerta abierta del dormitorio dejaba ver la

cama deshecha por ambos lados.

—Estoy seguro de eso, ni Montorvo podría ser tan loco —aseguró Conde con una sonrisa ladeada y fulminante.

Lo miré boquiabierta, me estaba preguntando cuánto tiempo invertía el abogado en ensayar ese gesto ante el espejo. La verdad es que le salía bien. Cambié la expresión arrobada cuando alcancé a ver más atrás: los ojos del poli se paseaban con hambre por mi cuerpo y me estremecí.

—Huele a cruasanes —dije para aliviar la tensión. Caí en la cuenta de que llevaba varias horas sin comer, pero no me atrevía a andar con el abornoz por la cocina, a la vista de los dos hombres.

—Voy a poner el agua para el café y después, te buscaré algo de ropa —anunció Montorvo, pero no se movió ni dejó de mirarme hasta que el abogado carraspeó.

Poco después, pude sentarme frente a ellos en la sala-comedor, vestida con una sudadera gris que me llegaba a los muslos y unos shorts deportivos enormes que pasaban de mis rodillas y que había ajustado a la cintura con el cinto del albornoz. No tenía ropa interior y no recordaba otra ocasión en la que me hubiera sentido más vulnerable... quizá con la excepción de la noche del restaurante o la primera visita en la casa de los tanos o incluso la tarde en que me dispararon en el café.

Decidí que era tiempo de cerrar la larga lista y metí la nariz en la taza humeante.

—Una mujer estaba preguntando por ti cuando llegué al juzgado esta mañana —comentó Conde—. Quería saber si ya te habían sacado y le comenté tu caso.

—¿Una mujer? —Dejé la taza sobre la mesa y atacé un cruasán—. ¿Qué mujer? ¡Si nadie sabía...! Espera, ¿tú fuiste al juzgado?

—Nicolás presentó ayer el hábeas corpus por ti —aclaró Montorvo con tranquilidad—. No tuve tiempo de comentártelo, te quedaste dormida.

Miré al poli y luego al abogado. ¡Se habían movido por mí! ¡Habían

salido corriendo a liberarme! A pesar de que algunas veces podían ser zopencos, infantiles, egocéntricos e inmorales, ¡se preocupaban por mí! Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y tomé otro sorbo de café para ocultarlo.

—¡Gracias! —dije con la voz ronca cuando tragué el nudo que tenía en la garganta.

Conde puso una mano sobre una de las mías y la apretó.

—Haría cualquier cosa por ti —susurró. Vi en sus ojos como chocolate caliente un sentimiento que no había visto antes y suspiré, emocionada. ¿Tal vez podíamos ser buenos amigos?

—¡Sí, claro! ¿¡Cómo no!?! —se

burló el poli. Me molestó un poco la respuesta de macho cabrío y me volví hacia el abogado.

—¿Una mujer? —pregunté con dulzura—. ¿Cómo era?

—Estatura mediana, cabello negro y corto, la cara llena de verrugas.

—¡La madre de Lucas! —exclamé—. ¡Qué raro! ¿En el juzgado? ¿No debería haber estado en el hospital?

—Lucas solo tenía un rasguño en el brazo y ya está en su casa —respondió el comisario.

No tuve tiempo de alegrarme ante la noticia, Conde se encogió de hombros y volvió a tomar la palabra.

—La mujer preguntó por ti y, por lo que pude ver, también estaba

vendiendo una rifa.

El abogado sonrió y estuve a punto de sufrir un soponcio.

—¡Uf! ¡No, no ESA rifa! — protesté—. ¡Dime que no era ESA rifa!

—¿Qué rifa? —quiso saber Montorvo y Conde siguió sonriendo mientras explicaba.

—Una rifa para comprar una consola para su hijo. Parece que fue idea de María.

—¡Ah! —repuso el poli sin interés, levantándose con las tazas para llevarlas a la cocina.

—Dices «¡Ah!» porque no sabes lo que se rifa. Si supieras, dirías «¡Guau!»

—¡No, no, no! ¡Es un error! —

repuse, tapándome la cara. Podía sentir que mis orejas estaban rojas y clavé la vista en una manchita sobre la mesa—. ¡Juro que fue idea de mi prima!

—Se rifa una noche con María Laura Macaroni —siguió diciendo el abogado con satisfacción—. Parece que el alcalde compró cinco números y yo me ocupé de adquirir los quince restantes de la lista.

Todos dimos un salto cuando a Montorvo se le cayeron las tazas al suelo.

—Son irrompibles —murmuró al agacharse para recogerlas. Me levanté para ayudarle y al acuclillarme, mi cabeza golpeó con la de él.

—¡Ay! —Me puse de pie de

golpe. Él hizo lo mismo y a continuación se dedicó con ahínco a revisarme centímetro a centímetro el cuero cabelludo—. ¡No es nada! —declaré, pero los dedos de Montorvo se quedaron en mi nuca, masajeando con delicadeza.

—Estás muy tensa.

Tuve la tentación de cerrar los ojos y dejar que continuara, pero acababa de notar que los ojos de Conde se habían quedado clavados en mi sudadera, quizá porque los pequeños estremecimientos que me ocasionaba el poli estaban surtiendo efecto en partes del cuerpo que tienden a fruncirse.

—Gracias, ya está. —Me dejé caer en la silla, decidida a no ponerme

de pie nunca más. Estaba colorada y el abogado tuvo la gentileza de subir los ojos hasta mi cara.

—Perdóname que te moleste en este momento, pero necesitaría que me des el pendrive, Juana me lo está reclamando.

—¿El pendrive?

—Los gastos del estudio, ¿recuerdas? Pensé que habías cargado los datos el día que fuiste a trabajar, pero Juana me dijo que no lo hiciste.

—Deja que llegue a casa y te lo entrego, está todo cargado.

—Yo te llevo y después se lo hago llegar —repuso Montorvo en un tono que no admitía discusión, así que en cuestión de minutos todos nos

pusimos de pie y nos despedimos del abogado.

—Volveré esta tarde para que planeemos la defensa —dijo Conde antes de irse y esa evidente preocupación volvió a tocarme una fibra, así que le sonreí y le di un beso en la mejilla—. No te preocupes, estás con el mejor —terminó el letrado.

El poli bufó y me hizo subir a su viejo coche.

—Yo que tú, no confiaría mucho en Conde —dijo en cuanto me abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Por qué no? ¡Es un excelente abogado!

—De eso no caben dudas. Me refiero a lo humano.

—¿Te molesta que se preocupe por mí? ¡Al menos es una persona honesta! Honesta, ¿entiendes lo que eso significa?

—O sea que a él lo juzgaste y lo liberaste de culpa mientras que a mí me condenaste sin escucharme. ¿Qué clase de justicia es esa?

—La justicia invertida —respondí, acordándome de las cartas de Soraya.

—Quiero tener derecho a la defensa.

—Bueno, entonces habla. A ver, ¿qué vas a decir? ¿Vas a decir que no trabajas para los italianos? —pregunté esperanzada.

—Tú no entiendes mi trabajo. —

El poli habló con lentitud—. Y no estoy en condiciones de explicártelo.

Aspiré de golpe como si me hubieran clavado una jeringa.

—¡Eres agente encubierto! —susurré—. ¡Ay, por Dios, y yo juzgándote! Debes pensar que soy una estúpida.

—No.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! Conde y tú realmente me estuvieron cuidando y yo fui tan estúpida como para creer...

—No, no.

—¿Se metieron con los narcos por mi culpa? —El poli me miró, volvió la vista adelante y se quedó callado—. ¡No, no, ya sé que no puedes decirme

nada! ¡Qué gilipollas soy!

Montorvo no replicó tampoco a eso y cada uno se sumió en el silencio.

Miré a mi compañero de reajo. Me sentía avergonzada, no podía perdonarme el haber puesto al poli en peligro, tan cerca de esos italianos asesinos. O mejor dicho, sí podía perdonarme, de hecho me sentía feliz. La vergüenza se me pasó en un instante y todo lo que me quedó fue la algarabía del que se acaba de sacar años de encima.

—¿Me perdonas? —susurré cuando nos detuvimos frente a la casa de mamá. Nos miramos fijamente durante unos segundos, luego pasé la vista a la boca de él y me lamí los labios. Había

leído en una novela que lamerse los labios era una señal de seducción. ¿O pensaría el poli que me estaba limpiando el pegote de los cruasanes? En cualquier caso, el corazón saltó en mi pecho al ver que él contenía la respiración, pero cuando me incliné hacia el tipo para facilitarle el beso, me di con el aire. Montorvo ya estaba abriendo la puerta.

—¡Joder, joder, joder! —El poli se desbocó y golpeó con su puño en el techo del vehículo.

Por un momento, me quedé de una pieza ante el rechazo. Después descendí, sintiéndome una estúpida.

* * * * *

—¡Me mataste del susto! —Me recibió desde adentro el alarido de Soraya—. ¡Te estuve llamando como loca y al venir esta mañana, descubrí que tu bolso y tu móvil estaban aquí! ¿Dónde te metiste?

—Espera que te cuente. ¿Habrá algo para comer?

Después de compartir los espaguetis con albóndigas que preparamos los tres juntos, nos sentamos en la sala con una taza de café.

Miré en derredor, todo estaba impecable, como si nadie hubiera entrado a robar y a mí no se me hubiera ocurrido saquear los roperos dos días antes.

—Trabajaste mucho —observé, dirigiéndome a Soraya. Mi amiga respondió con una mueca.

—Me peleé con tu prima.

—Totalmente comprensible.

—Es inaguantable.

—No podría coincidir más.

—Hum... Voy a abrir de nuevo aquí.

—¿Aquí? —Se me salieron los ojos de sus cuencas. Me puse de pie y aleteé los brazos, incapaz de hablar—. Pero si... pero si... —Entonces noté que mi amiga se miraba los pies.

—Este oficio es todo lo que sé hacer —murmuró Soraya.

No supe qué responder a eso. Tomé aire, lo pensé mejor y callé.

—Soraya, me gustaría revisar la casa. ¿Hay algo que falte? —Nos interrumpió el poli, poniéndose de pie.

La ayudante negó con la cabeza.

—Voy a buscar el pendrive de Conde —anuncié entonces. Me sentía desorientada con la decisión de Soraya. La entendía, Valeria era inaguantable, pero yo no quería abrir otra vez el negocio de mi madre.

En seguida hice una mueca, Soraya se lo merecía: ella y nadie más que ella era la heredera natural del local.

Mientras meditaba en estas cosas, busqué mi bolso y lo volqué sobre la cama. Revolví un poco y encontré el pendrive de Latorre, pero no

así el del estudio. Volví a meter todo, incluso el móvil de Lucas, que había traído de la casa del poli esa mañana.

Entonces hice memoria, creí recordar que había dejado el pendrive en el cuarto de Soraya, junto al ordenador, y fui en su busca. Revisé todos los rincones pero no lo hallé.

—¡Qué raro! No está —le informé a Montorvo cuando me lo crucé en el pasillo. Él frunció el ceño en el acto—. Soraya, ¿no viste un pendrive?

—Nada. Pero lo que sí puedo decirte es que alguien estuvo hurgando en mi ordenador, me borraron todos los archivos.

Tras verificar esa información, los tres volvimos a reunirnos en la sala

con una segunda taza de café.

—¿Qué clase de cosas guardabas en el ordenador? —quiso saber el poli.

—¿Lo que diga va a ser usado en mi contra?

—¡No me digas que guardabas porno! —me escandalicé.

—Porno, no, pero alguna que otra descarga de música y películas...

—¡Bah, eso no es delito! —respondí, desilusionada.

—¿Algo que pudiera interesarle a las bandas? —presionó Montorvo. Soraya se rascó la cabeza.

—¿Todos los capítulos de *Breaking Bad*? —preguntó a su vez.

—¿Qué había en el pendrive? —

El poli se dirigió a mí.

Me puse a pensar y llegué a la conclusión de que había guardado todos los archivos importantes en el pendrive de Latorre.

—Vacío. No llegué a guardar nada.

No pudimos sacar nada en limpio y a mí me entró sueño. Deseaba dormir, pero no encontraba la forma de hacer que el poli se marchara. Ya le había tirado unas cuantas indirectas sin ningún resultado.

—Malala está tratando de decirte que tienes dos opciones — Soraya le aclaró al poli cuando suspiré por cuarta vez—. O te vas y la dejas dormir un rato o te quedas a dormir con

ella. ¡Decídete de una vez!

—¡Yo no dije eso! —salté.

Montorvo sonrió y se le formaron hoyuelos en las mejillas. De pronto, caí en la cuenta de que hacía calor, estaba transpirando.

—No sabía que la gente del barrio todavía durmiera la siesta.

—No cualquier gente, soy yo la que trajo las buenas costumbres —aseveró mi amiga.

—En ese caso, me quedo —respondió el poli—. Sería maleducado de mi parte si rechazara la invitación.

Sentí un terremoto en el corazón, seguido por réplicas en otras partes del cuerpo. Pero no iba a ceder tan fácilmente. No, señor, ¿después del

desaire que me había hecho en el coche? ¿Después del extraño interludio de la mañana? Además, había algo en la mirada del hombre que me dijo que la respuesta no iba en serio.

—Si estás tan cansado, sería una gran injusticia que no te dejara dormir —repuse con la voz calmada que seguramente empleaba César Borgia antes de servir la cena—. Creo que en este sillón estarás lo suficientemente cómodo. Vámonos, Soraya.

Capítulo 10: El Carro

La idea de la siesta quedó frustrada por una llamada telefónica que recibió Montorvo en ese momento. Él escuchó el mensaje, se miró con el ceño fruncido y asintió.

—Ahí estaremos. —Al colgar, se puso de pie—. Tenemos que ir al juzgado, el juez quiere verte.

—¿Ahora? ¿Estás seguro? — Creí que iba a morir de un ataque al corazón—. ¿Va a encerrarme nuevamente?

El hombre se encogió de hombros sin molestarse en contestar, ya se estaba dirigiendo hacia la puerta.

—Yo también voy —se sumó Soraya mientras corría a buscar su cartera.

—No, quédate —ordenó el poli. Mi amiga y yo nos miramos a los ojos, nos fundimos en un abrazo, buscamos sendos pañuelos.

—Voy a llevarte un pastel —se comprometió Soraya.

—¿Con una lima dentro?

—No, va a ser un pastel de los que hace tu tía.

—Son los mejores, voy a usarlo para sobornar a mi carcelera. Dicen que así se obtienen privilegios.

—No creo que alcance con un pastel, salvo que tenga relleno.

Montorvo hizo todo el operativo

de sacar el arma, mirar a los costados, abrir la puerta y cubrirme con su cuerpo mientras yo subía al asiento delantero del coche.

—Agáchate, no está blindado —ordenó.

No le hice caso y me senté derecha, mirando al frente.

—¿Quieres demostrar que no tienes miedo? ¿O es que no te importa? —quiso saber el poli, mirándome de reojo—. ¿Es una declaración de principios o de valor?

Negué con la cabeza.

—Sufro del mareo del viajero. Si no miro el camino, vomitaré.

—A mí no me importa.

—Si no es por ti, tengo que

conquistar al juez.

El poli aferró con fuerza el volante y arrancó de golpe.

Hicimos el camino hacia el juzgado con rapidez y cuando entramos, resultó ser que Conde y Egarteche ya estaban allí.

No esperaba encontrarlos y les sonreí, entre agradecida y temblorosa. Que ambos hubieran decidido acompañarme me hacía sentir apreciada, pero también me asustaba, no podía haber signo más evidente de que mi situación era precaria.

—Convencimos al juez para que nos reciba ahora —dijo Conde mientras nos despedíamos de Montorvo y pasábamos a una oficina vacía en la que

el único escritorio estaba rebosando de expedientes.

—¿Hay alguna novedad? — pregunté, tragando con esfuerzo.

—La Cámara rechazó el hábeas corpus que presentamos, anuló todo lo actuado hasta ahora por un fallo en el procedimiento.

—No se había convocado a audiencia —aclaró Egarteche.

—A su vez, el juez actuante se tomó licencia y pasamos a otro, Ernesto Tizia. Es el hombre al que vamos a ver ahora.

—¿O sea que puedo volver a la cárcel?

Los abogados no respondieron porque en ese momento entró el

magistrado. Era un hombre bajo, calvo y regordete que caminaba con el aire pomposo de un emperador romano. Cruzó su mirada con la mía durante un segundo y tuve un estremecimiento, yo había visto a ese hombre antes, pero ¿dónde? Quizá en otra vida, pensé, estaba casi segura de que él iba a torcer la muñeca con el pulgar hacia abajo, iba a arrojarme al foso de los leones, estaba a punto de convertirme en mártir.

Mis rodillas se entrechocaron, vi puntos negros y supe que estaba a punto de desmayarme.

Entretanto, el juez Tizia se aproximó a los hombres, estrechó la mano de Conde, le dio un abrazo y un beso a Egarteche, me ignoró

completamente y se sentó del otro lado del escritorio.

No escuché gran cosa de la conversación que siguió, ocupada como estaba en pensar en el juez. ¿De dónde lo conocía? Estaba casi segura de que lo había visto en otras ocasiones, aunque quizá me equivocaba. Tal vez su rostro solo me recordaba al ogro Shrek.

Me reprendí mentalmente por distraerme cuando debía estar prestando atención a los intrincados asuntos legales, aunque de todos modos yo no entendía nada de... ¿partidos de golf? Me sobresalté. Estaban hablando de un albatros, el magistrado se estaba jactando de un putt en un hoyo par cinco y Egarteche lo felicitaba por su

hándicap.

—Podemos organizar un *fourball* este sábado —invitó el abogado—, hice unas mejoras en mi campo.

El juez suspiró tras cruzar las manos sobre su barriga.

—¡Me encantaría! ¡Sería un honor! Este sábado es el cumpleaños de mi mujer, va a ponerse feliz...

Su mirada tropezó con la mía y la apartó de inmediato.

—Volvamos al trabajo —invitó, regresando a toda su pomposidad—. Se ha identificado que Lucas López fue herido con arma de fuego compatible con un subfusil Uzi-Pro hallado en la escena del crimen.

—¿Balística ya entregó el informe? —quiso saber Conde.

—No todavía. Ahí puede hacerse alguna cosa, pero las huellas de la señorita están en el caño y hay un testigo que dice haberla visto con un arma similar en la villa la semana pasada.

—Quiero el nombre de ese testigo —dijo Conde.

—Todavía no me lo pasaron, pero en cuanto lo tenga, te lo haré llegar —se comprometió el juez—. Podemos tener problemas con el fiscal, se está tomando las cosas en serio.

Pasé de uno a otro con creciente desconcierto.

—Señor —intervine con voz

temblorosa—, yo tengo eh... una coartada.

Por primera vez, el magistrado me observó durante un segundo, luego pareció darse cuenta y volvió a cambiar la mirada.

—Yo estaba en el almacén de Hernán —me apresuré a explicar— cuando ocurrieron los disparos. La madre de Hernán me vio, puede atestiguar. Además no estaba sola, el Mudo estaba ahí.

—¿El Mudo? —quiso saber el hombre, frunciendo las cejas e inclinando el cuerpo hacia adelante.

—No sé su nombre, pero...

—¿Hablaste con el Mudo? —insistió el juez, mirando ahora al techo

—. ¿Qué te dijo?

Algo en su voz, quizá la inflexión, me hizo mirarlo con desconfianza. A mi lado, Egarteche aspiró con fuerza. Una ojeada y advertí que sus manos estaban temblando. Más allá, Conde tenía un mechón de cabello cayendo sobre la frente, lo que era, por supuesto, inconcebible.

Sentí un frío siberiano, como si de pronto me hubieran trasladado al lago Baikal. Supe en ese instante que era una prisionera de guerra, como en la película *Camino a la libertad*, y mi destino se jugaba con la respuesta.

—El Mudo no habla, es mudo — respondí.

Creí escuchar un suspiro

colectivo.

—¿Lo ponemos como testigo? — preguntó el juez.

—Negativo —dijo Egarteche—. Buscaremos otros, no debería ser un problema.

—Claro, claro —asintió Conde—. Tengo un contacto en el hospital, como López fue dado de alta, podría hacerse algo para cambiar el diagnóstico de herida de bala a caída accidental.

—Ojo con eso —advirtió Egarteche—, hay demasiada gente involucrada.

—Aquí tienes, firmé la libertad provisional —El juez le extendió un papel.

Todos se pusieron de pie y volvió a reproducirse el ritual de saludos que presencié al llegar. En esa ocasión, los ojos del juez volvieron a evadirme y se clavaron en mi frente.

—Te llevo —se ofreció Conde cuando estuvimos afuera pero Montorvo frenó frente a mí y el abogado se limitó a abrirme la puerta del viejo coche para que entrara.

—Gracias, a ambos —dije y les di un beso sentido a los dos abogados. Me sentía conmovida al comprobar que habían ido a ayudarme, había sido un gesto generoso que no esperaba y luché para no largar el llanto.

Conde me dedicó una encantadora sonrisa mientras su socio

adquiría el tono de un tomate. Adentro, Montorvo soltó un ladrido.

—¿Cuánto rato más quieres ser un blanco fácil ahí afuera?

De mala gana, subí al coche y partimos.

—¿Todo bien? —quiso saber él.

—Todo bien —asentí.

Pero no todo estaba bien. El juez Tizia era corrupto y había algo más acerca de él, algo que no podía identificar y que me hacía erizar la piel.

Después de llegar a casa, de abrazar a Soraya y de verla encender un sahumero y un velón, supe de qué se trataba. El juez había evitado mirarme, creía que yo realmente poseía poderes ocultos, me tenía miedo.

Y no solo eso. Acababa de ubicar dónde lo había visto antes: en casa de los italianos, conversando con Giorgio y con Conde junto a una Hummer. No había sido la única vez. También me lo había cruzado en el estudio.

Antes de que hubiera tenido tiempo de analizar la idea con profundidad, sonó el timbre de calle. Montorvo abrió la puerta e hizo pasar a la tía Hermilda.

—¡Pasteles! —La tía sonrió mientras nos extendía una humeante bandeja—. ¡Y tarta! —anunció tras ir a su camioneta y volver.

Me quedé mirando alternativamente al vehículo, a la tarta

de chocolate y a mi tía. Decidí hacerme cargo de la tarta.

—Como ya no vas por casa, quise venir a verte —explicó la tía después de almuerzo, mientras fregábamos.

Estábamos solas en la cocina, ya que Soraya había desafiado al poli a una partida de ajedrez.

—Se puede averiguar mucho sobre una persona a través de este juego —advirtió mi amiga mientras preparaba el tablero—. Te advierto que voy a explotar todo ese conocimiento.

Escuché que Montorvo se reía con ganas.

—¿Cómo van tus cosas? —quiso saber la tía.

Le conté la acusación en mi contra, pero no mencioné al Mudo ni mis sospechas sobre el juez.

—Debiste hacer caso a todas esas advertencias —se lamentó Hermilda—, ¡debiste cerrar el local y marcharte!

—¿Y olvidarme para siempre de mi madre?

—No la ayudas si andas por ahí, provocando desastres.

El comentario dolió, pues no lo esperaba de la dulce tía Hermilda.

—¿Qué hago entonces?

—Es muy loable que quieras salvarla —la tía suspiró—, pero te estás equivocando. Mira —bajó la voz—, ella me hizo llegar un mensaje para ti. Debe

saber que esta casa está siendo vigilada, entonces mandó este paquetito a la mía.

Me entregó un sobre de papel manila. Lo abrí y cayó una pequeña medalla de la Virgen que yo había visto cientos de veces en el cuello de mi madre. Los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Por qué me la enviaba mamá? ¿Era un mensaje? ¿Una despedida? Cuando lo alcé, tenía un gran nudo en la garganta, pero entonces vi el resto del contenido del sobre y lancé un chillido.

—¿Qué pasa? —quiso saber Montorvo desde la sala.

—Nada, nada —aseguró la tía mientras llevaba el dedo índice a su boca.

—Nada —dije con voz

estrangulada.

Hermilda tomó el sobre y sacó tres fajos de billetes.

—Son para ti —susurró—. Tu madre quiere que los uses para un viaje. Acéptalos, ¿sí?

—¿La viste?

La pregunta pareció entristecer a Hermilda. Titubeó y finalmente acarició mi cabello con dulzura.

—No te involucres más, vas a hacerle daño a tu madre.

Asentí. Asentí pero no entendí nada de nada. Mamá nunca había tenido tanto dinero, era inconcebible que me lo enviara. Además, ¿no estaba secuestrada? Comprendí entonces el engaño de mi tía: era ella y solo ella la

creadora de ese mensaje. Quería salvarme la vida y me estaba empujando para que me largara.

—No pienses en tu madre ahora —dijo, como si me hubiera leído la mente—, tienes suficientes problemas. Te están acusando de asesinato, sufres intentos contra tu vida casi a diario, ¡tienes que irte, Malala!

—Está bien —claudiqué con la cabeza gacha—. Está bien.

Después, cuando intenté devolverle el dinero a la tía, recibí una triste sonrisa por respuesta.

—Tú eres como una hija para mí y acabo de darle a Valeria una cantidad similar para que se instale.

—¿Se instale?

—Sí, va a abrir un local propio en una avenida.

No hizo falta que yo preguntara qué tipo de local, mi prima nunca había mostrado inclinación hacia la repostería.

Hice una mueca, le agradecí a la tía y metí el dinero y la medalla en el sobre. Después, cuando Hermilda se hubo despedido, fui al cuarto de mamá y escondí todo en el fondo del ropero, donde esa mañana había metido el pasaje.

A continuación fui a sentarme en el apoyabrazos del sillón de Soraya para ver la partida de ajedrez pero en cuanto lo hice, el poli cantó el jaque mate.

—Eres bueno —concedió mi amiga.

—¿Eso es todo lo que pudiste averiguar de mí a través del juego? —se burló Montorvo—. Podría habértelo dicho de entrada. Incluso le gano a mi jefe, que es un fanático del ajedrez.

Soraya le enseñó los dientes.

—Lo que vi es que jugaste muy concentrado, pensando cada movimiento como si fuera vital. Al mismo tiempo fuiste veloz, tienes reflejos rápidos.

—Gracias.

—Nada de juguetitos de manual. Hum..., eso es interesante. Un tipo creativo, escuchaste, ¿Malala?

El poli sonrió.

—Hasta ahora no recibí quejas en ese sentido.

—Lo que sí, esperaba de ti un

ataque frontal. —La voz de la ayudante sonó decepcionada—. Trataste de distraerme con la reina.

—Era un cebo.

—A la policía le gustan los cebos, pero te la habría comido en una jugada más.

—No pasó.

—Arriesgaste a la reina.

—La salvé.

—La pusiste en peligro. La usaste a cambio del rey.

De pronto, caí en la cuenta de que no estaban hablando del ajedrez.

—Tienes muchas ganas de ganar.

Ahora falta saber si tienes límites — agregó Soraya.

El poli se puso serio.

—Fue solo un juego.

—Justamente eso es lo que me da miedo.

Ese intercambio pareció cambiar el humor de la reunión. Soraya se encerró en su cuarto y me quedé viendo tele en la sala con el poli. Pero cuando se hicieron las seis de la tarde, él se puso de pie y se desperezó.

—Los muchachos ya deberían estar en la puerta.

En efecto, al instante escuchamos el timbre y Montorvo hizo pasar a dos policías uniformados.

—Terminó mi turno —explicó el poli.

Lo miré unos segundos sin entender hasta que caí en la cuenta.

Montorvo no había estado haciéndome una visita, ni siquiera demostrándome que se preocupaba por mí. Había estado cumpliendo un turno de guardia. Ahora volvería a su casa, se pegaría una ducha y saldría por ahí, quizá con una amiga. ¡A vivir! Mientras tanto, yo estaba en casa de mi madre, encerrada, sin otra perspectiva que esperar un juicio por asesinato o la muerte misma.

—¡Qué pena que en este tele no se pueda ver el partido! —les dije a los hombres cuando se instalaron en el sala. Era un tiro de largo alcance pero, ¿acaso no había siempre algún partido?

—No hay ningún partido —dijo uno de ellos.

—¿Boxeo internacional?

Negaron con la cabeza.

—Amigos —comencé—.

Oficiales —me corregí después—, juro solemnemente que no voy a asomar mi nariz por esa puerta. Si fuera policía, yo me iría a mi casa, abrazaría a mis hijos, besaría a mi esposa. —Los tipos no se movieron—. ¡Me aseguraría de no ser un cornudo!

Los polis me miraron, se miraron entre sí, luego al televisor.

Resignada, me fui a dormir. Decidí ponerme un chándal gris y una sudadera negra y enorme en lugar del camisón, con ropa interior de descarte por debajo. Había hombres en la casa y no quería pasar vergüenza con mis pijamas de dos piezas.

Pero cuando me levanté a medianoche para buscar un vaso de agua, descubrí que los polis ya no estaban. Tal vez el fantasma de los cuernos sí los había asustado después de todo, me dije, satisfecha.

Estaba llegando de nuevo a la cama cuando escuché el chirrido de los neumáticos afuera, el frenazo y la ráfaga de metrallata. Los vidrios de la sala se hicieron añicos, Soraya entró en mi habitación y ambas alcanzamos a ver el resplandor de los faros de un vehículo, escuchamos los gritos, las órdenes, los disparos.

—¡Nos van a matar! —gritó Soraya y me tomó de la mano. A la vez, yo cogí mi bolso, y juntas nos

escabullimos agachadas por el pasillo hacia la parte trasera de la casa.

Adelante arreciaban las balas, luego se escuchó una explosión y voló todo el frente. Pero nosotras ya habíamos salido por la puerta hacia el patio de atrás, lo atravesamos en un santiamén y entonces las manos temblorosas de Soraya comenzaron a luchar con la llave de la puerta oxidada de metal que daba al exterior.

—¡Rápido! —imploré.

—¡Está atascada! ¡No la usamos casi nunca!

Empujamos juntas y finalmente cedió con un crujido.

Un silencio de mal agüero reinaba en la parte delantera de la casa,

pero el callejón trasero se veía inocente y solitario.

Lo seguimos con las espaldas pegadas a la pared, deteniéndonos cada veinte segundos, espeluznadas hasta del chillido de las ratas.

Al llegar a la esquina, miramos a ambos lados de la calle transversal. Nada fuera de lo corriente. Un par de coches seguían su camino sin mirarnos. Una moto que hacía entrega de pizza se detuvo en la esquina siguiente. Caminamos hacia allí, luego fuimos recorriendo manzana tras manzana, sin detenernos hasta que de pronto, me percaté de que habíamos llegado al límite entre el barrio y la villa.

—¿Qué hacemos aquí? —quise

saber.

—A situaciones desesperantes,
soluciones desesperadas.

Cruzamos la calle, nos internamos en un pasaje, torcimos a la izquierda, volvimos a doblar. Nos detuvimos frente a una casa un poco más linda que las restantes.

—¿Estamos perdidas? —
pregunté.

Soraya negó con la cabeza. A continuación imitó el sonido de un animal, que bien podía ser un mono o quizá un cerdo, era difícil decirlo. Esperé a que alguien copiara el chillido pero no se escuchó nada. Nada, excepto el sonido de un regatón, más allá salsa, gente discutiendo, algún disparo y la

ocasional botella al romperse contra el suelo.

Soraya repitió el sonido y esperó en vano. Tras tres o cuatro minutos, se aproximó a la puerta e hizo sonar el timbre sin parar.

—¡Ey! ¡Joder! ¿Quién te enseñó a tocar así? —preguntó desde adentro una voz masculina y obviamente disgustada. La voz (y el resto del cuerpo) pertenecían a Marcos Latorre, que abrió la puerta con una pistola en cada mano.

—¡Ja! —dijo Soraya con los brazos en jarras—. ¡A ver si dejas de rascarte y vienes a abrir! ¡Podríamos haber muerto aquí afuera!

El tipo dio un grito, soltó las

pistolas, abrazó a Soraya con fuerza y le zampó un gran beso en la boca.

—¡Sabía que algún día ibas a venir!

—No te alegres tanto, que es por necesidad.

* * * * *

Tras contarle al líder de la villa lo que había pasado, él trajo dos colchones de alguna parte de la casa, los tiró en el suelo de un cuarto en el que solo había algunas cajas, sumó mantas y un par de almohadas y se retiró.

—Dulces sueños —dijo antes de irse—. Voy a reunirme con mi gente. ¡Y tranquilas! Aquí no puede pasar nada.

Pero nosotras no podíamos dormir. Probablemente no había lugar en el mundo más seguro que esa casa en medio de la villa, la villa entera guardando nuestras espaldas, pero el subidón de adrenalina que habíamos tenido era difícil de digerir.

Sentadas sobre uno de los colchones y dándonos las manos, hablamos en susurros gran parte de la noche hasta que escuchamos que Latorre regresaba.

Me moría por hablar con él pero comprendí que era Soraya quien debía ir a verlo y cuando mi amiga regresó, mucho después, yo ya estaba durmiendo.

Desperté un par de horas más tarde y una ojeada a la cara de mi

compañera me indicó que las preguntas tendrían que esperar. Soraya tenía los labios apretados y sus ojos oscuros y redondos echaban chispas. Una pena, porque a mí se me habían ocurrido algunas ideas tras el susto de la noche y hubiera querido conversarlas con ella.

Latorre no estaba en la casa pero no tardó en entrar cargado con cosas para comer.

—¿Qué haces, nena? —preguntó con una sonrisa torcida. Luego echó una mirada a Soraya, agachó la cabeza y enfiló para la cocina—. ¿Cerveza o café?

Lo ayudé a preparar el almuerzo.

—¿Esta es tu casa? —pregunté—. La última vez me llevaste a otra.

—Tú estuviste en la casa de mi hermana. Tengo un cuarto ahí. —Hizo una pausa—. Esta es la casa de Soraya.

—¡Ja! —comentó la ayudante desde la puerta de la cocina.

—Está esperándola para cuando se decida —siguió diciendo el hombre.

—¡Ja!

—Aunque si no se decide pronto, puede que la alquile.

—¡Ja!

—Hay otras mujeres interesadas. Eso no recibió un «¡Ja!» por respuesta.

—¿Lograste averiguar algo del ataque de anoche? —intervine para calmar los ánimos.

El hombre no respondió. Puso

una cerveza y dos jarras de café sobre la mesa, agregó jamón, queso y rompió la bolsa de pan para que nos sirviéramos con comodidad.

—La niña te hizo una pregunta —dijo Soraya, dejándose caer en una de las sillas—. ¿Vas a contestarle o qué?

Latorre hundió la nariz en la taza, sorbió ruidosamente y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Me tienes cortito —se rio.

—¡Ja!

—Es que todavía no lo entiendo —suspiró el hombre—. Atacaron tu casa con munición gruesa, incluso lanzaron una granada. Tiraron a matar.

—Ya antes habían tirado a matar —dije con resignación—. Tuve

incidentes en la calle, en un café, incluso ya habían ametrallado el frente de la casa.

—¡Tonterías! En ninguno de esos casos querían matarte.

—¿Cómo lo sabes? —me sobresalté.

Latorre se encogió de hombros.

—Uno escucha cosas.

—Habla o te reviento —amenazó Soraya.

Él la miró y le tiró un beso.

—Nosotros somos la banda más importante de esta zona pero hay otra que está queriendo ganar terreno.

—Deja de echarte aires —dijo Soraya.

—Tú estabas buscando una

alianza —recordé.

—¡Está bien, está bien! Éramos la banda más insignificante hasta que nos absorbieron los Topos.

—Eh... ¡felicidades! Entonces, ¿ya no necesitas encontrar a tu soplón?

—¿Qué soplón? —quiso saber Soraya.

—¡Claro que necesito encontrar al soplón! Tuve que ser muy cuidadoso para que nadie se enterara de nuestros planes, ¡ni siquiera te los dije a ti, mi amor! —Le tiró otro beso a Soraya.

—¿Y qué hay de los Pocos?

—Están acabados, no tendrán ninguna posibilidad una vez que nos den la orden.

—¿Sabes quién tiene mi madre?

Latorre me miró, abrió la boca como si quisiera decir algo, luego miró a Soraya, cerró la boca y bajó la cabeza.

—Los Topos estuvieron forzándome a hacer mal de ojo y otras estupideces contra los Pocos —seguí—. Ahora los Pocos quieren matarme.

—Los Pocos solo quieren asustarte —insistió Latorre.

—¡Asustarme! Si anoche tiraron abajo la casa...

—Esos no fueron los Pocos. Fueron los Topos.

—¡Los Topos! ¿Estás tratando de decirme que ahora las dos bandas me persiguen?

El hombre volvió a encogerse de hombros.

—¿Por qué? —insistí, espantada

—. ¿Y acaso tú no eres un Topo ahora?

—¡Pero no me encargaron el operativo! ¿Cómo podría hacerte daño? ¡Eres mi cuñada!

—¡Ja! —bufó Soraya, pero la protesta sonó débil.

—Anoche encontraron muerto a un hombre. Era un Topo y lo mató su propia gente. Parece que... —hizo una pausa y me miró a los ojos—. Parece que se fue de la lengua contigo.

—¡Pero si yo no sé nada de nada! ¿Quién era ese hombre?

—El Mudo.

El líder de la villa nos lo contó todo. La tarde anterior Hernán, alias el Desdentado, había estado atendiendo el

almacén de su madre cuando de pronto entró el Mudo. Como siempre, Hernán le había abierto una cerveza y ambos la estaban compartiendo en amable silencio cuando una moto se detuvo enfrente del local.

—Bajó Chimpu.

—¿Quién?

—Chimpu, un sicario de los Topos a quien yo le proveo de armas.

Me sonaba ese nombre, pero no podía ubicarlo y de todas formas no pude seguir pensando porque Latorre continuó:

—Con una nueve milímetros sobre la frente, el Mudo empezó a cantar. ¿No es gracioso? ¡No era mudo! Lo malo es que te involucró, ahora los

Topos piensan que sabes algo sobre el transporte de unos peces para unos clientes del norte.

Recordé mi última conversación con el Mudo. El tipo había dicho que no tenía miedo ni a los Pocos ni a los Topos, solo le tenía miedo al juez. ¿Y de qué le había servido ese miedo? ¡Temerle a los Topos habría sido más apropiado!

—¿Y Hernán?

—En cuanto vio llegar la moto, se escondió. Hernán es de los nuestros.

—Latorre carraspeó—. El caso es que los Topos ahora piensan que sabes demasiado.

—¡Apenas sé mi nombre!

El líder de la villa se encogió de

hombros.

—A veces hasta eso es demasiado. —Hizo una pausa—. Bueno, ya lo solucionaremos, no te desanimes. Hoy iré a hablar con alguien. Es alguien importante.

—¿Con quién? ¿Conoces al jefe de los Topos?

Negó con la cabeza mientras miraba a Soraya de reojo. Sonrió débilmente.

—Bueno, no puedo darte detalles, ¿comprendes? Pero es alguien muy, muy importante, mucho más de lo que te imaginas.

—¿El presidente? —pregunté, esperanzada.

Latorre se desinfló solo un poco

al negar con la cabeza.

—No, aunque tiene un poder equivalente. ¡Ah, me olvidaba! Pusimos un guardia en la casa de tu madre y unos albañiles amigos están levantando una pared. ¡No queremos que te roben!

—Claro, claro —Supuse que si un ladrón me lo decía, era mejor asentir —. Tengo que hacer un par de recados —anuncié de pronto. No iba a quedarme en la casa a esperar a que me encontraran.

—¡Cómo! ¡Pero aquí estás segura! —dijo Latorre.

—Acabas de decir que todavía no encontraste a tu soplón. ¿Y si cuenta que estoy aquí? ¡Tú mismo estás en peligro ante el resto de los Topos!

Cuando se enteren de que me ayudaste...

—¡Ah, cierto, el soplón! ¿Ya hiciste ese trabajito que te encargué?

—Está casi listo, pero necesito un ordenador.

—Elige el que quieras. Si no me equivoco, todas las cajas que están en el cuarto en el que dormiste tienen ordenadores nuevos.

—¿Acceso a internet?

—Wi-fi gratuito en toda la villa.

Contraseña «Soraya».

—¡Ja! —dijo Soraya.

—Gracias, me ocuparé en cuanto vuelva.

—No puedes salir, tengo que cuidarte. ¿Y a dónde quieres ir? No tienes ni casa ni trabajo.

Pensé con cuidado mi respuesta. Había tres personas a las que necesitaba ver, pero no quería irritar a Latorre con esos nombres. Me arriesgué, mencionando el sitio que, suponía, no significaría nada para el líder de la villa.

—Tengo que ir a una casa en zona norte —expliqué—. Me llamó una clienta italiana a la que voy a echarle las cartas.

—No sé —dijo Latorre—, es arriesgado. —Debió ver el anhelo en mi cara porque me dedicó una sonrisa y agregó—: deja que haga un par de llamadas y vea cómo están las cosas.

Regresó poco después.

—Bueno, puedes ir.

Diez minutos más tarde, me colgué el bolso al hombro y subí a un todoterreno sin placa que conducía Hernán, el Desdentado.

—¿No eres menor de edad?
¿Tienes permiso? —quise saber.

—Si nos detienen, lo que menos te va a importar es que no tenga permiso. —El chico sonrió—. Pero antes tienen que detenernos.

Tomó las calles a gran velocidad pero cuando ya estábamos por subir a la carretera al norte, lo detuve.

—Espera, tengo que hacer algo antes.

—¡Haberlo dicho! ¿A dónde vamos?

—¿Sabes dónde puedo encontrar

al alcalde?

Hernán pensó un rato la respuesta.

—¿En su trabajo?

—No sabía que trabajara.

Fuimos al ayuntamiento y mientras él me esperaba en doble fila, descendí, anuncié mi nombre en incontables ocasiones y atravesé varias oficinas y pasillos. Cuando había llegado a la conclusión de que el alcalde era un personaje mítico que solo existía en los actos públicos, escuché la voz profunda y risueña del hombre.

—¡María Laura Macaroni, mi gran amiga, qué alegría verte!

Me atendió ahí mismo, en el pasillo, a la vista de toda la gente.

—Estoy entrando a una reunión... ¿en qué puedo servirte?

—Quería hablar con usted sobre la muerte de su rival —dije en voz alta.

—Desafortunado accidente, desafortunado accidente. —La sonrisa del alcalde se hizo más tensa.

—Lo vi, soy testigo, yo estaba ahí. También estaba mi madre.

—¿Quieres pasar?

Me hizo entrar a su oficina y cerró la puerta a su espalda. Para entonces, su sonrisa había desaparecido por completo.

—Lo que quiero es saber cómo hizo para ubicar a mi madre —lo presioné.

—Yo no...

—No lo niegue. Ella estaba ahí bajo amenaza para hacer aquello que yo no había aceptado.

—En cuanto a eso... ¿quieres que te pague? La Secretaría de Acción Social puede hacerte un cheque.

—¡A la mierda con el pago! Quiero que me diga cómo contactó a la gente que tiene a mi madre o pasará por todos los medios para contarles la historia.

—Se van a reír.

—Voy a encender el ventilador y a salpicarle.

—Vas a hacerme propaganda. Puede servirme. ¿Te paso los mails de los programas de cotilleos?

—Soy amiga de Sanpierone.

—¿De quién?

—De Conde. De Egarteche. Del Comisario Luciérnaga. Del juez Tizia — empecé a lanzar nombres al azar.

La cara del alcalde se descompuso.

—¿De dónde los conoces?
¿Sabes en qué te estás metiendo?

—¿Lo sabe usted?

Nos miramos en silencio durante algunos segundos y el alcalde fue el primero en cambiar la vista.

—Puedes contar conmigo para lo que sea, lo que sea. Pero no me hagas que te dé un nombre. Yo no vi a tu madre, no sé dónde está, no puedo ayudarte.

El alcalde abrió la puerta y antes

de marcharse, metió la mano en uno de sus bolsillos.

—Toma, esta mañana al vestirme me encontré con esto. —Me tiró a la cara los talones de los cinco números de la rifa que había comprado a la madre de Lucas.

Sola en la oficina, me agaché para recoger los papelitos, los guardé en mi bolso y mientras pegaba otra vez el cierre con cinta, reflexioné que esa visita no me había aportado nada.

* * * * *

—Nos están siguiendo —me anunció el Desdentado tras cinco minutos de circular a paso de hombre

por las congestionadas calles de la ciudad—. No te des vuelta.

—¿Cómo lo sabes?

—En cuanto arrancamos, noté que ese coche estaba a dos metros del nuestro y sigue ahí.

El Desdentado dobló en una avenida y en cuanto cambió un semáforo, hizo un giro en U. Giré para ver si el otro coche nos seguía y me desilusioné un poco al ver que no era así. Solo habíamos desatado un caos de tránsito a nuestro alrededor.

—Viste *El Padrino* —acusé.

—¡Esos sí que eran *gangsters*! Los de ahora no sirven para nada. No tienen imaginación, no...

En ese momento sentimos el

impacto de los tiros contra los cristales laterales.

—No te preocupes, está blindado.

Un disparo se alojó en un neumático y de inmediato el coche tiró hacia el lado izquierdo. Patinamos. El Desdentado trató de controlarlo mientras yo gritaba a todo pulmón; grité y grité hasta que el coche fue a dar de lado contra un poste con tanta fuerza que lo quebró y se vino abajo sobre el asiento trasero.

—Alguien se olvidó de proteger las ruedas —se excusó Hernán.

—¡Corre!

Mientras daba la orden, me desabroché el cinturón, abrí la puerta y

eché a correr por la calle en medio de los coches. Ni siquiera me detuve al escuchar atrás la explosión. Recé por el Desdentado a quienquiera que pudiera estar escuchando y continué zigzagueando. Al llegar a la bocacalle, un autobús estuvo a punto de aplastarme pero cuando el conductor vio mi cara blanca, frenó y abrió la puerta.

Subí con la lengua afuera y me dejé caer sobre un asiento con el rostro mojado en sudor. Pensé que no tenía suficiente aire en los pulmones, así que aspiré una y otra vez hasta que me di cuenta de que estaba hiperventilando. Sollocé y los pasajeros me miraron de reojo, tal vez temiendo que llegara hasta ellos el ulular de una sirena que

interrumpiera su viaje.

Pero no fue la sirena lo que sonó, sino mi móvil.

Con mano temblorosa lo tomé y miré la pantalla. Esperaba encontrarme con «A» y me dio un soponcio al ver «número desconocido». No atendí. Se me escapó otro sollozo y me mordí los labios para no desarmarme en frente de toda esa gente.

En eso, el móvil volvió a pitar, estaba entrando un mensaje. De nuevo, «desconocido», pero me sentí lo suficientemente segura como para leer de qué se trataba. «Baja en la próxima. PS.»

Enloquecida, me puse de pie y miré por las ventanas del autobús.

Alrededor todos eran coches que corrían apresurados, ninguno parecía fijarse en mí. Sin embargo, me estaban siguiendo. «Baja», entró el siguiente mensaje.

Empecé a temblar cuando pulsé el timbre. Le estaba entregando mi vida a un hombre y no tenía la menor idea de lo que él haría con ella.

Las piernas me pesaban como plomo pero me obligué a mí misma a bajar. Por un momento parpadeé, sola en la acera. Estaba frente a una plaza, el sol brillaba en lo alto y algunos niños jugaban al escondite ante la mirada vigilante de los adultos. Después, un coche frenó a mi espalda, me di vuelta y me encontré con Schwarzenegger.

—Suba, señorita.

Capítulo 11: El Emperador

Osvaldo me llevó hasta la casa de los italianos y me acompañó hasta la puerta de una oficina. Tocó dos veces, bajó el picaporte, me indicó que pasara y se retiró.

Caminé con paso vacilante hasta el escritorio, casi encogiéndome sobre mí misma, mientras esperaba que el hombre sentado de espaldas diera vuelta la enorme silla giratoria y me cobrara sus favores.

—Te debo una —susurré en el silencio que sobrevino.

—¿En serio? —repuso la señora Sanpierone, girando la silla y

poniéndose de pie.

—¿Usted?

La italiana dio la vuelta alrededor del escritorio y me estrechó en sus brazos.

—Ven, tomemos el té. Paolo mencionó hoy que estabas en problemas, ¿sabías que los ingleses resuelven sus problemas tomando té? O cerveza: cuatro o cinco pintas de lager.

—No lo sabía, a mí los problemas me llevan a los bombones de limón y chocolate.

La mujer se echó a reír.

—¡Por eso me gustas tanto! Serás la nuera perfecta, si tenemos tiempo veremos algunos modelos de vestidos para la boda.

Me sobresalté.

—¡No! Yo...

—¡Era una broma! Usarás el vestido de la abuela.

La italiana me empujó hacia la puerta y a mí no me quedó más remedio que acompañarla hasta un jardín interior.

—Esto es hermoso. ¡Cuánta paz!
—suspiré al ver los setos perfectos, la combinación de flores, el canturreo del agua en una fuente.

Nos sentamos bajo una glorieta y la misma Sanpierone sirvió el té en las tazas de porcelana.

—¿Acaso no es hermoso tener dinero? —comentó al extenderme una.

—Supongo que sí. —Me encogí

de hombros. Estaba pensando en la suma que me había dado la tía Hermilda. Había quedado en el fondo del ropero de mamá. ¿Seguiría ahí? No podía hacerme ilusiones. Y si no estaba, ¿cómo haría para devolverla?

—¿Qué harías si tuvieras tres millones?

Volví al presente y me atraganté con el té.

—No tengo idea, nunca lo pensé.

—¡Vamos, todos fantaseamos alguna vez! Viajes, casas, la Riviera francesa, ropa de diseñador. ¿Preferirías cinco millones?

Me rasqué la frente. No era tan tonta como para suponer que esa conversación era casual pero no tenía

idea de adónde quería ir a parar la italiana.

—Señora Sanpieronone...

—Giuseppina.

—Giuseppina, necesito encontrar a mi madre, el dinero me importa un pepino.

Le conté todas las vicisitudes que había pasado desde que la falange había llegado al estudio de Egarteche y Conde.

—Hay dos bandas que quieren matarme, tengo un juicio pendiente y solo su ayuda y la de la gente de la villa impidieron que ahora esté muerta. Todo el mundo me pide que desista pero no puedo desistir, ¿comprende?

La señora Giuseppina tenía los

ojos llenos de lágrimas cuando terminé. Dejó la taza de té en la mesa, se puso de pie de golpe y me dio un beso en la frente.

—¡Tienes un alma noble, lo sabía! *Non mi sono sbagliata.*

—No, no, yo...

—Paolo tiene mucha suerte.

—No, yo...

—Una madre se aflige por estas cosas, ¡hay tantas niñas que solo lo buscan por su fortuna! ¿Puedes creer eso? ¡Harían cualquier cosa por el dinero, no tienen límites! Y él es igual a su padre, extremadamente guapo, ¿no crees?

—Yo...

—¡Paolo!!!

—Señora... Giuseppina —me apresuré—. ¿Podría decirme quién le recomendó los servicios de la adivina?

—¿Eh? —La italiana había comenzado a caminar hacia la casa y se volvió, distraída, hacia mí.

—El día en que mi prima y yo vinimos por primera vez a echarle las cartas, ¿recuerda? Había otras mujeres, sus amigas. Una de ellas nos había recomendado con usted. ¿Quién fue?

—¿Dónde se ha metido Paolo?
—murmuró la señora—. Oh, ahí está.

Tuve un sobresalto al ver al italiano. Estaba conversando con Giorgio en uno de los senderos del jardín y su cara se veía fría y dura. ¿O serían ideas mías?

No tuve tiempo de seguir pensándolo, mamá Sanpierone me pegó un empujón, los hombres nos vieron y se volvieron hacia nosotras. Mientras se aproximaban, caí en cuenta de que a pesar de las diferencias en estatura, color de cabello y peso, ambos tenían idénticos ojos y en ellos brillaba una expresión a la vez astuta y hambrienta. Tuve un sobresalto. No podía ser, me dije, ¿me habían vertido algo en el café de la mañana y alucinaba? Parpadeé varias veces para quitar la molesta sensación de que era un pavo en Navidad.

—Vamos, Giorgio, deja a tu hermano y a su novia para que conversen en paz —dijo la italiana

cuando los cuatro estuvimos juntos. Me dio sendos besos en las mejillas mientras Giorgio me repasaba abiertamente con la vista, registrando, supongo, mi sucia sudadera y el chándal gris con el que había dormido la noche anterior.

Giuseppina se aferró al brazo de su hijo menor y lo obligó a marcharse rumbo a los jardines, pero no bien hubo dado dos pasos, se detuvo y giró.

—Fue Juana García.

—¿¡Qué!?! —pregunté sin saber de qué hablaba.

—La mujer que te recomendó en casa. Fue mi amiga, Juana García.

Incrédula, me quedé mirando su espalda. ¿Juana García? ¿Mi

excompañera del estudio? ¡No podía ser! Pero había escuchado bien.

Paolo me tomó del codo y me obligó a caminar junto a él, pero yo no podía apartar ese dato de mi cabeza. Sentí que me enfrentaba a un complejo rompecabezas y suspiré, nunca había sido buena para completarlos. No tenía capacidad para las sutilezas de forma y color y mi atención se dirigía pronto a la foto de la caja. Las cajas eran bellas, mi madre siempre se aseguraba de traerme los mejores *puzzles* cuando regresaba de algún viaje.

—¿Qué tal eres para resolver acertijos? —pregunté mientras Sanpierone me instaba a tomar un sendero hacia la casa.

—¿Esa es una invitación? —
susurró el italiano.

Nos detuvimos junto a un ascensor y me obstiné en mirar las puertas. En cuanto se abrieron, busqué el rincón contra la pared del cubículo.

—Tu madre todavía parece creer que... —comencé con voz vacilante.

—No te preocupes por mi madre. Juega a buscarme novia desde que cumplí los dieciséis, es una de sus peculiaridades. Tiene obsesiones. Cuando se canse de ti, será otra.

—¡Ah! —Me sentí como una estúpida y agaché la cabeza.

Sanpierone presionó el botón del último piso, metió las manos en los bolsillos del pantalón y se dio vuelta

para mirarme.

—Lo novedoso es que yo no puedo sacarte de mi mente. Lo que dije la última vez que nos vimos, es verdad. Me atraes, más de lo que me gustaría aceptar. Mucho más... —finalizó con voz ronca.

Alcé los ojos y los clavé en los del italiano. Se lo veía desconcertado y, al mismo tiempo, sus ojos brillaban con pasión. Eso me asustó. Él me asustaba y me atraía por igual, podía percibir en mí un grito silencioso y desgarrado por respuesta, como si yo fuera una presa y él, un gato salvaje.

—Yo... —tomé aliento— estoy saliendo con alguien.

—¡Mentira!

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo intervenido tu teléfono, hay un chip rastreador en tu bolso y te hago seguir.

Las puertas del ascensor se abrieron y él se apartó para que yo pasara, así que tuve que obligarme a caminar. ¿Mi teléfono intervenido, un rastreador y escolta de seguridad? Más que atracción, eso era acoso.

Me dije que debería sentirme ultrajada, indignada; de mínimo, sorprendida, pero había agotado mi capacidad de asombro tiempo atrás, quizá el día en que nací y vi a mamá.

Sanpierone abrió la puerta de su cuarto y me hizo pasar. Miré la cama, el escritorio, el balcón, todo tan familiar y

tan extraño. Me espabilé de golpe.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—¿Qué hace falta para que te me pongas horizontal? Dilo, todo el mundo tiene un precio. Necesito sacarme las ganas, un par de veces van a ser suficientes. Eso sí, te quiero caliente y dispuesta.

Nos evaluamos mutuamente con ansiedad. Pensé que el italiano se veía desafiante, casi como si pensara que yo podía decirle que no y temiera esa respuesta. ¡Aunque eso no tenía sentido! Bajé la cabeza y clavé la vista en un zapato que se hallaba fuera de lugar. ¡Qué ganas de negarme! Y también, ¡cuánto deseaba que toda la situación hubiera sido distinta, que él fuera un

simple médico y yo estuviera en posición de regañarlo por dejar tirados los zapatos bajo la cama!

Pero yo no era ningún ejemplo de orden ni de ninguna otra cosa, me dije, suspirando.

Una parte de mí se acordó entonces de Montorvo. Dolía y me obligué a dejar el pensamiento de lado.

—Mi madre —anuncié entonces con la voz ligeramente temblorosa y los ojos fijos en el zapato—. Ella es el precio. Tráemela, estoy segura de que puedes.

Sanpierone sonrió y pareció relajarse.

—Sí, va a ser fácil.

Por un momento creí que él iba a

agregar algo más, lo vi abrir la boca, tomar aire y estirarme una mano, luego cambió el movimiento a mitad de camino y se rascó la barbilla mientras se dirigía hacia la puerta.

—Vas a quedarte aquí hasta que yo vuelva con ella. Las calles no son seguras para ti en este momento.

Cerró y escuché el clic de la cerradura.

—¡Joder!

Esperé unos segundos y cuando pensé que él ya estaría lejos, fui a probar el picaporte. Imposible de abrir. Paseé como un gato enjaulado por la habitación, corrí la cortina y salí al balcón, si me tiraba iba a llegar al suelo muerta. No tenía cómo escaparme.

Frustrada, me senté ante el escritorio y sin querer, presioné el botón disimulado en la madera. El portátil surgió frente a mí en un instante.

Primero me ocupé de revisar los archivos. Todo lo que encontré fueron historias clínicas como las que ya había visto la vez anterior. Después abrí el programa de correos. Miré los mensajes por arriba: invitaciones de cumpleaños o bodas, la mayoría en italiano, algunas fotos de familiares que no conocía y poco más. Era una bandeja de entrada minúscula, apenas las cosas que se quieren atesorar.

Cerré y entré al navegador. El tipo había borrado la última exploración y no se abrieron pestañas que pudieran

dar lugar a suposiciones. Me fijé en Favoritos y encontré algunos sitios de noticias. Sin saber qué otra cosa hacer, entré en el de un periódico digital.

Estaba a punto de cerrar la pantalla que se abrió cuando alcancé a leer un titular: «Doce muertos colgados de un puente sobre la carretera». Miré la foto: los cadáveres pendían por sobre una calle con macabra regularidad. Los coches pasaban por abajo como si no vieran nada, como si la foto perteneciera a Sinaloa o a Irak. Reconocí el lugar, quedaba a pocas manzanas de la casa de mi madre, y leí el pie de foto. «Se cree que las víctimas pertenecían a la banda de los Pocos».

Leí toda la nota en detalle y al

costado me topé con otra: «Ajuste de cuentas entre bandas en un bar. Siete muertos». Abajo, la foto del bar de Paco. La noticia informaba que había sido una emboscada y que habían muerto cuatro Pocos y tres Topos.

Continué leyendo, entre el temor y la incertidumbre de encontrar algo sobre Hernán, ¿qué había sido del muchacho después de los disparos? Pero el periódico no decía nada al respecto. Lo único claro era que la guerra narco se había desatado con todo en el sur de la ciudad.

Montorvo había tenido razón: los Pocos habían provocado demasiado a los Topos y estos habían reaccionado. Estábamos viendo *El Imperio*

Contraataca. Me faltaba detectar a Lord Vader, pero ya tenía bastante en claro quién era El Emperador.

Cerré el sitio con un suspiro. ¡Que se mataran! Todo lo que yo quería era encontrar a mamá.

Solo que para encontrarla tenía que saber primero cuál de las bandas la tenía. Y para eso, supuse que debía llegar a los cabecillas.

Como había hecho tantas veces antes, ahogué el terror que sentía. Al menos sabía que mamá estaba viva, la había visto el día del «accidente» del candidato a alcalde. Eso me confirmó una idea que había tenido alguna vez: quizá no la habían secuestrado para pedir rescate sino para usarla como

parapsicóloga y adivina. Eso explicaría el silencio que sobrevino a su desaparición: sus captores no habían pedido rescate.

Suspiré.

¿Por dónde empezaría a buscarla? Giuseppina había mencionado a mi compañera del estudio jurídico, Juana García. ¡Ella nos había recomendado a los italianos, ver para creer!

Por lo tanto, era la mujer que le había pedido a Valeria que hiciéramos mal de ojo a Pescado Podrido, el de los Pocos, y antes le había pedido a mi madre el mal de ojo sobre Chorizo Colorado.

Juana García había iniciado la

guerra narco, me dije con súbita inspiración. Sentí un cosquilleo por la espalda, como cuando descubres que la electricidad funciona tras poner un dedo en el enchufe.

Volví al presente.

Claro que las señas físicas entre la Juana García del estudio y la de Giuseppina no coincidían, reflexioné. Ambas eran rellenitas, retaconas, hasta ahí estábamos igual, pero mi compañera llevaba el pelo oscuro estilo paje y ropa apagada y sin gracia. La mujer que buscábamos, en cambio, usaba cabello teñido de rubio... o quizá peluquín, recordé que había dicho Soraya.

Mi amiga había hecho mención a la ropa chillona y a los ojos claros y

extraños... lentillas de color, había supuesto en ese entonces. ¡Eureka!, pensé, ¡era la misma, a mí no iba a engañarme! Era tiempo de hacerle un interrogatorio en regla.

Miré alrededor: tenía un problema, estaba prisionera. Pero no me dejé amilanar. Decidí aprovechar la corriente de buena suerte y seguir con las averiguaciones.

Tenía que apresurarme.

Sabía que si no tenía éxito pronto, el doctor Paolo Sanpierone tendría derechos que yo no había querido otorgar a nadie desde algún infortunado encuentro en la facultad, después de la clase de Historia Mundial.

Me acordé entonces de

Montorvo. Habíamos estado cerca. Suspiré y me quedé mirando sin ver la carpeta de archivos que el ginecólogo tenía en su ordenador y que yo me había copiado en la última visita, cuando de pronto se me ocurrió una idea.

—¡No puedo ser tan bruta!

Abrí la carpeta y repasé los últimos casos de rejuvenecimientos vaginales: María Curie, Florencia Nightingale, Juana García, Marisol Pérez, Joan Dearco y Juana Inés de la Cruz.

Reconocí un nombre en la lista y me llevé una mano a la frente. ¡Solo alguien como yo podía haber pasado por alto un dato tan importante! ¡Si me hubiera fijado antes! Quería golpear la

cabeza contra la pared, frustrada como estaba por mis limitaciones.

—¡Ja, conque rejuvenecimientos vaginales! —susurré mi sospecha; al menos me había dado cuenta a tiempo.

Oprimí el ratón sobre el archivo correspondiente a Juana García y una desagradable imagen de su piel de pollo me saltó desde el ordenador. Asustada, cerré la pantalla en el acto. Respiré agitadamente. El saber no ocupa lugar, pero a veces te quema la retina. ¿Cuántas horas de psicoanalista tendría que pagar?

Preferí no mirar el archivo de Marisol Pérez, ¿qué probabilidades había de que fuera la chica de la villa? Y en cuanto a los otros nombres de

clientas, ninguno me decía nada.

Pero eso me dio otra idea.

Dudé. ¿Qué sentido tenía que me pusiera a buscar el soplón de Latorre en esas circunstancias? Pero el nombre de Marisol Pérez me hincaba la tripa. Mi madre habría dicho que era un presentimiento.

Por un momento dejé que me dominara la flojera, pero me dije que todos eran pasos para llegar a mamá y quizá Marisol Pérez fuera la clave. Después de todo, ella estaba con los Topos pero también había tenido un novio de los Pocos, el infortunado Gérard Depardieu. Podía apostar mi vida a que era la soplona de Latorre.

Emocionada, rebusqué en mi

bolsa hasta encontrar el pendrive y lo calcé en la ranura del ordenador de Sanpiero. De entre los archivos de Latorre, abrí el de las llamadas telefónicas de Marisol. Confirmé lo que ya había visto antes: la joven no solo había estado metida con el sosías de Gérard y con Lucas, de hecho era una miss Popularidad en ciernes.

En un trabajo anterior, yo había logrado reemplazar el noventa y cinco por ciento de los números con los que Marisol tuvo contacto: pertenecían a gente de la propia banda y a sus amigas, pero me quedaban ocho números sin identificar. ¿Quiénes eran esas personas con las que Marisol había conversado?

Con súbita inspiración, me

levanté otra vez para traer, también del bolso, el móvil de Lucas. Lo encendí y fui rastreando sus contactos para ver si alguno coincidía con esos ocho de Marisol.

—¡Bingo! —me dije en cuanto probé suerte. El primero de los ocho números no identificados de Marisol figuraba como contacto en el móvil de Lucas con el nombre de «Alcalde». Ese contacto ya me había llamado la atención cuando lo vi en la cárcel, pero en la aflicción del momento no había atinado a procesarlo en profundidad.

Indecisa, levanté el pulgar sobre la tecla de llamada. Me detuve a último momento. No iba a ser tan tonta de llamar desde el móvil de Lucas cuando

todavía estaba en pie la acusación de intento de asesinato.

Miré alrededor y, al detectar un teléfono fijo al lado de la cama, realicé la llamada desde ahí.

—Dígame —dijo la voz simpática del alcalde.

Corté de golpe. ¡Vaya que Lucas y Marisol tenían contactos interesantes! ¿Debía seguir con los otros siete de ella o investigar un poco los de él?

Decidí continuar la pesquisa con los contactos de Lucas y fui llamando uno por uno desde el teléfono de Sanpierone. Llegué a «Juez Tizia» y una voz femenina respondió del otro lado:

—¡Giuseppina, qué alegría recibir tu llamada!

Notar que ella había identificado el número desde el que yo la hablaba me causó un infarto.

—Eh... esté... Señá Tiziá —dije con mi mejor voz de criada del siglo diecinueve, ese acento ridículo que se encuentra solo en los culebrones—. Soy la Petrona. La señá Giuseppina mi ha pedío que le pregunte si puedo ir a llevarle una fuente con pastas. Es su receta especial y quiere dársela a usted.

La esposa del juez rio encantada y me dictó su dirección. Quedamos en encontrarnos en su casa un rato más tarde.

Colgué, satisfecha. Tardé unos segundos en recordar que estaba prisionera.

De pronto, me di cuenta de que había llegado al final de los contactos de Lucas. Entonces decidí llamar desde el fijo a los restantes siete números que no había podido identificar en el listado de Marisol. Total, ¿qué podía pasar? ¡Estaba en casa de Sanpieronone!

Nadie atendió en el primero a pesar de mi insistencia.

En el segundo respondió una mujer. Tras hablar un momento con ella, caí en cuenta de que era la madre de Lucas.

—¿Susana? Soy Malala —me presenté, aliviada—. Quería que supieras que yo no disparé contra Lucas, ¡soy inocente!

—¡Malala! Llevo días queriendo

hablar contigo. Tengo un problemita que quería comentarte.

—Ya no estoy en ese rubro, puedes hablar con Soraya.

—No, no, si no es por eso, es por la rifa.

—¡No puedes hacer esa rifa! Sabes de sobra que yo no estoy de acuerdo, ¿cómo se te ocurre que voy a pasar la noche con un hombre nada más que para que tu hijo tenga una consola?

—Justamente por eso quería hablarte. Al principio no se vendieron muchos números. Están los del alcalde...

—Los del alcalde son míos. Ya estás tachando su nombre, yo tengo los talones del uno al cinco.

—Está bien. Bueno, están los cinco del alcalde... quiero decir los cinco tuyos, están los quince del abogado, Conde.

—¡Devuélvele ya mismo el dinero! ¿Me oyes? ¡Susana, si no devuelves ese dinero te va a pasar algo malo!

—Y ahora se agregaron los del comisario Montorvo.

—¿¡Qué!?

—Insistió, Malala, tuve que abrir nuevas hojas de números para él. Compró del veintiuno al cien.

—Devuelve, devuélveles a los dos.

—No puedo, es que me hice sacar las verrugas.

—¡Pero si era para la consola!

—Parece que Lucas ya tiene varias consolas... como veinte. Además, dejó de estudiar.

—¡Te mato!

—No, por favor, por favor, te ruego, Malalita, soy una buena persona, ¡no me mates!

Corté la comunicación, enfurecida al pensar que alguien me creía capaz de asesinar a sangre fría, enfurecida también con Lucas y con la rifa. Aunque en ese momento, la rifa era el menor de mis problemas. Quizá ya fuera un fiambre cuando se sorteara y mis candidatos no parecían adeptos a la necrofilia.

Tras un aparatoso suspiro, seguí

con los números de Marisol.

El tercero correspondía a una peluquería y lo descarté tras una breve llamada.

El cuarto dio ocupado.

El quinto era de un hotel. Hotel de la Pé, dijeron.

En el sexto atendió un hombre con acento extranjero.

—¿Quién eres y de dónde conseguiste este número?

—Perdón, me equivoqué — colgué.

En seguida me lamenté. Me había dejado dominar por el pánico porque, ¿qué podía hacerme Alan Cerro, el matón de los Pocos, a través del teléfono? ¡Estaba en casa de

Sanpierone!

El séptimo número resultó ser de una pizzería y suspiré. No quería seguir haciendo aquello, Marisol Pérez había resultado ser una caja de sorpresas. Me mordí los labios. No quería hacerlo, pero no podía quedar ni una piedra sin remover si quería encontrar a mamá.

Volví a llamar al primer número, sin respuesta.

Insistí con el cuarto, pasé a buzón de mensajes y la voz educada y correcta de Egarteche se presentó y me pidió que dejara mi nombre y mi asunto.

No me había dado cuenta de que estaba con taquicardia hasta que apoyé una mano en mi corazón. ¿Qué hacía yo llamando a Egarteche desde el teléfono

de Sanpieronone? ¿Y por qué el número estaba entre los usados por Marisol Pérez de la villa?

Tenía que desistir. Me convenía quedarme quietecita y esperar al italiano en su cuarto. ¿Para qué sufrir? Pero algo en mi interior se resistía, ¡no quería entregarme a él así! Y volví a marcar el primer número de móvil.

—Vas a volverme loco —respondió, tras el tercer llamado, la voz sensual de Paolo.

Aspiré hondo y me quedé en silencio.

—No me había divertido tanto desde que llegué a tu país —insistió el italiano.

—Yo... soy Malala —aclaré,

por las dudas.

—Malala, Malala, Malala —se rio el hombre—. Pasaste los últimos veinte minutos revolviendo un panal de abejas africanas.

—No sé de qué me...

—¿Dónde vas a esconderte cuando todas salgan a picarte? ¿Bajo tu cama? ¿O dentro de la mía?

Colgué con el corazón bombeando a mil.

Sanpierone había escuchado mis anteriores conversaciones, o sea que también había pinchado el teléfono del cuarto. ¿O había micrófonos en la habitación? Miré en derredor, súbitamente temerosa. ¿Había cámaras dentro del cuarto? ¿Me había metido un

dedo en la nariz? No podía recordar y empecé a sudar. No, razoné entonces, de haber alguna cámara, él me habría dicho algo sobre el uso de su portátil.

De puntillas, me acerqué al escritorio y volví a sentarme frente al ordenador mientras pensaba.

* * * * *

Abrí una planilla Excel en la que fui colocando nombres y trazando flechas.

Marisol Pérez tenía contacto con la mamá de Lucas, con Alan Cerro de los Pocos, con Egarteche, con Sanpierone, con el hotel de la Pé y con todos los de la banda de la villa. No

hacía falta ser un astro para darse cuenta de que Marisol era, efectivamente, el soplón que buscaba Latorre. Eran demasiados contactos con grupos diversos.

Bueno, al menos ya tenía eso resuelto, me dije, era mi día de suerte.

Lucas tenía como contactos al alcalde y al juez Tizia. El alcalde había reaccionado con miedo cuando mencioné a los abogados, al comisario Evaristo Luciérnaga y al juez. A su vez les había encargado ese feo trabajito sobre su adversario a los hombres que tenían a mi madre. ¿Qué daba como resultado esa ecuación? ¿De qué lado estaba el alcalde? Del suyo propio, concluí, con Dios y con el diablo; el

alcalde era una tortilla, como todo político. Lo descarté.

¿Lucas? Era *freelance*, él mismo lo había dicho. Trabajaba para los Topos, para Montorvo y para cualquiera que quisiera pagarle. Alguien lo había declarado prescindible o había querido acallarlo. O simplemente, le habían disparado para poder encerrarme. Esto último, lo decidí, porque la herida había sido superficial y básicamente no le habían hecho daño.

Alguien había querido meterme en prisión para que dejara de estorbarle. Del mismo modo que me habían puesto merca en el bolso con idéntico fin.

Eran los Pocos, supe entonces. Latorre tenía razón, si yo seguía viva a

pesar de tantas circunstancias, era porque los Pocos nunca habían querido matarme. Amedrentarme, sí. Alejarme del barrio, sí, incluso metiéndome en prisión. O enviándome matones. O un pasaje de avión.

Los Pocos estaban molestos conmigo por todo lo que había hecho: el mal de ojo sobre Pescado Podrido, el cliente nuevo para Latorre, pasearme por la villa con la Uzi, la redada en la casa donde estaban Alan Cerro y Gloria Núñez, que terminó con su detención. Suspiré. Era una lista larguísima de cuentas pendientes, pero así y todo, los Pocos no querían matarme. ¿Por qué?

Los Topos, entretanto, habían comenzado usándome. El mal de ojo de

Pescado Podrido, recordé.

Pero los Topos, que se habían mantenido expectantes mientras yo sufría con los Pocos, de pronto decidieron matarme. Fue después de que yo le comentara al juez Tizia que había estado con el Mudo, recordé. Pensaban que sabía lo de los peces.

El juez Tizia era Topo, concluí.

Tragué saliva. De ese lado venía el verdadero peligro.

Finalmente, ¿Los Topos eran los mismos italianos? No, los Topos habían bombardeado la casa de mi madre mientras que Paolo me había guardado de postre.

Recordé entonces un comentario que Conde me había hecho cierta vez:

los Topos querían consolidarse como narcos líderes de la ciudad y buscaban llegar a los mercados internacionales a través de un acuerdo con la mafia. Con *los italianos*.

De pronto, todo encajaba.

¿Qué más sabía?

Los Topos me usaron para el mal de ojo, o sea que no tenían a mi madre o la habrían usado a ella.

Por descarte, eran los Pocos los que tenían a mi madre. La habían usado para asustar al candidato a intendente. Para llegar a mamá tenía que encontrar a Gloria Núñez y al sicario Alan Cerro.

Y tenía que huir del juez Tizia, a quien había logrado identificar como Topo.

¿Y Montorvo? ¿Dónde entraba? Mi corazón bombeó a mil. ¿Era un agente encubierto, como me había dado a entender? De haber creído en algo o en Alguien, en ese momento le habría rezado con fervor para que fuera inocente.

Dejé aquello de lado. No servía de nada pensar en mi atracción por Montorvo en esas circunstancias.

En la pantalla volví la vista al nombre de Juana García. Ella le había encargado a mi madre el mal de ojo sobre un Topo, y a Valeria y a mí, sobre un Poco; ambos con el mismo resultado: la muerte. Además, nos había llevado hasta los italianos.

Volví a mirar la pantalla.

¿Dónde encajaba el hotel de la Pé? Recordé que había tropezado con el nombre de ese establecimiento varias veces antes: cuando cargaba los datos del estudio.

Del pendrive abrí el archivo de gastos y fui pasando los renglones uno a uno hasta que resalté todos los correspondientes al hotel. Cinco en tres meses, siempre cifras abultadas.

Pasé al programa navegador y *googleé* el nombre del lugar. No tenía página web propia pero un par de menciones en diferentes sitios me indicaron que el establecimiento era un hotelito de mala muerte, tan opuesto al cinco estrellas glamoroso que me había imaginado al ver las facturas, como

puede serlo una cucaracha respecto a la sonda espacial Voyager.

Después, me quedé mirando por la ventana. Tenía cosas que hacer, cosas que no lograría si seguía estando encerrada.

Abrí la puerta vidriada que daba al balcón y me asomé. Demasiado alto. ¿No había una hiedra por ahí cerca? ¿Una canaleta con rebordes? ¿Un ala delta? Regresé a la habitación, deshice la cama y me dediqué a atar las sábanas entre sí. Lástima que nunca había aprendido a hacer el nudo del marinero, ¡lástima que nunca me había ocupado de bajar de peso!

Cuando hube unido hasta el cubrecama, llevé todo al balcón y enlacé

la punta al barrote de hierro forjado de la baranda. Acababa de lanzar todo al aire para probar hasta dónde llegaba, cuando escuché que se abría la puerta a mi espalda. Tenía dos opciones: saltar por el balcón o darme vuelta y sonreír. En ese momento, alguien dio la voz de alarma en el jardín y regresé a la habitación con una sonrisa radiante.

No había nadie. Impactada, miré la puerta apenas abierta. Sabía que era una trampa, alguien la había abierto para que me fuera. Sabía que debía cerrarla de nuevo y esperar a Sanpierone, quizá con un velo y unos tules como si me encontrara en un harén. ¿Tendría que hacer la danza del vientre? Eso me decidió y, tomando mi bolso a la

carrera, traspasé la puerta, el pasillo y eché a correr escaleras abajo. En la planta baja me dirigí a la cocina y aunque se escuchaban airadas discusiones bajo el balcón de Sanpierone, no me detuve.

Con sigilo, di la vuelta a la casa y entonces sí, salí caminando tranquilamente por el amplio parque hasta la entrada. Me despedí, saludando con la mano a los vigilantes, y me alejé calle abajo rumbo a la estación del tren.

Después de veinte minutos en el vagón, recordé lo que me advirtió Sanpierone. Él podía seguirme, me había colocado un rastreador. Miré mi bolso con desconfianza, que se convirtió en tristeza segundos después. Tendría

que despedirme de él, mi gran amigo, la más preciada de mis pertenencias.

Saqué el último pañuelo de un paquete desechable y me miré el chándal con el que había estado durmiendo la noche anterior, antes de que los Topos atacaran mi casa. Extrañaba mi jean. Suspirando, me soné la nariz e hice un bollito con el pañuelo.

Manoteé las llaves de mi piso y las de la casa de mi madre. Tendría que llevarlas en la mano.

La billetera estaba casi vacía y abultaba mucho, así que extraje los pocos billetes que contenía y fueron a dar al minúsculo bolsillo delantero del chándal.

Miré el peine, mi pelo estaba

hecho un desastre pero hacía mucho que había dejado de preocuparme, volví a dejarlo en el bolso.

Una ojeada a la cinta de embalar me trajo tantos recuerdos que se me hizo un nudo en la garganta.

El móvil de Lucas, seguí listando, el mío (lo apagué, le saqué el chip, guardé el equipo en el bolso y tiré el chip por la ventanilla). A continuación hallé la cajita negra con el nombre «GPS Tracker».

Sonreí con alegría por primera vez durante esa tarde. No tendría que deshacerme de mi amado bolso después de todo. Escondí el rastreador en un rincón junto al asiento, volví a meter todo en su lugar y cerré con la cinta,

siempre cuidando de dejar un espacio para colar el rollo.

Después miré hacia afuera. Se estaba haciendo de noche. Apenas si tendría tiempo suficiente de ir a la casa de Juana García, pues había decidido iniciar las pesquisas ahí, ya que parecía la menos peligrosa de la lista. Además, al menos sabía dónde vivía: recordé la aburrida experiencia de haber estado allí una vez, bostezando mientras tomaba el té.

Pero entonces me di cuenta de que en realidad estaba cerca del hotel de la Pé y decidí sobre la marcha. Me bajé del tren en la siguiente estación.

El hotel era tal cual había visto en las páginas web: un sitio

desvencijado y tan viejo que las escaleras parecían inclinarse a medida que las subía, como si los escalones mismos pidieran una tregua. En la recepción, ubicada en el entrepiso, me encontré con un hombre tan anciano que bien podría haber puesto la piedra fundacional del establecimiento o incluso de toda la ciudad.

—¿En qué puedo servirle? — dijo el sujeto sin alzar los párpados.

—Estoy buscando a mi ex esposo —sollocé—. Me robó a mi niño y me dijeron que lo vieron aquí. ¡Por favor, ayúdeme, señor!

—¿Eres agente fiscal?

—¡No!

—¿Control bromatológico?

—¡No!

—Mirar en el libro va a costarte cien.

—Cincuenta.

—Ciento veinte.

Fruncí el ceño. ¡Algunas personas no entienden las reglas del regateo!

—Está bien, la verdad es que soy agente fiscal.

De mala gana, el hombre me tendió el libro de ingresos y busqué la primera de las fechas de las facturas del hotel que había pagado el estudio jurídico. Un listado de nombres desconocidos salió a mi encuentro. Ninguno me decía nada, salvo el último. Me temblaban las manos cuando busqué

la segunda fecha. Allí estaba ese nombre de nuevo, vez tras vez.

Cuando terminé, devolví el libro y le sonreí al recepcionista con la misma expresión lobuna que suele tener el inspector fiscal cuando encuentra alguna falta.

—Quiero la copia de las facturas de este pasajero... José Chimpu.

—¡No las tengo! Es mi sobrino, ¡no le facturamos nunca! Viene a visitarnos cada quince días, más o menos. Hace algún negocio y se vuelve a su pueblo.

—No puede tener pasajeros sin factura, es una grave infracción. — Sacudí ante el hombre mi dedo índice.

—¡Por favor! ¡Es solo mi

sobrino!

—¡Que sea la última vez!

Dejé el hotel con el sonido del «¡Gracias!» del hombre aun retumbando a mi espalda. Caminé unos pasos y me apoyé contra un árbol para luchar con mi angustia.

El estudio jurídico de Egarteche García y Conde Guerra llevaba meses pagándole a José Chimpu, y no le pagaba cualquier importe. Eran cifras cuantiosas, por trabajos que el sujeto hacía en un par de días antes de volver a su pueblo hasta el siguiente encargo.

A cambio, Chimpu entregaba facturas del hotel sin que su tío lo supiera, quizá se las robaba.

El rostro de Chimpu surgió con

fuerza en mi mente, recordé que era el sosías de Han Solo, que había acudido al local de mi madre el primer día en que yo me había hecho cargo de la atención. Había solicitado un ferretero, recordé, y yo lo había puesto en contacto con Latorre.

El mismo Latorre lo había mencionado tiempo después, diciendo que Chimpu era el sicario de los Topos que había matado al Mudo.

Era el mismo hombre. Un asesino.

Me pregunté por qué los dueños del estudio Egarteche García y Conde Guerra necesitaban comprobantes de esos misteriosos encargos. Tal vez fuera para deducirlos del pago de impuestos,

todo el mundo sabe que la presión tributaria provoca acidez estomacal.

Aunque, pensándolo bien, tal vez fuera porque no todos los socios del estudio estuvieran al tanto de esos encargos y se disfrazaba el gasto.

Pensé entonces en Egarteche y su inseguridad, su timidez. En Conde. Conde y su sonrisa de galán, su cuerpo perfecto y su cara de revista. Conde y su Audi, sus amigas modelos y sus lujos. Conde y su novia emparentada con los narcotraficantes. Conde en la fiesta de Sanpierone.

Me estremecí. ¿Hasta dónde llegaba la inmundicia?

Entretanto, miré en derredor, estaba claro que la inmundicia llegaba

al menos hasta la siguiente estación de trenes. Mientras caminaba hacia allí, me percaté de que se había hecho de noche y tuve conciencia de las sombras que se movían en los zaguanes, quizá parejas buscando cariño, aunque probablemente se tratara de pequeñas bandas alistándose para dar algún golpe.

Quizá porque todavía no había agotado mi cuota de buena suerte, llegué a la estación sin problemas. Mientras abordaba el tren, decidí que era demasiado tarde para ir a ver a Juana.

Lo que necesitaba era dormir, no había pegado el ojo desde la madrugada, cuando había llegado a la casa de Latorre. Cabeceé un poco y cuando quise darme cuenta, estaba al final del

recorrido.

Había llegado al centro de la ciudad y ahí no se dormía en toda la noche, la gente iba y venía con algún plan en mente, mientras que yo... Me detuve en el andén. ¿A dónde podía ir? Estaba bastante cerca de mi piso, pero las bandas podían estar esperándome en la puerta. Podía tomar otro tren o un autobús hasta el barrio y bajarme en casa de mi madre o en la villa. Nadie me garantizaba que no estuvieran esperándome allí también.

Caminé unos pasos y me detuve frente a una cabina de teléfonos. Lo que tenía que hacer era llamar a Soraya.

Marqué el número y pasé a buzón de mensajes. Lo intenté varias

veces, siempre con el mismo resultado. ¿Mi amiga estaba tan ocupada con Latorre como para no atender? Murmurando algunas palabras contra la lujuria desmedida de la gente, encendí el móvil de Lucas y de ahí copié el número del líder de la villa, prometiéndome que lo memorizaría de una vez.

Marcos atendió al instante.

—¿Quién?

—Malala.

—¡Nena! ¿Dónde te metiste?

¡Esto es un desastre! Nena, tienes que ayudarme... —El líder lanzó el llanto y me fue imposible entender lo que dijo a continuación.

—¡Más despacio! ¿Qué ha pasado?

—¡Se llevaron a Soraya! Nena, tienes que ayudarme. —Más llanto.

—¿¡Cómo!? ¡Dime qué ha pasado!

Logré reconstruir los hechos después de varios intentos por calmar al hombre. Después de ser atacada esa mañana, la noticia de que el Desdentado había sufrido un accidente de tráfico llegó a la villa.

Soraya se puso como loca al saber que no se sabía nada de mí y salió a buscarme a pesar de que Latorre le había pedido que se quedara en casa. Pero nada había podido detener a mi amiga y fue primero a la casa de mamá, luego al local de Valeria, por último a lo de la tía Hermilda.

Ese fue el último lugar donde la vieron. A la salida, un coche se detuvo, se bajaron dos hombres e intentaron subirla a la fuerza. Se resistió tanto que el chofer del vehículo tuvo que descender para ayudarlos y entre los tres la subieron al asiento trasero. El coche arrancó corcoveando y en zigzag, señal de que Soraya se había resistido hasta el último momento.

—Nena, tú eres la única que la puede traer de vuelta —siguió llorando Latorre—. Mira bien tus lealtades. ¡Soraya te quiere mucho!

La comunicación se cortó y me quedé mirando a la pared en silencio. ¿Por qué secuestrarían a mi amiga? Había una sola explicación posible:

porque querían canjearla por mí. Pero yo había tirado el chip de mi móvil y no tenía cómo recibir llamadas.

Las piernas me temblaban y tenía el estómago revuelto, pero me obligué a pensar. Si una banda quería proponerme ese trueque y no pudiera comunicarse conmigo, ¿a quién podría dejarle el mensaje?

Hice otra llamada y me atendió al instante la tía Hermilda.

—¡Sobrina! ¡Ay, por Dios, qué suerte que llamaste!

—Tía, te llamo por Soraya, ella...

—Malalita —me interrumpió Hermilda con la voz quebrada—. ¡Secuestraron a Valeria!

—¿¡Qué!?

—Esta tarde, en su local. Ella se había quedado a preparar las cosas para la inauguración de mañana. ¡Tiraron todo abajo! ¡Dispararon a matar!

La tía lanzó un gemido interminable.

—Pero, ¿está bien?

—Estaba bien cuando se la llevaron, de acuerdo a los testigos...

—¿Qué dice la policía?

—Ahora mismo están escuchando esta conversación.

Corté, pagué y salí corriendo. Lo sentía mucho por la tía, pero no podría ayudarla si alguna de las bandas me encontraba. Y desde luego, no confiaba en la policía.

Me introduje en un local de comida rápida, diez manzanas más allá, y pedí un café doble. Ni siquiera noté el sabor a extracto de carbón característico de esos lugares.

El líquido me quemó la garganta, continuó labrando un surco hasta el estómago y se quedó ahí, sellando su destino como fuente de hidrocarburos para las generaciones futuras.

Bastante ajena a ese proceso, cerré los ojos y apoyé la frente en una mano. Ahora sí, tenía que llamar a Sanpierone.

Solo la mafia podía reorganizar el desbarajuste universal. Solo ellos podían volver a su cauce el desmadre de las bandas, regular la anarquía judicial,

controlar a la policía, imponer el orden.

Capítulo 12: El Sacerdote

Tenía que localizar al italiano, pero no me moví. Se me había tensado el estómago de rabia e impotencia y bien sabido es que no hay peor rabia que la que uno no sabe a quién dirigir.

Por consiguiente, los odié a todos. A los Topos, por expandir su negocio a costa de matar gente. A los Pocos, por no llegar al acuerdo con los Topos antes.

Odié al juez Tizia, al alcalde, al misterioso comisario Luciérnaga, a Montorvo, ¡con su mezcla de interés e indiferencia!

Odié también a la gente del

estudio, en quienes ya no podía apoyarme: a Conde y su novia narcotraficante, a Egarteche y su timidez y su extraña pasión por las mafias, a Juana García y su bipolaridad evidente.

Pero entre todos esos oscuros sentimientos, había dos que se llevaban el gran premio: odié a los estúpidos que creían en el poder de la clarividencia y odié a Sanpierone con todas mis fuerzas.

Lo odié porque me había llevado al convencimiento de que sólo él podía traer tranquilidad. Se me antojó que todo era caos, dolor e incertidumbre, todas éramos piezas de ajedrez que se comían mutuamente sin respetar las reglas. Y arriba estaba él, el gran jugador, esperando con paciencia a que quedaran

los más hábiles, moviendo una que otra torre con displicencia mientras ahogaba un bostezo. «Por favor, por favor, trae algo de orden», pedía un alfil, «Sólo si aceptas mis órdenes», era la inflexible respuesta.

«Yo vendría a ser Coppola», había dicho una vez él, refiriéndose al director de *El Padrino*. ¡Y yo no lo había entendido! Ahora, en cambio, estaba dispuesta a meterme yo misma en un calabozo y a darle la llave ¡a cambio de una tregua!

¿Y quién podía reprocharme? Había hecho hasta el último intento por ser libre.

Entonces me pareció escuchar la voz descontenta de mi madre:

«Fracasaste otra vez. Dime, ¿te esforzaste? ¿Diste el máximo posible? Recuerda, Malala, que no se hace el último intento hasta que se da la vida.»

Tal vez me había quedado corta en eso, tal vez me faltaba dar la vida.

Cuando cerraron el local y me echaron a la calle, caí en la cuenta de que estaba en la cuenta atrás, ya no me quedaba margen y si daba un paso en falso, no sólo mi vida iba a perder, también estaban en juego las de Soraya, Valeria y mi madre.

Les pedí mentalmente perdón por si me equivocaba y es que había decidido que en lugar de llamar al emperador, iba a invocarlo en todas las negociaciones.

Cuando se enterara, era probable que Sanpieronone quisiera meterme un tiro entre los ojos. Mejor entre los ojos que entre las piernas, decidí.

Después de deambular por varios cafés durante toda la noche y cuando el día comenzaba a asomarse, me detuve frente a la casa de Juana.

Suspiré mientras miraba unos metros más allá, donde estaba la mansión de Egarteche. En algún momento, las dos propiedades debieron ser solo una: una magnífica casa del siglo pasado, y cuando la heredaron los primos se la dividieron a medias. Pero aunque en esencia eran iguales, la de Juana lucía desgastada y vieja, mientras que la del letrado parecía un palacete.

Tras la reflexión, volví mis ojos a la casa de mi antigua compañera. Si me quedaba en la acera mucho tiempo, algún vecino me denunciaría por merodear y la policía acudiría corriendo: no se juega con la ley en esa clase de barrio.

Hice acopio de valor, crucé la calle y presioné el botón del portero como si me estuviera electrocutando.

—Acabamos de llamar al nueve once —me advirtió una voz adormilada a través del aparato.

—Traigo un mensaje para Juana García.

Las puertas electrónicas se abrieron de par en par y Juana me recibió en bata y pantuflas en la puerta

de la cocina.

—¿Tú? —preguntó, incrédula.

—Tenemos que hablar.

Me hizo pasar a la cocina y me convidó una taza de café. Miré alrededor: era un sitio demasiado pulcro y ordenado, fiel reflejo de la mujer que yo creía conocer de la oficina. Pero, ¿cuándo llegamos a conocer realmente a alguien?

—¿Te pasa algo? —preguntó Juana y caí en la cuenta de que había apoyado la taza en el platillo con demasiada violencia.

—Quiero saber por qué —susurré—. No disimules, es inútil que lo niegues, lo sé todo. Sé que te disfrazas, que tienes dos personalidades.

Juana enrojeció vivamente para luego palidecer como si estuviera a punto de morir.

—¿Lo... lo sabes? —tartamudeó—. ¿Cómo lo supiste? ¿Tú... —manoteó en el aire— estuviste allí? ¿Me viste? ¡Por favor, no me digas que filmaste! —Sus manos se aferraron a mi antebrazo con una fuerza inusitada y luché para soltarme.

—¡No, no, no te filmé! —dije cuando pude liberarme. La bestia me había dejado el brazo lleno de moratones y me dediqué a masajearme.

—¡Ay, Malala, por favor, te ruego que no se lo digas a nadie! —De pronto, Juana escondió la cara en el hueco del codo y se echó a llorar sobre

la mesa—. ¡Por favor, Malala, por favor! Fue solo una vez, ¡lo juro! Una amiga me dijo que probara lo del *pole dancing* y cuando se produjo esa vacante en el club...

Me atraganté, empecé a toser y Juana se puso de pie y me dio un par de golpes en la espalda.

—¿Estás bien? —quiso saber.

Asentí con la boca abierta. No podía cerrarla. La idea de Juana haciendo *pole dancing* reventaba mis sinapsis.

Aunque, por otra parte, ese no era el secreto que esperaba oír.

—Pero tú no... —dije unos minutos después, al recuperar el habla. Carraspeé—. Por casualidad, ¿tú no me

recomendaste con una familia italiana?

Mi excompañera frunció el ceño.

—¿Recomendarte? ¡De ninguna manera! No te ofendas, querida, pero sé cómo trabajas. ¿Cómo podría recomendarte?

Me puse de pie en el acto.

—No te molesto más. Y quédate tranquila, tu secreto está a salvo—. Me dirigí a la puerta de calle, con Juana pisándome los talones, pero al abrirla me volví de repente—. Oye, ¿por casualidad no conoces a alguien que tenga el mismo nombre que tú?

—Homónimo, se dice —sonrió—. Hay muchas Juanas García, puedes echar un vistazo en Facebook o en el listín. —Ya me iba, cuando la escuché

decir: —Sin ir más lejos, mi peluquera. Ah, y mi compañera de *pole dancing*, somos «Las Dos Juanas», queda muy artístico, ¿no te parece? Oh, y claro, la pareja de Egarteche... aunque ella es Juana Cristina, no Juana a secas.

Tropecé con mis propios pies, caí en la acera y me raspé las rodillas y las manos, pero por suerte Juana no lo notó, pues ya había cerrado la puerta.

Desde el suelo me quedé un largo rato observando la casa del abogado. Algo me decía que no debía ir allí. Estaba segura de que Egarteche no era un Poco y, por lo tanto, que no tenía a mi madre. ¿Qué sentido tendría visitarlo? Y, sin embargo, me sentía tan cerca, tan cerca de resolver el acertijo,

que creí que las ventanas cerradas me llamaban como el canto de las sirenas.

Es una fuerza macabra, habría dicho mi madre.

Me encogí de hombros, suerte que no creía en esas cosas, me dije al ponerme de pie y aproximarme para tocar el timbre.

La mujer que apareció en el marco de la puerta era rubia teñida, alrededor de cuarenta años, ojos celestes un poco extraños (seguramente lentillas), rolliza en la cintura y de busto caído.

—Mi nombre es Malala Macaroni... —Vi que la mujer se santiguaba— y vengo a hablar con usted de parte de Giuseppina Sanpierone.

Detrás de ella, se aproximó la silueta delgada de Egarteche y cuando llegó a nosotras, noté que el abogado se sonrojaba violentamente sobre el cuello alto de su polo verde.

No perdí el tiempo en analizar sandeces.

—Juana García, ¿cierto? —dije en dirección a la mujer. No esperé respuesta, no hacía falta—. Hace cosa de dos semanas, usted le pidió a mi prima que hiciera mal de ojo sobre Wilson Tolaba, alias Pescado Podrido. Como bien sabe, Tolaba era un vendedor de la banda de los Pocos y ese favorcito especial terminó en su muerte. Poco antes, le encargó a mi madre un favor similar sobre Chorizo Colorado.

Quiero saber por qué.

Egarteche se hizo a un lado.

—Malala, por favor, pasa, no te quedes en la puerta.

Me condujeron a una sala totalmente blanca: desde las paredes al suelo, pasando por los muebles. Los sillones tenían ese mismo color y eran tan mullidos que parecían osos de felpa. Por las dudas, me senté en la punta de uno, no fuera que dejara una mancha.

—¿Ha dicho que viene de parte de Giuseppina? —preguntó Juana García con curiosidad.

Asentí enérgicamente.

—Puede llamar a Giuseppina, ella le dirá que estoy a punto de casarme con su hijo. Justamente ayer estuvimos

juntas y salió esta conversación.

La pareja de Egarteche batió palmas.

—¿Es cierto eso? ¿En verdad tú...?

—Vimos vestidos para la boda —continuó—. Finalmente nos decidimos por el que había usado la abuela.

—¡Excelente! —exclamó Juana—. Giuseppina me comentó que estaba encantada con la novia. ¡No tenía idea de que eras tú! ¡Y pensar que yo te recomendé con ella, qué bien!

Eso no coincidía con la reacción de rabia que yo esperaba encontrar. Paseé mi mirada de ella a su pareja. En contraposición, Egarteche lucía pálido y nervioso.

—¿Vas a casarte? —susurró—.

¿Vas a casarte con Sanpierone? Pero él es... él es...

—¿Qué? —Me incliné en su dirección, ansiosa por su respuesta.

—¡El jefe de La Santa!

¡Bah, eso lo sabía yo también! ¿Cuál era la novedad? ¡Todo el mundo sabía que ese era el nombre de su clínica! Regresé mi atención a la mujer.

—¿Por qué nos encargó el mal de ojo sobre Pescado Podrido?

Pero ella se limitó a encogerse de hombros y a sonreír mientras miraba al abogado. Volví mis ojos hacia él y fruncí el ceño, desconcertada, y es que se lo veía desencajado. Con una mano tironeaba el cuello de su polo, como si

se estuviera ahogando, mientras abría y cerraba la otra convulsivamente.

—No puedes casarte con Sanpierone. Tú... tú... —tartamudeó—. ¡No con Sanpierone, no con Sanpierone, con Sanpierone, nunca!

—¿Acaso cree que él no podría fijarse en mí? —me enfurecí—. ¿No merezco la atención de nadie? ¿Ni siquiera la de un abogado pedante o la de un poli frígido o, por caso, la de un narcotraficante?

Egarteche se puso de pie con brusquedad. Caminó unos pasos, apoyó las manos sobre una de esas enormes estufas-chimeneas que había en el lugar y agachó la cabeza, como si estuviera rezando o reflexionando en algo que

requería toda su atención. De pronto, giró para encarar a la mujer.

—¡Vete! —le ordenó.

Juana se marchó sin una mueca. Parpadeé ante la brutalidad de su voz y la obediencia que le siguió. ¿Qué clase de relación había entre ellos?, me pregunté. Quizá en la mansión no todo fuera blanco, quizá había un cuarto rojo, aventuré.

Ya solos, el abogado se sentó junto a mí. Demasiado cerca. Tanto así, que me hizo sentir incómoda. ¿Debía moverme? ¿Ponerme de pie? ¿Asestarle un golpe? Su rodilla se rozó con la mía y tuve que poner todo mi esfuerzo para evitar un gesto de rechazo.

—¿Qué voy a hacer contigo,

Malala? —susurró y la expresión en sus ojos era una curiosa mezcla de ansiedad y devoción.

¡Por Dios! ¿Qué le pasaba a la gente? Quién sabe, tal vez Soraya se había puesto a distribuir filtros de amor a mi espalda, barrunté.

—¿Por qué no me ayuda a entender? —pregunté a mi vez, con los ojos bajos como una niña buena.

Egarteche se echó a reír y tuve que alzar los párpados para mirarlo. Al reírse, no parecía el hombre tímido y nervioso que yo conocía sino alguien diferente. Me estremecí.

—¿No lo has entendido aún? ¿A pesar de todas las pistas que te he dejado?

—¿Pistas? ¿Llama «pistas» a...
a...?

De pronto, me quedé en silencio.
¿Qué estaba tratando de decirme?
Entonces me di cuenta.

—¿Ya? —El abogado sonrió—.
¿Ahora sí?

—¿Usted es el jefe de los
Topos? —pregunté, incrédula—. ¡No
puede ser! Si usted es... es... —No me
animé a decir un sabelotodo tímido y
bobo, no habría quedado bien.

—Demasiado inteligente para ti,
lo sé —replicó el abogado con chulería
—. Basé toda mi estrategia en la idea de
que nunca te darías cuenta —suspiró—.
Solo eran negocios, ¿sabes? Necesitaba
apoderarme del barrio y los Pocos se

resistían a dejar el lugar.

—Ajá. ¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—Tú eras mi carta para presionarlos.

—No entiendo.

—Te lo explicaré desde un principio. Pedro Sánchez, alias Chorizo Colorado, no servía para nada. Trabajaba para nosotros, es cierto, pero había cometido un par de deslices con sus amantes, era un bocazas. Tenía que sacármelo de en medio sin enfurecer a mi gente.

—Entonces envió a Juana a ver a mi madre, para que todo el barrio creyera que ella le había hecho mal de ojo.

—Pero tu madre se negó.

—¡Ya lo decía yo! Mi madre es buena.

—Tu madre es presumida y obtusa y pagará las consecuencias.

Di un salto en el sofá, pero logré contenerme y quietecita, me preparé para escucharlo hasta el final. Después de todo, me convenía que el final se tardara las mil y una noches del cuento.

—No quiso hacer mal de ojo, pero dio lo mismo —continuó el abogado—. Todos los Topos creyeron que ella se había cargado a Chorizo.

—Pero fue usted.

—Ya te expliqué el por qué. No me juzgues —añadió cuando fruncí el ceño—, quiero que sepas que a tu madre

le di otra oportunidad. Le envié al juez Tizia para que hablara con ella.

—Querrá decir, para amedrentarla.

Egarteche no me contradijo. Se limitó a mirarme en silencio, como si estuviera evaluando sus siguientes palabras. Entretanto, pensé en qué le habría dicho el juez a mi madre. ¿La habría amenazado con la cárcel? ¿O con la muerte? Me estremecí de pavor, pero en eso otro pensamiento tomó forma en mi cabeza. ¿Y eso a los Topos de qué podría servirles? No me cuadraba.

—Tizia no logró su cometido, tu madre seguía en sus trece. Pero al terminar la reunión, me contó un hecho insólito. Me dijo que había visto una

foto de la hija de doña Marta... y que eras tú.

—¡Ah! Él debió de recordarme del estudio —barrunté.

—¡Imagínate! Llevabas tres meses trabajando con nosotros y yo no sabía que tenía una bomba atómica en las manos.

¿Bomba atómica? ¿El hombre me estaba adulando? No lo creía. Yo era un arma, eso es lo que Egarteche estaba anunciando.

—Usted me envió la falange...

—Lamento haberte impresionado con ese detalle. Pero era necesario, ¿sabes? Un mensaje...

—Un mensaje que no entendí.

—No era para ti sino para que se

lo contaras a tu madre, queríamos que supiera que estabas en nuestras manos, que te podíamos utilizar.

—Querían amedrentarme a mí para amedrentarla a ella.

—¡Se suponía que irías corriendo a avisarle! No tenía idea de que para entonces tu madre ya había desaparecido.

—La tienen los Pocos, lo sé.

—¿Todavía no la recuperaste?

Creí notar una fina ironía en ese comentario, pero no tenía tiempo de analizar el detalle. Otro asunto me rondaba la mente y fruncí el ceño mientras me concentraba.

—Así que usted hizo matar a Chorizo Colorado de los Topos y luego

a Pescado Podrido de los Pocos, haciéndonos ver como las culpables.

—Confieso que me encantó ponerte a hacer brujerías. Supongo que a tu madre le daría un ataque...

—¿Divertido? ¡Murieron muchos hombres!

—Es la guerra —señaló con un encogimiento de hombros.

Me incorporé. Ese hombre me estaba cabreando.

—Pero... ¡pero no solo mató a los Pocos! También asesinó al Mudo, que era de los Topos. ¡Y no lo niegue!

—¡Había dejado que descubrieras lo de los peces! Esa torpeza es imperdonable. Aunque también fue culpa de Juana. A ella se le

ocurrió recomendarte con los italianos y te envió allí. Cuando me enteré era demasiado tarde: estabas hasta el cuello.

Aspiré profundamente. Era demasiado. ¿Cómo se atrevía? ¡Si el que estaba hasta el cuello era él! Él, con su pasión por las mafias. Él y su trato condescendiente con el juez. ¡Claro que condescendiente, si Tizia era su empleado!

Egarteche pareció darse cuenta de mi rabia porque sonrió tibiamente, como el hombre tímido que yo había conocido antaño.

—¡No te enojés! —susurró, acercándose a mí hasta colocar una mano sobre mi hombro. Me aparté con asco—. ¿Acaso no fui a sacarte de la

cárcel en cuanto Latorre me avisó? Me ocupé de que el juez que te habría dado años de prisión se apartara del caso, que Tizia se hiciera cargo, ¡te inventé pruebas! ¿Te has olvidado ya de eso?

—¿Ah, sí? ¿Y se ha olvidado ya que después echó abajo el frente de la casa de mi madre, intentado matarme? ¿Eh? ¿Y no fue usted el que ordenó que dispararan sobre el coche en el que íbamos el Desdentado y yo?

—Bueno, eso es culpa del Mudo, ¿no es así? —Egarteche volvió a encogerse de hombros y se alejó para repantigarse en el sillón con ambos brazos extendidos en el borde superior del respaldo—. ¡Yo no quería matarte, Malala, si hasta tenía pensado llevarte

de luna de miel!

—¡De luna de miel!

El abogado sonrió.

—No seas modesta. Estaba loco por ti. Pero ahora... ahora...

—Voy a casarme con Sanpieronone —anuncié, a la defensiva.

—Sobre mi cadáver —Y el abogado volvió a pararse. Ya me estaba mareando con tantas idas y vueltas—. O mejor dicho, sobre el tuyo. Tiene que ser así, Malala, ¿comprendes? ¡No puedo poner en riesgo mis operaciones! Sabes demasiado y, por otra parte, tengo que terminar de cerrar ese dolor de muelas en que se transformaron los Pocos para llegar a un acuerdo con nuestros amigos italianos. ¡Con los

Pocos de por medio no quieren firmar!
Dicen que no puedo garantizarles ni un
poco de paz.

Me tendió una mano galante para
ayudarme a ponerme de pie.

No me moví, mientras calculaba
la distancia a la puerta o al menos hasta
la lámpara, que podía arrojar por su
cabeza. Pero en mi interior sabía que no
tenía ninguna posibilidad de escapar, y
desde luego, no había nadie que pudiera
ayudarme.

—Habló en singular —dije de
repente, mientras una súbita esperanza
encendía una luz en mi alma—. ¿Eso
significa que Conde no es su socio en...
hum... este emprendimiento? —
Egarteche se limitó a sonreír—. ¿Cuál

es su relación con el comisario mayor Evaristo Luciérnaga y con Francisco Montorvo?

El abogado dejó caer su mano y en lugar de mirarme, sus ojos se situaron en algún lugar por sobre mi hombro. Me di vuelta y allí aguardaba José Chimpu, el sosías de Han Solo, con un arma en la mano. Parecía un AK47.

—¡Llévala con la otra! Y asegúrate de que llegue sin una marca.

El sicario esposó mis manos en mi espalda y me arrastró hasta la parte trasera de la casa, pasamos por un patio interno, el lavadero y fuimos a dar a un cuarto de servicio, cuya puerta el hombre abrió de una patada.

—Ya tienes compañía —indicó

al empujarme dentro, tras lo cual cerró con llave antes de irse.

Miré en derredor: un montón de cachivaches en una esquina, una mesita, una silla, una cama. Sobre la cama estaba tendida Valeria, atada de manos y pies y con la boca amordazada por una cinta.

Me coloqué de espaldas a mi prima y con las manos amarradas, traté de arrancarle la cinta. No fue fácil, tuve que inclinarme hacia atrás, pegué el tirón, Valeria pegó un alarido, perdí el equilibrio y caí sobre mi prima en la cama. Forcejeamos las dos. Era casi imposible hacerse daño con las manos aferradas a la espalda, pero nos quedaban los dientes y lo intentamos con

toda el alma.

Acaloradas y sudorosas, nos detuvimos al cabo de un rato.

—No voy a salvarme de la muerte aunque te mate —acepté mientras resoplaba.

—No van a matarnos, tonta. Van a canjearnos. Me lo dijeron desde el primer momento.

Abrí la boca y volví a cerrarla. ¿A canjearnos? ¿A quién? ¿A Sanpierone? ¿El italiano iba a pagar para recuperarme? Creí morir de la vergüenza, aunque una gran parte de mí se sintió aliviada y una pequeña parte, incluso halagada.

—Van a canjearnos a los Pocos —siguió diciendo Valeria—. Tienen no

sé qué venganza pendiente con ellos, así que van a cambiarnos por dos jerarcas.

—¡Eso es estúpido! —me quejé—. ¿Para qué harían eso los Pocos? Bueno, es cierto que a mí me odian, pero no entregarían a dos hombres a cambio de nosotras, ¿o sí? Para mí que entendiste mal, van a matarnos.

—Canjearnos.

—Matarnos.

—Si serás gilipollas. ¿Para qué querrían matarme? ¡Si no he hecho nada malo! ¿Y tú?—preguntó Valeria.

Guardé silencio. Estaba cansadísima tras haber pasado la noche dando vueltas por los cafés. Y la noche anterior a esa no había sido mejor, con la explosión en casa de mi madre y

Soraya y yo corriendo hacia la villa.

Me dolía tanto la cabeza que me era imposible pensar.

—Échate a un lado —le ordené a mi prima—, necesito dormir.

Forcejamos otro poco, pero yo estaba tan cansada que terminé durmiéndome en el suelo.

Desperté a primera hora de la tarde, cuando abrieron la puerta y nos pasaron un sándwich y una botella de agua.

—A compartir. No esperábamos tener dos prisioneras —dijo Juana García desde la puerta.

—Oye, tenemos las manos atadas a la espalda.

La mujer nos miró, dubitativa.

—Ven tú —me ordenó. Abrió mis esposas con una llavecita y aunque quería restregarme las muñecas, la mujer volvió a sujetármelas y me las amarró por delante.

—Te eligió a ti porque tienes cara de tonta —dijo Valeria.

—No te olvides de que yo soy la que da de comer.

Tras otra pelea, compartimos el sándwich y el agua. Después nos acomodamos lo mejor que pudimos en la cama y esperamos a que el sol que se filtraba por la ventana con reja diera paso a la penumbra.

—¡Qué calor hace! —se quejó Valeria, mientras gruesas gotas de sudor le bajaban por las sienes.

—Ya casi estamos en verano —
asentí, poniéndome de pie.

Tenía el pelo encrespado y pegajoso, la sudadera adherida al cuerpo, las zapatillas llenas de polvo. Tomé el extremo de la sudadera entre las manos y sacudí un poco la tela para ventilarme.

—Qué mal gusto tienes para la ropa —observó mi prima desde la cama —. Sostén de algodón. ¿Se supone que es blanco? —No respondí—. Y seguro que las bragas no combinan. A ver, muestra. —Tampoco entonces obtuvo respuesta—. ¿Te das cuenta de que si hoy mueres todo el mundo se va a dar cuenta que no tenías un conjunto de encaje?

—¡Como si importara!

—Puede darse el caso de que importe —insistió Valeria. Luego olisqueó el aire—. ¿Y ese tufo? ¡Ay, por Dios, si me recuerdas a la Navidad!

—¿La Navidad?

—Olor a cochinitillo y aspecto de pavo relleno, ya sabes...

Suspiré, tenía que conceder que también eso era verdad.

—Hace tres días que no me baño. Primero entraron esos polis en la casa y tuve que dormir con esta ropa —me señalé el chándal gris y la sudadera negra y deforme—. Después, echaron abajo el frente de la casa. Soraya y yo salimos corriendo rumbo a la villa.

—Fueron estos tipos, los

escuché comentarlo. Se enteraron de que habías hablado con el Mudo y desde entonces dispararon a matar. El Mudo era un amor, no dijo nada de mí.

—Al día siguiente atentaron contra el coche en el que estaba con Hernán.

—También lo escuché —siguió diciendo Valeria—. ¿Cómo lograste escapar?

—Me... —Tragué saliva— me rescataron los italianos.

—Todavía no sé qué te ve el médico ese. No tendrá olfato.

Nada que replicar tampoco a esa observación y me dejé caer hacia atrás en la cama.

—¿Cómo te encontraron los

italianos? —insistió mi prima.

—Parece que me pusieron un localizador.

—¡Estamos salvadas! —exclamó Valeria, enderezándose súbitamente—. Si saben dónde encontrarnos, seguro que estarán aquí en cualquier momento.

Miré hacia el suelo. De pronto me pareció que las manchitas de las baldosas requerían toda mi atención.

—Me deshice de él en el tren y le saqué el chip al móvil —dije después—. No tienen cómo localizarnos.

Mi prima se dejó caer hacia atrás, aplastó mi hombro y tras un corto forcejeo, ambas nos quedamos lado a lado, mirando el techo.

—¿Cuál de ellos te gusta más?

—quiso saber Valeria tras largos minutos de silencio.

No despegué la vista del cielorraso. Sabía perfectamente de qué estaba hablando, el asunto era si quería responderle.

—Todavía falta por ver si alguno de los tres es un buen tipo.

—¡Y eso qué importa! A mí me gustan los tres. También me gustan otros diez, no tiene nada de malo. No es como si le estuvieras poniendo los cuernos a alguno. —Hizo una pausa—. No lo hiciste, ¿o sí? Porque mira que si te enredaste con alguno, los otros no van a venir a rescatarnos.

—Nadie va a venir a rescatarnos.

Esa aseveración demostró ser correcta media hora después.

—Vamos —dijo Juana al abrir la puerta, y detrás de la mujer apareció la silueta de José Chimpú, arma en mano.

Capítulo 13: La Muerte

Al pasar por la sala, vi que mi bolso seguía posado sobre el blanco sillón y lo cogí de pasada. No podía colgármelo al hombro, pero sí aferrarlo entre ambas manos.

—¡Ey! —protestó Chimpu—. ¡No estás yendo de compras! ¿Para qué lo quieres?

—Las llaves —contesté.

—El peine —dijo a su vez Valeria.

—Déjala —repuso Juana García—. Se nota que el peine le hace falta.

En cuanto salimos al jardín, nos percatamos de que el tiempo estaba

cambiando. El cielo estaba cubierto por densos nubarrones que aceleraban la caída de la tarde.

—Va a haber tormenta —dijo Juana, mirando al este.

—Para cuando descargue la lluvia, ya estaremos aquí —respondió Egarteche, que se unió a nosotros en ese momento.

No agregué nada a la conversación, me estaba preguntando si estaría con vida cuando la lluvia cayera o si ese aire fresquito sería lo último que sentiría sobre la piel.

En ese momento un vehículo se detuvo junto a la puerta y, con un sobresalto, noté que era una Hummer. Desde el asiento del conductor, el juez

Tizia nos observó, expectante.

Los cinco nos ubicamos en el todoterreno: Tizia y Egarteche, adelante; Valeria, Juana y yo, atrás; Chimpu, en el maletero carrozado.

Traté de orientarme pero dimos demasiadas vueltas, estábamos yendo hacia una zona de la ciudad que no había visitado nunca. Casi una hora después, sin embargo, regresaron hasta el barrio y me percaté de que el juez Tizia también era un admirador de *El Padrino*.

—No nos siguen —confirmó el magistrado con orgullo en la voz.

Chimpu se rio.

—¿Para qué iban a hacerlo?
¡Todo el mundo va a estar allí!

—La gente de Latorre era

necesaria —intercedió Egarteche—, la exigieron los mismos Pocos para garantizar el intercambio... aunque no entiendo por qué lo harían, ya han de saber que Latorre se pasó a nuestro bando.

—¿Vamos a reunirnos con los Pocos?—pregunté.

—Es un canje. Te lo dije —incordió Valeria.

Me removí inquieta en el asiento. No eran buenas noticias, los Pocos no me tenían ningún cariño. Aunque de todos modos un canje sonaba mejor que un asesinato a sangre fría.

Llegamos a un pequeño estadio de fútbol, apenas un campo de tierra del tipo que suele encontrarse en las villas.

La única luz provenía de una farola en el centro, pues las restantes bombillas del alumbrado público no eran más que agujeros negros. Seguro que tiempo atrás habían servido de práctica de tiro, demostrando que, como todo el mundo sabe, el deporte aleja al vicio.

A ambos costados se dejaban adivinar las gradas, tras las cuales se movían oscuros bultos.

—Los nuestros a la derecha, los de ellos, a la izquierda —explicó Chimpu.

—¿La afición? —preguntó Valeria.

Nadie respondió.

La Hummer se detuvo detrás de un arco, con el motor encendido, y todos

permanecemos en silencio.

Unos segundos después llegaron dos camionetas de doble cabina. La primera se ubicó en el centro, apagó los faros y de ella descendió Latorre, mientras que un hombre al que no pude identificar quedó tras el volante.

Latorre caminaba con tranquilidad, como si estuviera disfrutando del aire enrarecido de la noche. O del polvo que se había levantado, quién sabe.

Tras dar unos pasos y mirar al suelo, al foco y a su coche como si estuviera haciendo un delicado cálculo geométrico, hizo señal a los otros dos vehículos para que se acercaran.

Así lo hicimos y las luces de uno

y otro quedaron mirándose para incomodidad del líder de la villa, que parpadeó molesto.

De la Hummer descendimos Valeria, Juana García, José Chimpu y yo. Tizia y Egarteche se quedaron de guardia en el vehículo. Chimpu se apresuró a ubicarnos a mi prima y a mí por delante mientras él y la mujer nos apuntaban con sendas pistolas desde atrás.

—Nada de armas —dijo Latorre. Nadie le hizo caso.

En ese momento bajaron algunas personas del otro coche: tres mujeres, dos de las cuales eran delgadas y otra redonda, seguidas por un hombre.

Me costó reconocer a los recién

llegados al contraluz, pero cuando todos nos encontramos en el centro, vi sin esfuerzo que el hombre era Alan Cerro, el sicario. Volví mi atención a las mujeres: una era Gloria Núñez, la prestamista, y otra, Soraya. Di un sobresalto al registrar a la tercera: la tía Hermilda.

A diferencia de Valeria y de mí misma, ellas no estaban atadas.

—¡Este no es el trato que acordamos! —se quejó entonces Juana García—. ¡Sabía que debía desconfiar!

—Es lo que tenemos, tómalo o déjalo —dijo Gloria Núñez.

—Tendré que consultar.

La mujer volvió a la Hummer y habló un momento con Tizia y

Egarteche. No pude escuchar lo que dijeron pero el lenguaje gestual era claro, ya que Juana señaló hacia el círculo, pateó la tierra, levantando una polvareda, finalmente regresó con la rabia reflejada en la cara.

—Me llevo a la puta, pero no a la otra. La mitad del trato, la mitad del premio.

Tía Hermilda, Soraya, Valeria y yo nos miramos por un angustioso momento, preguntándonos qué había hecho cada una para ganarse ese título.

En eso, Valeria empezó a llorar y la tía se le tiró encima y la abrazó con fuerza.

—¡No tenía que terminar así! — exclamó—. ¡Te juro que nunca quise que

vivieras esto!

—Sí, sí, ya, ya —se burló Juana García—. Te lo hubieras pensado mejor antes de meterte en el negocio. ¿Creíste que podías con nosotros? No eres más que una principiante.

Pensé que iba a caerme de culo. ¿Tía Hermilda estaba enredada en el asunto de las drogas? ¡No podía ser!

—Eh... aquí hay un error —susurré—Tía, estoy entendiendo mal. Hum... de la conversación que estoy escuchando parecería desprenderse que tú eres... ¿narcotraficante?

Valeria se rio.

—¡Ay, por Dios, qué gilipollas eres! ¡Claro que entiendes mal! ¿Mi madre, narcotraficante? ¿Acaso no sabes

que vende pasteles y tartas a domicilio?
¡Es la cocinera más exitosa de la ciudad! Tanto que me compra una nueva camioneta cada dos meses.

La tía Hermilda se volvió hacia Juana García en lugar de responder.

—¡Ya tienes la zona! Nos desmembraste, este es el fin de los Pocos —dijo con amargura—. ¿Qué más quieres?

La mujer se encogió de hombros.

—Demasiado tarde. Nuestros compradores exigen que terminemos de una vez con esta historia, tenemos que demostrarles que tenemos la fuerza para imponer la paz. Tú sabes lo que eso significa...

Dio un empujón a Valeria en

dirección a Alan Cerro y sujetó a la tía Hermilda del brazo.

—No debiste haber metido a las niñas —se quejó la tía mientras Chimpu la esposaba—. No había necesidad.

—¡Ah! ¿Y cómo iba a conseguir que te entregaras? ¿A cambio de un poco de hierba? El abogado te dio demasiadas oportunidades. Además, se la pasó en grande haciendo que esta tonta —me señaló con el dedo— hiciera brujerías contra tu gente. ¡De solo imaginar tu cara al saberlo, le daba un orgasmo!

—¡Ey! Yo no hago brujerías —me quejé—. Egarteche mató a Pescado Podrido. Desde entonces no hice otra cosa que huir. ¡Y tú —indiqué a mi tía

con la barbilla— trataste de matarme!
Claro que después ya estaba todo el mundo tratando de matarme.

—¿Qué piensas! —se escandalizó Hermilda—. ¡Eres como una hija para mí! Todo lo que hice fue para que no te metieras, ¡solo quería asustarte para que volvieras a la ciudad!

—¿Asustarme? ¡Asustarme! ¡Me atacaron en un bar!

—¡Ese sujeto entendió mal las órdenes! Y recibió su castigo por eso, no te preocupes.

—¿Lo hiciste asesinar?

—¿Esperabas que lo premiara?

Abrí la boca, traté de decir algo y no lo logré. Volví a intentarlo:

—Colaron maría en mi bolso.

¡Atacaron a Lucas y me acusaron de asesinato!

—¡Te di dinero y un pasaje y aun así no te fuiste! Eres tan testaruda, Malala querida.

—¡Ninguna Malala querida! — grité y supe entonces que estaba a punto de largar el llanto. ¿Cómo podía ser? ¡Mi propia tía! ¿Cómo podía ser narcotraficante? ¡Había matado gente y había envenenado a jóvenes y había...! Tragué ruidosamente, era demasiado. Demasiado para comprenderlo, para aceptarlo. Deseé despertar en un mundo lejano, donde no existiera el mal ni los malos, donde nadie pudiera seguirme... En eso se me ocurrió una idea—. Dime una cosa, ¿cómo has sabido siempre

dónde estaba? Tras el tiroteo en el café, esos policías me localizaron en una plaza. También me siguieron hasta el negocio de Hernán, cuando dispararon contra Lucas... es demasiada casualidad.

—Además de la merca, te pusimos un rastreador en el bolso —dijo mi tía—. ¡Qué! ¡Sabíamos que los Topos te usaban y te estábamos protegiendo!

Abrí la boca, no logré articular y gimoteé.

—¡Me estás tomando el pelo, no puede ser! —Hice una pausa y aspiré hondo, se me caían las bragas— Pero... pero... —No salía de mi asombro. Tenía un gran nudo en el estómago, la

boca seca, los ojos desorbitados. Pensé que debía estar soñando y me pellizqué el dorso de una mano, pero todo lo que logré fue que doliera. Terminé por suspirar, hondo, muy hondo, hasta atragantarme—. Y a todo esto, ¿dónde está mamá?

Hermilda escupió al lado de mi pie.

—¡Esto es lo que pienso de tu madre!

—Basta de conversar, el intercambio terminó, me llevo a esta — nos cortó Juana, señalando a Hermilda — y esta se queda con nosotros — dijo en dirección a mí.

—¡No! — Soraya habló por primera vez—. A ella, no. Llévame a

mí.

—¡No! —gritó Latorre.

—¿Y de qué me servirías tú? —quiso saber Juana—. ¿Quién te invitó a esta fiesta?

—Ella es una líder importante de nuestra banda —respondió Hermilda y a mí volvieron a caérseme las bragas.

—¡Mentira, esa es una cobarde y vil mentira! ¡La secuestraron! —gritó Latorre.

Soraya acomodó el cuerpo para mirar al hombre y se puso las manos en jarras.

—¿Qué sabes tú? ¡Eres solo el mediador, que no se te olvide! —Luego volvió a mirar a Juana García—. Está dicho, llévame a cambio de Malala.

Pero la mujer se limitó a reírse.

—Todo el mundo sabe que tú no tienes nada que ver—le contestó con desprecio. Luego hizo una seña a Chimpu y tironeó de mí y de Hermilda para que avanzáramos hacia la Hummer.

No contaba, sin embargo, con Soraya. Mi amiga lanzó un alarido, corrió unos pasos tras de nosotros y se lanzó con todo su peso sobre Juana. Ambas cayeron al suelo, arrastrándonos también a Hermilda y a mí. Valeria se sumó al maremágnum y las cinco mujeres, trezadas en una pelea, fuimos a rodar sobre el polvo hasta terminar en un rincón entre la Hummer y la camioneta de la villa.

Entretanto, el infierno se desató

en derredor.

Gloria Núñez levantó su pistola, apuntó y disparó en el exacto momento en que Chimpu hacía lo mismo. La bala de Chimpu se enterró en el brazo de la mujer y la de esta fue a darle a aquel en el abdomen. Un poco más allá, Latorre cayó con todo su peso sobre Alan Cerro y lo dejó inconsciente.

La respuesta desde detrás de las gradas no se hizo esperar y las balas llovieron sobre el campo de juego. De inmediato, la camioneta de Latorre se adelantó un metro y quedó a resguardo.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Hermilda—. ¡Si alguien dispara al depósito, cualquiera de los coches puede explotar!

El sujeto que conducía la camioneta de la villa abrió la puerta del acompañante de un golpe.

—¡Rápido, sube!

Alcancé a ver que era Montorvo, había estado oculto en el asiento, esperando su momento. Me elevé como pude pero Valeria me ganó de mano, me pegó un empujón y trepó al vehículo. Desde adentro ayudó a su mamá, que seguía maniatada, y las siguió Soraya.

Entretanto, la Hummer también se adelantó unos pasos, se abrió la puerta y Juana me arrastró hacia allí, tirándome del pelo. Pegué un alarido. Me estaba alejando de Montorvo y de mi salvación, pero no podía luchar contra la mujer con mis manos

amarradas. Noté que otros brazos la ayudaban. Egarteche, vi de reojo. Lo odié con toda mi alma. Un metro atrás y otro, me llevaron junto al vehículo. Una zancadilla, tropecé, caí hacia atrás, al asiento mismo del coche. El abogado y la mujer se zambulleron tras de mí y cerraron la puerta de un golpe.

—¡Vamos, vamos! —gritó la mujer. El juez Tizia tenía el rostro blanco pero reaccionó, poniendo el vehículo marcha atrás.-

Creí escuchar que del otro coche me llamaban pero no pude levantar la cabeza: Juana me estaba forzando a agacharme y sostenía mi cara contra la alfombra.

—¡Joder!

Escuché sí, el insulto de la mujer, el sonido de los helicópteros en el cielo, las sirenas. El coche arrancó de prisa pero alguien comenzó a dispararnos. De pronto, el todoterreno dio un corcoveo, estalló el parabrisas y giramos una y otra vez, dando tumbos como un trompo enloquecido, para terminar patas arriba contra uno de los arcos del estadio, el techo aplastado, la Hummer silenciosa e inmóvil como una cucaracha gigante.

Traté de moverme, pero los cuerpos de Egarteche y de Juana García habían caído sobre mí. Si hasta ese momento había sentido pánico, nada se comparaba con la sensación que tuve en ese entonces. No podía respirar, temí

que de un momento a otro el vehículo estallara o que alguien se aproximara y me matara.

—¡Fuera, fuera ya! —grité e hice un esfuerzo hercúleo por liberarme de mis opresores. Imposible. Lloré de rabia, pero no iba a quedarme así, esperando mi muerte. Tras unos segundos de vacilación, decidí intentar algo con mis manos. Aún las tenía juntas y esposadas frente a mí, pero si las estiraba... Tras algunos intentos infructuosos, logré alcanzar la manivela de la puerta y, para mi sorpresa, se abrió. Respiré un momento el aire de la noche, que se me antojó más puro que nunca, y poco a poco, centímetro a centímetro, me fui deslizando hacia

afuera por debajo de los cuerpos.

Conseguí tocar el suelo en lo que se me antojó como toda una vida después. Pero cuando finalmente me encontré acostada y jadeante sobre la tierra, me percaté de que el asiento del conductor estaba vacío y el juez yacía sin vida unos metros por delante.

Presa del shock, no me moví. Esperé inmóvil mientras las luces rojas y azules de la policía y las ambulancias llenaban de resplandores siniestros el aire turbio de la noche. Esperé hasta que Montorvo se detuvo a mi lado, arma en mano, listo para un disparo que no fue necesario.

Él me alzó entonces con cuidado, me alejó unos metros, me palpó

concienzudamente, me liberó de las esposas y me encerró contra su pecho en un fuerte abrazo.

—¡Ay, por Dios, por Dios! Nada me resultó tan difícil como cumplir con la misión esta noche —susurró—. ¡Me costó una década de vida!

El poli me besó el pelo, los ojos, las orejas. Me apretó tanto contra su cuerpo que por un momento creí que iba a morir por compresión. Después me tomó por los hombros y me besó.

Fue brutal y apasionado como había sido siempre y yo le respondí con toda la avidez del momento. Me comí sus labios, lo apreté con fuerza, me fundí en su pecho mientras mis manos temblaban en su espalda.

La policía me había salvado. Montorvo me había salvado. ¡Estaba limpio! Había sido realmente un agente encubierto. ¡La justicia había triunfado!

Me sentí ebria de felicidad.

Aspiré profundamente el olor de Francisco y supe entonces que lo amaba. Lo amaba. Era un sentimiento tan inesperado, tan avasallador y profundo que tambaleé.

Me flaquearon las piernas y él me alzó en sus brazos como sucede en las novelas. Rogué para que no se le partiera una vértebra. Aunque yo iba a quererlo igual si iba en silla de ruedas.

Mientras nos íbamos, mis ojos pasaron de los cadáveres de José Chimpu, Alan Cerro y Gloria Núñez, a

los cuerpos destrozados de Tizia y Juana García.

Aparté la mirada con rapidez y fui a dar a Soraya. Mi amiga me estaba mirando, pude ver que en su boca se formaba una palabra, creí leer un «Ten cuidado», pero debía de estar equivocándome, porque, ¿a qué podía yo temerle, estando como estaba junto al comisario?

En ese momento Latorre pasó un brazo por los hombros de mi amiga, la hizo girar y se la llevó rumbo a su camioneta.

Sigilosos, nosotros atravesamos la polvareda del campo de juego y nos sumergimos en la oscuridad de la noche. Dejamos atrás las luces de las patrullas,

las sirenas de las ambulancias, los órdenes. La luz apagada de las casuchas de la zona se me antojó romántica y los desniveles de las calles polvorientas me parecieron la metáfora adecuada para nuestra relación.

Francisco me bajó unos metros más allá, donde la visión era casi nula y, cogiendo mi mano en la suya, echamos a correr como dos críos.

Tres manzanas más adelante estaba aparcado su coche.

—¡Rápido, sube! —ordenó y aunque yo no entendía la premura, obedecí sin chistar.

Había sido una noche de emociones, durante la que había experimentado pánico por mi vida,

decepción por la naturaleza de los negocios de mi tía y adrenalina por la escapatoria. Pero nada de eso se asemejaba a la exaltación que sentía ante el brutal descubrimiento: me había enamorado de Francisco.

Observé su perfil, tan masculino, los labios apretados, las aletas de la nariz, que se dilataban al respirar. Sus ojos celestes brillaban esa noche con un fulgor especial y suspiré.

Estaba lista, me dije, alborozada. Estaba lista para entregarle toda mi vida.

Arrancamos a toda pastilla y regresamos al barrio, pero no nos detuvimos ni en casa de mi madre ni en la suya. Seguimos hacia adelante para

aparcar mucho después, junto a un pequeño hotel frente al río.

Era un edificio angosto, de tres plantas, con pequeños balcones floridos de todos colores. Amé el lugar por ese detalle.

—¡Bájate! —ordenó Francisco tras abrir la puerta de su lado.

Obedecí y, ya en la calle, me detuve un instante, temblando, mientras contemplaba los densos nubarrones que pregonaban la tormenta sobre las ondas encrespadas del río.

No quería ensombrecer mi ánimo con oscuros presagios, así que di la espalda a la noche y me entretuve en observar a Montorvo, que me había cogido otra vez de la mano.

Entramos juntos y en silencio al establecimiento, y en silencio permanecí mientras el poli se registraba, recibía la llave, subía conmigo por las escaleras hasta un segundo piso.

En silencio lo observé mientras él cerraba la puerta y echaba llave.

En silencio, mientras él me contemplaba ante la tenue luz que daban las luces de la calle.

Temblé.

—Te amo —susurró entonces Francisco—. Te amo desde el primer momento en que te vi. Intenté rebelarme, me dije a mí mismo que era una simple atracción, un hechizo... pero el hechizo se apoderó de mi alma y aquí me tienes, amándote, rendido a tus pies.

—No te quiero a mis pies —
respondí con una sonrisa tímida—. Te
quiero a mi lado.

—A tu lado —murmuró—, sobre
ti, en ti, en todas partes.

Él me tomó entonces entre sus
brazos y me apretó contra su cuerpo.
Apoyé mis brazos en sus hombros, los
bajé hasta la dureza de los músculos de
su pecho, jugué con los botones de su
camisa, sintiéndome feliz.

Sonreí y Francisco aprovechó
ese momento para acercar sus labios a
los míos y el contacto fue casto y
cuidadoso por un instante... y en el
siguiente se hizo brutal y profundo.

Nuestras lenguas entrelazadas se
devoraron con ansiedad, y llevé mis

manos a su cuello, a su pelo sedoso, acercándolo aún más mientras él me acariciaba la espalda.

De pronto bajó hasta mis glúteos y me alzó, obligándome a enroscar las piernas en su cuerpo. Dejó entonces mi boca y me regó el mentón y el cuello de besos ardientes que me provocaron pequeños temblores.

Me pregunté si quedaría mal que lo desnudara. La última vez que habíamos estado juntos él no había dejado ver ni un centímetro de piel.

Probé con un botón, le di un pequeño beso seguido por una lamida en la base del cuello y Francisco reaccionó con un jadeo.

Gruñó mientras su mano se

colaba bajo la tela de mi chándal y mis bragas. Le respondí con una contracción contra su cuerpo. Jamás me había sentido tan líquida y caliente, tan liberada, tan dispuesta a entregarme por entero.

—Te amo —susurré—. No me había dado cuenta hasta hoy, hasta esta noche.

—Eso no es amor —respondió él, regando mi pelo de besos—. Es adrenalina.

Me reí.

—Ya verás mañana que no.

—No tendremos un mañana.

Me tacleó con la habilidad de un zaguero de rugby y los dos fuimos a dar sobre la cama, que chirrió por el

esfuerzo. De inmediato, él volvió a besarme. Sus labios apasionados me recorrieron los párpados, la unión entre las cejas, mis mejillas; su lengua se hundió una vez más en mi boca mientras su cuerpo duro me obligaba a abrir las piernas.

Sus manos me moldearon los senos, bajaron hasta mi cintura, tironearon de la sudadera hasta que elevé un poco el torso y él pudo pasarla por mis brazos y mi cabeza. Mi piel enfebrecida se lo agradeció y para demostrarlo, pegué un tirón a sus botones. No cedieron y es que nada resulta como en las novelas. Gruñí, se rio, y me dediqué con paciencia a lidiar con cada uno de sus ojales.

Francisco permaneció quieto, en silencio, viéndome hacer, hasta que logré retirar los faldones que estaban dentro de su pantalón. Entonces sí, me permití recorrer los pliegues de sus músculos, arañarlo, enredarme en sus rizos. Lo amaba tanto que los ojos se me empañaron por completo.

Parpadeé y él acarició mis pómulos con sus pulgares, luego pasó los dedos delicadamente por mis pestañas, suspirando.

—Malala —susurró, y algo en su tono hizo que yo clavara mis pupilas en las suyas. Me asustó ver entonces que en sus ojos la pasión había sido reemplazada por otro sentimiento, el más odioso de ellos: remordimiento—.

¿Has escuchado lo que dije? —insistió con seriedad.

Asentí, un repentino nudo en la garganta me impedía hablar.

—No tendremos más que esta noche —continuó—. Tú sabes qué pasará si él nos descubre.

Los dos sabíamos de quién estaba hablando.

—¡Francisco! —sollocé.

—Ni tu vida ni la mía valdrán nada.

—Debe haber alguna forma de que vaya a prisión —dije con la voz entrecortada—, ¡tiene que haber pruebas! Si logramos desbaratar su banda, tú y yo podremos...

—¡Malala, no me pidas lo que

no puedo darte!

Había dolor en la profundidad de sus ojos celestes, una angustia tan honda como el cráter de un volcán y a la vez tan fría como un iceberg, como un hielo que quemaba.

Entonces comprendí.

Él no iba a buscar pruebas, no iba a delatar a Sanpierone, no iba a actuar contra su jefe, no iba a exponerse.

Tendríamos esa noche y al día siguiente, al cruzarnos por la calle giraríamos la cara para no mirarnos, para no revelar ni el más mínimo detalle.

Me quedé fría.

—¿Realmente trabajas para él?

No respondió. Intentó besarme

pero yo aparté la cara. Mis ojos anegados se negaron a mirarlo y dejé caer los brazos. Sobrevino un silencio angustioso y pesado durante el cual Montorvo se limitó a observarme.

Dos minutos después, el silencio fue interrumpido por el constante ulular de las sirenas.

—¡Montorvo! —llegó al poco tiempo la voz del comisario mayor Evaristo Luciérnaga a través de un megáfono—. ¿Se ha vuelto loco? ¡Traiga aquí a la joven!

Francisco dio un salto hacia atrás. Por un momento, vi la rabia reflejada en sus fuertes rasgos, después su cara se tiñó de indiferencia.

—Vamos —susurró y me tendió

una mano para levantarme.

La rechacé y me puse de pie por mis propios medios. Me pasé la sudadera por los brazos y la cabeza mientras él se abotonaba la camisa. Entonces abrió la puerta, cediéndome el paso, y cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, detecté en los celestes una honda pena. Aparté la mirada con asco.

Dejamos el hotel en silencio y en silencio nos acercamos a una de las patrullas.

—¡Montorvo, cómo se le ocurre!
—dijo Luciérnaga en tono de reprimenda—. Al menos es una suerte que el localizador siguiera en posición —señaló mi bolso con un gesto de la barbilla.

Montorvo se dio la vuelta sin mirarme y se alejó para hablar con sus colegas, dejando a mi lado al comisario mayor.

No supe qué decir. Me sentía muerta. La decepción era demasiado grande. Francisco era corrupto, no lo podía creer. ¿Y si lo delataba con sus jefes? Pero, ¿si su jefe estaba en la misma!

—La maniobra salió tal como la habíamos planeado. Fue un accionar perfecto, debo darte las gracias. Por un momento pensé que íbamos a perderte, allá en casa de Egarteche, pero todo salió bien —anunció Luciérnaga con la voz teñida de orgullo.

—¿Cómo? ¿La policía sabía que

yo estaba en casa de Egarteche? ¿Me siguieron?

—Tenemos equipo de rastreo colocado en tu bolso.

—¡Eso no puede ser! Revisé el bolso ayer y solo había un artefacto, lo boté en el tren.

—¿Revisaste entre la tela y el forro? Nuestros equipos son pequeños, tecnología de punta.

Permanecí en silencio unos minutos.

—Grabamos todas las escenas —insistió.

—¿Me grabaron... en todo momento? —me atraganté.

—Solo los audios —suspiró el hombre como si tuviera clavada una

espinas en el pulgar—. Lamentablemente las grabaciones no constituyen prueba frente a un juez, por eso tuvimos que armar el encuentro en el campo de fútbol, para filmarlo.

—¿Filmarlo?

—¿Recuerdas el aparatito sobre el techo de la camioneta de Latorre?

Asentí.

—Ahí tienes.

Fruncí el ceño.

—¿Me estuvieron escuchando... también aquí?

Luciérnaga se miró otra vez el dedo.

—Vamos a borrar esa parte. — Hizo una pausa—. Tu prima está bien, aunque quizá se haya roto algo porque

chillaba a más no poder.

—Tengo que verla.

—No. Va camino al hospital.

—Con mayor razón.

—Llegamos a arrestar a los jefes —siguió diciendo el comisario mayor sin hacerme caso—. Tizia murió, al igual que Juana García, José Chimpu, Alan Cerro y Gloria Núñez. Mejor, menos gasto en las cárceles. Pero Egarteche está vivo, aunque inconsciente, parece que se dio un buen golpe. Ah, por cierto, también atrapamos a tu tía.

No contesté y el poli se apartó unos pasos para recibir una llamada. Mis ojos se clavaron en la espalda de Montorvo, que no pensaba volverse.

—Hora de irse —anunció Luciérnaga al regresar junto a mí.

Lo seguí mansamente rumbo al coche policial. Un joven poli esperaba en el asiento del conductor, el jefe se ubicó a su lado y me acomodé atrás. Pero en seguida Luciérnaga dio la orden de que el joven pasara al asiento trasero y ordenó a Montorvo que condujera. Partimos los cuatro y nos alejamos en silencio por las calles de la ciudad.

—¿Es necesario que hoy me tomen declaración? —le pregunté a Luciérnaga tras media hora de viaje—. Le aseguro que no me iré a ningún lado, mañana pasaré temprano por la comisaría y...

—No, tiene que ser hoy —

respondió el jefe—. Ya recibí un tirón de orejas por haberte puesto en peligro, por suerte no tienes nada... —Me miró de pies a cabeza.

—Mire, tengo varios golpes, incluso me dieron un puñetazo aquí — me señalé el pómulo izquierdo—. Me siento terriblemente cansada y quiero dormir. También me está dando hambre. Por no mencionar que huelo como un dinosaurio.

Nadie me contestó.

—¿No deberíamos haber llegado ya? —pregunté al cabo de un rato.

No recibí respuesta.

—¡Ey! ¿Esto no será otro procedimiento policial? —exclamé, súbitamente tensa—. ¡Ya estoy cansada

de hacer de señuelo! ¿Qué tal si lo dejamos para otro día?

—No se trata de un procedimiento —dijo entonces Luciérnaga—, se trata de tu madre.

Lloré y supliqué y amenacé y pataleé pero no obtuve más información.

Después, mucho más tarde, cuando atravesamos gran parte de la ciudad acompañados por el lúgubre sonido de la radio policial, caí en cuenta de que nos estábamos dirigiendo hacia el norte.

Me dije que era casualidad. Las casualidades existen. Pero cuando el coche giró donde yo sabía que debía girar y pasó por las avenidas que sabía que atravesaríamos para terminar

deteniéndose frente a los altos portones de una mansión que conocía, tuve que aceptar que hay algo llamado destino.

Había corrido una carrera y había perdido porque si la policía me había llevado hasta ahí solo podía ser por una razón: Sanpierone había encontrado a mi madre.

Sanpierone había rescatado a mi madre, había llamado a sus lacayos, la parte corrupta de la fuerza policial, y ahora yo estaba allí y debía pagar su precio.

Sin quererlo, mis ojos se detuvieron en la espalda de Montorvo. ¿Cómo podría explicarle el trato que había hecho con el italiano? ¿Acaso al poli le interesaba mi explicación? ¡Bah,

qué podía importarle!

Los portones se abrieron y subimos por el sendero hasta la casa. Un par de coches estaban aparcados bajo el pórtico y sentí una nueva desazón cuando reconocí el Audi negro de Conde.

Bajamos del vehículo cuando los primeros relámpagos iluminaban el cielo sobre el río y sentí primero la fuerza del viento en la cara, luego las primeras gotas de lluvia que se fundieron en la sed de la tierra, tan desesperada como un adicto en abstinencia.

Me habría gustado detenerme para disfrutar del momento, pero los otros ya me estaban empujando hacia

adelante.

Las puertas de la casa estaban abiertas y un empleado nos guio hasta la oficina en la planta baja donde yo había estado el día de la fiesta.

Recordaba bien el escritorio donde me había besado Sanpierone y enrojecí. Para mi alivio, él no estaba allí, pero otras tres personas me daban la espalda y parecían estar concentradas en unos papeles.

De inmediato, reconocí a Conde, de pie e inclinado sobre el respaldo que ocupaba una mujer.

—Última firma —dijo Conde con satisfacción.

Después, el abogado se apartó y solté un grito al descubrir que la persona

sentada era mamá. Corrí a su encuentro, la levanté de la silla, me pareció notar que estaba incluso más delgada que antes y la estreché en un fuerte abrazo.

—¡Mamá, mamita! —dije, sollozando—. ¡Por fin estás a salvo! ¡No te imaginas las cosas que pasaron!

—¡Todo está bien, no hay de qué preocuparse! —exclamó ella, liberándose del apretón.

—¡Detuvieron a la tía Hermilda! —me lamenté—. ¡Es grave, grave!

—Psh... ¡Tranquila!

—¡Era parte de una banda! Ella... ella... —hipé—. ¡Va a comerse varios años en la cárcel! Valeria está herida... Soraya me salvó la vida... ¿Dónde estabas, mamita?

—¡Ahora vienes a preocuparte!
¿Acaso no te hice llegar una y cien veces el mensaje de que debías irte?

—¿Cómo hacerlo si estabas en peligro?

—¡Todo esto es tu culpa! —se indignó mamá—. Pero siempre fuiste así, desobediente, rebelde, te gusta atraer la atención, ¿es que no piensas jamás!

Sentí que era el blanco de todas las miradas. Los hombres alrededor observaban en silencio: Conde, Montorvo, el comisario Luciérnaga y su pinche. Enrojecí hasta las raíces del cabello.

—¿Querías probar que tenías poderes? —siguió ella—. ¿Creíste que

podías competir con los míos? ¡Pero mírate!

Mi madre me dirigió una mirada reprobatoria que abarcó desde mi pelo hasta mis zapatillas, pasando por mi sudadera sucia y los pantalones, a esas alturas, rotos en las rodillas.

Traté de hablar, pero no me salieron las palabras. Abrí la boca, volví a cerrarla. Me sentí torpe y estúpida.

—Vamos a solucionar lo de tu tía —comentó mi madre—. Me ocupé de que ese ítem figurara en el contrato.

—¿El contrato?

No contestó. Conde acababa de pasarle un portafolio y ella giró para revisar su interior.

Me volví entonces al abogado.

—¿Un contrato?

Él intentó una sonrisa que a mí me pareció ficticia.

—María, siéntate, ven, te lo explicaré. —No le hice caso, permanecí allí, de pie, mis ojos incrédulos paseando desde el letrado a mi madre —. Hace poco, Sanpierone me contactó y me enteré entonces de que Egarteche era el líder de los Topos. ¡Imagínate! Y yo sin saber nada.

Lo miré con desconfianza. ¿Eso era posible?

—Aparentemente Egarteche estaba fuera de control —siguió explicando Conde—. Toda esa guerra con los Pocos... Hasta los políticos

estaban molestos. ¡Teníamos que detenerlo! Sanpierone me pidió entonces que lo ayudara.

Parpadeé.

—¿Tú... entonces... estás con él? —Creí que me ahogaba.

—Tú, yo, nosotros, ellos —Se rio, mientras abarcaba con su brazo toda la habitación.

—No terminas de entenderlo —se rio el comisario Luciérnaga con aire de suficiencia.

Pasé de la cara levemente burlona del hombre a la seria de Montorvo, al pinche, de ahí a la incómoda de Conde. Cuando llegué a mi madre, la descubrí sacando del portafolio varios fajos de billetes.

Entonces todo el rompecabezas cayó en su sitio.

—¡Mamá! ¡Tú también formabas parte de los Pocos! ¡Tú y tu hermana! ¿Cuál fue tu precio por dejarla? —le pregunté.

—Cinco millones —respondió mi madre. Sin dejar de contar, levantó la mirada un instante para evaluarme—. No seas tonta, cualquiera hubiera hecho lo mismo. La banda no tenía futuro, se lo dije a tu tía pero no quiso escucharme. Mientras yo pensaba que lo mejor era ocultarme, ella decidió declarar la guerra. ¿Y cómo íbamos a ganar? ¡Si hasta la villa nos traicionó! ¡Si hasta tenían a un par de jueces! Y a la policía —señaló con la cabeza a Luciérnaga.

—¿Cómo pudiste? —me atraganté.

—De la misma forma en que pudieron estos señores —señaló a todos los hombres presentes—. Cuando llegó la oferta, supe que me había tocado la rueda de la fortuna. Les vendí mi parte. Con Hermilda en prisión, es el fin de los Pocos. Que les aproveche, me voy de viaje. Al menos también conseguí que se pudriera ese loco de Egarteche. Mejor así, ni él ni yo. Desde ahora, Latorre queda a cargo de la faz operativa y responderá a estos señores. —Hizo un amplio círculo con la mano.

Volví a pasar mis ojos desquiciados por todos ellos. Conde había logrado alinearse a Sanpierone,

los polis saldrían como héroes en los periódicos, ¡habían desbaratado dos bandas en una noche!, mi madre había conseguido cinco millones. Y yo tenía el alma hecha pedazos.

Había luchado por nada. Mientras buscaba a mi madre, había perdido casa, trabajo, libertad, todo por nada.

Mis ojos desorbitados, enloquecidos, se clavaron en la puerta de la habitación, desde donde ahora me miraba un sonriente Paolo Sanpierone.

—¿Qué es La Santa? —quise saber—. ¿La madre de todas las organizaciones?

Sanpierone no respondió. Dejó de sonreír pero sus ojos sagaces no se

apartaron de mí mientras se acercaba. Si me hubiera quedado algún resto, habría sentido miedo ante la intensidad de su mirada.

Pero todo lo que me quedaba era un agujero negro, el vacío.

Y es que no podía creérmelo, todos habían estado metidos.

Egarteche.

Y Conde.

Luciérnaga.

Y Montorvo.

¡Montorvo! Lo había amado intensamente. Mi corazón había palpitado con cada beso que él me había dado, con cada palabra, cada vez que él había arriesgado su vida para protegerme. Había creído que existía

una conexión especial entre nosotros, quizá algo sublime que a él le permitía saber dónde me encontraba y lo que hacía. ¡Algo sublime como un rastreador minúsculo, tecnología de punta por obra y gracia de Sanpierone en manos de la policía!

Suspiré.

Agregué a Sanpierone a la lista de traidores.

Del italiano siempre había sospechado que era mafioso, pero me lo había imaginado heroico, una especie de Robin Hood, como pinta a los villanos guapos el cine. Ya se sabe que solo los feos pueden ser realmente malos.

En algún rincón de mi mente o quizá de mi corazón había pensado que

Sanpierone arriesgaría su vida para salvar a mi madre, y si eso sucedía, yo estaba dispuesta a perder la batalla por ser libre, me habría entregado a él con toda la pompa y la gloria de un sacrificio pagano.

Me había imaginado en la hoguera como una especie de Juana de Arco, no en el cesto de basura como un envoltorio arrugado.

Mi madre.

Me estalló el corazón. Si lo anterior dolía, la traición de mi madre era un abismo, un dolor tan grande que ni siquiera me era posible asomarme a él. No cometí el error de hacerlo.

Preferí pensar que yo era ridícula, tan absurda como esas

personas que entran en paños menores a la sala de sus casas para descubrir que los amigos están escondidos detrás de los sillones, listos para festejarles el cumpleaños.

O como esos sueños en los que uno va corriendo desnudo por la calle, buscando un sanitario.

Patética Malala. Inútil Malala, que solo tenía el poder de horrorizar.

Entonces tomé una decisión.

—Hicimos un trato —le dije al italiano— y cumpliste tu parte. Falta que yo cumpla con la mía: soy toda tuya, aquí estoy.

Y ante la mirada de todos los hombres, me quité la sudadera y me bajé los pantalones hasta los tobillos. De

inmediato, me acordé de mi prima, no tenía ropa interior a juego, ¿qué más daba? Comencé a forcejear con los ganchos del sostén.

Sentí, más que ver, que los hombres me miraban con sorpresa, luego espanto, pero yo solo tenía ojos para la cara de Sanpierone, que se había vuelto pálida, para sus ojos azules, que pasaron del asombro a la incredulidad, de ahí al horror. Por un momento creí ver dolor tras las gafas de carey, pero no pude estar segura.

—*Mio Dio!* ¡No miréis! ¡Todos, cerrad los ojos! —gritó el italiano entonces, fuera de sí—. ¡Cerrad los ojos! ¿Escucháis? ¡El que abra los ojos está muerto!

Llegó hasta mí de una zancada antes de que yo lograra quitarme la prenda y sus ojos espantados se clavaron en los míos.

—Una vez dijiste que todo tiene un precio, pero en realidad nada tiene valor —señalé.

Sin responderme, Sanpierone se agachó y me subió los pantalones, vaciló un momento ante el contenido rebosante del sostén, pero con un gesto decidido pasó la sudadera por mi cabeza y por mis brazos.

Me sentía demasiado dolida como para que algo de lo que estaba sucediendo me importara, y por eso no me fijé en que a pesar de haber cerrado los ojos, Conde había apretado tanto los

puños sobre uno de los fajos de billetes de mi madre, que lo había arrugado por completo.

No quise ver tampoco que Montorvo había llevado una mano temblorosa hasta su arma o que Luciérnaga, al ver por entre sus párpados entornados que su subalterno hacía ese movimiento, había sacado la suya. Solo mamá esperaba impasible el final de la escena.

Sanpierone terminó de vestirme y me colocó un mechón de pelo tras la oreja. El mechón volvió a soltarse y él volvió a intentarlo. Al final, se rindió.

—*Donna indomabile*—
murmuró—. ¡Tienes tanto coraje! —
Aspiró profundamente—. Está bien, me

derrotaste esta noche, puedes irte.

Durante unos segundos, lo miré sin entender. Después lo esquivé y dejé la habitación y la casa sin mirar a nadie.

Atravesé el jardín, saludé a los guardias de seguridad y me fui, caminando por la calle bajo la lluvia torrencial.

Capítulo 14: La Rueda de la Fortuna

Dormí esa noche en mi piso y desperté al día siguiente por la tarde. Comí algo y volví a dormir. Recién al tercer día tuve la fuerza suficiente como para salir del piso y tomar el tren rumbo a la casa de mi madre.

No era un viaje que deseara hacer pero sabía que tenía cosas pendientes, asuntos que necesitaba cerrar antes de poder mirar hacia adelante.

Hice una mueca al llegar: había remoloneado tanto, postergando lo

impostergable, que había empezado a oscurecer. De pronto, la mueca se transformó en un suspiro: bajo la luz azulada del ocaso, el barrio parecía casi bonito.

Observé que los de la villa habían hecho un buen trabajo con la pared nueva, aunque se habían olvidado de hacer ventanas. Un candado cerraba el improvisado portón de chapa que había en lugar de puerta, impidiéndome la entrada. Pero di la vuelta a la manzana, usé mi llavecita pequeña y entré por la entrada trasera.

Alguien se había tomado el trabajo de limpiar los escombros y aunque en la sala faltaban las mamushkas y se habían hecho trizas las

jirafas, las copitas de cristal de Bohemia y el resto de los recuerdos de viaje, todo estaba prácticamente igual que antes. Claro, si uno no se fijaba en que parecía una cárcel.

No le presté demasiada atención al detalle mientras abría la habitación de mamá. Una vez adentro, tiré abajo el ropero para buscar el sobre con el dinero que tía Hermilda me había dado y que yo había dejado ahí días atrás.

Tras remover algunas mantas y un par de cajas, lo encontré. Arrojé al suelo el pasaje y la nota de mi madre y conté los fondos. Los ladrones no habían tocado nada. Suspiré, Valeria iba a tener el importe necesario para reconstruir su local.

Un poco más contenta de lo que me había sentido últimamente, fui a dejar el fajo sobre un mueble, al lado de la caja de bombones de limón con chocolate que Conde me había llevado de regalo cierta vez.

Entonces vi con sorpresa que allí había otro sobre de papel manila. Lo rompí con cuidado y en su interior encontré una serie de hojas mecanografiadas y una nota suelta, escrita a mano con la letra de mi madre.

Hija, te dejo un poder general para que te ocupes de la casa. Puedes hacer lo que quieras: véndela, regálala, cierra, abre o alquila el local. A mí me da lo mismo. Aunque, si

me permites el consejo, sería bueno que aceptes de una vez que nunca podrás ocupar mi lugar en el trabajo.

No creo que volvamos a vernos, así que ¡suerte!

Mamushka

Me senté en la cama con los ojos clavados en la carta, dándome cuenta de que dolía, pero ya no tanto. Un poquito menos cada día, como dicen los expertos en duelos.

¿Y qué iba a hacer con la casa? No tuve que pensarlo mucho. Rebusqué en mi cartera, buscando el móvil, pero entonces recordé que había tirado el chip. Tuve otra idea, salí corriendo hacia el cuarto de Soraya y encendí el

ordenador. Como siempre, al clicar en internet se abrió Facebook inmediatamente, Soraya no tenía la costumbre de cerrar sesión.

Estaba a punto de ingresar al muro de mi amiga cuando mis ojos tropezaron con una noticia. Una vieja publicación de Juana García, mi excompañera del estudio, había arrancado nuevos comentarios:

«Hace tres semanas me hice una estética. ¡No diré cuál es la parte retocada! Solo que parezco de quince, ja ja ja. Gracias, médicos de la clínica La Santa.»

La noticia ya había cosechado cuatrocientos cuarenta y ocho «me gusta».

Mis ojos rebotaron en la pantalla y volvieron a sus órbitas. ¡No podía creerlo! Abrí dos enlaces en sendas pestañas a la vez. En el muro de Soraya constaté lo que ya me había imaginado: Juana García figuraba entre sus tres mil setecientos veintiséis amigos.

Miré entonces el muro de la Clínica La Santa. El comentario de Juana figuraba allí, ya que era contenido compartido, así como las felicitaciones y agradecimientos de otra veintena de clientes, entre los que se hallaba Marisol Pérez. «*En La Santa me solucionaron un problemita que me quedó después del parto. De diez.*» Un clic después, estuve en la página de la chica de la villa.

Así que esa parte no había sido mentira.

Él sí era un cirujano. Operaba gente. Alegraba vidas. Su archivo secreto en verdad era una base de datos de pacientes.

Ah, por cierto, eso también significaba que yo no tenía absolutamente nada para acusarlo ante la justicia.

Paolo Sanpierone tenía un historial tan brillante como un catedrático de Harvard. Tan puro como la Madre Teresa de Calcuta. O como un mafioso demasiado inteligente.

Después de asimilar estas bofetadas a mi capacidad deductiva, cerré casi todas las pestañas hasta

quedarme únicamente con el muro de Soraya. Con curiosidad, espí su lista de amigos. Todos estaban ahí, desde el difunto José Chimpu a Marcos Latorre, de la mamá de Lucas hasta la del Desdentado, desde Marisol Pérez (la de la villa, constaté), a Gloria Núñez y Alan Cerro. La lista incluía como amigos recientes a Conde, Egarteche y Montorvo.

Había creído que Marisol Pérez era miss Popularidad, pero miss Popularidad era Soraya.

Después bajé por la biografía de mi amiga. Reí al ver la *selfie* que se había sacado dos días antes con Latorre (ambos enojados y sacándose la lengua). Me conmoví al leer un sentido mensaje

en el que Soraya comentaba a sus amigos que yo era su mejor amiga. Fruncí el ceño al leer, más abajo, detalles exhaustivos de nuestras peripecias. Bajé y bajé hasta que en una noticia corta, encontré lo que había empezado a temer que vendría:

«Marcos (no diré su nombre completo) va a cerrar hoy un acuerdo importante con los T———. Como él bien sabe, no estoy de acuerdo con sus actividades. Y hasta que no cambie, no tendrá nada de este pedazo de mujer... ¡A pesar de eso, le deseo suerte! No podré estar en la explanada a la tarde, pero te mando mis mejores deseos, mi amor»

Supe que había encontrado al

soplón que el líder de la villa había estado buscando. ¿Por qué a la gente se le daba por escribir desde estúpidas puerilidades hasta los secretos más escabrosos en las redes? Era todo un misterio. Yo, por mi parte, no tenía cuenta en ninguna.

Tendría que hablar con Soraya pero entretanto, tenía que hacerle llegar un mensaje. Subí hasta su estado y escribí:

«Soy yo, perdóname que me haya metido por aquí, no tengo móvil y no sé cómo contactarte. Quería que supieras que mi madre te dejó de regalo el local y la casa. ¡Felicidades! Dejó dicho que te quiere.»

Presioné «enter» y de inmediato

mi publicación apareció en las noticias de otras personas. No había nada de extraño en eso, es lo que Facebook acostumbra a hacer. Varios la leyeron al mismo tiempo y dieron al «me gusta». Otros que la leyeron, sonrieron y sacudieron sus cabezas (como suele hacerse ante un caso perdido o un niño travieso), pero no dejaron huellas. Eso también es normal en Facebook.

Dudé un segundo después de cerrar sesión y entonces, decidida, creé mi propia cuenta. Agregué a Soraya de inmediato y me quedé allí, paralizada, sin saber qué hacer, hasta que de pronto una solicitud de amistad me cayó de repente.

Al oprimir el ícono me di con

que Paolo Sanpierone deseaba ser mi amigo. Un estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies. Temblando, acepté. Acto seguido, apagué el ordenador, no fuera que me tentara de seguir interactuando.

Guardé el dinero de mi prima en mi bolso y estaba a punto de dejar la casa, cuando me di cuenta de que era demasiado tarde y tendría que pasar la noche ahí. Lo tomaría como una despedida, pensé.

Había abierto la puerta del refrigerador para ver qué había, cuando el portón de chapa de enfrente de la casa se tambaleó y entró Marcos Latorre.

—¡Nena! Me dijeron que estabas aquí y vine a traerte la llave del portón.

—¿Quién te lo dijo? ¿Todavía hay alguien siguiéndome?

—Tengo un chico vigilando la casa. ¡No creerías que se iba a cuidar sola! ¡Estamos en el barrio, no en la villa: hay ladrones!

—Eh... Marcos, me preguntaba si sigues buscando a tu soplón.

Latorre rio con más ganas.

—¿Todavía no le dijiste a Soraya que deje de publicar estupideces?

—¿Lo supiste siempre? —me asombré—. ¿Por qué no se lo dijiste tú?

El tipo simuló un escalofrío y sonrió. La sonrisa de dientes torcidos era blanca y limpia, alguien había visitado al dentista.

—¡Me diste un trabajo enorme para nada! —me quejé.

—¿Y quién iba a pensar que ibas a hacerlo? ¡Por Dios, si era auditoría, cualquiera en su sano juicio habría tirado el archivo por la ventana!

No pude replicar nada a eso.

—También vengo por otra cosa —pareció avergonzarse el hombre. Abrió nuevamente el portón, hizo una seña y un muchacho entró con una bolsa enorme. Por detrás, ingresó la mamá de Lucas.

—Traigo la lista —dijo la mujer y sacudió ante mi cara una resma de papel.

Miré las hojas que me extendía Susana sin creérmelo del todo. Mis ojos

enloquecidos pasaron por los nombres, del renglón uno al cinco, el del alcalde, tachado y suplantado por el mío; del seis al veinte, Nicolás Conde. En las siguientes páginas, del veintiuno al cien, Francisco Montorvo.

—Iba a cerrar entonces — explicó Susana con una sonrisa—, pero ¡qué hombre tan insistente!

Pasé al número ciento uno: Paolo Sanpierone en toda la hoja. Pasé a la siguiente. Paolo Sanpierone. Página tras página, las fui pasando de forma atropellada hasta terminar en el número diez mil, siempre bajo el mismo nombre.

—¡Hay alguien que va a ganarse una noche con una señorita que conozco! —se rio la mujer y tuve deseos de

volver a pegarle las verrugas de una bofetada.

Latorre también sonreía.

—No perdamos tiempo. Tengo órdenes de llevar a cabo el sorteo y después tengo que irme —dijo y a continuación removi6 la bolsa que habia traído consigo—. Uno por uno, del uno al diez mil, ¿cuánto habrán tardado en preparar esto? —silbó—. Por suerte a mí me llegó el trabajo listo.

Abrí la boca y volví a cerrarla. Tenía ganas de matar a alguien pero quizá no fuera una buena idea, considerando lo que acababa de vivir.

—¿Es necesario? —pregunté, resignada, y Latorre se rio.

—¡No me digas que tu corazón

no está latiendo ante el inminente apareamiento! Por lo que me dice Soraya, el abogado es el más lindo, el policía es el más hombre y Sanpierone es... ¡rey de reyes! Sanpierone es Sanpierone. Todos machos alfa, ¡difícil elección! Claro que no vas a poder elegir.

El hombre metió la mano en la bolsa, hurgó hasta el fondo y a mí comenzó a latirme un ojo, luego el otro, después el labio. Torcí la comisura de la boca hacia abajo, cerré los párpados y crucé los dedos de ambas manos en mi espalda con desesperación.

En ese momento deseé poder creer en algo, rezar a alguien, encomendarme aunque fuera a la suerte

o a San La Muerte o a la providencia. Por favor, pedí mentalmente, por favor, Diosito, por favor, que salga entre el uno y el cinco.

—¡Listo! —exclamó Latorre. Abrí los ojos y lo miré como el preso condenado a muerte o, para ser más exactos, como el pobre diablo que se enfrenta a un ladrón.

Él me entregó el papel sin mirarlo y yo lo recibí, se me resbaló, cayó al suelo, al pisarlo lo rasgué y finalmente pude alzarlo.

—¡Cinco! ¡El cinco! ¡Gracias, Diosito, gracias, gané! ¡Olé, olé, hurra, hurra!

Salté al aire, subí a un sillón, di una vuelta, bailé la tarantela, volví a

saltar y terminé mirando a Latorre, que me esperaba con los brazos en jarras.

—¿Alguien te ha dicho ya que eres una pésima bruja? Nunca vi un truco tan malo.

Con el mentón señaló un trozo de papel, cuya punta surgía por debajo del sillón.

Me bajé y lo pisé.

—¿Qué? ¿Qué vas a decir? — pregunté desafiante.

—Malala, dame ya ese cero.

—¿Cómo sabes que es un cero?

Sin responder, Latorre se agachó y tironeó del trozo de papel que yo estaba pisando. Logró arrancármelo y allí estaba, efectivamente, el cero que yo había logrado cortar del talón ganador.

—Cinco y cero, cincuenta —
repuso Susana entonces—. Parece que
el comisario Montorvo se lleva un
premio esta noche.

De inmediato se me hizo un
vacío en el pecho, un hueco de dolor y
de rabia por el que me sentí caer, como
si me deslizara por un tobogán de agua
en pleno invierno.

—Nena, lo siento —dijo el líder
de la villa al ver mi cara—. Bueno,
podría ser peor. —Se encogió de
hombros, pero yo no imaginaba qué
podía ser peor que eso—. Tengo que
comunicar el resultado a tres personas y
dos de ellas van a cabrearse mucho. Por
las dudas, cierra las puertas y echa
llave.

Después de que se marcharan las visitas, cerré con candado y doble llave, tras lo que me senté en el sillón de la sala con los dos trozos del número aún entre las manos. No podía creerlo. Más importante aún, no podría hacerlo, me dije, ¿o sí?

Un estremecimiento me recorrió hasta los pies. ¡No, no, no, lo mío con Francisco estaba muerto, enterrado en los jardines de los italianos, con mi orgullo y su honra! Y quizá junto a algunos cadáveres y un par de ladrillos.

Cerré los ojos. No, decidí. No iba a abrirle a nadie.

Apagué las luces, fui al cuarto de mi madre, tomé la caja de bombones de limón y chocolate y me tiré en la cama

para ver la tele.

Pero cuando llamaron a la puerta, dos horas después, no pude resistirme.

Lamenté que no hubiera una mirilla por la cual espiar. O una ventana. Sobre todo, lamenté no tener poderes de clarividencia que me permitieran saciar mi curiosidad.

Solo una rendija, me dije. Solo una rendija para asegurarme de que no fuera algo importante. Por ejemplo, podía ser Henry Cavill. O una citación judicial.

Aspiré hondo al girar la llave. Otra vez al coger el picaporte. Al abrir, me olvidé de respirar: un gran ramo de rosas rojas encuadraba el rostro serio y

los ojos apasionados de Francisco.

F I N

Sobre esta edición:

Los personajes, nombres y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia. Todo el argumento es producto de la imaginación. ¡Juro solemnemente que no tengo datos que aportar!

*

La historia de Malala Macaroni continúa en: “Mano Negra”, de próxima aparición.